Memorias de García Naranjo

Elevación y Caida de Madero

LIBRARY
UNIVERSITY OF
CALIFORNIA
SAN DIEGO

ELEVACION Y CAIDA DE DON FRANCISCO I. MADERO

MEMORIAS

DE

NEMESIO GARCIA NARANJO

SEXTO TOMO

ELEVACION Y CAIDA DE DON FRANCISCO I. MADERO

★

Talleres de "El Porvenir"
Monterrey, N. L.,
México.

INDICE

Prólogo del Lic. Aquiles Elorduy 11

La Candidatura Tardía del Ing. Naranjo . . . 33

Porqué Adoro a Linares 41

Un Año de Inacción Política 49

La Partida de la Porra 57

La Represalia de Sánchez Santos 63

La Rivalidad Madero-Vázquez Gómez 73

De la Barra y la Revolución 81

Francisco I. Madero y Emiliano Zapata 93

El Crepúsculo del General Reyes 101

La Boda de Angelina 109

El Pago de una Deuda Porfirista 117

Los Funerales de Don Benito Juárez Maza . . . 127

Mi Elección de Diputado 133

El Público Difícil de Veracruz 141

Mi Verdadera Iniciación Tribunicia 147

El Combate de Credenciales 155

El Escándalo del Paquete 165

La Personalidad Literaria de Olaguíbel 173

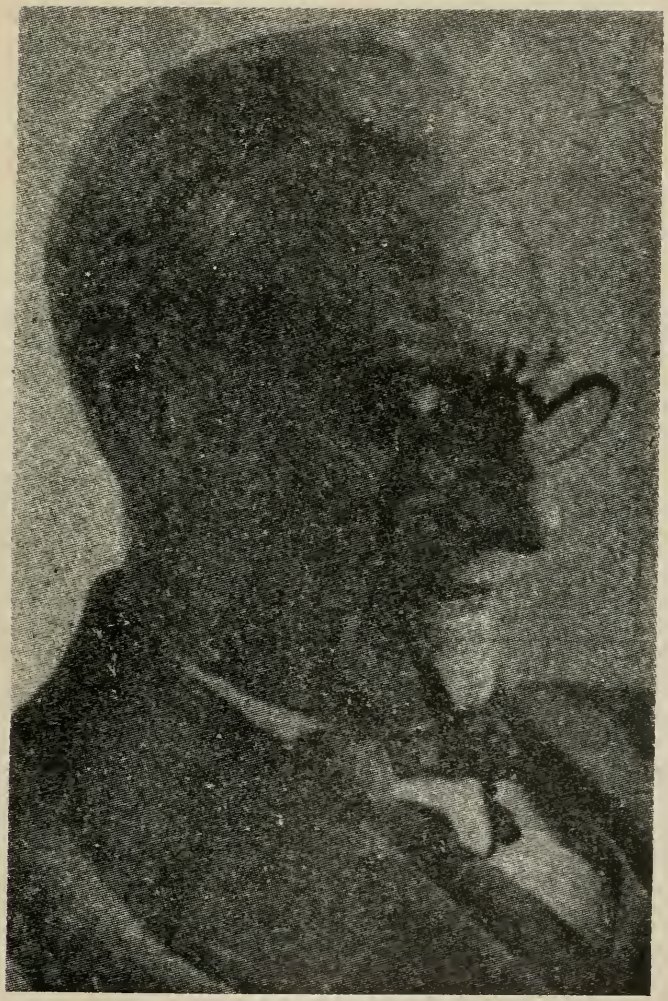
El Maestro de la Ironía y de la Piedad 181

El Hombre que se salió de su Epoca 189

La Formación Intelectual de Lozano 197
Las Dos Personalidades del Gran Tribuno . . . 203
El Crepúsculo de la Pobreza 211
El Poeta Nace, El Orador se Hace 217
El Destino Contradictorio de Moheno 225
Del Parlamento al Salón de Jurados 233
La Fundación del Diario "La Tribuna" 239
Una Historia de Cuartelazos Continuos 249
En La Rampa de la Locura 259
El Talón Vulnerable de mis Responsabilidades 267
El Juego de la Viborita 277
Las Letras y las Armas 283
El Estallido del Volcán 291
Los Muertos Tienen más Fuerza que los Vivos 299
La Génesis de los Cuartelazos 307
Cualidades y Fallas del señor Madero 315
Las Pinceladas Terribles de don Manuel Calero 325
La Responsabilidad de la Tragedia 335

PROLOGO DEL

LIC. AQUILES ELORDUY



Lic. Aquiles Elorduy

PROLOGO

La misión de quien redacta un prólogo para un libro es, indiscutiblemente, la de aquilatar las cualidades que se reunen en el autor del libro, para que, impresionando al lector, con la enumeración y comprobación de las bellezas de que la obra esté impregnada, se apresure a leerlo, en la seguridad de que se va a solazar con la lectura.

Y bien, tratándose de una obra de Nemesio García Naranjo, casi casi sale sobrando el prologuito, porque son tan conocidas sus dotes como escritor, se sabe tan de memoria que su genio literario destila elocuencia, claridad, elegancia, profundidad y erudición, que casi pueden adivinarse las delicias de su palabra y las enseñanzas de sus pensamientos. Así, pues, yo no deberia atreverme a escribir este prólogo porque mi pluma es incapaz de definir a literato de tan altos vuelos, máxime cuando, repito, es universalmente admirado. ¿Por qué lo hago, entonces? Porque en este tomo sexto de sus "**Memorias**" presenta y estudia pasajes de nuestra historia, que yo viví con él, y hace una exposición y un análisis de su conducta política y social, tan sinceros, tan históricos, tan íntimos, tan desapasionados, y tan

interesantes, que bien merecen, ¡cómo no! ser conocidos por México. ¿Por cuál México? Por el único México que sea capaz de interesarse vivamente por su historia política, haciendo a un lado prejuicios que ciegan la mente, y sentimientos malsanos que no dejan hablar al corazón.

Entraré, pues, en una apreciación, tan imparcial como debe ser, y tan franca como mía, de los conceptos vertidos por García Naranjo a propósito de los sucesos acaecidos en la época de que su libro se ocupa, esto es, desde la Exaltación hasta la Caída de don Francisco I. Madero, pero antes permítaseme rendir un tributo de profunda admiración por ese mexicano que llena de gloria las letras de mi patria, con el estilo maravilloso de su lenguaje, y da consuelo verdadero al corazón haciéndolo sentir que vivir como él ha vivido, dentro de un romanticismo hecho realidad, es un antídoto contra los venenos de la vida.

Para rendirle ese tributo nada mejor que exhibirlo en las expansiones de su alma y en las metáforas de su intelecto.

Su romanticismo. Al narrar el idilio de sus relaciones amorosas con su novia Angelina, dice:

"Nos pusimos a platicar de lo que siempre han platicado y seguirán platicando los amantes de todos los tiempos: cosas baladíes para todo el mundo, pero graves y trascendentales para ellos; naderías que tienen horizontes ilimitados; superficialidades con honduras de océano. Cualquiera cosa que dijéramos provocaba el éxtasis porque el milagro se encontraba dentro de nosotros mismos; la naturaleza nos parecía un altar, y la vida un desfile interminable de estrellas. Manuel Gu-

tiérrez Nájera lo dijo conmovedoramente en una de sus composiciones más inspiradas:

Era triste, vulgar lo que cantaba
¡mas, qué canción tan dulce la que oía!

"Las gentes pasaban delante de nosotros y nos miraban con curiosidad; pero yo no veía a nadie porque me faltaban pupilas para contemplar a mi amada. Dice una leyenda egipcia que los que comen la flor de loto, conquistan el privilegio del olvido; y otra leyenda también egipcia, cuenta que existe un loto especial que sólo florece cada cien años; pero yo no necesitaba comer los pétalos de la flor simbólica, para olvidarme del mundo entero, ni tampoco me era menester el loto centenario porque tanto las horas como los minutos tenían fulguraciones de eternidad. Así transcurrió el resto de aquella mañana, tan fugitiva como un instante, y, al mismo tiempo, tan intensa como si hubiese durado un siglo.....

"¿Cómo no incluir en estas memorias, aquella semana que fue una de las más bellas y trascendentales de mi existencia? Yo había llegado con el propósito de hundirme en la obscuridad y la anonimia, y me encontraba, no sólo con pruebas de cariño sino con manifestaciones de apoteosis. Aquello era una resurrección. Mi gloria mayor consistía en que mi amada participaba en aquel retorno a la ilusión y a la esperanza. Miradas de adoración, silencios cargados de quimeras, y uno que otro beso furtivo que me dejaba sentir, en los labios, la impresión de estar tocando las constelaciones. Al recordar aquellos momentos, recuerdo también estos versos lindos pero infantiles de Campoamor:

Veinte años hace que dí
el primer beso ¡ay de mí!
de mi primera pasión,
y todavía, Asunción,
aquel frío que sentí
hace arder mi corazón".

¿Se puede pintar con mayor ternura una pasión de amor, y envolverla en un romanticismo más halagador? No. Y es lo curioso que ese romanticismo, como muy pocos, se ha ido convirtiendo en realidad de vida, durante años y más años, porque el corazón de Nemesio, pletórico de pasión por Angelina, su encantadora y santa esposa, ha ido consiguiendo que ese amor, desparramando ternura, bondad, cariño, dulzura y moralidad en todas las almas de los hijos y de los nietos del matrimonio, ha dado existencia a un hogar modelo de virtudes, y jardín de felicidad. Por eso he dicho que el romanticismo con que Nemesio vistió sus ideales de novio, se ha transformado en realidad de dicha y de paz para su vida.

Uno de los grandes novelistas, de los literatos excelsos que me causaron en mi juventud impresiones de grandeza, ejemplos de vida, etc., etc., fue el inimitable poeta lírico del siglo XIX, el inmortal Víctor Hugo; y lo que más me deleitaba eran sus metáforas extraordinarias, en las que vaciaba la excelsitud de la idea y la belleza del lenguaje. Y bien, sólo en García Naranjo, entre los mexicanos, o, por lo menos, en él con mayor amplitud, he encontrado giros de escritor que se acerquen a las sentencias definitivas del autor de Los Miserables. Las pruebas de mis calificativos, las encontrará el lector, en el transcurso de

estas páginas, al dar cuenta de las observaciones vertidas por don Nemesio.

Dice don Nemesio:

"Se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez y así fue como el señor De la Barra llegó a la Presidencia de México.

"En mi concepto aquel arreglo fue benéfico para el país porque se retrasaron por tres años las irrupciones violentas de 1914. Por supuesto, los revolucionarios opinan de distinta manera, y esa opinión colocó al Presidente interino en la situación más falsa e insostenible de nuestra historia. Porque, aunque sólo se hiciera cargo del poder provisionalmente, se hallaba en contradicción espiritual con los vencedores. La Revolución era un desbordamiento de pasiones, y De la Barra el hombre de los ímpetus contenidos y los esfuerzos canalizados; la Revolución seguía las líneas zigzagueantes de las descargas eléctricas, y él quería seguir la serena trayectoria de una parábola ascendente. Resultaba pues la disciplina en medio del desorden, la proporción en una época desproporcionada, el afán de perspectiva en un cuadro como los que pintaban los artistas anteriores al Renacimiento, donde las figuras y las cosas se amontonan en un mismo plano. El quería sostener con puntales una estructura llena de grietas, mientras los revolucionarios que siguiera adelante la demolición. Era un hombre de paz frente a un Niágara tumultuoso; un representante de la gentileza en medio de una tempestad deshecha.

"Aquella inadaptación no era excepcional en la historia humana. El Marqués de Lafayette hizo un papel brillante al lado de Jorge Washington, pero tuvo que chocar con las intransigencias

unilaterales de Dantón y de Robespierre; Maximiliano de Hapsburgo hubiera sido un excelente monarca en cualquier país europeo, pero en medio de los torbellinos mexicanos, no pudo tener otro desenlace que el del Cerro de las Campanas. Para conducir, o más bien para ser conducido por el pueblo, se necesita ser un Marat, no un Chateaubriand. De la Barra tenía todas las cualidades para ser el timonel de la nave de oro que boga hacia la isla encantada de Cytheres, pero el destino lo empujó a la canoa trágica de Caronte que conduce a las moradas infernales.

"De la Barra no entendía aquella reacción hostil de los maderistas, como tampoco podía entender que su popularidad era artificial, puesto que se empleaba como medio de ataques a los vencedores de 1911. Había aceptado entregar el poder a Madero y no sospechaba que con su candidatura vice-Presidencial se quebrantase en parte su compromiso. Se le pidió que fuese el puente entre la situación pasada y la que se iba a formar, pero los maderistas no se conformaban con que les dejara el paso franco, sino que además esperaban su sumisión a ellos, cosa imposible y tan extravagante como pedirle a una brisa que se transforme en huracán, como querer que un celaje dorado se convierta en tempestad, como pretender que un caballero de formas exhiba garras de tigre y colmillos de tiburón".

Los ejemplos citados, que no deben aumentarse porque un prólogo demasiado extenso desespera al lector, que ansía conocer el volumen prologado, bastan y sobran para caracterizar a Nemesio García Naranjo, como un hombre de co-

razón bien puesto, y como un literato de primer orden. Pasemos a la historia.

Nemesio precisa con toda verdad y con toda lealtad su conducta durante el gobierno del señor De la Barra, y durante el gobierno maderista. Procuraré seleccionar algunos de sus párrafos, tanto porque pintan con exactitud hasta dónde llevó sus ataques a la Revolución, cuanto porque analiza acontecimientos que conviene conocer a la luz de su criterio. Dice sobre las primeras escisiones entre los revolucionarios:

"La desintegración de la familia revolucionaria se efectuaba porque no había en ella una cohesión auténtica: gentes disímbolas habían coincidido al pronunciar el "no" contra el porfirismo; pero en el momento de formular afirmaciones, aparecieron las diferencias de cuna, de educación, de costumbres y de posición social. ¿Qué vinculación perenne podían tener los Madero y los Vázquez Gómez? Se juntaron para combatir contra el general Díaz, pero una vez que había caído el anciano gobernante, cada quien procuró interpretar la Revolución de acuerdo con sus ideas y sus conveniencias.

"Yo veía todo aquello como espectador. Mucho se ha dicho que fui de los irreductibles que comenzaron a hostilizar al señor Madero desde el día de su triunfo; pero eso no es cierto como lo puede comprender quien se tome la molestia de analizar mi situación en aquel entonces. Todos sabían que yo era más adversario del general Reyes que de Madero, y, por lo mismo, habría sido absurdo que renegara de mi pasado para vincularme con el ex-gobernador de Nuevo León. Y en

cuanto a los hermanos Vázquez Gómez, también se encontraban más lejos de mi ideario político que el señor Madero.

"Pero sobre todo, ¿qué objeto podía tener en lanzarme contra los candidatos cuando ellos mismos se hostilizaban recíprocamente? ¿Para qué emprender una lucha que me era extraña? ¿Qué podía ganar tirándole a Madero cuando los reyistas y los vazquistas le decían horrores? Y en cuanto a Reyes yo no necesitaba dirigirle requisitorias candentes, porque de eso se encargaba "Nueva Era", el órgano maderista que había superado a "El Debate" en virulencia y en procacidad".

A propósito del cisma puntualizado, creo necesario, por luz para la historia, referir que la razón clarísima, evidentísima, del comienzo del debilitamiento de la causa maderista, no fueron las diferencias de criterio y de puntos de vista revolucionarios entre Madero y Vázquez Gómez, sino la labor de zapa que los envidiosos y miedosos hicieron sobre Madero para convencerlo de que Vázquez Gómez pretendía dominar en absoluto, y que, en consecuencia, era indispensable eliminarlo. Y como la candidatura de Vázquez Gómez procedió nada menos que de la muy solemne, y **única en la historia de México**, convención del Partido Antireleccionista, se hizo necesario acabar con ese ya **sólido partido**, y crear otro, el "Constitucional Progresista", que, en nueva convención, descartara a Vázquez Gómez y erigiera a Pino Suárez. Cuando Madero, ya en México, estaba ideando esa nueva convención, el Partido Antirreeleccionista nos nombró a don Pedro Galicia Rodríguez, a Antonio Herrejón López, y a mí, para emprender la tarea

de disuadirlo de sus propósitos. Tuvimos al derredor de ocho conferencias, y, aunque en algunas se mostraba convencido de que era antipolítico desconocer los acuerdos de la gran convención antirreeleccionista, en otras volvía a su idea, porque siempre fue el señor Madero de inteligencia y carácter sugestionables y vacilantes en extremo. Tan era grave la substitución de un partido original, por uno advenedizo, que cerebros y caracteres tan sólidos como los de Luis Cabrera y Roque Estrada, se decidieron por el vazquismo y lucharon por él. Todavía recuerdo una asamblea que hubo en el teatro de Guadalajara, en la que justamente hablamos acaloradamente en favor del Dr. Vázquez Gómez, el Lic. Estrada y yo. La causa inicial del fracaso de la Revolución, no fue precisamente las diferencias de cuna, de educación, de costumbres, de posición social entre maderistas y vazquistas, como piensa García Naranjo, sino el gravísimo error de nulificar el acto de extraordinaria importancia cívica, que había sido la Convención Antirreeleccionista.

Pasa García Naranjo por un suceso de carácter patriótico, sobre el cual abunda en sentimiento, y por eso copio una parte de su discurso en la Cámara de Diputados, pues, aparte de mexicanismo, tiene, como siempre, la fibra retórica muy atrayente, del autor. Se trata de la conmemoración del triunfo militar de don Porfirio, el 2 de abril en Puebla, y dice:

"Los diputados que le debían sus curules a don Porfirio, se pusieron de pie y el discurso se interrumpió durante cinco minutos. Al restaurarse la serenidad, procuré hacer ver lo difícil que es tomar por asalto una plaza. Casi todas las embes-

tidas contra ciudades fortificadas, terminan en fracasos. Enumeré las más famosas acometidas militares de la historia que han sido rechazadas; y luego, les pregunté a los diputados: "¿Y sería decoroso que nosotros, los que ayer tocamos a diana, permaneciésemos mudos, como los cortesanos de Luis XVIII ante el recuerdo de Marengo y Austerlitz? La leyenda napoleónica quiso ser ahogada por la envidia de los Borbones que confundieron la agonía de un régimen con la agonía de la verdad, y se olvidaron de que las victorias de Bonaparte eran las victorias de Francia".

"Por último, dirigiéndome a los antiporfiristas, les dije que les entregaba el recuerdo del estadista. 'Podéis analizarlo sin piedad; clavad en él vuestros escalpelos; partid sus músculos; romped sus arterias; descuartizad sus nervios..... Pero inclinaos ante el guerrero, porque desde hace cuarenta y cinco años reposa en el regazo maternal de la República.....'"

Paso a otro detalle importante de la actuación de García Naranjo, en que se vio obligado a elogiar al Lic. Benito Juárez Maza, hijo de Juárez, cuando se sepultó su cadáver, y presidía el duelo el señor Madero, contra quien había estado en pugna el citado Juárez Maza.

Dice:

"Jamás se envaneció con los honores ni se plegó incondicionalmente a la voluntad de los poderosos. En su corta gestión gubernamental del Estado de Oaxaca, cruzó por un momento difícil en que entraron en conflicto los poderes locales y el Ejecutivo de la Federación; y entonces Benito Juárez, hijo, adoptando una actitud de energía indiscutible, supo sacar avante, con dignidad y

con lustre, la soberanía de la Entidad Federativa que tan atinadamente le había confiado la dirección de sus destinos. El defensor del orden y de la ley tuvo en aquella memorable ocasión el aplauso entusiasta de la sociedad, que vio encarnar en él, aunque fuese por un instante, el espíritu de fierro del indio inconmovible que forjó nuestras instituciones laicas".

"LOS OAXAQUEÑOS quedaron encantados, pero, como lo había presentido, el Presidente Madero se sintió profundamente lastimado con aquella loa, y me clasificó entre sus enemigos políticos".

García Naranjo hace un análisis de la XXVI Legislatura, en que comprueba que en el Colegio Electoral se resucitó la práctica dictatorial del porfirismo desechando credenciales legítimas, por pura razón política. Y presenta el siguiente razonamiento para demostrar que fue un error de los maderistas procurar guillotinas a los 30 candidatos del Partido Católico, a los dos del Antireeleccionista y a los tres del triángulo: Lozano Olaguíbel y García Naranjo, porque ningún perjuicio les habrían causado esos pocos diputados, ante la mayoría aplastante que ellos formaban, en contrario. Y, sin embargo, si hubieran abierto las puertas francamente a los tenedores de credenciales limpias, se habrían rodeado de una aureola de democracia y de legalidad ejemplares. Para reafirmar su censura rememora el caso famoso de mi candidatura, que se ha designado como "el del paquete" porque yo exhibí el paquete de boletas electorales, tal y como se hizo en la junta computadora de Jerez, es decir, intacto, y con ello demostré que el dictamen en mi contra

era una absoluta falsedad, puesto que sostenía mi pérdida en votos, no obstante que la Comisión Dictaminadora no había hecho cómputo alguno, pues ni siquiera había abierto el paquete.

Sobre estos importantes sucesos políticos, hay que afirmar categóricamente, que, a pesar de esas fallas imperdonables de los maderistas, (renovadores como se denominaron ellos mismos) la Cámara de Diputados de la XXVI Legislatura, y **aun el Colegio Electoral de ella**, pueden firmemente clasificarse como asambleas demócratas e independientes, de verdad: el Colegio Electoral porque, a pesar de sus dictámenes drásticos y arbitrarios en contra de presuntos diputados, éstos lograron vencer **con la nulificación de dichos dictámenes**, y pudimos ingresar a las curules de diputados cincuenta y tantos ciudadanos que formamos una guardia que muchas veces venció en los debates a la mayoría "renovadora", en ocasiones hasta descompletando el quórum de la Asamblea; y entre esos independientes entraron precisamente Lozano, Moheno, Olaguíbel y García Naranjo, y también fueron aceptados los católicos, y también lo fueron los antirreeleccionistas. Y la Cámara tiene también sancionada su democracia y su independencia, **como única en México**, excepción hecha de la Constituyente del 57, con sus innumerables debates contra el gobierno maderista, con su virilidad para interpelar a los Secretarios de Estado, y con su energía, valor personal y civil, y patriotismo efectivo, al enfrentarse contra el absolutismo militar de Huerta.

Al pasar por el examen de la XXVI Legislatura, hace García Naranjo una apreciación tan certera, tan literaria, tan brillante, de la elocuen-

cia de Moheno, de Lozano y de Olaguíbel, que vale la pena, !cómo no!, leer esos pasajes para deleitarse con sus bellezas, y, además, porque se comprueba que la leyenda de que los discursos del "cuadrilátero" prepararon la caída del señor Madero, que ha sido propagada **durante medio siglo**, no es más que eso, **leyenda**, pues baste decir, en contrario, que el "cuadrilátero" no se formó sino después de la revolución militar de febrero de 1913.

No prescindo aquí, de copiar una pequeña parte del artículo en que Nemesio pinta a José María Lozano, porque insisto: eso es escribir con genialidad y con justificación. Dice:

"Aunque fue inmenso como tribuno, fue más interesante como hombre, ya que vivir una existencia rara tiene más fascinación que realizar obras maestras. ¿Qué valen las concepciones teológicas de Pedro Abelardo junto a su idilio casto con Eloísa? ¿Cuál de las orfebrerías de Benvenuto Cellini se puede comparar con el poema bien cincelado de su vida? Don Miguel de Cervantes estimaba en mucho más su participación en la batalla de Lepanto que la gloria de haber escrito El Quijote. Luchar es más bello que cantar; mejor es vivir una epopeya que escribirla. Y bien, la vida pintoresca de José María Lozano es digna de inspirar una biografía maestra, como la que escribió Boswell sobre Sir Samuel Johnson, o un poema lírico-dramático como el que le dedicó Edmundo Rostand a Cyrano de Bergerac. En torno de esta vida original se van a trovar muchos romances y se van a forjar muchas leyendas".

Uno de los temas de que trata García Naranjo es el referente, ya dije, a su conducta po-

lítica, y como, a mi juicio nacido de mi conocimiento diario de sus actividades y de los sucesos que iban desarrollándose, es sincero y verídico en sus afirmaciones, creo procedente que los lectores vean con detenimiento las páginas relativas, porque así se formarán una idea clara sobre personas y hechos de 1911 a 1913.

Sintéticamente puede llegarse a la convicción plena de que Nemesio no tuvo la menor ingerencia en la rebelión de Félix Díaz en 1913; y no podía nunca afiliarse a ella porque, teniendo ese movimiento la finalidad de libertar al General Bernardo Reyes de su prisión en Santiago y ponerlo al frente del movimiento, García Naranjo estaba impedido para luchar en ese sentido porque su oposición eterna y su pugna contra Reyes eran más que suficientes para que ni siquiera lo aceptaran. Sin embargo, él conviene, y he aquí su sinceridad llevada al extremo, en que sus artículos de ataque al régimen maderista, pueden haber influido en alimentar la oposición felicista. Su frase es ésta: "Así, pues, mis responsabilidades se concretaron a la campaña de oposición que desarrollé desde las columnas de 'La Tribuna'", y una de las pruebas que yo puedo dar de esa verdad, es que yo mismo fui colaborador de "La Tribuna", en censuras contra Madero, a consecuencia de mi vazquismo, y, por tanto, estuve sabiendo a diario las ideas de García Naranjo. Más aún, García Naranjo se acusa de haber publicado en "La Tribuna" el manifiesto revolucionario de Félix Díaz, aunque sin comentarios, no obstante que él no podía ser partidario de Félix, sencillamente porque él era partidario acérrimo de don Ramón Corral, y Díaz era enemigo, por

su calidad de revista. ¿Por qué, entonces, García Naranjo publicó el manifiesto mencionado, y, no sólo, sino que después reprodujo en su periódico una reseña del movimiento felixista, tomada del periódico "La Opinión", de Veracruz, en que se alababa a Díaz por su falta de saqueos y de préstamos forzosos, etc.? Sencillamente porque "La Tribuna" subía en circulación fantásticamente con esos informes, y a él no le importaba que le achacaran pecados no cometidos, y sí le interesaba el éxito económico de su periódico.

A propósito del fracaso tan sonado del felixismo, y siempre con su afán de poner en claro la justicia o la injusticia de las sentencias históricas, hace una meditación sobre si los pronunciamientos militares son o no justificables, y dice:

"Hemos hojeado nuestra historia y, doloroso es decirlo, el más leve análisis, ha sido suficiente para que el desfile de héroes se convierta, con raras excepciones, en un desfile de traidores.....

"Se inicia esta lúgubre procesión en 1810, con los capitanes del Regimiento de Caballería de Milicias de la Reina, señores don Ignacio Allende, don Juan Aldama y don Mariano Abasolo. Tenían tropas bajo su mando y las emplearon en contra del gobierno que les había otorgado su confianza. Fueron por tal motivo —en concepto del maderismo imperante— desleales e infidentes. ¿Acaso la patria se encuentra debajo del honor militar? —preguntarán algunos adoradores de nuestro pasado—, pero se les contestará inmediatamente: —Los militares carecen del derecho para discutir esa clase de cuestiones, y se deben limitar a obedecer las órdenes que reciben. Así pues, en el año santo de la Independencia, quie-

nes dieron alto ejemplo de decoro y de pundonor, fueron el capitán Joaquín Arias, del Regimiento de Celaya, y el tambor mayor del Batallón Provincial de Infantería de Guanajuato, Juan Garrido, por haber denunciado a los conspiradores de Querétaro. ¡Para ellos la gloria y la reivindicación! Durante un largo siglo se les ha calumniado soezmente llamándolos antipatriotas y delatores; pero la justicia resplandece al fin, y los hombres del nuevo régimen, celosos de la equidad histórica, les rendirán homenajes, que hasta hoy se les han restado de la manera más inmerecida.....

"¡Y sigue el melancólico desfile! Si nuestra Independencia comenzó con la traición de Allende, termina con la traición de Iturbide. Era éste un general realista, con fuerzas españolas a su mando, y se valió de ellas para romper definitivamente los lazos que unían a México con el Viejo Mundo. ¿Acaso la Patria no le debe gratitud por este hecho imperecedero? Estas son cuestiones que no competen a los militares, quienes siempre tienen la obligación estricta de servir fielmente a los gobiernos que les confían sus armas. Iturbide debió haber aniquilado hasta el último de los soldados de Guerrero: ¡así lo mandaba la Ordenanza!

"Después don Nicolás Bravo se pronunciaba en contra del general Victoria, y don Vicente Guerrero desconoce la elección que declara Presidente de la República al general Gómez Pedraza. Se trata de dos héroes de la Independencia; pero como se levantaron en contra de gobiernos legalmente constituidos, no queda otro remedio que

estigmatizarlos con el tremendo dictado de traidores!"

Concluye el material que García Naranjo ha destinado para este sexto tomo de sus "Memorias", con los siguientes artículos:

1o.—"En la Rampa de la Locura".

2o.—"El talón vulnerable de mis responsabilidades", y

3o.—"Las Letras y las Armas".

En ellos, siguiendo su leal resolución de precisar hasta dónde y en qué grado fue culpable del desastre de Madero, analiza, con certidumbre perfecta y con imparcialidad justiciera, las causas del fracaso maderista, y, aunque en esos artículos vuelve a brillar la sutileza de su espíritu y su nobleza de sentimientos, no reproduzco ningún trozo de ellos porque se alargaría demasiado este prólogo que comprendo que ya debe concluir.

Después de esos tres artículos, quedarán en este tomo, los que voy a enumerar.

1.—"La Viborita", en que da cuenta de la primera ocasión en que habló con Victoriano Huerta, quien le fue presentado por el Dr. Aureliano Urrutia, desde 1912. De ese artículo sólo desprendo la siguiente frase: "Me llena de satisfacción poder decir que nunca he renegado de aquella amistad".

Aquí no tengo más remedio que declarar que, con todo lo que admiro y lo que quiero a Nemesio, nunca le aprobaré que siguiera trabajando al lado de Huerta, después de la deslealtad que se cometió contra Madero; pues un hombre de su ilustración, de su nobleza, de su moral, de su talento y de su porvenir, no cuadraba en una administración de carácter netamente militar y dictatorial.

Yo trabajé, desde antes de recibirme de abogado, a las órdenes del Sr. Lic. don Jorge Vera Estañol, y duré a su lado catorce años, lo cual significa la adhesión, respeto y afecto que sentía por él. A pesar de todo, cuando me dijo que iba a ser Ministro de Huerta, se lo reprobé acremente, y, más todavía, cuando siguió de Ministro, después de la muerte de Madero.

Nosotros, los vazquistas, atacamos a Madero porque juzgábamos que desquiciaba a la Revolución, pero jamás transigimos con el huertismo; y, lejos de eso, lo hostilizamos en la Cámara hasta que nos disolvió, y nos apresó en la Penitenciaría, en número de 83, entre renovadores e independientes; y yo, que había sido uno de los críticos más tenaces contra el señor Madero, fui quien exaltó a los diputados para enfrentarnos dignamente contra Huerta, sentados con honor en nuestras curules, corriendo el riesgo de ser sacrificados, en lugar de procurar escondernos, como algunos lo intentaban.

2.—"La Verdadera tragedia iba a empezar".— Comprueba García Naranjo en este artículo que no tuvo nada que ver en la "Decena Trágica", y que todo ello le cogió de sorpresa, pues lo primero que llegó a su conocimiento fue el tronar de las balas.

3.—"Los muertos son más poderosos que los vivos".— Aquí comprueba García Naranjo, hasta la evidencia, que la gloria inmortal de Madero, comenzó después de su muerte, lo cual, a mi juicio, es exacto.

4.—"Sobre el origen detallado y verdadero del cuartelazo de la Ciudadela, con complicidad de la Embajada Americana".— Hace García Naranjo un

examen muy detenido, tratando de precisar hasta dónde hubo responsabilidad, ya en el Ejército Federal, ya en Blanquet, ya en Huerta; pero sobre estos puntos yo no me permito opinar porque están obscuros todavía. Yo pienso, y lo he pensado desde el primer momento de la infidelidad de Huerta, que era éste un individuo ambicioso, atrabiliario y que tenía saña contra Madero; pero, sin embargo, no transijo con el acto de Madero de haber renunciado a la Presidencia. Estimo que Juárez se habría muerto, pero no habría renunciado.

La Cámara ha sido culpada de haber aceptado la renuncia de Madero, y, en rigor de civismo y de honra para México, tal vez se tenga razón; pero, aunque a mí no me tocaría el reproche porque yo estaba en Zacatecas cuando acaeció el hecho, después me hice solidario de la resolución de la Cámara, y cabe, ¡cómo no!, la disculpa, porque el rechazo de la renuncia traía, como consecuencia, la muerte de Madero, y era casi imposible que la Cámara aceptara la culpabilidad de esa muerte.

5.—"Las cualidades y fallas del Presidente Madero".— Nada debo agregar a lo dicho en este artículo por García Naranjo porque, en primer lugar, las fallas de Madero son ya históricamente reconocidas; y, en segundo lugar, García Naranjo hace apreciaciones tan amplias que nada se puede agregar a ellas.

6.—"Calero continúa retratando a Madero".— El Lic. Manuel Calero publicó un folleto que tituló "Un decenio de política mexicana" en el cual hace un análisis sumamente detallado de la personalidad intelectual del señor Madero, de su increíble versatilidad sobre los problemas políticos,

y, sobre todo, de lo iluso, inconsciente y sugestionable que era; y García Naranjo considera que ese estudio es lo más verídico e imparcial que se ha escrito sobre el tema, dado que Calero fue el único Ministro de De la Barra que siguió en el gobierno de Madero, y atenta la circunstancia de que nunca fue discriminado por el Presidente.

Dejo al lector, libre de toda insinuación, el concepto que quiera formarse sobre el folleto aludido.

7.—"Inmolación inútil de don Francisco I. Madero".— García Naranjo reconoce esta verdad, que vive y vivirá siempre en la conciencia nacional: don Francisco I. Madero, que tiene muy bien ganada la gloria de haberse enfrentado, hasta destruirla, a la dictadura porfiriana, y de haber estructurado la Revolución de 1910, nunca habría llegado al perdón de sus errores, ni a la reverencia de su patria, sino con el sacrificio de su vida, que lo ha convertido en el ídolo de todos los corazones mexicanos.

General Francisco Naranjo, padre del candidato a la gubernatura de Nuevo León, del mismo nombre.

LA CANDIDATURA TARDIA DEL INGENIERO NARANJO

CONCLAVE DE FAMILIA EN MONTERREY

En los últimos días de mayo de 1911 se organizó en Monterrey el Comité electoral que iba a dirigir la campaña en pro del licenciado Viviano L. Villarreal, y como lo habíamos previsto, varios revistas connotados figuraban en la mesa directiva. Los adversarios de don Bernardo, sin saber que yo había estado en Villa García, fueron a excitar al ingeniero Francisco Naranjo para que enarbolase la bandera contraria. Seguramente a eso se debió el telegrama que me envió mi primo a Lampazos para darme cita en Monterrey. Sin embargo, cuando llegué a esa ciudad, Pancho no se había separado de sus tropas y yo me quedé esperándolo para conocer su resolución final. Esta no fue tomada sino hasta la primera decena de junio, y esos días que se perdieron determinaron el triunfo de don Viviano.

Por fortuna para mí, Angelina se presentó en escena y me dediqué a atenderla mientras ella reanudaba su viaje a Linares. La visitaba todas las mañanas en la casa de su tío don Eusebio Elizondo; luego nos veíamos por las tardes en la Plaza de Zaragoza; y finalmente nos volvíamos a en-

contrar en las noches pues sus múltiples familiares, enterados de que el noviazgo era oficial, me invitaban con el objeto de conocerme y de tratarme.

Una mañana me dijo el licenciado Eulalio San Miguel que el ingeniero Naranjo había aceptado su candidatura y que llegaría a Monterrey esa misma tarde. Y en efecto, llegó en medio de una entusiasta manifestación popular. Yo presencié la recepción desde la Plaza de Zaragoza en una banca que quedaba enfrente del Hotel Continental que fue donde se hospedó. Llamado por los aplausos atronadores de la multitud, Pancho salió al balcón y desde allí, en apasionada arenga, dijo que el licenciado Villarreal se había rodeado de reyistas y que él venía a oponerse a aquel intento de reacción, tanto más censurable cuanto que se estaba llevando a cabo después del triunfo de una revolución popular.

Nunca contestó don Viviano aquel cargo concreto; pero ¿cómo podía contestarlo cuando dos días después se reunieron en la Ciudad de México don Francisco I. Madero y el General Bernardo Reyes para darse un abrazo que parecía fraternal? Ambos entregaron a la prensa diaria un boletín en el que anunciaba que el segundo, acatando la opinión pública que estaba en favor del primero, declinaría su candidatura presidencial en el caso de que sus devotos partidarios se la quisieran ofrecer; y que el señor Madero correspondería a aquella declinación voluntaria, prometiendo nombrar al General Reyes como Ministro de Guerra, si resultaba electo Presidente en los comicios que se iban a efectuar. En vista de aquel

pacto, el ingeniero Naranjo se lanzó más resuelto que nunca a disputarle a don Viviano la gubernatura de Nuevo León.

Tan pronto como se hubieron dispersado los manifestantes, penetré en el Hotel Continental para preguntarle a mi primo en qué podía servirle. Lo encontré rodeado por don Eulalio San Miguel, don Nicolás M. Berazaluce, don Juan F. Buchard y algunos otros destacados antirreyistas. Una vez que los hube saludado, Pancho me cogió del brázo y apartándome de aquel grupo, me dijo que era preferible que desayunáramos juntos el día siguiente, para poder hablar con entera libertad. —No te olvides —le dije al despedirme— que ni a tí ni a mí nos conviene que yo tome parte en la lucha electoral.

Al otro día llegué muy temprano, acompañado por mi hermano Arturo, al lugar de nuestra cita y tuvimos el gusto de saludar a Felipe y a Leopoldo Naranjo que acababan de arribar procedentes, el primero de Lampazos, y el segundo de Saltillo. Desayunamos en familia, tres Naranjos y dos García Naranjo. Al sentarnos frente a la mesa, me dijo Pancho que mi presencia en Monterrey había hecho suponer a sus partidarios, que yo iba a participar de manera activa e intensa en la lucha que se acababa de iniciar. El licenciado Burchard había propuesto en la noche anterior que se organizara un mitin colosal en el que yo formulase la requisitoria contra el reyismo; y los demás del partido habían aplaudido con entusiasmo este proyecto.

—¿Qué te parece esta idea? —me preguntó mi primo.

—Ya te dije en Villa García que me voy a alejar de las actividades políticas, cuando menos por un año. El triunfo de la Revolución significa para mí una derrota completa y definitiva, y sería pueril que me colocara una venda sobre los ojos para no ver mi situación de derrotado.

—Fuiste vencido en una batalla de carácter nacional, pero no en una contienda de Nuevo León y por tal causa, no estás inhabilitado para tomar parte en nuestra lucha.

—Con todo gusto desenvainaría la espada para batirme con la agresividad que fuese necesaria, si eso te brindara algún servicio; pero cualquier cosa que diga en tu favor, provocaría esta consideración inevitable: ¡qué otra cosa puede decir una persona de su familia! Y eso no será para tí un favor sino un motivo de censura. Por otra parte, tu arenga de anoche no pudo ser más clara ni precisa; te presentaste como un aladid contrario a la restauración reyista, y no faltará quien responda que mi presencia en tu partido es una señal inequívoca de restauración porfirista. Porque todo el pueblo de Nuevo León sabe que fui un partidario definido del general Díaz, y de don Ramón Corral. Así pues, si se hace el balance de mis servicios en esta campaña, cualquier hombre sereno tiene que ver que sólo puedo aportarte daños. ¡Y los daños que me causaría a mí mismo! Mi situación no podría ser más desairada, pues como soy un náufrago del porfirismo, se comentaría que me agarro a tu personalidad para salvarme del hundimiento. Repito pues que la lucha no me conviene como tampoco te puede convenir a tí.

Pancho me escuchó atentamente y le preguntó a su hermano menor cuál era su opinión; y como la respuesta de Leopoldo coincidía con mi tesis, el ingeniero Naranjo se dirigió a mi hermano Arturo: y tú, ¿qué dices?

—Que Nemesio hace muy bien en alejarse temporalmente de la política, aunque haría mucho mejor en alejarse de ella para siempre. Entonces el candidato le preguntó a su hermano Felipe sobre el caso, quien manifestó que no estaban justificados mis escrúpulos. —Nemesio sabe pegar —dijo con energía— y hay que aprovechar sus trancazos en la campaña. Por eso opino que tome parte en el mitin antirreyista, y que luego se vaya de pueblo en pueblo pronunciando arengas en favor de tu candidatura. Todos se rieron de aquel estallido y yo le dije a Pancho:

—Felipe es probablemente el más inteligente de los Naranjos pero nunca ha sabido lo que son la ponderación, el equilibrio ni el buen juicio. Además, le fascina la aventura y goza en ir contra la corriente. Por tal motivo creo que en este cónclave familiar la mayoría se ha inclinado en favor de mi abstención política.

Terminado el desayuno, y ya de pie los comensales, Pancho me preguntó si pensaba en regresar pronto a la Ciudad de México. —Todavía no —le respondí— porque mañana sale Angelina a Linares y yo me iré siguiéndola pasado mañana. Viaje romántico que nada tiene que ver con la política. ¿Se te ofrece alguna cosa más?

—Cuando te telegrafié a Lampazos —me dijo Pancho— todavía estaba indeciso sobre si acep-

taba o declinaba mi candidatura, pero como ya la acepté, no tiene objeto la consulta que pensaba hacerte. De cualquier modo me complace que vayas a permanecer algunos días más en Nuevo León y que en todo tiempo tendré tu apoyo moral.

Alea jacta est— —le respondí sonriendo— y lo único que me preocupa es que hayas perdido dos semanas porque puedes estar seguro de que este tiempo precioso lo han aprovechado tus adversarios.

Al salir rumbo a Linares el 6 de junio, mi programa era el de encerrarme en un cuarto del hotel para no ser visto, pues el contacto con las gentes podía conducir a entablar conversaciones políticas que se suelen convertir en debates apasionados y desagradables. Esto pasaba en los días intensos y agitados en que don Francisco I. Madero hacía un viaje triunfal desde Piedras Negras hasta la Ciudad de México, y no se hablaba en todo el país sino del cambio radical y absoluto del gobierno; y como yo era un vencido, lo más prudente era desvanecerme en la penumbra. A Dios gracias, tenía el alma llena de ilusiones y de esperanzas, y me bastaba contemplar a mi novia para que se disiparan todas mis preocupaciones. En ella me refugiaba como se refugia un barco desmantelado en una bahía quieta y acogedora.

Durante mis estudios preparatorios, había tenido como compañeros a José Noriega, Jesús Berlanga, Manuel María Doria, Francisco Buentello y otros linarenses con quienes convivi fraternalmente en las aulas del Colegio Civil; pero todos ellos habían salido de su tierra natal y por lo

mismo, no iba a tener oportunidad de hacer evocaciones risueñas del pasado. Diez años antes, había ido en una excursión militar con los demás colegiales, a Linares; pero como sólo habíamos permanecido cuatro días, los recuerdos fugitivos se perdían en nieblas vagas e imprecisas. En esas circunstancias, lo indicado era llegar como un anónimo, como un desconocido, apartarme de todo trato social, un trato que no me hacía falta porque me bastaba la mujer amada para llenar mi vida.

PORQUE ADORO A LINARES

ME DEMOSTRO AMOR EN MI DERROTA

El tren salió de Monterrey con mucho retraso y cuando llegué a la Ciudad de Linares, ya habían comenzado a extenderse las sombras de la noche. Ya dije que Angelina había hecho el viaje con el propósito de preparar a su hermana María (hoy señora Cantú) para la ceremonia de graduación en el Colegio del Verbo Encarnado. Por ese motivo se había hospedado en dicho Colegio. Para mí, aquella graduación tenía mucha importancia porque Angelina me había dicho con franqueza que mientras su hermana no terminara sus estudios, no podía sustituirla en las labores hogareñas y por consiguiente no debía pensar en el matrimonio. Así pues, del diploma de María estaba pendiente el anuncio oficial de nuestra boda.

Como ya era de noche, comprendí que no era debido visitar a mi novia en una casa religiosa. Por lo mismo, tras de haber cenado, me encerré en mi alcoba, y estuve leyendo hasta que la fatiga del viaje me convidó a dormir. Al día siguiente —que era domingo— me levanté muy temprano y me dirigí al convento; pero la mayoría de las monjitas estaba en la capilla. Sin embargo, una religiosa me enteró de que Angelina había

arribado dos días antes; pero que una familia cuyo nombre no me pudo precisar, se la había llevado a su residencia. Pregunté por su hermana María, pero como tampoco se encontraba en aquellos momentos en el plantel, me regresé al hotel para pensar en la forma de conseguir el contacto anhelado con la mayor discreción posible. El problema no era de difícil solución, pues como Linares contaba entonces con una población de diez a doce mil habitantes, estaba seguro de recabar la información antes del medio día. Me senté en una banca de la plaza, y no habían pasado diez minutos, cuando se me acercó un joven inglés —Edward Godart— para preguntarme si yo era el señor García Naranjo. Como mi respuesta fue afirmativa y me puse a sus órdenes, me convidó a ir a la puerta del templo en donde su prometida —la señorita Elena Noriega— y la mía, estaban oyendo Misa. Le di las gracias y nos encaminamos a la iglesia. Y en efecto, no tardaron en salir Angelina y Elena. En aquel tiempo, no se acostumbraba que una pareja de novios anduviera sola por las calles; pero en cambio, dos parejas eran vistas como la cosa más natural del mundo. Así pues, protegiéndonos recíprocamente, nos sentamos los cuatro en una banca de la plaza, mientras la banda municipal tocaba las tonadas favoritas de la época.

Angelina me contó que la familia del ingeniero Andrés Noriega (hermano del doctor Pedro Noriega que había sido director del Colegio Civil) había tenido la gentileza de ir a sacarla del convento, para instalarla en su casa durante todo el tiempo que quisiera permanecer en Linares. En seguida, me enteró de la fiesta de gradua-

ción, y agotado este tema nos pusimos a platicar de lo que siempre han platicado y seguirán platicando los amantes de todos los tiempos: cosas baladíes para todo el mundo, pero graves y trascendentales para ellos; naderías que tienen horizontes ilimitados; superficialidades con honduras de océano. Cualquiera cosa que dijéramos prococaba el éxtasis porque el milagro se encontraba dentro de nosotros mismos; la naturaleza nos parecía un altar, y la vida un desfile interminable de estrellas. Manuel Gutiérrez Nájera lo dijo conmovedoramente en una de sus composiciones más inspiradas:

> Era triste, vulgar lo que cantaba
> mas, qué canción tan dulce la que oía!

Las gentes pasaban delante de nosotros y nos miraban con curiosidad; pero yo no veía a nadie porque me faltaban pupilas para contemplar a mi amada. Dice una leyenda egipcia que los que comen la flor de loto, conquistan el privilegio del olvido; y otra leyenda también egipcia, cuenta que existe un loto especial que sólo florece cada cien años; pero yo no necesitaba comer los pétalos de la flor simbólica, para olvidarme del mundo entero, ni tampoco me era menester el loto centenario porque tanto las horas como los minutos tenían fulguraciones de eternidad. Así transcurrió el resto de aquella mañana, tan fugitiva como un instante, y al mismo tiempo, tan intensa como si hubiese durado un siglo. . . .

De pronto Elena nos despertó de aquel estado de encantamiento para decir que estaban sonando las doce campanadas del medio día, y por lo mismo ya era necesario volver a la casa. El jo-

ven Godart y yo llevamos a nuestras compañeras hasta la residencia del ingeniero Noriega, allí nos despedimos citándonos para reanudar el romance en esa misma tarde.

Al regresar al hotel, me enteré de que la sociedad linarense se encontraba ya bajo la impresión de que había caído en su seno una pareja de novios románticos que nada tenían que pedirle a los célebres amantes de Verona. Y puesto que Angelina y yo formábamos el idilio, la sociedad hospitalaria de aquella ciudad iba a ponerle un marco espléndido de agasajos y de cortesías. Me estaban esperando el licenciado Mariano Berlanga y su hermano político don Federico Gómez, quienes me dieron el abrazo de bienvenida y me llevaron al Casino en donde muchos otros caballeros querían estrechar mi mano. Con asombro, más todavía, con pasmo, vi que se improvisó un programa de festejos; un almuerzo de menudo fronterizo en el campo, varias tertulias en distintas casa, una velada literario-musical en el teatro, y como remate, un baile de etiqueta en el Casino.

¿Cómo no incluir en estas memorias, aquella semana que fue una de las más bellas y trascendentales de mi existencia? Yo había llegado con el propósito de hundirme en la obscuridad y la anonimia, y me encontraba, no sólo con pruebas de cariño sino con manifestaciones de apoteosis. Aquello era una resurrección. Mi gloria mayor consistía en que mi amada participaba en aquel retorno a la ilusión y a la esperanza. Miradas de adoración, silencios cargados de quimeras, y uno que otro beso furtivo que me dejaba sentir en los labios, la impresión de estar tocando las conste-

laciones. Al recordar aquellos momentos, recuerdo también estos versos lindos pero infantiles de Campoamor:

"Veinte años hace que dí
el primer beso ¡ay de mí!
de mi primera pasión,
y todavía, Asunción,
aquel frío que sentí.
hace arder mi corazón".

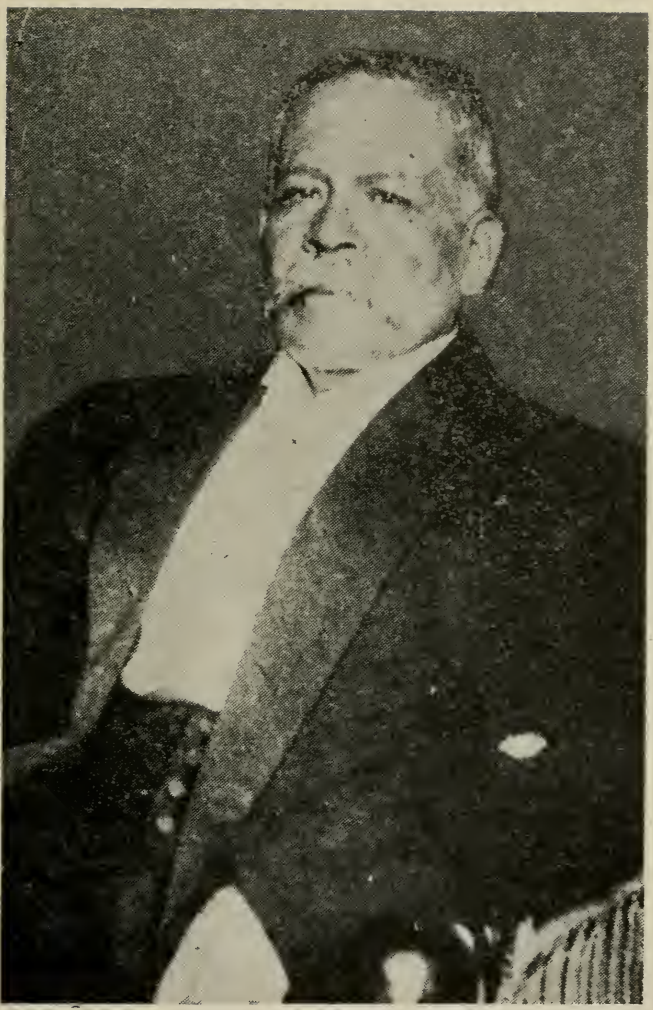
Creo sinceramente que el poeta de las "Doloras" se dejó arrastrar por la retórica de su tiempo, pues dice que sintió frío al besar a la mujer amada y que luego, con ese frío, avivó el fuego de su alma. La expresión paradójica es muy propia del Siglo XIX, pues Víctor Hugo, con sus antítesis formidables, puso de moda la contradicción en toda la literatura de su tiempo. Yo me limito a decir que no sentí frío con mi primer beso, sino todo lo contrario; pero eso no tiene importancia, pues lo que me interesa decir, es que después de veinte años (todavía más, después de medio siglo) me parece absurdo que el recuerdo delicioso me haga exclamar: ¡ay de mí!

Al manifestarles a los linarenses mi profunda gratitud por su cordialidad y su afecto, tanto más estimados cuanto que se tributaban a un vencido, me contestaron con sonoras carcajadas. Y dijo Federico Gómez: ¡vaya un caído! Lo vamos a postular como candidato del tercer distrito electoral en las elecciones congresionales del año próximo. Y los demás, sumándose a aquella proposición, me dijeron que podía contar con la curul de diputado federal en el período de 1912 a 1914. Pancho Naranjo me había dicho en Villa García

que mi color corralista no me restaba popularidad en Nuevo León, y aquellas gentes nobles me lo estaban demostrando con la adhesión más desinteresada. Habían puesto un bálsamo sobre mis alas heridas y me convidaban a volar.

Como yo no les hablase de política regional, Mariano Berlanga me reclamó consternado porque no se les hubiera dicho a tiempo que el ingeniero Naranjo se lanzaba a luchar por la gubernatura, y lo deplorable era que ya se habían comprometido a trabajar por la elección de don Viviano. Y Federico completó la lamentación de su hermano político con estas palabras: "su pariente nos gusta más que el licenciado Villarreal por su juventud, por su arrogante independencia, por su hidalguía generosa, y sobre todo, por la paliza que les dio a los reyistas en el Tule; pero ya nos vinculamos con don Viviano y no podemos salirnos de la barca".

Al regresar a Monterrey le dije a mi primo que no contara con el distrito de Linares; pero Pancho no se desanimó porque el grupo naranjista había crecido fantásticamente en las dos últimas semanas. De cualquier modo, la falta de aquellos votos determinó la pérdida de la gubernatura. Pero en cambio, de los once diputados que constituían la Legislatura, siete se habían distinguido como naranjistas. Basta este dato para inferir que si el ingeniero Naranjo hubiera aceptado su candidatura dos semanas antes, su victoria habría sido arrolladora.



Lic. Emilio Vázquez Gómez.

UN AÑO DE INACCION POLITICA

SE DESINTEGRA LA REVOLUCION TRIUNFANTE

Con el injerto de esperanza y de fe que había recibido en la ciudad de Linares, me fui a pasar dos semanas, al lado de mi madre, en Nuevo Laredo. Lo primero que hice fue decirle que había resuelto contraer matrimonio antes de seis meses. Ella comprendía que el idilio me alejaba de la tempestad política, y se alegró tanto de mi resolución, que me manifestó encontrarse dispuesta a acompañarme hasta Lampazos, para hablar con los padres de Angelina. Así lo hicimos y todo se arregló sin el menor tropiezo, pues la boda quedó concertada para la primera semana de enero.

Arreglado este asunto, salí de mi tierra a mediados de julio y llegué a la ciudad de México con el propósito de permanecer alejado de la lucha por el poder y de consagrarme por completo a la construcción de mi futuro hogar. Había que escoger una casa y arreglarla, comprar muebles y enseres, preparar todas las cosas que requiere la instalación de un nido. La tarea se iluminaba con la ilusión y me ayudaba a ver el nuevo panorama del país sin pasiones ni resentimientos. Era un espectador, sólo un espectador que miraba el desfile de los sucesos sin tomar parte en ellos. Te-

nía la intención firme de no volverme a incorporar en la caravana de los acontecimientos. Con frecuencia aparecían en "Nueva Era" y en otros periódicos maderistas, ataques ásperos en contra de los que estábamos caídos; pero yo no sentía la menor tentación de recoger el guante que se me arrojaba, para engolfarme en una polémica desagradable. ¿Cuánto tiempo iba a permanecer en aquella serena inactividad?

Un día me encontré en la calle a don Fausto Moguel que había quedado como director de "El Imparcial" mientras su propietario, don Rafael Reyes Spíndola se encontraba en Europa. Lo acompañé hasta la puerta del diario, y él me convidó a entrar para seguir conversando. Ya en la dirección, tuvo la gentileza de preguntarme: ¿no le convendría venir a formar parte de nuestra redacción? Yo le agradecí su gentil invitación, pero le dije que aún no era tiempo de volver a la barricada. Y agregué: —hay que dejar que el maderismo apasionado y delirante se comience a enfriar, pues mientras dure la parranda de las utopías, nadie hará el menor caso de lo que yo pueda escribir. El señor Moguel me contestó que ya estaba pasando la borrachera popular, y que la circulación de "El Imparcial" era el mejor índice del sentir de la nación. En los últimos días de mayo —agregó confiadamente— nuestro periódico sólo imprimía 55,000 ejemplares; ahora estamos tirando 75,000, y estoy seguro de que para cuando termine este año, habremos sobrepasado de nuevo la cifra de 100,000. Esto le hace ver que el público de México, que hace dos semanas nos volvía la espalda, hoy nos vuelve a escuchar.

Me sorprendió la temperatura que marcaba

aquel termómetro elocuente, pues aunque esperaba un retorno favorable, no creía que llegase tan rápidamente. Me parecía obvio que la popularidad de don Francisco I. Madero no era sólida porque se había edificado sobre los cimientos inseguros de la locura de las muchedumbres. El carácter sentimental y confiado del caudillo, su naturaleza romántica y alucinada lo habían llevado a halagar pasiones colectivas por medio de promesas quiméricas que no se podían cumplir. No entró en la aventura política con la frialdad calculadora de un estadista sino con los estallidos volcánicos de un soñador incorregible. Y las multitudes que prefieren los sentimentalismos románticos a los razonamientos diáfanos, se le habían entregado ciegamente como se entregan en una noche de placer, los contertulios de una francachela. Y aquello no duraba, no podía durar porque las comuniones políticas que nacen en un momento de delirio, tienen por fuerza, un despertar sombrío.

Una cosa es la pasión fugaz y otra muy distinta la vinculación lenta y sólida que se va fortaleciendo con los años. Don Porfirio Díaz no tomó por asalto y con un acto de audacia, el aprecio de sus conciudadanos. Su iniciación fue heroica, su marcha fue paulatina, su ascenso equilibrado, escalón por escalón, su triunfo duradero y su obra definitiva. En cambio, el señor Madero conquistó en un instante, el alma apasionada de la Nación; su prestigio no creció con la lentitud del árbol corpulento que resiste inviernos y tempestades, sino con la exuberancia de las verdolagas que se multiplican fantásticamente pero que no soportan el primer azote de la escarcha. Se repe-

tía una vez más la ley inexorable: lo que tarda poco en construirse, tarda más poco aún en derrumbarse.

Lo más serio y trascendental era que en aquel desplomamiento de una popularidad sin paralelo en nuestra historia, no tenían nada que ver los llamados reaccionarios. La desintegración de la familia revolucionaria se efectuaba porque no había en ella una cohesión auténtica: gentes disímbolas habían coincidido al pronunciar el "no" contra el porfirismo; pero en el momento de formular afirmaciones, aparecieron las diferencias de cuna; de educación, de costumbres y de posición social. ¿Qué vinculación perenne podían tener los Madero y los Velázquez Gómez? Se juntaron para combatir contra el general Díaz, pero una vez que había caído el anciano gobernante, cada quien procuró interpretar la Revolución de acuerdo con sus ideas y sus conveniencias.

No me toca a mí averiguar ni definir quién tuvo la culpa del abismo que se comenzó a abrir entre los directores del movimiento de 1910; pero fue obvio que a los cuantos días de la victoria, todo el mundo se enteró de que el desacuerdo era completo. La cosa era muy grave porque la campaña política se había hecho con la bandera Madero-Vázquez Gómez y resultaba un disparate construir un gobierno sobre una rivalidad. Así lo comprendió el jefe de la Revolución y desde el mes de julio, hizo público su propósito de sustituir el Partido Antirreeleccionista con el Partido Constitucional Progresista, que le era adicto. Se veía claro que el doctor Francisco Vázquez Gómez iba a ser eliminado; y en cuanto a su hermano don Emilio, fueron tantas sus disidencias con el go-

bierno interino de De la Barra, que el primero de agosto tuvo que renunciar a la Secretaría de Gobernación.

Coincidiendo con este cisma, don Francisco I. Madero y don Bernardo Reyes se separaron a mediados del mes de julio. El primero se había comprometido a designar al segundo como su Ministro de Guerra, y éste a su vez, había anunciado su propósito de no rivalizar con el señor Madero en las elecciones de octubre. Aquel pacto artificial disgustó tanto a los maderistas como a los reyistas, especialmente a los segundos que recordaban la popularidad de don Bernardo en 1909 y creían posible llevarlo a la Presidencia. Error craso porque México había dejado de creer en el divisionario jaliscience que sólo iba a recoger una cosecha de desengaños.

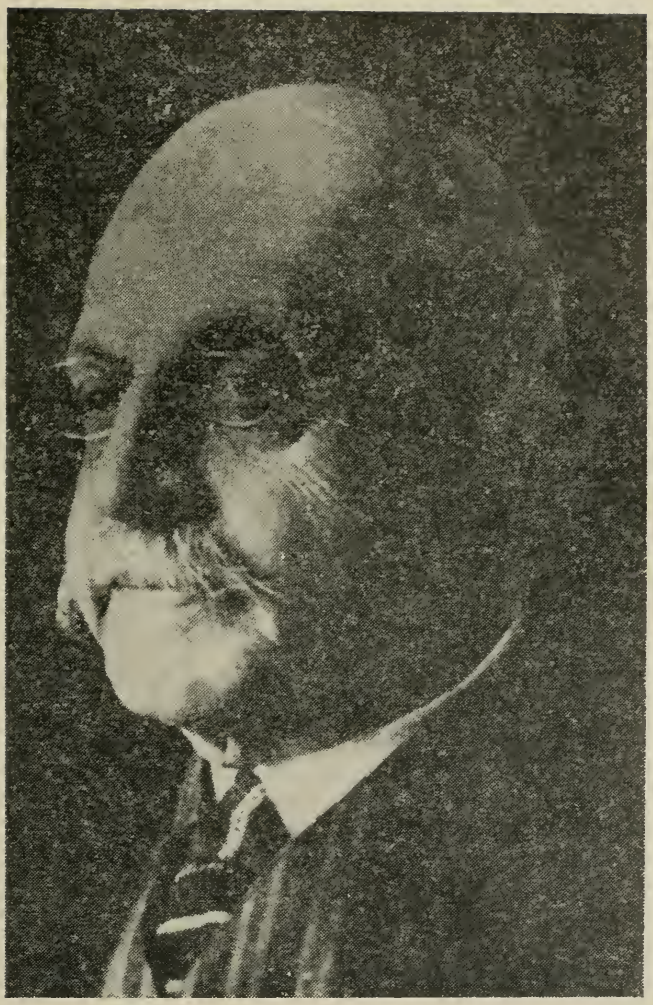
Había pues, al iniciarse el mes de agosto, tres grupos militantes: el de Madero que era el más fuerte; el de Vázquez Gómez que persistía en aspirar a la Vicepresidencia; y el reyista que no iba a llegar a los comicios. También hacían campaña el Partido Católico que lanzó la candidatura vicepresidencial del señor De la Barra y el Partido Popular Evolucionista que fundó el Lic. Jorge Vera Estañol, pero que no participó en las elecciones. Nadie ponía en duda el triunfo del señor Madero, pero se miraba con zozobra que su prestigio había disminuido en forma alarmante. El país necesitaba una orientación segura, y solamente los ciegos no veían la dispersión revolucionaria. Pascual Orozco y los "colorados" del norte se sentían desilusionados mientras que Emiliano Zapata preparaba su rebelión. En cuanto a la masa general del país, pasada la borrachera de mayo

de 1911, comenzó a sentir que el "paraíso artificial" se transformaba en un purgatorio auténtico que podía conducir al infierno.

Yo veía todo aquello como espectador. Mucho se ha dicho que fui de los irreductibles que comenzaron a hostilizar al señor Madero desde el día de su triunfo: pero eso no es cierto como lo puede comprender quien se tome la molestia de analizar mi situación en aquel entonces. Todos sabían que yo era más adversario del general Reyes que de Madero, y por lo mismo, habría sido absurdo que renegara de mi pasado para vincularme con el ex-gobernador de Nuevo León. Y en cuanto a los hermanos Vázquez Gómez, también se encontraban más lejos de mi ideario político que el señor Madero.

Pero sobre todo, ¿qué objeto podía tener en lanzarme contra los candidatos cuando ellos mismos se hostilizaban recíprocamente? ¿Para qué emprender una lucha que me era extraña? ¿Qué podía ganar tirándole a Madero cuando los reyistas y los vazquistas le decían horrores? Y en cuanto a Reyes, yo no necesitaba dirigirle requisitorias candentes, porque de eso se encargaba "Nueva Era", el órgano maderista que había superado a "El Debate" en virulencia y en procacidad.

En aquel tiempo, dirigía José Ferrel "El Demócrata", un diario vespertino al cual enviaban sus remitidos violentos los pugnadores de los diversos bandos. Y me contó un redactor que Ferrel, al mirar sobre sus mesa tanto material hostil, solía exclamar: "¡destrozaos los unos a los otros!". Y en efecto, se estaban haciendo pedazos los hombres de la Revolución.



Ing. Francisco Bulnes

LA PARTIDA DE LA PORRA

EL ABUSO DE LA VICTORIA

Desde agosto de 1911 comenzó a entrar en acción la Porra, o sea un grupo formado por gritones y lapidadores que se dedicaban a castigar con alaridos y pedradas a quienes se oponían a la candidatura Madero-Pino Suárez. El procedimiento no podía ser más estúpido porque aunque la popularidad del Jefe de la Revolución triunfante había disminuido considerablemente, con los numerosos partidarios que le quedaban, podía arrollar fácilmente a todos sus rivales. Aquel descenso de prestigio era la reacción lógica de un ascenso exagerado. Las aclamaciones del siete de junio no habían sido normales y no podían ser permanentes. Si el señor Madero hubiera conservado aquella aureola excepcional, además de conseguir la Presidencia de la República, habría justificado el proceso de su canonización.

Es de justicia decir que la Porra no se lanzó a agredir a los porfiristas ni a los corralistas que habían quedado fuera de combate sino únicamente a aquellos políticos que querían aprovecharse del triunfo de la Revolución para eliminar a Madero. Los reyistas anunciaban francamente su propósito de adueñarse del mando, y por tanto, se oponían a su candidatura presiden-

cial; los demás se conformaban con nulificarlo por medio de un Vicepresidente como el doctor Francisco Vázquez Gómez o el licenciado Francisco León de la Barra que lo pudieran sustituir en el caso de que se presentase una grave crisis política.

Los maderistas resintieron profundamente aquellos propósitos y se dedicaron a sembrar el terror en sus adversarios. Aquel empeño de atemorizar era torpe e inútil porque como ya lo dije antes el triunfo electoral de don Francisco I. Madero era inevitable.

Nunca tuve noticia de que fueran lapidados el señor De la Barra ni los hermanos Vázquez Gómez, pues el diario maderista "Nueva Era" se conformaba con injuriarlos. En cambio el general Reyes y sus simpatizadores sí fueron lapidados y a mí me tocó presenciar aquella singular pedrea. Como yo temía el retorno político de don Bernardo por las repercusiones que su resurgimiento pudiera tener en el Estado de Nuevo León, salí de mi casa el primer domingo de septiembre con el propósito de presenciar la manifestación organizada para esa fecha por el doctor Samuel Espinosa de los Monteros. Yo quería ver el número de los reyistas agrupados, aunque tenía la impresión de que era imposible que don Bernardo pudiese competir en popularidad con el Jefe de la Revolución.

El día anterior, había conversado largamente con don Francisco Bulnes quien confirmando mis apreciaciones antirreyistas, me anunció que el fracaso del general Reyes iba a ser completo y hasta grotesco. Y para fundar este pronóstico,

recurrió el sarcástico tribuno a una comparación llena de espiritualidad y de gracia. Comenzó por decirme que los triunfos eróticos de don Juan Tenorio se debían a que nunca perdía su tiempo enamorando a las novias ni a las recién casadas, sino a aquellas mujeres que ya se habían cansado de sus maridos. En el primer mes de matrimonio —decía Bulnes— el esposo convida a su compañera a dar un paseo y si advierte un charco en el camino, le dice dulcemente: —"mira esa agua estancada, mi linda, para que no caiga una salpicadura de lodo sobre tu piecito de arcángel". Después de algunos meses, frente a otro charco parecido, el marido le dice a su mujer que se fije bien en el lodo para que no se vayan a ensuciar sus pies. El tiempo sigue transcurriendo hasta que llega el día en que el esposo deja de advertir peligros a su costilla, y la pobre mujer distraída se introduce en un lodazal. Y el marido exclama entonces con voz de reproche: —"¡Ya metiste la pata!".— Ese es el momento oportuno para que entre en escena don Juan Tenorio y conquiste fácilmente a la esposa desencantada.

Después del relato anterior, agregó Bulnes que las muchedumbres humanas son iguales a las mujeres, y por tanto, hay que abordarlas cuando han perdido la ilusión por los que fueron sus ídolos. La luna de miel de Madero con la nación ya se encuentra en su cuarto menguante, pero sigue siendo luna y en esas circunstancias, el general Reyes trata de enamorar a los multitudes a las que desdeñó en 1909, dejándoles la impresión muy perjudicial para un seductor de que le tenía miedo a don Porfirio. Por esta razón se va a poner en ridículo, pues nada hay tan grotesco como un

tenorio despreciado, o sea un candidato visto con indiferencia por el pueblo. Si don Bernardo tuviera juicio —terminó el gran tribuno— aguardaría pacientemente la hora de "ya metiste la pata", porque Madero la va a meter de manera inevitable.

Por los periódicos me había enterado que la manifestación reyista se iba a iniciar en la Plaza de la Constitución para seguir por las entonces calles de Plateros y la Avenida Juárez, y luego entrar en el Paseo de la Reforma. Yo caminaba hacia el oriente por el costado sur de la Alameda, seguro de encontrar el desfile que debía venir en dirección contraria a la mía. Al llegar a la esquina del jardín, casi enfrente del que es hoy Palacio de las Bellas Artes, vi a Alfonso Cravioto que también estaba atisbando. El era un maderista sincero y yo no, pero los dos coincidíamos en no simpatizar con don Bernardo, y por eso fue que esperamos juntos el paso de aquella caravana política. Le conté la mordaz apreciación de don Francisco Bulnes y Alfonso se desternillaba de risa.

¡Qué lástima que los maderistas no hubieran permitido que se desarrollara pacíficamente aquel acto que en vez de revelar fuerza habría exhibido debilidad! Se advertía en los mirones una indiferencia completa: ni entusiasmo ni adhesión, sino únicamente curiosidad. La cosa habría resultado incolora y desabrida y eso era peor que la misma impopularidad. Los que tienen la costumbre de dirigirse al pueblo, saben que los bostezos del auditorio son mucho más tristes que los silbidos. El poeta Díaz Mirón, dirigiéndose a sus propios versos, les dice:

"Inspirad repugnancias o estimas, pero no sin dejar hondas huellas".

Ni huellas hondas ni leves. En aquella mañana de septiembre se presentía que la manifestación reyista no iba a dejar ninguna señal a su paso; pero con gran sorpresa, Cravioto y yo vimos una turba de energúmenos que se lanzaba contra los manifestantes en el momento en que salían de la calle de Plateros para entrar en la Avenida Juárez. La trifulca se efectuó en la esquina de la calle de San Juan de Letrán: gritos estridentes, insultos procaces y una granizada de piedras. Unos reyistas se refugiaron en la fotografía Daguerre (donde ya se encontraba don Bernardo, seguramente con el propósito de presenciar el desfile de sus partidarios). Otros corrieron por la calle de Santa Isabel, y los más se internaron en la Alameda. La dispersión fue instantánea, cosa que habría sido imposible si la manifestación hubiera sido numerosa.

Los porristas, dueños del campo quedaron en calidad de sitiadores amenazantes frente a la fotografía Daguerre. Como media hora después, llegaron a la puerta de la mencionada fotografía, dos automóviles abiertos, pues en aquella época, las carrocerías de tipo sedán eran muy raras. Era lógico suponer que los coches llegaban para sacar al general Reyes y a sus adictos de aquella olla de grillos. Y en efecto salieron del edificio y subieron rápidamente a los vehículos; y los porristas que los estaban esperando, dispararon contra ellos una lluvia de pedradas. Los automóviles empezaron a rodar con velocidad, y así fue como se evitó que hubiera desgracias. ¡Qué espectáculo tan triste! ¡El ex-procónsul del norte de

México y ex Ministro de la Guerra, se escapaba desairadamente de una lapidación!

¿Quién fue el que tuvo la desdichada ocurrencia de organizar la Porra para sembrar el terror innecesario? Alguien le echó la culpa de aquellos procedimientos ásperos a don Gustavo A. Madero, y las gentes propalaron aquella grave imputación sin tomarse el trabajo de comprobarla. Así fue como se empezó a formar la leyenda negra del hermano de don Francisco I. Madero que acabó por ser considerado como el responsable de todo lo malo. El saldo de aquella trapatiesta no pudo haber sido peor: don Bernardo Reyes había exhibido su impotencia y el Jefe de la Revolución bajó muchos grados en el termómetro de su prestigio.

Al despedirme de Cravioto le dije en forma intencionada: —vea usted lo que es el destino; los reyistas de Guadalajara lapidaron el Hotel García porque allí estábamos alojados los corralistas. Rompieron todos los cristales de las ventanas y las puertas, y por tal causa fueron los iniciadores de la técnica de las pedradas; y ahora, los lapidadores de ayer resultaron lapidados. ¿No ha recordado usted con este cuadro a "El Alguacil, Alguacilado" de Quevedo?

—Se lo merecen —me contestó Alfonso— pero de cualquier modo, hay que lamentar lo sucedido.

En efecto, el espectáculo había sido odioso, pero las erupciones violentas iban a ser mucho peores unos cuantos años después, porque en vez de tirar piedras, se iban a disparar balazos.

LA REPRESALIA DE SANCHEZ SANTOS

GUSTAVO MADERO, RESPONSABLE DE TODO

Al día siguiente de la fracasada manifestación reyista, los órganos de la prensa metropolitana publicaron la crónica de la pedrea, con todos sus detalles escandalosos. Nadie se sorprendió de que "Nueva Era" sostuviese la tesis de que el pueblo mexicano había castigado merecidamente las ambiciones insolentes de don Bernardo Reyes; pero los diarios serios formularon reproches muy duros contra los lapidadores y denunciaron la impunidad que los amparaba. "El País", periódico católico, hizo algo más: publicó unos cuantos días después un editorial formidable que se intitulaba "La Partida de la Porra" que fue atribuido a don Trinidad Sánchez Santos, pero que fue escrito por el licenciado José Elguero que acababa de llegar de Morelia. A él le corresponde pues, el título de padrino acertado de aquella congregación de violentos.

Refería Pepe Elguero en aquel artículo trascendental que cuando don Amadeo de Saboya fue coronado como Rey de España, las muchedumbres peninsulares recibieron con repugnancia la importación de un monarca extranjero, y como resultado lógico de dicha repugnancia, es-

tallaron algunos brotes de descontento. Entonces, los partidarios del hijo de Víctor Manuel de Italia, resolvieron suministrarle una paliza a todos aquellos que manifestaran hostilidad contra Su Majestad. Y entraron en juego las clavas y las porras, por las que se dio a los amadeístas el nombre que Elguero le puso a su editorial. Tras de hacer ese relato el periodista dijo que en México comenzaba a hacerse lo mismo; y así fue como se comenzó a llamar porristas a todos los que sostenían la candidatura Madero-Pino Suárez.

Los aludidos se encolerizaron y respondieron con una agresión a "El País". Llovieron los alaridos y las piedras, y una de las muchas que habían quebrado los cristales de la oficina de don Trinidad, fue colocada por él mismo sobre un escritorio para tenerla siempre presente, a fin de justificar la represalia que iba a emprender. Y desde aquel día, comenzó a atacar en forma despiadada e implacable, a don Gustavo A. Madero, a quien acusaba de ser el organizador de los porristas. Para tener una idea del carácter de aquella campaña candente, basta decir que el señor Sánchez Santos fue el que le puso el mote cruel de "ojo parado". Las muchedumbres recogieron inmediatamente aquel apodo demoledor que se refería concretamente a una pupila apagada sustituida por otra de cristal. El defecto físico no se advertía fácilmente porque el ojo postizo estaba muy bien hecho y se encubría por la gafas que siempre llevaba don Gustavo.

¿Y qué tenía de particular que el hombre fuese tuerto? Al cartaginés Aníbal también le faltaba un ojo, pero eso no impidió que fuese el mejor general de su tiempo y tal vez de todas las eda-

des. Al poeta Homero, le faltaban los dos ojos, y sin embargo, sus rapsodias épicas se siguen cantando después de tres mil años.

Y ya que hablo de ese defecto físico, me viene a la memoria un episodio interesante que revela la sangre fría, el aplomo, la serenidad y la elocuencia de León Gambetta que también era tuerto: en una arenga que pronunció en el Palais Bourbón, poco tiempo después de la guerra desastrosa de 1870, quiso subrayar la fe que le inspiraba su patria y se expresó con éstas o parecidas palabras: "veo surgir a Francia rejuvenecida, la veo más fuerte y más rica que antes, la veo como siempre, conduciendo el pensamiento del mundo entero, la veo. . .". Y allí iba en su discurso, cuando uno de sus malquerientes (entiendo que fue Paul Deroulede) lo interrumpió con esta pregunta sangrienta: "¿estás seguro de ver bien, Gambetta?" Algunos diputados se rieron porque era evidente la alusión a su defecto físico; pero el formidable tribuno no se inmutó, sino que confirmando su visión optimista, respondió con energía: "sí, señores, estoy seguro de ver bien"; y señalando con el índice de su mano diestra, su pupila sana, dijo: "con este ojo estoy mirando los destinos radiantes de Francia, y me basta el otro para medir a mi interpelante". Aquella réplica inmediata y oportuna conmovió profundamente a todos los diputados que estallaron en una tempestad atronadora de aplausos.

Don Gustavo no tenía la agilidad mental que se requería para contestarle a don Trinidad como Gambetta; pero quienes lo conocieron bien aseguran que le bastaba un ojo para ver el pa-

norama de 1911 con mayor claridad que su hermano don Francisco.

Aquella embestida terrible del señor Sánchez Santos se debió a que sentía un desencanto tremendo pues aunque no había participado como hombre de acción en el movimiento del 20 de noviembre, fue sin duda alguna el periodista que más contribuyó con sus artículos de combate, al desmoronamiento del régimen porfirista. Después de medio siglo todavía recuerdo emocionado aquella requisitoria ardiente que formuló contra "los dedos chiquitos" como llamaba despectivamente a los jefes políticos de la dictadura.

Nadie como don Trinidad agitó el ambiente, despertó las conciencias, enardeció los ánimos durante los primeros meses de 1911, hasta conseguir que la opinión pública se pronunciara unánime en contra del héroe del Dos de Abril. Su campaña había sido tan eficaz que el propio don Francisco I. Madero, a los cuantos días de su arribo a la capital, hizo una visita al director de "El País", una visita de gratitud y reconocimiento.

Con este antecedente, ¿qué sentiría el formidable polemista cuando vio que tres meses después, aquellos a quienes había ayudado sin interés y sin tener el compromiso de ayudar, lanzaban contra él una lluvia de pedradas? Era hombre que no sabía dejarse y estalló coléricamente para abalanzarse sobre la Porra con el empuje brutal que lo caracterizaba, y escogió como blanco predilecto de sus saetas de fuego a don Gustavo A. Madero.

Don Trinidad debe haber sido muy joven, cuando estallaron las últimas guerras civiles de México, y por lo mismo, no podía conocer la diná-

mica de las revoluciones. Estas son complejas porque tienen miles de causas, miles de explosiones, miles de matices y no es posible cargar los excesos ni los desaciertos del fenómeno sobre un solo hombre; pero como las muchedumbres no entienden de repartir las responsabilidades con equidad, porque les resulta más fácil escoger un tipo simbólico para presentarle la cuenta total de los innúmeros responsables, mediante aquella campaña fogosa, don Gustavo se convirtió en el reo de todas las culpas.

Por otra parte, sin tomar en consideración nuestro pasado turbulento y anárquico, el señor Sánchez Santos creyó probablemente que bastaba derribar al gran gobernante oaxaqueño para que viniera una etapa de libertad y de civismo; pero como las piedras que cayeron sobre "El País" le hicieron ver que la realidad era diferente y hasta antagónica de sus ilusiones y sus esperanzas, se lanzó contra los nuevos hombres con el mismo ímpetu con que se había lanzado contra el régimen caído. Al castigar a los revolucionarios, se castigaba a sí mismo por haber creído en ellos; y como disponía de una pluma de acero que parecía empaparse en las aguas negras de La Laguna Estigia, resultó el agente más tenaz para desacreditar al maderismo, antes de que don Francisco I. Madero ocupara la Presidencia de la República.

Pero su obsesión se encontraba en don Gustavo, o más bien en "ojo parado" como se refocilaba en llamarlo. Hay que tenerles miedo a estos hombres que cambian de rumbo, porque cuando se ponen gafas negras para verlo todo sombrío es porque antes se han excedido en el uso de las an-

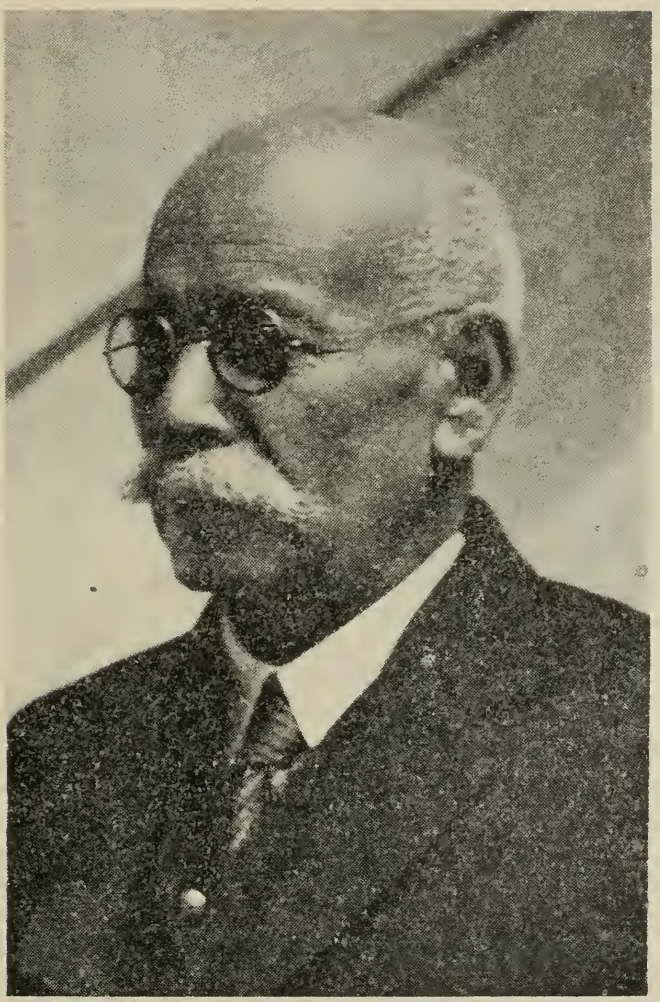
tiparras azules para mirar horizontes celestiales.

Por supuesto que yo también ataqué a don Gustavo A. Madero con crudeza; pero mi ofensiva no se inició sino un año después, cuando me enteré de que él hostilizaba mi candidatura de Nuevo León. Ya para entonces, su personalidad estaba hecha pedazos, y en consecuencia, no me podía hacer mucho daño. Se empeñó en colocarme rivales para obstaculizar mi camino: primero, quiso favorecer la candidatura de don Vidal Garza Pérez, y como se convenciera de que no podía derrotarme, ayudó sucesivamente a don Emeterio de la Garza Jr., y a don Lázaro Villarreal. Claro está que lo hacía porque recordaba la campaña de "El Debate", y además porque tenía derecho para hacerlo; pero yo también me consideraba con el derecho de capitalizar su descrédito político para avanzar hacia adelante. En síntesis, me hacía un bien indirecto al ponerme enemigos enfrente de mi barricada pues me daba la oportunidad de cosechar aplausos diciéndole al pueblo que la Porra era un oprobio nacional. Después de cerca de medio siglo, no tengo ningún inconveniente en reconocer que hasta en las guerras más legítimas, los beligerantes (y yo entre ellos) suelen cometer injusticias.

En cierta ocasión, durante el primer Imperio, alguien mencionó delante de Napoleón a Maximiliano Robespiere; y el César francés, repitiendo el nombre del célebre diputado de Arras, exclamó melancólicamente: "le bouc emissaire". Se referia al cuento de la rebelión de los animales contra el león, a quien le enviaron un mensaje arrogante y comisionaron al chivo para que se lo entregara. Naturalmente, el león mató al emisa-

rio. Y eso fue lo que le pasó al infortunado Robespiere que pagó en la jornada de Termidor no sólo sus culpas personales sino las de todos los exaltados de la Montaña. Los mismos que le cortaron la cabeza habían sido tan guillotinadores como él. Pues bien, en el primer capítulo de la Revolución, le tocó a don Gustavo ser el chivo expiatorio. Su hermano Francisco murió trágicamente, pero había saboreado la gloria porque nadie en la historia de México fue tan popular como él. Sólo para don Gustavo no hubo recompensa porque le tocó llevar sobre sus hombros, las responsabilidades de todos los revolucionarios.

¡Esa fue la represalia de don Trinidad Sánchez Santos!



Dr. Francisco Vázquez Gómez

LA RIVALIDAD MADERO-VAZQUEZ GOMEZ

ESTRANGULACION DEL PARTIDO ANTI-REELECCIONISTA

No voy a hablar como actor sino como espectador. Como nunca fui revolucionario, no me toca aquilatar los méritos ni las responsabilidades de los hombres de la Revolución, pero tal vez por eso pueda hablar desapasionadamente de los conflictos graves que determinaron la desintegración de los vencedores de 1911. ¡Cuánto se ha escrito sobre los Tratados de Ciudad Juárez! Se ha acusado a don José Ives Limantour de haber traicionado al general Porfirio Díaz, y a don Francisco I. Madero de haberse olvidado de sus compañeros de lucha. A mí no me interesa defender a ninguno de los dos personajes, y si desecho las dos acusaciones es porque me parecen absurdas.

Por diversos motivos, Limantour y Madero querían la paz en mayo de 1911; pero me parece fantástico que se pusieran de acuerdo y concertaran un pacto inverosímil de compadres. Conforme a ese supuesto pacto, el Ministro de Hacienda sacrificó al Presidente Díaz, y el Jefe de la Revolución hizo a un lado a don Emilio y a don Francisco Vázquez Gómez, con la finalidad de usufructuar la nueva situación que se estaba crean-

do. ¡Hasta dónde llega la imaginación caldeada por las pasiones políticas!

Mi sincera impresión es que ni Limantour le arrancó la renuncia al anciano Dictador con engaños, ni tampoco Madero entregó a los hermanos Vázquez Gómez como víctimas propiciatorias para conseguirse la complicidad del famoso financiero. Antes de embarcarse en el Ipiranga, el héroe del Dos de Abril tuvo en el Puerto de Veracruz una conversación interesante con una vieja amiga de los tiempos de Tuxtepec, cuyo nombre no estoy autorizado a revelar. Ella le reclamó por abandonar la lucha cuando apenas había caído en poder de los revolucionarios una plaza de secundaria importancia como Ciudad Juárez; y don Porfirio le contestó que nunca había consentido en que los soldados se mataran por causa suya, sin compartir con ellos los azares y los peligros de la guerra. —Ya no puedo ponerme al frente de un Ejército —dijo textualmente— y sería indigno de mí prolongar un combate en el que no puedo participar. En otros términos, se sintió viejo e incapaz de sostener la pelea.

Yo atribuyo la leyenda negra de Limantour a que era un político muy deficiente que no supo atraer amigos, y en cambio se creó muchos adversarios. Su porte aristocrático, la conciencia de su superioridad técnica, y sobre todo su frialdad altiva daban la impresión de que era un extranjero. Fue porfirista pero no tan vinculado con el caudillo como los demás miembros de la familia oficial. Por otra parte, fue el que menos sufrió con el derrumbamiento porfirista, pues al trasladarse a Francia no experimentó las amarguras de un destierro completo. Hablaba el francés mejor

que el español, vivía en París como un prócer; era miembro del Instituto y eso le permitía codearse con los intelectuales de mayor prestigio; era consejero de varias instituciones bancarias, en una palabra, se sentía como en su propia casa. Todo convida a inferir que no defendió la causa porfirista con el fuego con que pudo haberlo hecho cualquiera otro; pero de cualquier modo, es injusto arrojar sobre él el estigma de traidor.

En cuanto al choque del señor Madero con los hermanos Vázquez Gómez, lo único que sorprende es que no rompieran lanzas sino hasta julio de 1911. Coincidieron en el propósito de oponerse a la última reelección porfirista; pero en todo lo demás, las rutas que seguían no sólo eran diferentes sino diametralmente opuestas. Diferente cuna, distinto medio, desigual educación, disímil estructura mental y como consecuencia lógica, discrepantes puntos de vista para abordar los problemas políticos y sociales.

El hecho fue que la Revolución, al triunfar, dio señales de encontrarse no solamente dividida sino tasajeada, descuartizada, pulverizada. ¿Quién tuvo la culpa de la discordia? Madero dijo que los Vázquez Gómez, y éstos a su vez, arrojaron la responsabilidad sobre el Jefe de la Revolución. Seguramente, los tres eran sinceros; pero los observadores, que no teníamos ningún interés en la disensión, podemos decir que ninguno de estos personajes pudo ser responsable de acontecimientos ineludibles.

Don Francisco I. Madero y los dos hermanos Vázquez Gómez se dividieron en 1911 por la misma razón que separó a Robespiere de Dantón en la Revolución Francesa. También se abrieron abis-

mos infranqueables entre el Cura Hidalgo y don Ignacio Allende durante la guerra de Independencia. Y se repitió el mismo fenómeno con don Benito Juárez y don Porfirio Díaz después de la lucha contra los franceses. ¿Y qué decir de las hondas rivalidades que surgieron después de 1911 entre tantos otros caudillos revolucionarios? Carranza y Villa se convirtieron en enemigos mortales, en el preciso momento en que triunfaba el movimiento constitucionalista; luego, en 1920 se separaron hostilmente de don Venustiano los generales Alvaro Obregón y Pablo González; y después les llegó el turno al general Calles y a don Adolfo de la Huerta en 1923; y a Obregón y a Serrano en 1927, y a Calles y a Cárdenas en 1935. Cuando se contemplan de cerca los acontecimientos, se advierte que cada caudillo tuvo su "razón personal" para obrar como obró; pero desde una lejanía imparcial, se ve claramente que una fuerza superior a ellos mismos, los obligó a divorciarse y a combatirse con encono. Lo que pasó en 1911 es lo mismo que ha pasado y seguirá pasando en todas las convulsiones sociales.

Lo curioso es que todas estas fogosas beligerancias se desatan en torno de un mito: el de la unidad revolucionaria. En nombre de ella fueron eliminados los hermanos Vázquez Gómez, como cuatro años después fue eliminado Pancho Villa, y en 1919 Emiliano Zapata y en 1920 el propio don Venustiano Carranza. Por supuesto que es un absurdo invocar la "unidad de la Revolución", cuando cualquier estudiante de sociología sabe que las revoluciones nunca han tenido unidad.

Con motivo de estas divergencias irreconciliables, se formula la siguiente interrogación:

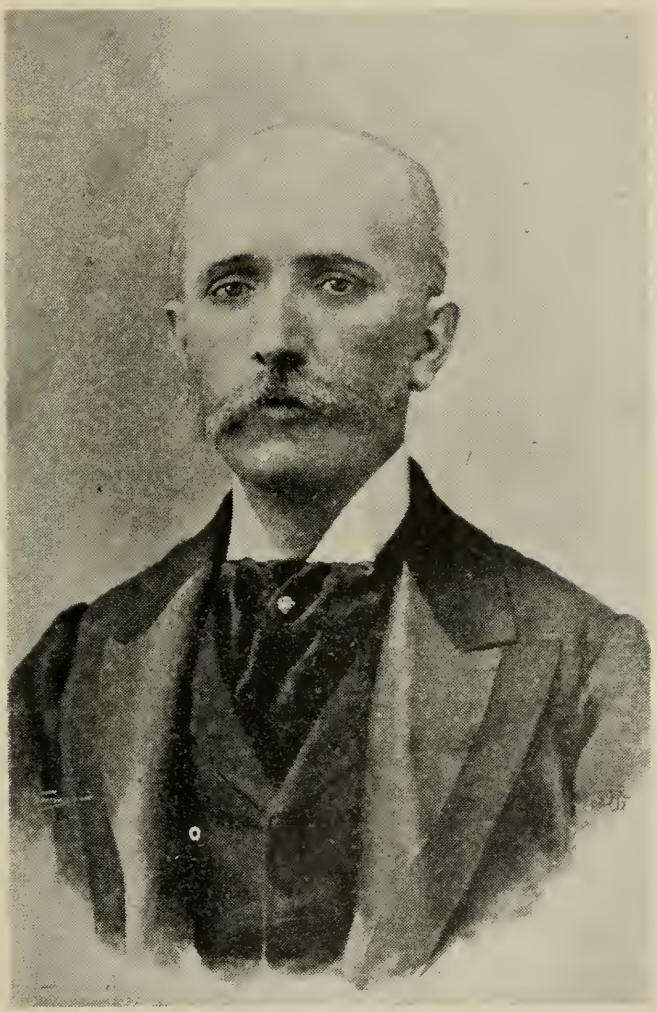
¿cuál de los dos combatientes es el más revolucionario? Para poder contestar con acierto, hay que comenzar por establecer que la Revolución va siendo diferente en cada una de sus etapas. En 1789 los "Feuillants" se veían como hombres de vanguardia; pero no tardó mucho tiempo sin que los diputados de la Gironda los comenzaran a mirar como reaccionarios y retrógrados. Pero luego, les tocó sentir a los girondinos el desdén con que los exaltados de la Montaña los consideraran como vacilantes, tibios y retardatarios. Y vino el afán de probar que lo que ayer era fuego, resultaba 24 horas después, más frío que un témpano de hielo. Alguien llamó en México hace algunos años "marathones de radicalismo", a ese pueril esfuerzo de querer ser más revolucionarios que los mismos autores de la Revolución.

Subir el matiz es relativamente fácil y a veces convincente: lo difícil es dar color en el momento oportuno y debido. Robespierre pudo jactarse de haber enviado a muchos "Feuillants" a la guillotina; pero ni él ni los demás guillotinadores tuvieron el mérito de escribir "Le Tiers Etat" (El Tercer Estado) del Abate Sieyes, que fue la biblia ardiente que preparó el estallido volcánico de 1789. Los verdugos de 1793 hicieron cortar muchas cabezas de aristócratas y de revolucionarios que les parecían sospechosos, pero ninguno de ellos se atrevió a enfrentarse con Luis XVI cuando se encontraba en el zenit de su poderío. El rey le ordenó al Marqués de Dreux Brezé que disolviera la Asamblea de los Estados Generales, y cuando pretendió hacerlo, se le enfrentó el Vizconde de Mirabeau con estas palabras llenas de valentía: "id a decir a vuestro señor (mai-

tre) que estamos aquí por la voluntad del pueblo y que no saldremos más que por la fuerza de las bayonetas". Y esa arrogancia heroica frente al poder real, vale más que todas las crueldades y venganzas que se desencadenaron después. Por eso es que en la Cámara de Diputados de París, el bajo relieve en bronce de Dalou eterniza aquella escena conmovedora como cátedra de independencia parlamentaria.

En México sucedió algo parecido: despues de que don Francisco I. Madero prendió el incendio, son muchos los que pretenden ser más revolucionarios que él. Probablemente lo son, pero lo que cuenta frente a la posteridad, es haberlo sido en el momento en que era necesario serlo. Los hermanos Vázquez Gómez pueden alegar haber sido más radicales en las conferencias de Ciudad Juárez; Obregón y Calles pueden decir que favorecieron más a los obreros; el Presidente Cárdenas está en posibilidad de sostener que él repartió más tierras que todos sus antecesores juntos; pero fue Madero el que escribió el libro "La Sucesión Presidencial 1910"; y Madero también fue el que inició personalmente la campaña democrática en 1909; y Madero finalmente, el que redactó el Plan de San Luis Potosí, cuando todavía don Venustiano Carranza asistía puntualmente a las sesiones del Senado porfirista. Por eso fue que Madero, a pesar de sus errores, deficiencias, veleidades y contradicciones, siguió siendo el Jefe indiscutible de la Revolución.

Y conste una vez más que no estoy hablando como actor, sino únicamente como espectador imparcial de los acontecimientos.



DE LA BARRA Y LA REVOLUCION

UNA INCONGRUENCIA FATAL

Al evocar los cinco meses y medio que estuvo don Francisco L. de la Barra al frente de los destinos nacionales, debo comenzar por decir que no tuve ningún contacto político con él durante su interinato. Sólo lo vi desde lejos en dos ocasiones: la primera, en las tribunas del Hipódromo, presenciando unas carreras de caballos, y la segunda, desde mi butaca de diputado, cuando leyó su mensaje presidencial, el 16 de septiembre de 1911. La primera vez que estreché su mano, fue al finalizar una velada que se celebró un año después en homenaje de don Marcelino Menéndez y Pelayo con motivo de su muerte. El ex Presidente que era entonces Senador de la República, tuvo la gentileza de felicitarme por el panegírico que le dediqué al titánico polígrafo de España.

¡Cuánto se ha hablado del señor De la Barra para exaltarlo con exageración y para denigrarlo con injusticia! Sus devotos lo llamaban "el Presidente blanco" y se cuenta que don Rosendo Pineda corrigió maliciosamente este título diciendo "el Presidente en blanco". La verdad es que ambas apreciaciones se salen de la ponderación y la mesura.

Con aquella mirada certera de águila con que don Porfirio Díaz penetraba instantáneamente hasta el fondo de las conciencias, para ver las cualidades y los defectos de las gentes que gravitaban en su derredor, advirtió que De la Barra era el diplomático por excelencia. En el fondo, patriotismo, cultura y honradez; en la forma, discreción, elegancia y pulcritud. De apariencia gentil, su rostro de facciones suaves era como una anticipación de benevolencia; su trato exquisito confirmaba plenamente la impresión agradable que causaba a primera vista. Tenía todas las virtudes que Lord Chesterfield quiso sembrar en el espíritu de su hijo, para hacer de él un caballero perfecto. No se limitaba a cumplir los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, sino que de acuerdo con el Carlos II pintado por Chesterton, siempre estaba listo para observar los diez mil mandamientos que impone la cortesía mundana. Y esto lo hacía sin afectación, sencillamente con la naturalidad con que la nieve exhibe su blancura y el diamante su fulgor.

No se crea por eso que De la Barra era un hombre de puras fórmulas sociales como decían muchos de sus críticos, porque si hubiera sido tan sólo un caballero de salones, el general Díaz lo habría retenido a perpetuidad en las suntuosas cortes europeas; pero desde el momento en que le confió la Embajada en Washington, fue porque lo consideró como un pararrayos que podía detener o por lo menos amortiguar las descargas eléctricas que nos llegaban del norte. Durante la Segunda Guerra Mundial y con motivo de la puñalada traidora que le asestó Mussolini a Francia, circuló el siguiente chiste: un individuo pre-

gunta si se concibe algo más grave que la amistad de Italia; y el interlocutor contesta: —sí, la protección de Inglaterra. Pues bien, los mexicanos de hace cincuenta años, podían presentar como colmo la vecindad de los Estados Unidos. Don Justo Sierra describía nuestras relaciones con los Estados Unidos con esta simple pregunta: ¿se imagina usted escribir sobre una mesa que se está moviendo?

A De la Barra le tocó lidiar en Washington con el Secretario Knox, el político más impermeable al derecho y a la justicia que ha desfilado por el Departamento de Estado. Su propósito de aprehender al Presidente de Nicaragua, Zelaya, para llevarlo a los Estados Unidos y ponerlo bajo la jurisdicción de un juez norteamericano, revela su falta de respeto hacia la soberanía de los otros países. Con un hombre así, tan áspero y brutal, habría fracasado el mismo Talleyrand. La mesa mexicana se movió más que nunca y estalló la revolución.

Alterada la paz, el General Díaz aconsejado por Limantour, resolvió cambiar de gabinete para satisfacer la opinión pública y amortiguar el ímpetu revolucionario. Entre los hombres nuevos y apolíticos, vino a México don Francisco a ocupar la Secretaría de Relaciones Exteriores que en aquel tiempo también era la segunda Vicepresidencia de la República. Como el propósito de rejuvenecimiento administrativo no satisfizo a las muchedumbres insurreccionadas, el general Díaz optó por renunciar, limitándose a pedir a los revolucionarios que la transmisión del mando se hiciera sin violentas trepidaciones; que las reformas inscritas en las banderas de 1910 se lleva-

ran a cabo dentro de los carriles de la Ley. Se firmaron los Tratados de Ciudad Juárez y así fue como el señor De la Barra llegó a la Presidencia de México.

En mi concepto, aquel arreglo fue benéfico para el país porque se retrasaron por tres años las irrupciones violentas de 1914. Por supuesto, los revolucionarios opinan de distinta manera y esa opinión colocó al Presidente interino en la situación más falsa e insostenible de nuestra historia. Porque aunque sólo se hiciera cargo del poder provisionalmente, se hallaba en contradicción espiritual con los vencedores. La Revolución era un desbordamiento de pasiones y De la Barra el hombre de los ímpetus contenidos y los esfuerzos canalizados; la Revolución seguía las líneas zigzagueantes de las descargas eléctricas y él quería seguir la serena trayectoria de una parábola ascendente. Resultaba pues la disciplina en medio del desorden, la proporción en una época desproporcionada, el afán de perspectiva en un cuadro como los que pintaban los artistas anteriores al Renacimiento, donde las figuras y las cosas se amontonan en un mismo plano. El quería sostener con puntales una estructura llena de grietas, mientras los revolucionarios pedían que siguiera adelante la demolición. Era un hombre de paz frente a un Niágara tumultuoso; un representante de la gentileza en medio de una tempestad deshecha.

Como era de esperarse, los radicales protestaban contra la actuación del Ejecutivo, como habrían protestado también contra Arístides el Justo o contra Pericles el constructor. Luis Cabrera lo dijo con claridad: la Revolución es la Revolu-

ción. Don Francisco quería enfrentarse con la borrasca y se le pedía que soltara el timón para que la nave fuese arrastrada libremente por las olas embravecidas de la tormenta desencadenada; se esforzaba por apagar el incendio, mientras los revolucionarios exigían que las llamaradas se siguieran extendiendo hasta acabar de carbonizar la obra porfirista. No era contra un hombre sino contra un sistema, contra quien se erguía la Revolución triunfante.

Si a esas exigencias se agrega que los hombres del pasado reclamaban constantemente a De la Barra que cumpliera las fórmulas legales, se llega a la conclusión de que el Presidente interino no podía darles gusto ni a las derechas ni a las izquierdas. El hombre no era de bronce, le resultaba imposible convertirse en revolucionario y no se atrevía a ser un reaccionario de cuerpo entero. Estaba fuera de ambiente, como una figura elegante de Van Dyck en una galería tenebrosa de dibujos espeluznantes de Goya.

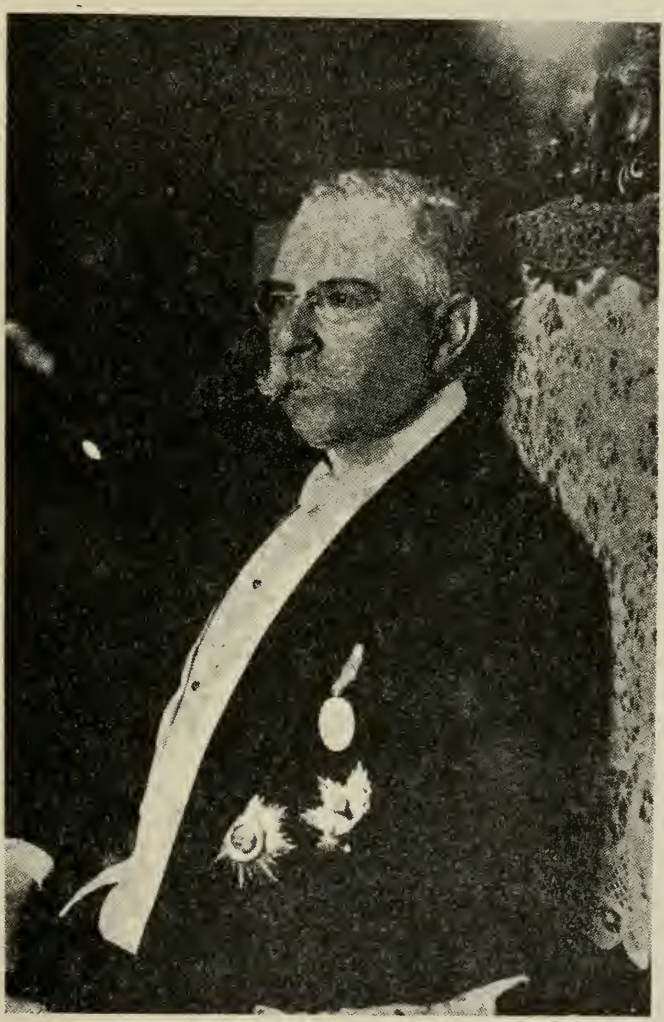
Aquella inadaptación no era excepcional en la historia humana. El marqués de Lafayette hizo un papel brillante al lado de Jorge Washington, pero tuvo que chocar con las intrasigencias unilaterales de Dantón y de Robespierre; Maximiliano de Hapsburgo hubiera sido un excelente monarca en cualquier país europeo, pero en medio de los torbellinos mexicanos, no pudo tener otro desenlace que el del Cerro de las Campanas. Para conducir, o más bien para ser conducido por el pueblo, se necesita ser un Marat, no un Chateaubriand. De la Barra tenía todas las cualidades para ser el timonel de la nave de oro que boga hacia la isla encantada de Cytheres pero el

destino lo empujó a la canoa trágica de Caronte que conduce a las moradas infernales.

Alguien tenía que pagar por aquella notoria incongruencia y comenzaron a llover sobre De la Barra las invectivas más crueles. El Partido Católico lo había proclamado como su candidato a la Vicepresidencia y él cometió el error de no declinar su postulación que daba motivo a conflictos inevitables. Se dejaba querer sin considerar que los que reciben incienso también contraen responsabilidades, pues los vivas a De la Barra sonaban como mueras a Pino Suárez y al mismo Madero. Los revolucionarios estimaron que esa actitud era desleal, ya que sin el asentimiento del caudillo de 1910, el distinguido diplomático no habría llegado nunca a la Presidencia de la República.

De la Barra no entendía aquella reacción hostil de los maderistas como tampoco podía entender que su popularidad era artificial, puesto que se empleaba como medio de ataques a los vencedores de 1911. Había aceptado entregar el poder a Madero y no sospechaba que con su candidatura vicepresidencial se quebrantase en parte su compromiso. Se le pidió que fuese el puente entre la situación pasada y la que se iba a formar, pero los maderistas no se conformaban con que les dejara el paso franco, sino que además esperaban su sumisión a ellos cosa imposible y tan extravagante como pedirle a una brisa que se transforme en huracán, como querer que un celaje dorado se convierta en tempestad, como pretender que un caballero de formas exhiba garras de tigre y colmillos de tiburón.

Se buscaron sus defectos que no eran extraor-



Don Francisco L. de la Barra

dinarios como tampoco lo eran sus merecimientos. Y se le atacó entonces por sus formas impecables. ¡Cuánto se habló con ironía de su pechera inmaculada, de sus sonrisas dulces, de sus cortesías exquisitas y hasta de sus corbatas y levitones a los que aludió donosamente el propio don Miguel Macedo! El propósito era presentarlo como un figurín y hasta como un figurón. ¡Como si el aseo y la elegancia fuesen defectos; como si la forma cuando está cincelada con buen gusto no se convirtiera en fondo, según dijo el más grande de nuestros poetas líricos!

Lo peor de todo fue que el señor De la Barra, para no desbaratar aquella reputación de "hombre de azúcar" que le habían formado, quiso volver y volvió a la vida pública; pero ese otro error se comentará en su oportunidad, en otro capítulo de estas memorias.

Emiliano Zapata

FRANCISCO I. MADERO Y EMILIANO ZAPATA

LOS AGRARISTAS, INCONFORMES CON EL TRIUNFO POLITICO

El Congreso Federal reanudó sus sesiones reglamentarias el 16 de septiembre de 1911 cuando el Presidente interino leyó su mensaje de ley. El principal asunto que se ventiló en aquellos días fue el de precisar la fecha de las elecciones presidenciales. Se había fijado el primero de octubre; pero el Partido Católico, los reyistas y los vazquistas se pusieron de acuerdo para solicitar el aplazamiento de los comicios. Veían que la popularidad de Madero iba en descenso y consideraban que en unos cuantos meses, se acabaría de desmoronar. La prórroga era la última esperanza que les quedaba; pero como el Congreso era porfirista, únicamente porfirista, no tenía el menor interés en ayudar al Presidente interino ni a don Bernardo Reyes ni al doctor Vázquez Gómez en la realización de sus aspiraciones. Así pues, por una mayoría abrumadora, se confirmó que las elecciones primarias deberían efectuarse el primero de octubre.

A los diputados del antiguo régimen nos daba lo mismo que el Vicepresidente fuera éste o aquél personaje de la Revolución, y por eso no

nos apasionábamos en pro de la tardanza. Por eso fue superflua y además inoportuna, una comunicación que le dirigió don Francisco I. Madero al Presidente de la Cámara, en la que figuraban estas palabras amenazantes:

"Si dejando de tomar en consideración los altos intereses de la patria, llegasen los señores diputados a resolver que se aplacen las elecciones, aunque yo haré lo posible por calmar los ánimos y hacerles comprender que no debemos temer nada, puesto que ya el pueblo ha demostrado su omnipotencia y sabrá hacer respetar en cualquier momento su soberanía, no puedo, sin embargo, responder de lo que pueda suceder, pues como ya manifesté anteriormente, el pueblo creería que se le había traicionado, y es imposible prever cuáles serían los efectos de su cólera".

Por lo que a mi toca, "no tenía vela en aquel entierro" y además, como estaba consagrado por completo a la instalación de mi hogar (mi matrimonio se iba a efectuar tres meses después) no tomé parte en aquella lucha que no era de mi incumbencia. La voluntad de la nación era que don Francisco I. Madero ocupase la Presidencia. Una voluntad que se había enfriado mucho en los últimos cien días; pero como el único competidor estaba muy lejos de fascinar a las muchedumbres, la victoria electoral del Jefe de la Revolución estaba asegurada. Lo mismo aunque en escala mucho menor se puede decir del licenciado Pino Suárez: no era popular, pero tampoco lo eran sus rivales, ya que Madero había monopolizado la adhesión de las masas.

Los comicios de entonces eran indirectos, esto es, los ciudadanos designaban a los electores

a quienes correspondía la votación final. De los 20,145 electores que tenía entonces México, 19,997 votaron en favor de Madero, o sea más del 90%. En la elección del Vicepresidente, Pino Suárez obtuvo un poco más del 50% que era la mayoría absoluta; De la Barra fue favorecido con el 27% de los sufragios; el doctor Vázquez Gómez con algo más del 17% y cerca del 4 por ciento se abstuvo de votar. Los documentos electorales fueron turnados a la Gran Comisión que formuló su dictamen proponiendo que se declarasen legalmente electos a don Francisco I. Madero y a don José María Pino Suárez como Presidente y Vicepresidente de la República. El dictamen fue aprobado el 2 de noviembre y cuatro días después comenzó a funcionar el gobierno constitucional de la Revolución. Los derrotados denunciaron como siempre muchas irregularidades, sobre todo en relación con la Vicepresidencia; pero a pesar de dichas irregularidades, aquellas elecciones fueron las únicas auténticas que se han efectuado en nuestro país.

En la última quincena del interinato se efectuó una sesión tempestuosa en la Cámara, con motivo del incendio zapatista que, lejos de haberse aplacado en Morelos, se había extendido por los Estados de Puebla y de México, y hasta había aparecido como una amenaza en los aledaños del Distrito Federal. Las gentes alarmadas temían que la rebeldía suriana llegase a las poblaciones de Tlalpan y Xochimilco, como había llegado a Milpa Alta; y en esas circunstancias, para calmar a la opinión pública, el general José González Salas anunció que Emiliano Zapata se rendiría tres días después de que Madero se hiciera

cargo de la Presidencia. Aquella declaración provocó una sacudida brutal en todas las clases sociales. Un grupo de diputados presentó la iniciativa de interpelar a los secretarios de Gobernación y de Guerra para que cada uno por su lado informara sobre la situación auténtica del zapatismo y la manera de resolver ese problema. Se aprobó esa proposición y se aprobó también que la Cámara se declarase en sesión permanente hasta que comparecieran los Ministros citados.

El diputado José María Lozano, designado por sus colegas para sostener aquella iniciativa llamó "hombre de hierro" a don Alberto García Granados por haber asumido la responsabilidad de abrir una campaña vigorosa contra los rebeldes, y comentó las palabras confiadas del general González Salas, con estos términos sarcásticos: "el señor subsecretario de Guerra —preconizado Ministro del futuro gabinete— dijo la semana pasada que el zapatismo se rendiría tres días después de que se inaugurara el nuevo régimen, y la República entera se pregunta: ¿cómo si tenéis la divina palabra para aniquilar el bandidaje, no la pronunciáis? ¿A qué Huitzilopoxtli horrendo oficiáis, que no estáis contentos con tantas vidas segadas, con tantas propiedades destruidas, con tantas honras marchitas para siempre?".

El diputado Francisco M. de Olaguíbel fue todavía más duro en sus apreciaciones, pues dijo que el Jefe de la Revolución entorpecía la política del Presidente interino y agregó estas palabras: "el señor Madero sabe lo que hace. . . y no sé lo que quiera. . . y (yo) sólo sé una cosa, esto es, que protege a Zapata y que esto sólo puede

dar resultados fatales. Yo sé... que los bandidos indultados no se regeneran más que en las novelas románticas; que en la vida real, salpicada de crímenes, el perdón es impotente para llegar a redimirlos; yo sé que los pretorianos se volvieron contra César que los colmó de dones, y si el señor Madero apoya y protege la impunidad de Zapata, debe estar muy inquieto porque Zapata se volverá contra él".

Yo había conversado con Chema y con Paco sobre el asunto y les había dicho que lo grave era comprometer al ejército en una campaña de nunca acabar; y los dos me instaban para que subiera a la tribuna; pero yo les respondí que ya ellos habían caldeado el ambiente con exceso y que yo expondría mi punto de vista en la prensa, como lo hice en "El Imparcial" dos días después. Con la palabra de fuego de mis compañeros, la temperatura subió al rojo blanco y cuando se presentó don Alberto García Granados, fue recibido con una ovación clamorosa, en tanto que el general González Salas fue saludado con una rechifla estridente como las que se estilan en las plazas de toros.

Lo grave fue que el Ministro de Gobernación, confirmando la tesis de Olaguíbel, sugirió la sospecha de que el señor Madero estimulaba la rebelión zapatista. He aquí sus palabras textuales: "desgraciadamente, toda la buena voluntad y todo el empeño del señor Presidente, han resultado... infructuosos y las bandas de Zapata merodean por el desgraciado Estado de Morelos, hoy como el primer día que se alzaron en armas. Al contemplar tan lastimoso estado de cosas, al ver que en una campaña de dos meses, nuestro ejér-

cito no ha logrado dominar esas hordas de forajidos, no pudo menos de exclamar ante algunos representantes de la prensa, que existe una influencia poderosa que impide que las órdenes del gobierno se cumplan". Agregó que esa opinión era suya y no del régimen, y que no podía aportar datos concretos porque carecía de pruebas.

A pesar de que las dos taxativas últimas le quitaban mucha fuerza a la acusación, el cañonazo se había disparado y quedó el subsecretario de Guerra en situación dificilísima. El aclaró que la fe que le inspiraba el señor Madero para apagar el incendio revolucionario, se basaba en su popularidad y en su prestigio.

Después de aquella sesión parlamentaria, quedó en la opinión pública la impresión de que no se luchaba enérgicamente contra los zapatistas, para que el señor Madero realizara en un momento, el milagro de la pacificación. Lo que no pudo conseguir el señor De la Barra en cinco meses, lo iba a realizar el Presidente electo en cinco minutos. Las gentes creyeron que se le estaba preparando la oportunidad de repetir el famoso mensaje de César con esta pequeña modificación: "llegué, vi y pacifiqué". Y como la suposición de que la lucha en Morelos era una farsa que destilaba sangre humana, el público de galería estalló en rugidos de indignación.

Por supuesto que los hechos posteriores demostraron que no había tal farsa, que ni Madero apoyaba a Zapata ni Zapata era un títere que se dejara manejar. El 6 de noviembre se inició el régimen institucional y en vez de que se cumpliera la profecía del general González Salas, vino

entre los dos personajes un rompimiento completo. En vez de rendirse, el caudillo suriano firmó unos cuantos días después el Plan de Ayala, y de allí en adelante luchó parejamente contra Madero, contra Huerta y contra Carranza. Aquella rebeldía indomable que revelaba en medio de la devastación, un ideal evidente, cautivó a las clases populares de Morelos que lo empezaron a ver como un Espartaco.

EL CREPUSCULO DEL GENERAL REYES

LA HIDALGUIA DEL GENERAL TREVIÑO

Al día siguiente de la clausura del tercer período de sesiones del Congreso (15 de diciembre de 1911) salí con rumbo a Lampazos en donde el romance a que he aludido en capítulos anteriores se iba a coronar con el matrimonio. De este acto que fue trascendental en mi vida, me ocuparé próximamente, y entretanto, siguiendo el orden cronológico de mis recuerdos, debo dedicar estos renglones al suceso más importante que se efectuó en diciembre de 1911. Me refiero al fracaso de la revolución reyista.

Al arribar a mi tierra natal, me encontré con que las milicias improvisadas por el ingeniero Naranjo se habían convertido en un batallón perfecto. Me dijo mi primo que don Francisco I. Madero, lejos de guardar resentimiento por la oposición de los naranjistas a su tío, el licenciado Viviano L. Villarreal, lo había citado en Monterrey con el objeto de cambiar impresiones; y tras una entrevista cordialísima, él se había comprometido a colaborar en la pacificación del país. —Mi tocayo (así llamaba Pancho al señor Madero) quiere proponer al Senado de la República que me nombre gobernador de Morelos, y que los carabineros de Nuevo León tomen parte en la cam-

paña contra el zapatismo. Yo le contesté que me dejara en el norte a esperar al general Reyes, en el caso de que se atreva a cruzar el río Bravo en actitud revolucionaria. Y así estamos —concluyó mi primo— sin llegar a una resolución definitiva.

Esa resolución fue tomada el 24 de diciembre cuando recibió un mensaje lacónico del general Jerónimo Treviño en el que le anunció que don Bernardo había sido hecho prisionero en Linares. Por lo mismo, ya no había motivo para temer que se alterara el orden en Nuevo León y en Tamaulipas. El ingeniero Naranjo le telegrafió al Presidente que estaba listo para entrar en acción y como respuesta, la Secretaría de Guerra le ordenó que se trasladara con su batallón a la capital de la República.

La impresión que produce el general Reyes en aquel momento histórico es la de que había dejado de gobernar su destino para marchar inciertamente hacia donde lo quisieran llevar las circunstancias hostiles. Ya no era dueño de su voluntad —que siempre había sido vigorosa— sino víctima de casualidades adversas. No iba hacia una revolución por su propio albedrío, sino empujado por el huracán de los acontecimientos. Lo más cuerdo habría sido retirarse de la vida pública, cuando menos temporalmente; pero ¿cómo hacerlo después de la pedrea de la Porra? Cualquiera retirada habría sido vista como una fuga, y tal vez por ello, salió del país para anunciar con su presencia en San Antonio, Texas, que no se había enmohecido su carácter, porque residir en la ciudad del Alamo era lo mismo que lanzar un desafío. Y como acudieran a rodearlo sus

partidarios más fieles, se vio claramente que estaba proyectando un movimiento revolucionario.

Ese movimiento no podía ser más inoportuno porque ¿cómo acusar a Madero de ser un mal gobernante cuando todavía no ocupaba la Presidencia? Don Bernardo llegó a San Antonio a fines de septiembre, y el régimen maderista no se inició sino hasta el 6 de noviembre. Lo lógico era esperar; pero los reyistas se encontraban impacientes porque dominados por el "wishful thinking" de que hablan los ingleses, se obstinaban en suponer que bastaría que el divisionario jalisciense pisara tierra mexicana, para que las multitudes se agruparan en su derredor. Suposición fantástica porque no se veía en el horizonte a ningún grupo dispuesto a secundar el movimiento. No se veía ni siquiera el núcleo inicial con que comienzan todas las revoluciones. El general Reyes había dejado la gubernatura de Nuevo León en septiembre de 1909, y como era lógico, don Jerónimo Treviño había arrojado del poder a todos los reyistas, sustituyéndolos por funcionarios que estaban del otro lado de la barricada. Luis Madelin ha dicho que en una revolución, dos años equivalen a dos siglos.

Otra circunstancia que perjudicaba a aquel pronunciamiento era la topografía del norte de México. El que recorre las carreteras que van desde Monterrey hasta Laredo o desde Ciudad Victoria hasta Reynosa y Matamoros, percibe inmediatamente que en aquellas planicies monótonas y áridas, no se encuentra una sola guarida donde se puedan esconder los perseguidos por el Gobierno. Tampoco se pueden preparar emboscadas ni dar golpes de sorpresa. Menos todavía era po-

sible reclutar partidarios en el desierto. Todo era ventaja para los sostenedores del gobierno, pues los jefes de las guarniciones podían explorar las llanuras desde las ciudades: la campaña se hacía a campo abierto y eso colocaba a los reyistas en situación peligrosísima.

Pero la calamidad mayor la encontró el general Reyes en las autoridades norteamericanas que habían sido muy complacientes y hasta estimuladoras durante la revolución maderista. En cambio, él se encontró con el reverso de la medalla. Apenas se instaló en San Antonio, cuando miles de sabuesos se dedicaron a seguir sus pasos, espiar sus actos, tomar nota de sus visitantes y enterarse de su correspondencia. Solamente aquéllos que hemos residido en esa zona y nos hemos visto acosados por enemigos invisibles, podemos figurarnos lo que sufrió el ex-Ministro en medio de una maraña de soplones especializados en el arte de perseguir a los que no se pueden defender. Vino la iniciación de un juicio, la exigencia de depositar una fianza para no entrar en la prisión; y luego, ver que esa fianza no bastaba porque con otro juicio tributario se exigía una nueva caución. Y después, otras fianzas para proteger a sus partidarios y simpatizadores. Don Bernardo no era rico y los pocos elementos que había podido reunir para comprar rifles y caballos se mermaron en forma patética; y lo peor de todo fue que su permanencia en Texas lo obligaba a la tarea desesperante de llenar el tonel de las Danaides. Cruzar el río Bravo en esas condiciones era casi un suicidio, pero el hombre se encontraba en la famosa encrucijada en donde todas las soluciones son pésimas.

Así fue como entró a México, acompañado únicamente por el licenciado David Reyes Retana, don Miguel Quiroga y dos o tres asistentes. ¿Qué podía hacer con aquel grupo insignificante en las vastas soledades del norte? Tal vez pensó llegar hasta Galeana, pero la lejanía era inmensa, y además, sus amigos en esa municipalidad, lo único que podían hacer era ocultarlo por algún tiempo, lo que significaba una responsabilidad muy peligrosa. Su orgullo le impedía ser una carga y además su calidad de caudillo revolucionario no podía exhibir tamaña debilidad. Tal vez torturado por esas consideraciones o por otras parecidas, tomó la resolución de entregarse él mismo al gobierno. Se despidió de Reyes Retana y de Quiroga, con lo que les dio oportunidad de que se salvaran, como en efecto se salvaron; y ya solo, completamente solo, llegó de noche a Linares para presentarse en el cuartel de un pequeño destacamento de rurales. El cabo primero de aquel cuerpo (jerarquía equivalente a capitán primero del Ejército) fue a ver al alcalde que era don Federico Gómez (ya mencionado en estas memorias) para darle la noticia trascendental. Federico se trasladó inmediatamente al cuartel y le propuso a don Bernardo que salieran esa misma mañana hacia Monterrey, para que su rendición se efectuase ante el general Treviño. Don Bernardo le dio las gracias por aquel noble ofrecimiento, pero sonriendo con amargura, le contestó que para certificar una derrota, lo mismo era un jefe humilde de rurales que el propio Presidente de la República. En otros términos, prefirió llegar a Monterrey como un prisionero y no simulando una situación contraria a la realidad.

El general Treviño, olvidándose de que veinticuatro años antes había llegado don Bernardo a Monterrey para poner fin al dominio que Naranjo y él tenían en la frontera, no aprovechó la oportunidad para vengar viejos agravios, pues le dijo que quedaba con la ciudad como cárcel y que no tendría otro custodio que su propio honor. ¡Así fue como el viejo veterano le dio al pueblo de México una lección conmovedora de magnanimidad y de pundonor!

En cambio, cuando la Secretaría de Guerra ordenó que el prisionero fuese llevado hasta la capital, los folicularios de "Nueva Era" recibieron al vencido con una lluvia de improperios. Para imaginarse aquel lodazal, bastan estas gotas de cieno: "el pelele erigido para hostilizar al gobierno, rodó hecho un montón de trapos, el general Reyes está ahora más abajo de Zúñiga y Miranda... etc."

El contraste de las dos actitudes no pudo ser más impresionante. El soldado glorioso que casi medio siglo antes había atravesado el territorio nacional desde Oaxaca hasta el norte, abriéndose paso entre los franceses para llegar con 300 dragones que fueron el núcleo del Ejército del Norte, lo había tratado con hidalguía máxima. En cambio, los escritores mercenarios lo habían injuriado. La moraleja es obvia: nadie puede dar sino aquello que tiene.

LA BODA DE ANGELINA

EL ADIOS A LAMPAZOS

Debo comenzar este capítulo explicando el título que le he puesto: los matrimonios de Lampazos no se apartan de la vieja tradición mexicana que les da a las novias, no el papel central sino todo el acontecimiento. La desposada frente al altar monopoliza las miradas de admiración, las sonrisas de simpatía, los abrazos y los besos, los suspiros y las lágrimas. A todo esto hay que agregar que la novia del 14 de enero de 1912 era la reina indiscutible de Lampazos, y cuando menos una princesa en los círculos sociales de Monterrey, de Saltillo y de Laredo. Era la muchacha más alegre, la más popular, la más fina y culta y con esos atributos se reunían en su derredor, todas las doncellas del pueblo. Por eso fue que al anunciarse su matrimonio, se organizó una "corte de amor" que podía rivalizar con las que se integran en torno de las reinas, en las fiestas del gay saber y de las gayas letras. A esta corte que parecía una guirnalda de flores, se agregaron las hadas madrinas que hicieron viaje especial desde Monterrey, Saltillo y Laredo, para darle mayor lucimiento a la ceremonia.

En estas circunstancias, ¿cómo podía competir el novio con la desposada? A lo más a que

podía aspirar era a representar con discreción el papel de príncipe consorte. A mí no me costaba ningún esfuerzo colocarme en ese plano, pues por lo contrario, me enorgullecía de que ella resplandeciera sin necesidad de joyas, y que llevara los azahares con la majestad y el garbo con que se lleva una corona.

Mi mamá estaba radiante de alegría; el padre de Angelina no ocultaba su satisfacción; y su madre oscilaba en un claro-obscuro de sentimientos encontrados; gozaba con la felicidad de su hija y al mismo tiempo sufría con la angustia de la próxima separación. Se veía en su rostro la expresión de la Macarena que conjuga las sonrisas con las lágrimas.

Si mi actuación en mi boda fue muy parecida a la de los comparsas, tuve la satisfacción de ver que después de la novia esplendente, los personajes que más conmovieron a la concurrencia, fueron dos miembros de mi familia; pero antes de hablar de ellos quiero relatar sintéticamente lo que sucedió en aquel día. Narración dificilísima porque en vista de la emoción que me embargaba, no puedo precisar detalles. Mi memoria que por lo general es muy precisa, al pretender reconstruir aquel acontecimiento, tropieza con la vaguedad y la fantasía. Angelina quiso que la ceremonia religiosa se efectuara en la Capilla del Convento donde ella había hecho sus estudios, y no en la parroquia principal de la ciudad. Un desfile de coches y miles de espectadores en las calles. Al llegar al templo, la Marcha Nupcial de Mendelssohn. Don Juan B. Elizondo llevaba a su hija del brazo y le seguía la corte de amor. La instaló en un reclinatorio delante del altar y yo

me puse de hinojos junto a ella. En seguida nos pusimos de pie para contraer matrimonio. Todo esto lo recuerdo confusa y revueltamente; pero sí quedó impreso en mi sensorio que en el instante de los juramentos y de los anillos, cayó sobre nosotros una lluvia de camelias. Alcé bien los ojos y vi que una gran campana blanca, mediante un cordón de seda, se había partido en dos para dejar libre una cascada de corolas inmaculadas. Estos actos los recuerdo perfectamente, pero envueltos en brumas que parecen irreales.

De la salida del templo sólo rememoro vagamente las notas de la Marcha de Lohengrin. Abrazos y felicitaciones en medio de un torbellino que me resulta imposible describir. Por todas partes veía los rostros familiares de los García y los Naranjo, de los Elizondo y los Cisneros, de mis compañeros de escuela y de toda la sociedad lampacense. Entre aquella muchedumbre se destacaban don Refugio y don Manuel García, dos ancianitos que eran los únicos supervivientes de los hermanos de mi padre. El primero contaba 88 años de edad y su noble figura rústica hacía pensar en los personajes seductores de los poemas de Federico Mistral; el segundo, de 81 años, parecía una copia del romántico pastor pintado por Guerra Junqueiro en "Los Simples". Los dos habían estado en el templo, pero por exceso de humildad, se habían abstenido de concurrir a la recepción y al banquete. Mi madre y mi hermano Arturo advirtieron su ausencia y fueron a traerlos para instalarlos en un sitio de honor. En el momento en que entraron al salón, mi hermana Aurora —que siempre fue y sigue siendo la más sentimental de mi familia— se puso de pie para

recibirlos, y abrazándolos y besándolos con ternura, estalló en sollozos convulsivos como si estuviera acariciando a nuestro padre. Eran los representantes de la estirpe de los García que estaban autorizando con su presencia la nueva rama que emergía del árbol venerable. Ante aquel cuadro enternecedor, todos los asistentes se pusieron a llorar, confirmando una vez más que los matrimonios empapados en llanto, son los verdaderos matrimonios.

De la mesa del banquete, sólo recuerdo expresiones de entusiasmo y de aleluya. Abundita Elizondo, Santa Abundita como la llamaban todos sus familiares, se había impuesto la obligación de confeccionar personalmente los manjares deliciosos en las bodas de sus hermanos y sus sobrinos. A nosotros nos ofrendó entre muchas cosas exquisitas, una galantina de pavo digna de ser saboreada por el mismo Lúculo, José Elizondo leyó un epitalamio dedicado a su sobrina predilecta, un epitalamio que tenía la vibración exultante de un peán y al mismo tiempo, la suavidad temblorosa de una plegaria. El doctor Manuel Lozano Mejía pronunció el brindis nupcial, en el que le daba el adiós de Lampazos a la novia que iba a partir. El ambiente era de éxtasis; pero aquello no podía durar: mi hermano Arturo dijo en voz alta que ya eran las tres de la tarde y que el tren de México salía a las cuatro en punto. Todos los comensales se levantaron de sus asientos, y yo le dije a Angelina que iba rápidamente a la casa de mamá Jesusita —donde me había hospedado— para quitarme "los tiros largos", echarme encima un vestido de viaje y cerrar mi maleta. Ella procedió a hacer lo mismo y unos cuantos

minutos después estábamos en la estación del ferrocarril. Allí recibimos la sorpresa mayor, pues todo el pueblo de Lampazos había acudido para decirnos adiós. Y sucedió lo que sucede en todos los pueblos; mientras las muchachas rodeaban a Angelina, los funcionarios municipales, las personas más representativas y los amigos de infancia se agruparon con gran cariño en torno mío para decirme lo mucho que estimaban que me hubiera casado en mi tierra natal.

Yo había salido de Lampazos 15 años antes y sólo había vuelto por temporadas cortas que nunca excedían de dos semanas. Mis coterráneos sabían que mi estancia en Monterrey había sido de cinco años, y que el resto del tiempo lo había pasado en la Capital de la República. También estaban enterados de mi peregrinación de un año por ciudades de los Estados Unidos y de Europa; y como todos los viajes convidan a soñar, mis paisanos daban por hecho que yo había conocido y tratado a lindas francesas en París, a criollas seductoras en La Habana, a rubias fascinantes en Nueva York y a morenas llenas de gracia en Sevilla. Además, como era diputado al Congreso Federal, me suponían en contacto íntimo con la aristocracia del régimen porfirista. Por supuesto que estas relaciones fantásticas no pasaban de ser un mito; pero ellos no lo querían creer porque se les había metido la convicción de que yo, después de pasar revista sobre las mujeres de todos los pueblos y de todas las razas, había preferido vincularme con una flor de Lampazos. Y esto los llenaba de satisfacción y de orgullo.

Uno me decía: "creíamos que te habías olvida-

do de tu pueblo y nos has probado el día de hoy que lo prefieres al mundo entero". Y otro agregaba: "eres un lampacense completo e indiscutible". Y el de más allá decía conmovido: "sabíamos que te gustaba Angelina, pero como pasaban los años sin que le declararas tu amor, nos imaginábamos que estabas enredado en alguna otra aventura". Y finalmente, no faltaba quien observara que no me había comprometido sino cuando tenía la seguridad de cumplir el compromiso. Y me gritaban en coro: "cuenta con Lampazos en todo y para todo".

—Un momento, —les respondía yo— me he casado con Angelina por que estoy profundamente enamorado de ella y no para quedar bien con mi pueblo. Precisemos el hecho de que no es Lampazos sino yo quien recibe la gracia y el favor. No me cuelguen pues, cualidades y merecimientos que no me corresponden; pero ellos insistían en sus elogios desproporcionados, haciéndome sentir que al unirme con Angelina me había unido también y para siempre con la noble ciudad norteña.

Como corolario de las anteriores consideraciones, les recité los versos de Gabriel y Galán que escucharon llenos de emoción:

> Yo aprendí en el hogar en qué se funda
> la dicha más perfecta;
> y para hacer la mía,
> quise yo ser como mi padre era
> y busqué una mujer como mi madre
> entre las hijas de mi hidalga tierra.

En eso se escuchó la sirena de la locomotora y se renovaron las ternuras en la despedida. Angelina y yo subimos rápidamente al vagón, pero

antes de ir al gabinete, permanecimos en la escalerilla para seguir viendo a aquella multitud generosa hasta el último momento. Al partir, le dije a mi compañera: nos queremos mucho y también nos quieren nuestras gentes. Estamos obligados a construir un paraíso.

EL PAGO DE UNA DEUDA PORFIRISTA

EL DOS DE ABRIL, DIA DE FIESTA NACIONAL

Desde la renuncia del general Díaz hasta el primero de abril de 1911 —un poco más de diez meses—, me mantuve en actitud pasiva sin tomar la más leve parte en la política nacional. Nada tuve que ver con las querellas que conmovían a la República, porque me sentía más lejos de los reyistas y de los vazquistas que del propio Jefe de la Revolución. El general Pascual Orozco se pronunció contra el gobierno a fines de marzo; pero tampoco me podía ligar con él. Por supuesto que estos núcleos de descontentos con el maderismo no sentían interés en vincularse con los vencidos, ya que su tesis (insostenible a mi modo de ver) era la de que don Francisco I. Madero se estaba entregando a sus enemigos.

Quedaban otras dos agrupaciones que hacían política: la del Partido Católico, con la cual yo no podía coincidir en vista de mi credo liberal; y la que había formado mi maestro de Derecho Mercantil don Jorge Vera Estañol con el nombre de Partido Popular Evolucionista. Figuraban en la segunda muchos caballeros con los que tenía afinidades intelectuales; pero sus trabajos no me inspiraban mucha fe, ni ellos tampoco podían querer mi colaboración en vista de que con el sello

corralista que traía impreso, sólo podía aportarles una contribución de impopularidad.

En esas circunstancias, esperaba el nuevo período de sesiones parlamentarias con la intención de participar en algún debate de carácter doctrinario y extraño a las pasiones desbordadas del momento. Pero... las cosas sucedieron de otra manera. El primero de abril leyó el Presidente su mensaje al Congreso de la Unión, y al día siguiente, al llegar a la Cámara, me encontré con que muchos diputados estaban resentidos porque el gobierno no había mandado izar la bandera de la Patria en los edificios públicos para evocar el asalto de Puebla. Ya para terminar la sesión, los representantes oaxaqueños, capitaneados por el licenciado Fidencio Hernández, nos convidaron a Lozano, a Olaguíbel y a mí a pasar al Salón Verde para cambiar impresiones sobre el desdén oficial hacia la fecha heroica. En total, éramos alderredor de treinta y el licenciado Hernández nos propuso interpelar al Ministro de Gobernación, a fin de que explicara porqué el gobierno maderista había borrado del calendario cívico la efemérides gloriosa.

Lozano se opuso a la interpelación y sugirió que el Congreso, en vez de entrar en conflicto con el Poder Ejecutivo, votase una ley en que se declarara que el dos de abril era una fiesta nacional. —Si interpelamos —agregó Lozano—, vendrá el Ministro y nos dirá cualquier cosa y allí termina el asunto: pero si conseguimos que la Cámara apruebe la moción —como sin género de dudas la aprobará— y el Senado la apoya —como también es seguro que la apoyará—, el Ejecutivo tendrá que promulgar la ley. Y así nos daremos el

gusto de que el Presidente revolucionario se vea obligado a rendir un homenaje al general Díaz.

Fidencio Hernández aceptó con entusiasmo la idea de Lozano y se procedió a redactar la iniciativa que se presentaría el 3 de abril. Naturalmente, todos estuvimos de acuerdo en que Lozano fuese el encargado de sostener el proyecto de ley; pero el coronel Francisco Romero dijo que aunque estaba seguro de que **Chema** desempeñaría la misión con brillantez, me proponía a mí por dos consideraciones: porque era profesor de Historia de México y porque había nacido en el Estado de Nuevo León. Se refirió a la rivalidad absurda que siempre había existido sobre el papel primario que desempeñaron los patriotas en la lucha contra el Imperio. El general Escobedo recibió la espada del Archiduque Maximiliano en Querétaro; y el general Porfirio Díaz, tras el asalto de la plaza de Puebla, ocupó la ciudad de México e instaló en ella al Presidente Juárez. En vista de la diferencia de opiniones, necesitamos que un norteño, o sea García Naranjo, apoye la iniciativa.

Así pues y en vista de la proposición del diputado Romero, Lozano fue el primero en sostenerla, y de esa manera resultó que yo, que no había terciado en aquel debate, fui nombrado para hablar en favor de un proyecto de ley que no podía serle grato al Presidente Madero.

Al día siguiente, le fue presentada la iniciativa al Presidente del Congreso don Guillermo Obregón, quien la turnó inmediatamente a la Secretaría. Como se había publicado en los periódicos la noticia, las galerías estaban enteramente llenas. Los maderistas se forjaban la ilusión de que el proyecto iba a ser recibido con una silba es-

truendosa; pero desde los últimos días de mayo de 1911, a los primeros de abril de 1912, se había operado una gran reacción en pro del Dictador caído, y el público aplaudió con entusiasmo.

Yo comencé mi discurso con estas palabras que se pueden cotejar en el "**Diario de los Debates**": "No se trata de una resurrección política. El Presidente Díaz, como dijo el diputado Aspe en memorable ocasión, "ha muerto". El porfirismo como entidad de lucha, ha dejado de alentar en nuestro medio público, para revivir en la historia al lado del juarismo y del lerdismo. No seremos nosotros los que arranquemos bloques de un mausoleo glorioso, para levantar edificaciones en donde podamos guarecernos; nuestras frentes no profanarán laureles de una tumba épica. ¡No! Estad tranquilos, espíritus temerosos e inquietos; el general Díaz no volverá a blandir su espada arcangélica de llamas, su estandarte triunfal no volverá a flamear orgullosamente sobre nuestros campos; ¡Aquiles lleva en su talón el dardo que ha circunscrito su destino!"

Como se ve, yo planteaba el homenaje fuera de la política; pero para explicar porqué el **Dos de Abril** debía ser fiesta nacional, seguí mi peroración con las siguientes palabras que no les podían gustar a los revolucionarios: "Nuestra iniciativa no tiende a restaurar un régimen que llegó definitivamente a su ocaso, sino a resucitar el culto por una jornada épica, que la pasión demagógica procura envolver en las telarañas del olvido. Ayer, por primera vez desde hace muchos años, los cañones callaron y los clarines enmudecieron al sonar la hora bendita en que nueve lustros antes, se iniciaba la última de nuestras epopeyas...

Se intenta sepultar entre tinieblas un recuerdo de gloria como si fuese un recuerdo de rubor".

Ya en ese plano inclinado, pronuncié el siguiente párrafo que fue considerado como un reto por el nuevo régimen: "Pero la verdad no admite ser confinada en el triste silencio de las criptas funerarias: la verdad, como la Esfinge del desierto, soporta intacta la cólera de los tiempos. Dice Víctor Hugo que las cenizas de los siglos cubren a Esquilo hasta los hombros, dejando ver solamente la cabeza; pero al igual del coloso de las soledades, con su cabeza llega a la altura de los dioses que la rodean, erguidos en sus pedestales. Lo que dijo el genial poeta de Esquilo, podemos nosotros decir del atrida de Oaxaca: la pasión y el odio han cubierto sus proporciones de gobernante y de estadista; la cólera y la envidia han bañado de polvo su tarea colosal de pacificador; ya sólo asoma en los horizontes su cabeza marcial de paladín; pero es tan grande, que con ella le basta para sobrepasar a todos sus compatriotas, aun cuando haya algunos que estén en la cima del Capitolio".

Al terminar esa cláusula, estalló en la galería una ovación ensordecedora, prolongada y casi delirante. Los diputados que le debían sus curules a don Porfirio, se pusieron de pie y el discurso se interrumpió durante cinco minutos. Al restaurarse la serenidad, procuré hacer ver lo difícil que es tomar por asalto una plaza. Casi todas las embestidas contra ciudades fortificadas, terminan en fracasos. Enumeré las más famosas acometidas militares de la historia que han sido rechazadas; y luego, les pregunté a los diputados: "¿Y sería decoroso que nosotros, los que ayer tocamos a

diana, permaneciésemos mudos, como los cortesanos de Luis XVIII ante el recuerdo de Marengo y Austerlitz? La leyenda napoleónica quiso ser ahogada por la envidia de los Borbones que confundieron la agonía de un régimen con la agonía de la verdad, y se olvidaron de que las victorias de Bonaparte eran las victorias de Francia".

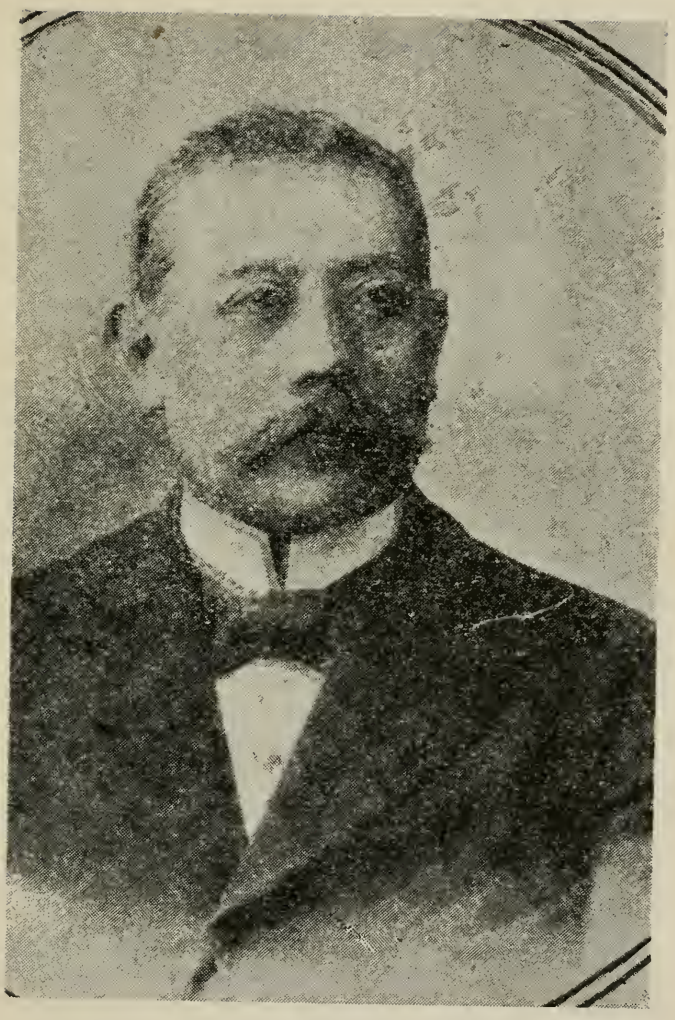
Por último, dirigiéndome a los antiporfiristas, les dije que les entregaba el recuerdo del estadista. "Podéis analizarlo sin piedad; clavad en él vuestros escalpelos; partid sus músculos; romped sus arterias; descuartizad sus nervios... Pero inclinaos ante el guerrero, porque desde hace cuarenta y cinco años reposa en el regazo maternal de la República..."

Naturalmente, los diputados volvieron a ponerse de pie y aprobaron por aclamación la iniciativa. Cuando bajé de la tribuna, advertí en mis compañeros la expresión de haber cumplido un deber sagrado hacia el benefactor de ayer. La deuda con el César que estaba en el destierro, se había pagado con la circunstancia noble de que ya no podía otorgar ninguna recompensa.

La trepidación del Congreso resultó insignificante en comparación con los pregones de los periódicos, al día siguiente. "**El Imparcial**", que había recobrado la gigantesca circulación de antes, publicó mi discurso con títulos llamativos, y una crónica entusiasta que comenzando en la primera plana continuaba en las páginas interiores. Era que también el diario que había sido oficial, estaba pagando la deuda que tenía con el Presidente caído.

La ley pasó al Senado, que la aprobó por unanimidad de votos, y la envió al Ministerio de Go-

bernación para que la promulgase inmediatamente. Sin embargo, de acuerdo con la Constitución, el Presidente podía ejercer la prerrogativa del veto, como en efecto la vetó; pero ese será el tema del capítulo siguiente.



Don Benito Juárez Maza

FUNERALES DE BENITO JUAREZ, HIJO

HACIA EL PRECIPICIO DE LA OPOSICION

¡Cuál voy! El hombre labra su fortuna
como el río su cauce, mas la cuna
y el medio siempre son
árbitros ¡ay! para las dos corrientes,
porque dan a las linfas y a las gentes,
impulso y dirección.

Pude comprobar en mí mismo la verdad de estos versos lapidarios de Salvador Díaz Mirón: mi cuna me ordenó ser antirreyista en 1909; y luego, el medio alborotado y convulso de 1911 y 1912, me fue empujando el antimaderismo en forma fatal e ineludible. No trato de esquivar responsabilidades, pues confieso haberlas tenido y muy grandes; lo único que procuro es explicar mis actos de aquél entonces.

La iniciativa de elevar el Dos de Abril a la categoría de fiesta nacional no fue mía, sino de la diputación oaxaqueña; pero como se me encomendó la tarea de fundarla, aparecí ante el público como abanderado de los porfiristas. El asunto carecía en sí mismo de importancia, y si el Presidente Madero hubiese promulgado el decreto glorificador inmediatamente y sin darle seriedad habría terminado el episodio sin dejar huella; pe-

ro tenía como Ministro de Gobernación a don Jesús Flores Magón —hombre recto y vigoroso pero lleno de resentimientos contra el caudillo del Ejército de Oriente— quien le aconsejó al Presidente que interpusiera el veto constitucional y devolviese el decreto con observaciones a las Cámaras Legislativas.

Aquel veto fue un error, porque planteó un conflicto innecesario entre el Congreso y el Poder Ejecutivo. Las Cámaras no iban a ceder en aquel punto porque habían palpado que la opinión pública miraba con simpatía el homenaje rendido al ilustre desterrado. Y en efecto, no cedieron, pues en una semana confirmaron lo que habían hecho el 3 de abril, y el Presidente tuvo que hacer por mandato de la ley y forzado, lo que pudo haber hecho sin exhibir el propósito de empañar la gloria auténtica del héroe.

¡Cuánto mejor habría sido que el señor Madero hubiera aprovechado aquel incidente para decirle al pueblo que no por haber prendido la Revolución contra una Dictadura gastada y envejecida, desconocía los merecimientos del guerrero que había luchado contra los ejércitos de Napoleón III y el imperio artificial de Maximiliano! ¡Pero no! El decreto llegó a la Cámara y puesto nuevamente a discusión, fue confirmado con dispensa de trámites en una sola sesión. Y como yo lo había sostenido en la semana anterior, tuve que confirmar la misma actitud. También hablaron en pro del proyecto, don Carlos Pereyra y el general Samuel García Cuéllar, en medio de aplausos atronadores. En cambio, don Angel Pola, que tomó la palabra en contra, fue hostilizado por el público de las galerías. En síntesis, la jornada par-

lamentaria terminó con una derrota evidente para el gobierno.

Como ya lo dejo dicho, la iniciativa partió de los diputados oaxaqueños y en forma especial, del licenciado Fidencio Hernández; pero las gentes dieron en decir que yo era el autor y eso me hacía aparecer como adversario del señor Madero. Y lo peor fue que poco tiempo después la misma diputación oaxaqueña me hizo otra encomienda que confirmó la presunción de que yo era un oposicionista. Sucedió que habiendo muerto súbitamente el gobernador Benito Juárez, Fidencio, sostenido por sus conterráneos, propuso que se me nombrara para hacer el panegírico del hijo del Reformador, en representación de la Cámara de Diputados.

En verdad, aquella comisión significaba para mí un compromiso muy desagradable porque durante la campaña electoral de 1909, yo había estado en contra del gobernador de Oaxaca. "El Debate" lo había definido cruelmente con estas palabras: "es un nombre, pero no un hombre". Y para diferenciarlo de su ilustre padre, cada vez que se refería a él lo llamaba Benito J. Maza. Fuera del hecho de descender del ilustre repúblico y llamarse como él, ¿qué se podía decir en su honor? Manuel Calero y Diódoro Batalla lo habían colocado en la Presidencia del C.O.D.P.D. (Club Organizador del Partido Democrático) como quien coloca una decoración.

—¿Qué panegírico quiere usted que yo haga de Benito? —le pregunté al licenciado Hernández. Y él me contestó que era el hijo del Benemérito y que cualquier tributo que se le rindiera se reflejaba como homenaje sobre el Presidente de bron-

ce. —Pero él, en lo personal ¿qué es lo que ha hecho? Y Fidencio me contestó que Benito había defendido con dignidad y entereza la soberanía del Estado de Oaxaca.

He aquí el episodio a que se refirió el licenciado Hernández: al poco tiempo de haberse hecho cargo de la gubernatura, Juárez hijo nombró un jefe político que no fue recibido con agrado por el pueblo. El más apasionado de los descontentos fue el licenciado José María Gómez a quien llamaban "Che Gómez" y que se levantó en armas en contra del gobernador. El Presidente Madero, con el deseo de restablecer la paz, intervino en la querella regional y quiso nombrar otro jefe político que fuese grato a los dos bandos. El gobernador protestó enérgicamente en contra de aquella indebida intromisión del gobierno federal; y la Legislatura de Oaxaca, en apoyo de su gobernante, votó un decreto por el cual se separaba temporalmente el Estado de la Federación Mexicana. Como se ve, la cosa se puso muy seria; pero como Che Gómez fue asesinado en aquellos días, no resultó difícil calmar los ánimos de los exaltados y el Congreso oaxaqueño derogó el decreto de la separación.

Ante aquella sugerencia de don Fidencio Hernández, recordé que en efecto, el hijo del gran Juárez había demostrado tener un carácter firme que nadie le suponía, y que se había jugado el todo por el todo. Siempre había sido amigo personal del Presidente de la República, y sin embargo, tuvo el valor de marcarle el alto, para salvar la soberanía del Estado. Y esa actitud enhiesta justificaba el panegírico.

Ya encontrado el tema de mi discurso dejé

de preocuparme, pero cuando el cortejo fúnebre llegó al cementerio, vi con asombro que estaba en la puerta el Presidente Madero, para acompañar el cadáver de Benito hasta la fosa en donde se le iba a sepultar. Y les dije a los oaxaqueños que el panegírico se había echado a perder. ¿Por qué? —me preguntó Fidencio—. Porque alabar la defensa de la soberanía de Oaxaca, no puede ser agradable a quien se supone que la invadió. El señor Madero va a resentir la apreciación. —Ah —me contestó el licenciado Hernández —aunque sería deplorable que se sintiera lastimado el Presidente, Oaxaca le pide que diga la verdad. Y como los demás oaxaqueños lo apoyaron, no hubo modo de eludir el punto espinoso, y así fue como mi oración incluyó este párrafo.

"Ostentó su nombre preclaro con la misma naturalidad y sencillez con que el hijo de Milcíades llevaba el nombre del vencedor de Marathón. Jamás se envaneció con los honores ni se plegó incondicionalmente a la voluntad de los poderosos. En su corta gestión gubernamental del Estado de Oaxaca, cruzó por un momento difícil en que entraron en conflicto los poderes locales y el Ejecutivo de la Federación; y entonces Benito Juárez hijo, adoptando una actitud de energía indiscutible, supo sacar avante, con dignidad y con lustre, la soberanía de la Entidad Federativa que tan atinadamente le había confiado la dirección de sus destinos. El defensor del orden y de la ley tuvo en aquella memorable ocasión el aplauso entusiasta de la sociedad que vio encarnar en él, aunque fuese por un instante, el espíritu de fierro del indio inconmovible que forjó nuestras instituciones laicas".

Los oaxaqueños quedaron encantados, pero como lo había presentido, el Presidente Madero se sintió profundamente lastimado con aquella loa y me clasificó entre sus enemigos políticos. Y se lo dijo a mi primo Francisco Naranjo, agregando que a cualquier otro diputado le habría perdonado el incidente, pero como él sabía perfectamente que mi opinión sobre Benito Juárez hijo era muy desfavorable, así pues, quedó con la impresión de que yo le había arrojado el guante de desafío.

Y así fue como, en parte por mis culpas, y en parte por circunstancias que estaban más allá de mi albedrío, comencé a rodar hacia el precipicio de la oposición. Las elecciones se iban a efectuar dos meses después, y yo había externado la intención firme de presentarme como candidato a diputado por mi pueblo natal; y para ello, había que desenvainar la espada y luchar en contra del candidato oficial.

MI ELECCION DE DIPUTADO

MAYORIA DE SETENTA POR CIENTO

Al clausurarse las sesiones de la última Legislatura porfirista, me trasladé a mi tierra para preparar mi campaña eleccionaria, pues el Partido Liberal de Nuevo León me presentaba en su planilla como candidato a diputado. Debo decir en qué consistía dicho Partido. A fines del siglo XIX, cuando el ingeniero Camilo Arriaga fundó en San Luis Potosí el Club Ponciano Arriaga, de color jacobino y cuyo programa inicial fue el de oponerse a la política de conciliación implantada por el general Díaz, Pancho Naranjo secundó aquel movimiento en Lampazos y procedió a fundar un club filial. Poco tiempo después se celebró en la citada Ciudad de San Luis Potosí, el primer Congreso Liberal, y como tuvo alguna resonancia en todo el país, el general Bernardo Reyes —entonces Ministro de Guerra— resolvió cortar de un golpe aquel conato tímido de oposición. En Lampazos, los esbirros organizaron secretamente un escándalo en la estación del ferrocarril, a la hora en que pasaban los trenes, que era cuando se reunían más gentes de la población. Unos sicofantes gritaban "viva el Club Liberal" y otros les contestaban con aclamaciones al gobierno; y pasando

de los alaridos a una riña simulada, les dieron motivo a los soldados para que intervinieran dizque para restablecer la tranquilidad pública. Aquel alboroto fue el pretexto para aprehender al ingeniero Naranjo y trasladarlo a Monterrey en donde estuvo preso durante varios meses.

Lo de San Luis Potosí fue más burdo y más cínico. El licenciado Heriberto Barrón le hizo una visita al ingeniero Arriaga en la que le dijo que era liberal y por lo mismo quería matricularse como socio del club. Camilo lo recibió encantado y lo invitó a asistir a la sesión reglamentaria. Se presentó Barrón en ella en compañía de otras gentes, diciendo que eran correligionarios; pero apenas se puso a debate el primer asunto, cuando don Heriberto se puso de pie y en tono de protesta gritó que aquel no era un club liberal sino una conspiración criminal contra la patria. Sus "correligionarios" dispararon algunos tiros y gente armada que se había apostado de antemano en las cercanías, penetró en el recinto y tras de aprehender a Camilo y a los demás liberales, clausuró el club y se llevó el archivo para iniciar los procesos del caso.

Todo esto pasó en 1901; y cuando ocho años después, el general Jerónimo Treviño llamó a Pancho Naranjo para que sustituyera los Ayuntamientos reyistas por cabildos populares de color opuesto, lo primero que se hizo fue resucitar el Club Liberal de Lampazos y fundar agrupaciones similares en el resto del Estado. De dichos clubes emergieron los Ayuntamientos de 1910, 1911 y 1912. Al triunfo de la Revolución, todos estos cuerpos políticos se confederaron para sostener la candidatura a gobernador del ingeniero Naranjo; y

continuaron unidos para tomar parte en las elecciones federales de 1912.

En una convención, proclamaron como candidato a senador al general Lázaro Garza Ayala, mientras los elementos oficiales postularon a don Nicéfero Zambrano. En la planilla de los diputados, figuré yo como candidato del distrito septentrional que, por la congregación de Colombia, colinda con el Río Bravo. Pronto se vio que el general Garza Ayala iba a ganar la curul de senador, y el gobierno, en la imposibilidad de vencer al ilustre veterano, concentró todos sus esfuerzos en derrotarme a mí. Don José F. Saldaña, en unas evocaciones del Monterrey de entonces, ha dicho que aquella lucha fue la más reñida que recuerda, y en efecto, la atención de los ciudadanos se olvidó de los otros cinco distritos, para ver qué era lo que iba a suceder en Lampazos y en Sabinas Hidalgo, en Bustamante y en Villaldama, en Villa García y en Salinas Victoria. Fue en el cuarto distrito electoral donde se planteó aquella singular campaña.

Y comenzó la pelea en Monterrey que, aunque no formaba parte del distrito, era el mejor lugar de propaganda por ser el centro del Estado. El mitin del Partido Liberal, presidido por el general Garza Ayala resultó un triunfo estruendoso que pregonaron todos los órganos de la prensa regional. Al terminar el mitin, salí con rumbo a Villa García para asegurar la votación en esa importante municipalidad.

En seguida, vinieron las reuniones políticas de Lampazos, de Bustamante, de Villaldama y de Sabinas Hidalgo, y de todas ellas se publicaban crónicas extensas en los periódicos regiomonta-

nos, que me auguraban la victoria por una abrumadora mayoría. Los maderistas, advirtiendo el peligro, acudieron al gobernador para que me marcara el alto; pero don Viviano Villarreal había sido amigo de mi padre y además no era hombre capaz de comprometer su prestigio en una querella pueblerina. Por otra parte, sabía mejor que nadie que si les daba consignas a los alcaldes, no le harían caso porque dependían del patriarca del norte, el general Treviño. Al palpar esta situación, los elementos oficiales se pusieron a asediar al ilustre divisionario; pero don Jerónimo, al desempeñar la jefatura de la Tercera Zona Militar, tenía la conciencia de que le estaba haciendo un favor al gobierno y por tanto ni siquiera tomó en serio las intrigas de la camarilla política. Les dijo con franqueza que él no tomaba parte en la elección, y esa actitud neutral me favorecía a mí, pues todos los nuevoleoneses sabían la amistad que lo ligaba con mi padre y sobre todo, su vinculación fraternal con el general Francisco Naranjo. Su abstención me ayudaba poderosamente porque se había metido en todo el distrito la presunción de que simpatizaba con mi candidatura. En esas circunstancias el Partido Constitucional Progresista conocido con el nombre de la Porra lanzó la candidatura de don Vidal Garza Pérez, un pariente lejano mío que tres años después presidió el Consejo de Guerra que condenó a muerte, al ingeniero Alberto García Granados. Para muestra del rosal, basta este botón. Los norteños lo conocían muy bien y no consiguió congregar ni siquiera una docena de partidarios.

Al convencerse de que no prosperaba la can-

didatura de Vidal los porristas postularon al licenciado Emeterio de la Garza Jr., un tipo pintoresco, original "causeur" delicioso, pero que carecía de contactos en Nuevo León. Además, unos años antes, le había suplicado al general Treviño que le facilitara su firma para conseguir del Banco de Nuevo León un préstamo de cincuenta mil pesos. El viejo divisionario le tuvo confianza y suscribió el pagaré; pero al llegar el vencimiento, tuvo que pagar la cantidad porque Emeterio lo dejó en el aire. Con este antecedente, cuando el general Treviño se enteró de que era el candidato del gobierno, se irritó en tal forma, que abandonó su actitud pasiva y le recomendó a todos sus amigos y subordinados que por ningún motivo permitiesen ser representados en el Congreso por el licenciado De la Garza. No dijo una sola palabra en pro de mi candidatura; pero de rebote yo cosechaba los frutos de su justificada indignación.

Frente a aquella protesta colérica del caudillo norteño, la Porra se vio obligada a cambiar otra vez de candidato, y postuló al licenciado Lázaro Villarreal, un abogado muy inteligente, muy culto, de palabra facilísima y elocuente y que tenía a su cargo la Secretaría Particular del gobernador del Estado. Pero Lázaro llegó a la palestra fuera de tiempo y no pudo ni siquiera luchar por la curul porque en todos los pueblos era recibido cordialmente por gentes hopitalarias que se ponían a sus órdenes, pero con la advertencia leal de que ya estaban comprometidos a votar en pro de la candidatura de García Naranjo.

Al ver la confusión que reinaba en el partido contrario, tres días antes de la elección anuncié que presenciaría la votación en el pueblo de

San Nicolás Hidalgo, que era la tierra de mi rival y también del gobernador. Fui recibido como Lázaro en Lampazos, con toda clase de cortesías, pero también con la confesión previa de que todos eran villarrealistas. Yo lo sabía perfectamente, pero el caso no me inquietaba porque Hidalgo es muy pequeño y no influía gran cosa en el resultado final. Después supe que los hidalguenses se habían dirigido a su paisano para decirle que si él no los visitaba en la elección, votarían en favor de mi candidatura.

Dos días después de los comicios, los periódicos de Monterrey anunciaron que yo había recibido el setenta por ciento de la votación y que el 30 por ciento se repartía entre Lázaro y Emeterio. Las actas electorales y las boletas fueron enviadas a Salinas Victoria en donde se hizo el cómputo final de los votos. Yo fui el único candidato que asistió a la junta, pero como el licenciado Villarreal envió un representante, yo lo convidé para que él mismo redactara el acta, a fin de que intercalaran en ella las observaciones que estimara convenientes. El declinó la invitación y entonces los miembros de la junta me pidieron que yo hiciera el proyecto, y con todo gusto me puse a dictar el acta, anotando en ella las votaciones de cada municipalidad y concluyendo con la suma de todos los sufragios que determinaba mi triunfo. Al llegar a este punto dije: "el licenciado equis, representante del candidato Lázaro Villarreal, manifestó su inconformidad por..." (y cediéndole la palabra, le manifesté que podía decir todo lo que deseara). "El se limitó a decir que le bastaba con que se asentase su inconformidad".

Como yo me sabía de memoria la Ley Electoral comprendí que aquella protesta tímida no tenía ningún valor, pues en uno de sus artículos se prescribía que los inconformes debían denunciar en forma concreta y precisa, las irregularidades que se hubiesen cometido, pues de otra guisa, no serían tomadas en consideración. Por todo lo expuesto, cuando se firmó aquella acta y recibí la copia correspondiente, me consideré como diputado electo por el pueblo de Nuevo León, pues nunca se me ocurrió que tras los errores del gobierno en la campaña electoral, se iba a cometer el error máximo de pretender cerrar las puertas del Congreso a los representantes independientes.

EL PUBLICO DIFICIL DE VERACRUZ

FRENTE A UN ADVERSARIO BURLON

Después de mi fatigosa campaña electoral en Nuevo León, había yo resuelto descansar durante un mes en mi pueblo; pero mis vacaciones se frustraron porque recibí un telegrama de don Guillermo Pous en el que me llamaba urgentemente para que lo acompañase en la jira política que iba a hacer por las principales ciudades de Veracruz. Ya nos había hablado a José María Lozano y a mí de este proyecto, pero le habíamos respondido que no siendo veracruzanos, carecíamos de títulos para entrometernos en los asuntos interiores de ese Estado. Recuerdo haberle dicho textualmente: "su campaña para la gubernatura debe hacerse exclusivamente con elementos regionales, pues si Chema y yo le acompañamos, cualquiera de los rivales de usted nos podrá marcar el alto diciéndonos que no tenemos vela en sus entierros". Don Guillermo pareció haberse convencido de nuestras razones y creímos que había renunciado a nuestra colaboración.

Sin embargo, en la segunda quincena del mes de julio, volvió a insistir en su demanda. Su mensaje telegráfico fue reforzado con una carta muy larga en la que me decía que el comodoro Hilario Rodríguez Malpica (mi antiguo jefe en el Depar-

tamento de Marina) había aceptado formalmente su candidatura a gobernador y que iba a iniciar su campaña apoyado por la palabra de oro de Jesús Urueta que no era veracruzano; y que en esas circunstancias, él se consideraba autorizado para llevarnos a Lozano y a mí a fin de equilibrar la pelea. Agregaba en forma cariñosa que no podíamos abandonarlo en aquella singular aventura. Don Guillermo era tan simpático y tan atrayente que me resultaba muy difícil sostener mi negativa anterior. Lozano tampoco podía resistir la magia de su encantadora personalidad. Y así fue como al regresar a la capital de la República me vi formando parte (en calidad de intruso como dijo una vez el vate Pereyra) de la tripulación del más absurdo de todos los viajes, pues era obvio que la Revolución triunfante no iba a permitir que el ex-director de "El Debate" se apoderara del Estado más importante de la República.

La jira se inició en la ciudad de Orizaba con un mitin de escasa trascendencia, pero que fue como un termómetro que nos hizo ver que el pueblo veracruzano, aunque no simpatizaba con los corralistas de 1910, demostraba mayor hostilidad hacia el señor Rodríguez Malpica por considerarlo un candidato oficial. En justicia, el viejo marino era un hombre de bien y no tenía personalmente nada que se le pudiera reprochar; pero como era el Jefe del Estado Mayor del Presidente Madero, se infería que el gobierno del centro trataba de imponerlo a toda costa en las elecciones, y eso provocaba la protesta unánime del Estado.

Todavía nos encontrábamos en la simpática Pluviosilla cuando nos llegó la noticia del fracaso

rotundo del primer mitin malpiquista en el puerto de Veracruz. El teatro Dehesa se había llenado de bote en bote; pero cuando el primer tribuno de México inició su discurso con un período de corte impecable, se advirtió en los oyentes el propósito deliberado de burlarse de su verbo de maravilla. El estilo de Urueta era clausuloso, magnífico, oriental, y la técnica de aquella chunga jarocha consistió en interrumpirlo con preguntas impertinentes y observaciones sarcásticas a fin de que naufragara su elocuencia en medio de rechiflas y de carcajadas. Es probable que los cubanos y los marselleses sean capaces de reírse de cualquier valor consagrado; pero estoy seguro de que en México los veracruzanos son los únicos que han conquistado el trofeo de haberse pitorreado a Urueta, como se habrían pitorreado igualmente del mismo Cicerón. El ruiseñor quería cantar, pero le cerraban el pico con sus burlas sangrientas: a sus famosas citas clásicas, le respondían con vivas al Olimpo y a las Nueve Musas del Parnaso, y no faltó un guasón que le gritase: "no se trata de Júpiter, sino de don Hilario". Urueta tenía recursos estupendos para convertir las silbas en ovaciones; pero en aquella vez le pasó lo que al nadador experto que domina las olas del mar pero que se ahoga en el remolino de un río. Nada pudo hacer el orador helénico para impedir que la candidatura del comodoro Rodríguez Malpica se hundiera en un sainete de chirigotas y bufonerías.

Para colmo de aquella erupción ruidosa de cuchufletas, uno de los espectadores tuvo la ocurrencia de ponerse a cantar un danzón que estaba de moda en el puerto y que tenía como ritornello estas tristes palabras que parecían aludir a

la edad avanzada del candidato: "¡una limosna para este pobre viejo...!"

El auditorio coreó esta chusca tonada y se suspendió el mitin; pero los asistentes no se dispersaron sino que aguardaron en la puerta del teatro a los organizadores para acompañarlos hasta el hotel en donde estaban alojados. Y se fueron con ellos repitiendo el danzón cruel que debe haber sonado en los oídos de aquellos políticos como marcha fúnebre. ¡Así son los jarochos! Cuando se trata de un pitorreo, nadie les gana en el arte de tomarle el pelo a la humanidad entera.

Ya comprenderán mis lectores lo que sentimos Lozano y yo al enterarnos en Orizaba de la calidad del público con el que teníamos que enfrentarnos unos cuantos días después. La consideración era obvia: si así se han choteado los porteños al ilustre Urueta, ¿qué podíamos esperar los ex-redactores de "El Debate"? Nos consolábamos pensando en que después de la derrota del príncipe de la tribuna mexicana, ningún fracaso podía ser deshonroso. Sin embargo, ¡qué duro era avanzar hacia un ridículo inevitable! Pero como ya no podíamos volvernos hacia atrás, pues se había pregonado el próximo mitin pousista, hacia él fuimos como reses que son conducidas al matadero. Matadero tribunicio, se entiende, porque los jarochos después de haber comprobado la eficacia demoledora de sus sarcasmos, no iban a dispensarnos el honor de amordazarnos con la cólera ni con el terror.

Y llegó la noche temida de la velada de nuestro candidato. Ya para entonces, ocupaba la dirección de EL DICTAMEN don Juan Malpica Silva, quien tuvo la gentileza de invitar al pueblo

a que escuchase a los oradores con serenidad. Juan era nuestro rival en ideas; pero como siempre ha sido un caballero, no aprovechó la oportunidad que se le presentaba para mofarse de nosotros. A esto hay que agregar que, como al igual de don Guillermo Pous, había nacido en Tlacotalpan, el paisanaje contribuía a que no rechazara con hostilidad manifiesta la candidatura.

El orador veracruzano que fue comisionado para presentarnos a Lozano y a mí, fue el doctor Sabino Casarín que cumplió su encargo con palabra fácil, elegante y llena de generosidad. En seguida, me tocó hacer uso de la palabra, pues como la experiencia oratoria de mi compañero era mucho mayor que la mía, se había dispuesto que yo lo precediera, a fin de que en caso de naufragio, él pudiese acudir a salvar la situación.

Así pues, me dirigí resignadamente a la tribuna, es decir, a aquella barandilla circular que se usaba en aquellos tiempos para pronunciar discursos. El teatro estaba enteramente lleno y se oía un rumor cargado de presagios amenazantes. Parecía que todos los espectadores estaban esperando mis primeras frases para repetir, aunque en menor escala, el choteo del mitin malpiquista. Al pasear la mirada por aquel público temible que se me figuraba lleno de interrogaciones, cayó de varios lugares de la galería una lluvia de papeles volantes, algunos de los cuales fueron a dar hasta el foro en donde yo me encontraba. ¿Qué decían aquellos papeles? Lo único que pude leer a distancia fueron las dos palabras de "El Debate". Comprendí que se trataba de algo ofensivo y hasta llegué a suponer que era la señal para iniciar el escándalo.

¿Cómo conjurar aquella tempestad? Yo había escrito muy cuidadosamente un discurso, y como lo acostumbraba en aquel entonces, me lo había aprendido de memoria; pero era evidente que con cláusulas literarias preparadas no iba a conseguir el dominio sobre un auditorio tan peligroso. La única manera de salir avante consistía en atraer la atención general con un golpe de sorpresa que desconcertara a los oyentes. Por eso fue que jugándome el todo por el todo, inicié mi arenga recordando una tragedia de la cual no se podían reir los veracruzanos. Mis primeras palabras citaron la fecha terrible: "el veinticinco de junio de 1879..." La evocación inesperada causó una reacción inmediata y fulminante. Tuve la impresión de que las gentes que me escuchaban se olvidaron de los planes que pudieron haber preparado, para oir lo que un porfirista iba a decir del tremendo "mátalos en caliente" que durante más de treinta años había hecho trepidar sus corazones.

El ambiente que era de risa se puso serio, más todavía, grave y dramático. Miles de pupilas se clavaban como bisturíes en mi persona. El silencio era imponente, y la tribuna me pareció el banquillo de un reo. ¿Qué fue lo que dije entonces?

Ese será el tema del capítulo siguiente.

MI VERDADERA INICIACION TRIBUNICIA

RESPUESTA DEL NOBLE PUEBLO JAROCHO

Al reconstruir una arenga que se pronunció hace casi medio siglo, debo decir que lo más probable por no decir lo seguro, es que las palabras escritas hoy no sean las mismas que oyeron en aquella noche memorable los veracruzanos; pero sí garantizo que aunque difieran los matices, el pensamiento medular es el mismo:

"El veinticinco de junio de 1879 se efectuó en este puerto heroico de Veracruz una tragedia espeluznante que divorció al pueblo del paladín del Dos de Abril. Un conato de rebelión, un mensaje terrible cuya autenticidad todavía se discute, unos fusilamientos brutales en el interior de un cuartel, y como resultado de aquella jornada infernal un retorno al orden por medio del terror. Y después de aquella "saturnal" de sangre presidida por el general Mier y Terán, la protesta viva y latente de una ciudad que no aceptaba la tesis de que el drama sombrío se compensaba con treinta años de paz, de progreso y de construcción. El gran gobernante consolidó su poder y se paseaba como vencedor indiscutible de un extremo a otro de la República, en medio de vivas y aclamaciones; pero Veracruz no olvidaba, no podía olvidar,

y cuando la carroza del César desfilaba por las calles del puerto, la envolvía un silencio cargado de reproches".

Yo advertía en el auditorio una curiosidad invencible que lo obligaba a beber cada una de mis palabras, y seguía hablándoles de esta manera:

"Como el tiempo es el gran justiciero, el nivelador final, quiso el destino que cuando el general Díaz se desplomó del poder, tuviese que pasar por Veracruz para embarcarse en la nave que lo llevó al destierro. ¿Y qué hizo la ciudad ofendida y lastimada, al ver al omnipotente de ayer transformado en uno de tantos vencidos de nuestra historia? ¿Qué hiciste tú, pueblo de Veracruz? ¿Te presentaste a él, en forma conminatoria, para que te diera cuenta de la tragedia? ¡No! Eso lo pueden hacer otros pueblos; pero tú, que habías sido el más arrogante frente al César, supiste ser el más hidalgo delante del caído. Por eso fue que en aquel momento que pudo haber sido de venganza, tuviste la grandeza de cancelar los resentimientos del pasado, para recordar únicamente que era el compañero de Ignacio Zaragoza y de Jesús González Ortega, que era el héroe de Miahuatlán y La Carbonera, del Dos de Abril y de San Lorenzo, ¡y lo despediste de la patria en medio de cánticos y palmas! Pudiste haber clavado tu espada en su corazón sangrante, pero preferiste colocarla en la panoplia de Guzmán el Bueno".

El pueblo había escuchado en silencio casi religioso el párrafo transcrito y de pronto estalló en un aplauso atronador, aplastante, interminable. Todos los espectadores, muchos de ellos llorando, se pusieron en pie; algunos le pidieron a la orquesta que tocase diana, y una vez que hubo ter-

minado el júbilo de nuestra tonada popular, siguieron los aplausos frenéticos que se coronaron con una segunda diana. Y así fue como aquello que presagiaba tormenta se convirtió en una apoteosis clamorosa. Jamás he vuelto a escuchar aplausos tan conmovedores como los de aquella noche inolvidable. El mitin político se había salvado; pero lo que no se salvó fue la candidatura de don Guillermo Pous.

En las elecciones que se efectuaron poco tiempo después, resultó triunfante don Antonio Pérez Rivera; pero nuestro candidato y amigo no se puso en ridículo, no cayó sobre él el escarnio popular lo cual fue mucho en aquellas circunstancias. Para mí, aquella velada me hizo ver que, aunque hay que preparar los discursos, lo esencial es adelantarse al público con un golpe inesperado pero justiciero. Los porteños creían que yo le iba a rendir un tributo al general Díaz, como en efecto se lo rendí; pero el verdadero homenaje fue para el pueblo de Veracruz. Y como no se trataba de una adulación cortesana sino de algo que estaba en la conciencia de toda la nación, se recibió mi reverencia con un aprecio tanto más grande y sincero cuanto que mis convicciones políticas no coincidían con las del pueblo jarocho.

Tampoco coincidía con el gobernador Dehesa —pues ya he dicho antes que yo formaba parte del grupo de don Rosendo Pineda— pero eso no es motivo para que desconozca que se debió a don Teodoro en gran parte, que se pudiese manifestar tan gallardamente la hidalguía de los jarochos. Y voy a decir porqué. Una vez que se resol-

vió don Porfirio a dejar la Presidencia, el señor Dehesa se puso a sus órdenes para acompañarle mientras permaneciera en el Estado costeño. El general Díaz aceptó aquel ofrecimiento y quedó concertado que irían juntos, en el mismo tren; pero por una torpeza que no vale la pena de subrayar, don Teodoro no fue avisado de la salida del convoy, y se quedó en la capital mientras el ex-Presidente era llevado a Veracruz. Con la contrariedad que es fácil figurarse, el señor Dehesa le pidió por su cuenta a las Líneas Nacionales, un tren especial, y salió lo más pronto que pudo, con el propósito de unirse en el camino al general Díaz. No consiguió alcanzarlo, pero sí llegó al puerto unos pocos minutos después del arribo del ilustre viajero. Inmediatamente pasó a visitarlo a la residencia que Mr. Body —distinguido súbdito británico— había puesto a disposición de don Porfirio. Al presentarse en dicha residencia, don Teodoro advirtió con disgusto que se encontraba protegida por tropa federal. Y en vez de ocultar su contrariedad, le dijo francamente al general Díaz que en la tierra veracruzana, no necesitaba del amparo de las armas. El ex-Presidente escuchó a su amigo y colaborador y de acuerdo con él, le ordenó a su hijo Porfirio y a sus otros ayudantes que mandasen retirar aquellos soldados innecesarios.

Entonces el señor Dehesa le propuso al general Díaz, dar un paseo por el centro de la ciudad; y aceptada la propuesta, se fueron los dos a pie, por las calles, hasta llegar a la Plaza de la Constitución en donde el ex-Gobernador sólo recibió homenajes de admiración y de simpatía. Con este corto paseo, al parecer sin trascendencia, don

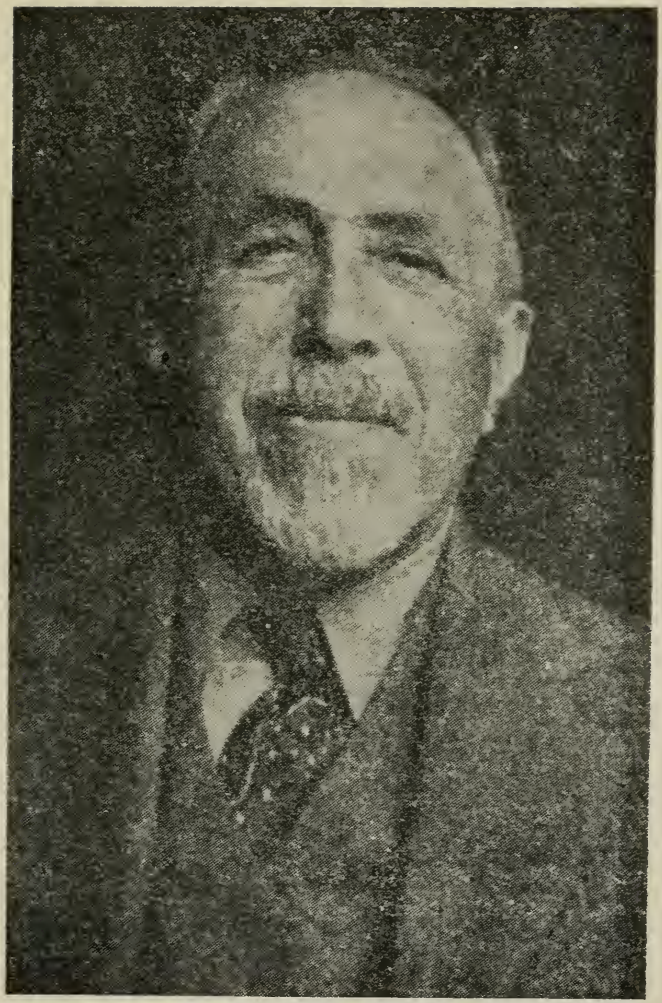
Teodoro le rindió un gran servicio al general Díaz, pues se vio claramente que el ilustre estadista, con la conciencia tranquila, y sin miedo, salía de la patria aureolado de dignidad. Más grande aún fue el favor que el señor Dehesa le hizo a su pueblo, porque le brindó la oportunidad de que manifestara su nobleza y su magnanimidad.

Como un tercio de siglo después de estos acontecimientos, el Ateneo Veracruzano, que preside Panchito Broissin, me invitó a un acto de cultura, y con ese motivo, pasé tres días en el puerto jarocho. Naturalmente, cumplí con el rito obligado de tomar una taza de café en la Parroquia. Y estaba saboreando con delicia ese café, cuando me enteré de que en una mesa cercana se discutía acaloradamente y que yo era el tema del debate. Puse atención y me dí cuenta de que un jarocho sostenía que yo era veracruzano, en tanto que su contrincante, mejor informado, decía que yo había nacido en el norte de México. Como los dos advirtieran que yo había oído su cálida controversia, acabaron por venir a preguntarme cuál era en realidad mi tierra. Y yo les contesté que los dos tenían razón. Y como quedasen desconcertados, les expliqué mi respuesta: "vine al mundo en Lampazos, Nuevo León, hace sesenta años (esa era mi edad entonces); pero mi personalidad de orador espontáneo tuvo el privilegio de nacer en Veracruz, hace treinta años. Porque fue aquí, mis queridos amigos, cuando por primera vez, tiré el manuscrito que traía preparado, para poder hablar de corazón a corazón".

Al día siguiente, en el banquete del Ateneo (al

cual asistió una delegación numerosa de la Bohemia Poblana) se habló del episodio del Café de la Parroquia, y alguien de las nuevas generaciones me preguntó qué era lo que había pasado un tercio de siglo antes. Y yo conté el relato con que se inicia este capítulo. Y entonces, un caballero que aparentaba tener aproximadamente mi misma edad, se levantó de su asiento para decir con acento impregnado de emoción auténtica: "Doy fe de que todo lo que ha dicho García Naranjo es rigurosamente cierto, porque yo estuve presente en el mitin tempestuoso de 1912".

Y así fue como, con la gracia de Dios, conseguí salir de mis andanzas políticas en el Estado de Veracruz. Fui arrastrado contra mi voluntad, por aquel torrente de pasiones desbordadas; pero ya fuera del torbellino y aprendida la lección, juré no volver a meterme en camisa de once varas. Y he cumplido el juramento, pues jamás he reincidido en la aventura de invadir la jurisdicción de los otros Estados de la República.



Lic. Luis Cabrera

EL COMBATE DE LAS CREDENCIALES

ENCUENTRO CON LUIS CABRERA

Al reunirse los presuntos diputados de la Legislatura XXVI, se instaló desde luego el Colegio Electoral bajo la presidencia de don Juan Sánchez Ascona. Se nombraron las dos Comisiones de Poderes: la primera presidida por don Serapio Rendón, iba a presentar dictámenes sobre las credenciales de todos los miembros del Congreso; la segunda, debía estudiar los expedientes de los "dictaminadores". Desde el primer momento, se advirtió en la primera comisión, el propósito de romper algunas credenciales.

Alrededor de treinta candidatos del Partido Católico, entre los que se destacaban don Eduardo Tamariz, don Francisco Elguero, don Manuel de la Hoz, don Francisco Pascual García, don Perfecto Méndez Padilla y don Eduardo J. Correa, habían derrotado en buena lid a sus rivales del Partido Constitucional Progresista. Por lo mismo no se podía cerrarles las puertas de la Cámara sin desconocer la voluntad popular. ¿Para qué discutirles un triunfo que era evidente? ¿Qué significan treinta votos en un Congreso que tenía más de 250 miembros? Es cierto que los católicos habían sufragado en favor de la candidatura vice-

presidencial de don Francisco L. de la Barra; pero eso no era motivo para que los maderistas sintieran la más leve preocupación.

Del Partido Antirreleccionista de 1910 —el grupo revolucionario que había seguido siendo adicto al doctor Francisco Vázquez Gómez y por ende, adversario del licenciado Pino Suárez— solamente se destacaban don Aquiles Elorduy y don Pedro Galicia Rodríguez. Ambos eran muy activos; pero ¿qué podían hacer dos representantes frente al bloque de los incondicionales del gobierno?

La diputación de Veracruz se presentó en actitud independiente, pero no antirrevolucionaria. En la misma situación estaban don Armando Z. Ostos de Tampico; don Luis Jasso, de Hidalgo; don Juan Sarabia, de San Luis Potosí; don José González Rubio de Jalisco y algunos otros más. Rebeldes a la consigna, pero no enemigos del gobierno. Por último, nos encontrábamos los componentes del "Triángulo" como comenzamos a ser llamados en conjunto, don José María Lozano, don Francisco M. de Olaguíbel y el autor de estos renglones. Los tres habíamos vencido en los comicios a los candidatos oficiales; pero eso no significaba que pudiéramos tener en jaque peligroso al régimen maderista. La verdad es que nuestras personalidades habían sido infladas y no tenían ni la décima parte de la importancia que se les atribuía.

¿Qué habría sucedido si el grupo dominante, respetando la voluntad del pueblo, hubiera dejado entrar francamente a todos los que habían sido electos? Desde luego, el nuevo régimen habría adquirido gran parte del prestigio que esta-

ba perdiendo. No había motivo para faltar a la promesa empeñada de sufragio libre, porque el gobierno contaba con la mayoría absoluta del Congreso. Los católicos no eran de cuidado porque lo que les preocupaba era ir adquiriendo para la Iglesia, las libertades que les habían quitado las Leyes de Reforma. Los demás no podíamos constituir un grupo sólido y compacto, y por lo mismo, nuestros gritos líricos no valían la pena de tomarse en serio.

Pero todas estas consideraciones que hago hoy fría y desapasionadamente, eran imposibles en aquel momento de pasiones desencadenadas Los maderistas palpaban la merma de su popularidad y eso los empujaba a responder con represalias que los alejaban más y más del corazon de las multitudes. Y lo peor para ellos fue que sus represalias fueron truncas y por lo mismo inútiles. Si el Partido Católico les parecía digno de castigo, lo natural y consecuente era desconocer todas sus credenciales. La medida había sido monstruosa, pero de una lógica inmejorable. Cuando Robespierre resolvió acabar con la Gironda, guillotinó a todos los diputados girondinos.

Lo que hizo la mayoría maderista fue romper la credencial legítima de don Francisco Pascual García, y admitir las de los otros diputados católicos. ¿Qué sucedió? Pues que el grupo siguió teniendo la misma representación en el Congreso, con la particularidad de que sus miembros quedaron resentidos por la expulsión injusta de su correligionario. Algo también absurdo se hizo en relación con los ex-redactores de "El Debate". Se había resuelto no dejarlos entrar al Congreso; pero sucedió que el licenciado Luis A. Vidal ha-

bía sido compañero de escuela del licenciado José María Pino Suárez, quien probablemente lo recomendó con don Gustavo A. Madero, a fin de que fuese admitido. Así, pues, la Comisión de Poderes rindió el once de septiembre su dictamen favorable.

El Lic. Luis Cabrera, al advertir aquella incongruencia, tomó la palabra en contra. Comenzó por leer un artículo de "El Debate", en el que se hacían los ataques más despiadados contra don Francisco I. Madero. Pocas veces estuvo Luis del Toro tan flamígero ni tan cruel. Cabrera acabó de leer el editorial y dirigiéndose al licenciado Vidal y Flor, le preguntó con la intención terrible con que el Ministerio Público interroga a un reo: ¿Sostiene usted lo que dice este artículo?

Vidal evadió la pregunta y dijo que su interpelador tenía la intención perversa de divorciarlo de su amigo don Gustavo A. Madero. La galería silbó y Cabrera, mirando al ex-redactor del bisemanal corralista con desprecio, dijo más o menos lo que sigue: "Tienen más valor García Naranjo y Lozano. El mismo Olaguíbel, que figuró en la lista de redactores, pero que no escribió una sola línea en "El Debate. . .". Y entonces Paco, interrumpiéndolo con gallardía, dijo: —"acepto la responsabilidad". Y las galerías premiaron aquel acto de valentía con una ovación clamorosa.

Yo creí que Vidal y Flor estaba perdido, y que su derrota implicaba el fracaso seguro de las credenciales del "Triángulo". Vidal había sido un redactor nominal, mientras que Lozano y yo lo habíamos sido en forma efectiva. Consiguientemente, aquel discurso fulminador caía sobre noso-

tros de manera fatal e ineludible. Con esa convicción pedí la palabra. El presidente Sánchez Azcona me preguntó: —¿En pro o en contra? —Quiero responder al señor Cabrera.

Antes de que se nos arrojara del Congreso quise exponer de manera clara que los mismos procedimientos que empleaba la dictadura para no aceptar sino a quienes se sometían incondicionalmente, los estaban poniendo en práctica los revolucionarios que habían prometido el sufragio libre. Al calificar las credenciales no se contaban los votos del pueblo pues eso era lo de menos: lo que importaba era abrirle las puertas a los amigos y cerrárselas a los enemigos. Y con ese pensamiento pronuncié las siguientes palabras que como se ve, resultaron una parábola que presentaba con fidelidad el perjurio que se estaba cometiendo:

"Señores diputados: Lord Macauley, al referirse a la transformación absoluta efectuada en los partidos políticos de Inglaterra, durante el reinado de Jorge I, evoca una magnífica alegoría del Infierno del Dante, para explicar con claridad los matices contradictorios que adquieren con el transcurso del tiempo, las encontradas facciones sociales. Cuenta el genial poeta florentino que vio en Malbodge una lucha fantástica y extraña entre un ser de forma humana y una serpiente, los cuales, después de inferirse crueles y sangrientas heridas, se quedaron por un rato contemplándose inmóviles, asombrados, amenazantes.

De súbito, fueron envueltos por una nube de polvo y mientras estuvieron velados por ella, se efectuó una estupenda metamorfosis, conforme a la cual, cada uno de los adversarios fue tomando

recíprocamente la forma de su enemigo; la serpiente sintió quebrarse y dividirse su larga cola en dos piernas humanas, en tanto que el hombre advirtió, espantado, que sus miembros inferiores se plegaban, para convertirse en una cola roscante y escamosa; dos brazos surgieron en seguida del cuerpo cambiante de la sierpe, mientras que los del hombre se fundían en su resbaladizo organismo; después, la serpiente, dio con su cuerpo un latigazo sobre el suelo y se alejó culebreando y silbando del lugar de la batalla. Pues bien, señores diputados, lo que vio el Dante en Malbodge es lo que en este momento está viendo la República. La lucha del hombre con la serpiente ha sido nuestra lucha; la nube milagrosa de la transformación fue la tempestad revolucionaria de 1910; después de ella, los gritos de redención han pasado de vuestros labios (me refiero a los hombres del nuevo régimen), a los nuestros, en tanto que vosotros, cambiando de actitud, os complacéis en exagerar aquellos procedimientos del gobierno para los cuales tuvisteis siempre una cólera implacable y una pertinaz reprobación".

Cabrera contestó burlándose de que citara a Dante, a través de Lord Macauley, en vez de citarlo directamente; pero es que era al gran historiador inglés a quien correspondía la gloria de haber exhibido a los partidos que reniegan de su pasado, para enarbolar la misma bandera que éstos había vilipendiado y escarnecido. Fue una cita de segunda mano, porque si hubiera sido de primera, me habría apropiado la comparación elocuente de las serpientes que se transforman en hombres y de los hombres que degeneran en serpientes.

Como es fácil imaginarse, Luis Cabrera no renunció a su tesis de que los defectos de los candidatos eran más dignos de tomarse en consideración que los votos del pueblo. Sin embargo, como su lógica era irreprochable, al día siguiente, en la discusión de otra credencial, dijo estas palabras textuales:

"No tengo razones especiales, fuera de las que he expresado respecto del señor Vidal y Flor, para pretender la nulificación de la credencial de los señores Lozano, García Naranjo y Olaguíbel; pero sí debo decir que tratándose de este punto, me parecería una inconsecuencia que después de haber aprobado la credencial del señor Vidal y Flor, rechazáramos la de los señores Lozano, García Naranjo y Olaguíbel".

Y como si eso no fuera suficiente, Cabrera agregó en otra parte de su discurso: "Una vez que este Parlamento ha votado y aceptado la credencial del señor Vidal y Flor, sin ninguna otra razón más que esa, es lógico, es necesario que se vote en favor de las credenciales de los señores García Naranjo, Lozano y Olaguíbel, porque los cuatro tienen sus nombres inscritos en la redacción de "El Debate", y más valor, y más carácter y más honradez han mostrado los que abierta y francamente, sin escudarse tras el compromiso político, han asumido la responsabilidad de sus artículos de "El Debate", que no el que se ha escudado de esta responsabilidad para salvar su credencial".

Lic. Aquiles Elorduy

EL ESCANDALO DEL PAQUETE

DESPRESTIGIO DE LA COMISION DE PODERES

Cuando fui secretario de la última Legislatura porfirista, tuve el gusto de que me auxiliara en mis labores el señor don Agustín Sánchez Tagle, Oficial Mayor del Congreso. El recibía la correspondencia parlamentaria y me ayudaba a seleccionar los asuntos que debían entrar en la cartera del día. Nuestras relaciones fueron muy cordiales y la labor mutua fue más eficaz en vista de su gran experiencia. Al instalarse la Legislatura XXVI, don Agustín siguió trabajando con los nuevos secretarios y eso le permitía enterarme de muchos detalles que no conocían ni los mismos diputados. Una tarde de los primeros días de septiembre, se me acercó discretamente y entregándome un sobre cerrado, me dijo: "entérese de esto por lo que le pueda interesar". Le dí las gracias y al romper la envoltura vi que contenía nada menos que una copia del dictamen que iba a presentar la Comisión de Poderes sobre las elecciones en el cuarto distrito de Nuevo León.

En dicho dictamen se aceptaban como buenos los votos que yo había recibido en la municipalidad de Lampazos de Naranjo; pero se nulifican todos los sufragios que me habían favorecido en Villaldama, Bustamante, Sabinas Hidal-

go, Ciénega de Flores y Villa García; y con ese desmoche, se llegaba a la conclusión de que la curul de diputado debía adjudicarse a mi contrincante, el licenciado Lázaro Villarreal. El motivo que invocaban los dictaminadores para desconocer mi triunfo era el de que todas las boletas de los lugares mencionados parecían escritas con la misma letra y por tanto, se infería que los votantes no existían.

Aquella tesis se podía refutar muy fácilmente, pero como el compacto bloque maderista había rechazado la credencial de don Francisco Pascual García, no obstante de que la propia Comisión de Poderes le había reconocido la mayoría de los sufragios, derivé la conclusión de que estaba condenado. Le conté al licenciado Eduardo Tamariz el chanchullo que se preparaba en mi contra, y él me dijo que si el Colegio Electoral de la Cámara cometía aquella injusticia, él me financiaría a fin de que pudiese fundar un diario y exponer en sus columnas mi caso a la nación. Así fue como nació "La Tribuna".

Con el noble ofrecimiento de Eduardo me sentí más seguro y más dispuesto a combatir; y para preparar la batalla parlamentaria, me presenté ante la Comisión de Poderes y pedí el legajo electoral de mi distrito. Me lo entregó personalmente el licenciado Jesús Urueta y yo me dediqué a apuntar los nombres de todos los votantes en las municipalidades discutidas. Como eran casi dos mil, tardé dos días en aquella laboriosísima tarea. En seguida, les escribí a los alcaldes de los cinco Ayuntamientos mencionados, acompañándoles las listas de los sufragantes y pidiéndoles que después de los nombres, anotaran el nom-

bre de la calle y el número de las casas en donde residían, asimismo les recomendé que me contestaran a la mayor brevedad posible porque el asunto era muy urgente.

Don Manuel Treviño, don Benjamín Sepúlveda y los otros tres alcaldes atendieron mi súplica inmediatamente y me dejaron preparado para el combate que se iba a celebrar en torno de mi elección. Al cargo que se me hacía de que mis electores eran postizos, podía responder que no solamente eran de carne y hueso, sino que vivían en residencias señaladas con precisión. En esas circunstancias y con aquellas armas, me sentí seguro de la victoria: era posible que la mayoría me aplastase, pero pagando el precio de un descrédito monumental. ¡Qué serie de artículos para el periódico del cual me había hablado el licenciado Tamariz!

El diecinueve de septiembre se puso a discusión el dictamen sobre la credencial de José María Lozano. Era tan legítima y tan limpia que muchos maderistas ortodoxos se resistieron a obedecer la consigna indecorosa de desconocerla, y salvaron sus votos o se retiraron del salón para no hacerse cómplices de perjurio contra el Sufragio Efectivo que se había prometido al pueblo. Después de unos debates borrascosos, la batalla fue perdida por la Comisión y Lozano entró en la Cámara en medio de vibrantes aclamaciones. Lo peor era que se nos empujaba hacia la oposición. Recuerdo que en aquella sesión y defendiendo la credencial de Lozano, cité las palabras terribles de Dantón a un girondino que se negó a estrecharle la mano: "¡Ah, queréis la guerra, pues tendréis la muerte!".

Ocho días después se efectuó el escándalo del "Paquete", el máximo que registra la historia congresional de México. Por verdadera casualidad, don Aquiles Elorduy encontró en el archivo de la Oficialía Mayor, el paquete que contenía los documentos de su elección en el distrito de Jerez, Estado de Zacatecas. Y vio asombrado que no se había abierto todavía. La conclusión era obvia: la Comisión de Poderes, aburrida de contar centenares de miles de boletas, para libertarse de esa tarea tediosa, se había puesto a formular dictámenes sin examinar los legajos electorales. En vista de este hallazgo, le pidió al diputado Pedro Galicia Rodríguez que viera el sitio en donde estaba colocado el bulto porque iba a pedirlo en el momento en que se discutiera su credencial; y que se encargara él mismo de llevárselo hasta la tribuna. Con esta preparación Elorduy escuchó el dictamen que le era contrario y dijo que para hablar con toda autoridad necesitaba los documentos electorales que había estado examinando en unión del mencionado señor Galicia Rodríguez. El coronel Eduardo Hay, que presidía la sesión, trató de negar aquella solicitud; pero la mayoría, considerando que no se debía privar de armas a uno que se defendía, clamó porque el paquete fuese traído. Y el diputado Galicia Rodríguez fue a la Oficialía y ostentando en alto, el bulto pedido hizo su entrada en medio de la expectación general. El licenciado Elorduy cogió el paquete y presentándolo espectacularmente a la asamblea, por todos sus lados, dijo sardónicamente que estaba intacto, tal como había sido remitido desde el pueblo de Jerez. La envoltura era perfecta; los lacres rojos que había que romper

para sacar el contenido no presentaban la más leve alteración; ninguno de los cordones se había desatado; y aquel embalaje irreprochable estaba gritando que la Comisión de Poderes lo había dejado virgen.

Ante aquella revelación inesperada, la galería silbó estrepitosamente y los diputados y presuntos diputados estallaron en ruidosas carcajadas. Algunos de ellos golpeaban los pupitres con las tapas de sus pequeños escritorios. El licenciado José Natividad Macías trató de explicar el caso y dijo que el paquete había sido abierto y que, tras el examen de los documentos, se había vuelto a cerrar con el mayor cuidado; pero nadie creyó aquel grotesco infundio. El licenciado Luis Cabrera dijo que como era evidente que los papeles no habían sido examinados, lo que procedía era volvérselos a la Comisión a fin de que rindiera un nuevo dictamen; pero ¿quién podía tener fe en los que se acababan de exhibir de manera tan grotesca? En aquella batahola de risas sangrientas, lo más fácil era ponerle fin al incidente con la declaración de que el licenciado Aquiles Elorduy era el diputado propietario por el distrito de Jerez. El licenciado Jesús Urueta pidió permiso para retirar el dictamen adverso y presentar uno nuevo en el sentido opuesto. Y así fue como triunfó Aquiles en medio de ruidosas aclamaciones. La Comisión estaba derrotada, desacreditada, destruida. . .

Todo lo anterior sucedió el veintisiete de septiembre de 1912. Al día siguiente, el diputado Querido Moheno, en un símil elocuentísimo describió la situación en que había quedado la Comisión dictaminadora después del escándalo del paquete.

Se refirió a un accidente pavoroso que se había efectuado en los talleres de la Compañía Fundidora de Monterrey y del cual habló muy detalladamente la prensa horrorizada. Por descuido o porque se rompió la cadena con la cual estaba colgado de una grúa poderosa, se desprendió un bloque gigantesco de acero y, al azotar sobre el piso de cemento, aplastó a un desdichado obrero que murió instantáneamente. El jefe del taller ordenó que se levantase aquella enorme masa metálica, para sacar el cadáver y darle sepultura; pero con gran consternación y espanto, las gentes que habían presenciado el aplastamiento, advirtieron que ya no había cuerpo humano ni cosa que se le pareciera. No quedaban señales remotas de la cabeza ni del tórax ni de los brazos ni de los pies: todo había sido triturado para dejar algo semejante a una tortilla roja en la que no se distinguían aquellos que momentos antes, habían sido músculos, cartílagos y huesos. Tras esta descripción macabra, Moheno dijo que el paquete electoral de Zacatecas había sido como el bloque de acero, y que la Comisión de Poderes quedaba como el infeliz aplastado: no sólo estaba muerta sino que además había perdido la forma que antes había tenido.

Después de este "yo acuso" del diputado Moheno, era obvio que ya no se podía impedir la entrada al Congreso de los diputados oposicionistas. El día primero de octubre, Urueta me condujo a los pasillos para decirme que Olaguíbel y yo seríamos admitidos. Agregó que no se iba a formular dictamen favorable a Paco, en vista de que no llenaba los requisitos de vecindad; pero que él mismo se iba a encargar de explicar la situa-

ción legal a fin de preparar una votación que fuese propicia. En cuanto a mi caso, me anunció que se me habían cercenado alrededor de 600 votos, pero que como a pesar del cercenamiento, seguía yo teniendo mayoría sobre mis contrincantes, sé me reconocería como diputado por Nuevo León. Y en efecto, fui aceptado el dos de octubre por unanimidad.

Aquel descalabro político fue muy serio para el gobierno y contribuyó en mucho a sus posterior derrumbamiento.

LA PERSONALIDAD LITERARIA DE OLAGUIBEL

UN ENAMORADO DE LA LIRICA FRANCESA

Cuando Olaguíbel y yo fuimos reconocidos como representantes del pueblo, "El Imparcial" publicó en su primera plana una nota muy cariñosa escrita por el poeta y también diputado José J. Núñez y Domínguez que llevaba el título de "Ya el Triángulo está dentro del Congreso". ¿Por qué el gobierno maderista se obstinó tanto en perjudicarse a sí mismo con el propósito de cerrarnos las puertas? Si nos atenemos a los resultados, no valió la pena gastar tantas energías en aquella obstinación, porque ni Lozano ni Olaguíbel ni yo utilizamos la tribuna parlamentaria para hacer oposición. Yo la hice y muy intensa; pero no fue en la Cámara de Diputados, sino en las columnas ardientes del diario "La Tribuna".

En realidad, no actuamos bajo aquel régimen sino setenta y cinco días (octubre, noviembre y los quince primeros días de diciembre), porque después de la clausura del período de sesiones, la Asamblea no se volvió a reunir sino hasta el 19 de febrero de 1913, para aceptar las renuncias de los señores Madero y Pino Suárez y para recibir la protesta presidencial del general Victoriano Huer-

ta. De cualquier modo vale la pena de presentar a mis compañeros del Triángulo.

o O o

Fue en los últimos años del siglo XIX cuando entró Olaguíbel en el reino de la lírica mexicana, llevado de la mano por Amado Nervo, para ser recibido con un cálido aplauso por aquel gran señor de verso castellano que se llamó Leopoldo Lugones. Su primer libro "Oro y Negro" fue una revelación y también una consagración. No anduvo con vacilaciones de principiante, ni con sobresaltos de advenedizo, ni con audacias de pirata. En un instante su nombre se auroleó de estrellas y recibió el máximo galardón de las manos imperiales que lo podían otorgar.

Se alistó en la falange exquisita de la Revista Moderna y a semejanza de Amado Nervo y de José Juan Tablada, de Balbino Dávalos y Efrén Rebolledo, se distinguió desde sus inicios por la plasticidad mágica del vocablo y el corte marmóreo de la estrofa. Toda aquella generación tendió a injertar en las ramas incultivadas de nuestra literatura vernácula, algunos tallos delicados y gráciles de los rosales de Francia. Olaguíbel y sus compañeros de hace sesenta años pusieron sus más solícitos empeños en traer del extranjero oros y platinos para amalgamarlos con nuestros metales de baja ley, y así ennoblecer y aristocratizar la poesía mexicana.

La verdad es que esta tendencia comenzó a esbozarse con los poetas del Romanticismo. Para nadie es un misterio que si la Invasión Francesa fracasó estentóreamente desde un punto de vista político, en cambio, en el terreno intelectual marcó nuevas orientaciones y determinó poderosas

influencias que no pudieron eludir ni los chinacos más radicales y enardecidos. La permanencia de cuarenta mil soldados franceses en nuestro territorio durante cinco años, introdujo modificaciones substanciales en la mentalidad mexicana. Durante ese tiempo se comenzaron a implantar las modas de París, se difundió en las clases altas la lengua elegante de Racine y de Moliere, se fundó la Academia de Medicina, se reorganizó el Museo Nacional, se trazaron parques y jardines con monumentos cuyas líneas graciosas denuncian la agilidad y la euritmia del espíritu latino.

Y así México, cuyos restos de organización colonial se habían hecho añicos en los fragores de la Guerra de Reforma, experimentó hace cerca de un siglo, una tendencia curiosa hacia el afrancesamiento. Curiosa, porque el pueblo se asimilaba el espíritu de aquellos mismos a quienes combatía ardorosamente en los campos de batalla. Los modelos de nuestros sabios y artistas se buscaron con predilección en Francia: Chateaubriand y Lamartine destronaron a Espronceda y a Quintana, y hasta los liberales más exaltados como Altamirano, comenzaron a considerar a la patria de Víctor Hugo como a una madre espiritual.

La generación siguiente fue todavía más afrancesada pues llegó a condensarse en un espíritu refinado y selectísimo como el de Manuel Gutiérrez Nájera que descendía en línea recta de Teodoro de Banville y de Alfredo de Musset. Igualmente se afrancesaron los demás conductores del pensamiento mexicano. Nuestros jurisconsultos fueron discípulos de Laurent y de Baudry Lacantinerie, de Lyon Caen y de Garraud; nuestros pintores bebieron su inspiración en Puvis

Chavannes y en Renoir; nuestros filósofos, quiero decir nuestros estudiantes de Filosofía se orientaron sucesivamente en Descartes, en Comte y en Bergson; nuestros historiógrafos y críticos sociales siguieron las huellas de Taine, Renán y Michelet; y así por el estilo, en todos los órdenes del pensamiento, Francia fue para México en aquel tiempo, la Fuente Castalia de una siempre alegre y fecunda inspiración.

Olaguíbel fue de los más afanosos en traer a nuestras letras el milagro del injerto francés. Su finalidad era la de colocar los diamantes mexicanos en las exquisitas montaduras de Baudelaire y de Verlaine, de La Forgue y Richepin. El no consideraba que con esos esfuerzos se amenguaba el espíritu nacional: por lo contrario, creía enriquecerlo, redimirlo, prepararlo para nuevas y deslumbrantes transformaciones. Inspirado en estos propósitos, fue de los primeros en cultivar el verso eneasílabo de hemistiquios desiguales, los tercetos monorrimados, y sobre todo adaptó al idioma castellano el rondel de Maurice Rollinat y obtuvo prodigios de sonoridad que nadie ha podido superar.

Estos frutos refinados prueban que la depuración espiritual siempre se consigue con la fusión de otras razas y otros países. Sin el cruzamiento degeneran las especies. Por eso los grandes pueblos no son aquellos que se encierran tercamente dentro de murallas como las de China, sino por lo contrario, los que abren de par en par las puertas generosas de su espíritu a las corrientes de la vida universal.

Es indudable que los poetas derivados de Gutiérrez Nájera acabaron por exagerar la nota

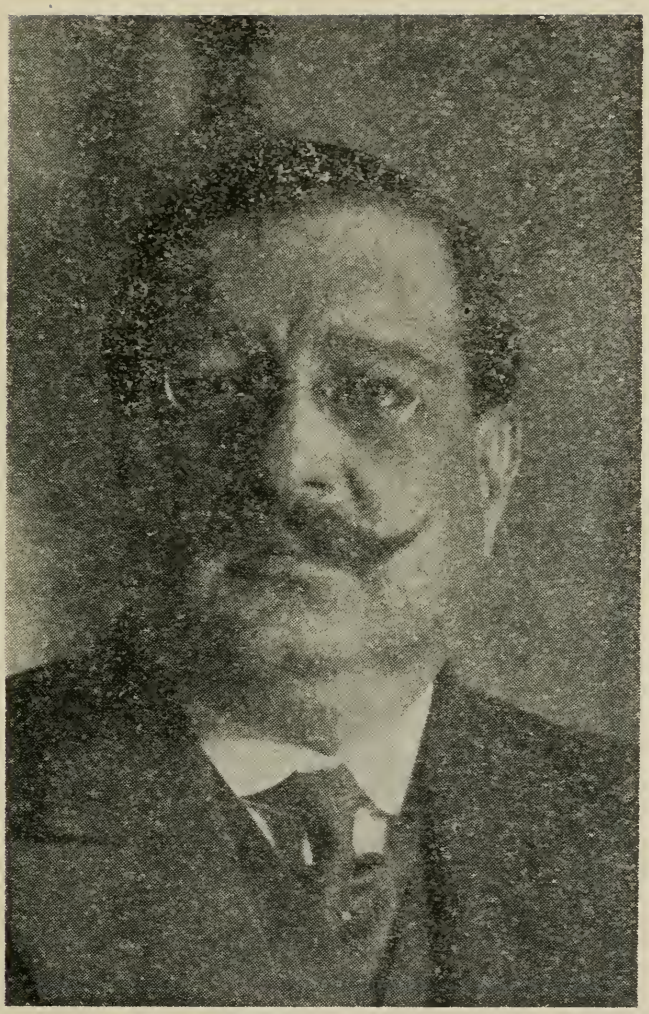
francesa. Don Justo Sierra dijo una vez que Paco Olaguíbel y Alberto Leduc habían leído El Quijote traducido a la lengua de Pascal. Fueron demasiado exclusivistas y el deber de las generaciones que les sucedieron consistía en traer injertos de Inglaterra y de Italia, de Alemania y de Rusia, de España y de Portugal. En otros términos, había que salir de Francia para entrar en el corazón de la humanidad. Pero no sucedió así; lejos de caminar hacia esta universalización fecunda que amplificaba las fronteras mentales, nuestro país retrocedió hacia un folklorismo pintoresco que está muy lejos de condensar un ideal estético.

El culto de lo vernáculo es respetabilísimo, siempre naturalmente que no se le coloque en el vértice de la cultura. No todo lo autóctono es sagrado, pues allí están el pulque entre las ignominias del presente y el culto de Huitzilopoxtli entre los baldones de la historia. No por amar lo nuestro, se deben vestir todos los hombres de charros y todas las mujeres de chinas poblanas. Los cantos de los mariachis no se deben emplear para seducir al dios Apolo con tonadas como la Cucaracha y la Valentina, que aunque son bellas, no hay manera de hacerlas alternar con las Sinfonías de Beethoven. La originalidad no se consigue alejándose de los modelos eternos sino encontrando en ellos los motivos de algo diferente y renovador.

Por eso no vacilo en defender a los afrancesados de antaño, pues mientras más injertos se incrusten en nuestro ramaje, se desarrollará la inspiración mexicana con mayor exuberancia y lozanía. Lo único que interesa es que el tronco no

varíe, que se mantenga intacta la raíz, que se conserve inalterable la esencia de la raza. En el noble propósito de mantener la médula y sacudir las hojas caducas, estriba el secreto de las rosas dobles y los frutos sazonados de una cultura superior. Y como así lo entendió Francisco M. de Olaguíbel, resulta que dentro de las apariencias de una extranjerización, puso en su obra literaria el más intenso y apasionado mexicanismo.

Pero he presentado al poeta refinado que nada tuvo que ver con el hombre público, sin hablar aún del tribuno parlamentario de altura. Este aspecto suyo fue tan interesante que merece un capítulo especial.



Lic. Francisco M. de Olaguibel

EL MAESTRO DE LA IRONIA Y DE LA PIEDAD

OLAGUIBEL EN LA TRIBUNA

Hace algunas semanas que, haciendo reminiscencias del Cuadrilátero Parlamentario de 1913, me dijo el licenciado Andrés Serra Rojas que él había escuchado a José María Lozano y a Querido Moheno pero que nunca había tenido la oportunidad de oir la palabra de Francisco M. de Olaguíbel. Y aunque no me lo dijo claramente, creí que a su juicio, los discursos del último, menos vigorosos y elocuentes que los de Moheno y Lozano, se habían perdido para la posteridad. Yo le respondí que Olaguíbel como orador había sido tan interesante o tal vez más que como poeta. Se dio a conocer en toda la República con aquella oración palpitante que pronunció en defensa de Florencio Morales, el asesino material del ex Presidente de Guatemala general Manuel Lisandro Barillas.

Antes de que con esta pieza tribunicia conmoviera a la nación, se creía que Olaguíbel trabajaba en el Palacio Penal de Belén como defensor de oficio por el mismo motivo que Manuel José Othón fue juez de provincia y el delicioso Micrós consumió su vida en uno de tantos pupitres de la Secretaría de Hacienda. En un am-

biente raquítico como el nuestro, en donde hasta la fecha se pagan muy exiguamente las producciones estéticas, los hombres de letras tienen que acudir a otras actividades para resolver el problema de la vida. Pero bastó que se escuchara el exordio de la defensa de Morales para que se viese que si Olaguíbel había cosechado "frescos y verdes laureles" en el campo de la poesía lírica, le aguardaban triunfos todavía mayores en la tribuna más alta de la nación.

Jesús Urueta, al enterarse de que Paco era el defensor de Morales le dio el siguiente consejo: "vas a perder este Jurado como lo perderían también Demóstenes y Cicerón. Florencio Morales va a ser condenado y fusilado y nadie lo puede salvar: por tal causa, al hacer su defensa, procura defenderte a tí mismo; prepara un discurso de categoría y serás aplaudido por toda la América".

El asesino había apuñaleado al general Barrillas, pero detrás de él estaba José María Mora, un sicofante de la dictadura de Estrada Cabrera que había venido a México con la misión de empujar al autor material. Y muy pronto, tras los interrogatorios habilísimos del juez Agustín Hurtado Mendoza, se vio que un tal Bone, jefe de Puerto Barrios, había pagado los pasajes de los delincuentes. Y de la misma averiguación judicial, se desprendió que el general José María Lima, Magistrado de la Suprema Corte de Justicia de Guatemala, también estaba complicado en el crimen. Y detrás de Lima, ¿quién?. . .

Atendiendo al consejo de Urueta, que era quien tenía más autoridad y experiencia para darlo, Olaguíbel comenzó su discurso comparando la instrucción judicial con una poesía de Víctor Hugo

en la que describía a unos cavadores que se pusieron a remover la tierra para encontrar el origen del mal. Y cediéndole la palabra al rey de la lírica francesa, relató cómo aquellos escarbadores, tras de una larga faena, encontraron el esqueleto de un jorobado: era Barrabás. Siguieron ahondando y se toparon con otro esqueleto que llevaba una soga en el cuello: era Judas Iscariote. Continuaron cavando y el tercer esqueleto que llevaba una quijada de asno en la mano, era el de Caín. E iban a proseguir en su tarea indagadora, cuando de las entrañas del planeta surgió una voz que les gritó: "¡Deteneos porque vais a llegar hasta el mismo Satanás!" Con aquel símil fantástico, todos los que llenaban la sala de jurados pronunciaron el nombre de Manuel Estrada Cabrera. El consejo de Urueta había sido escuchado y el discurso de Olaguíbel resonó en todos los países del Nuevo Mundo. Ocho años después, haciendo un viaje de Nueva Orleans a Guatemala, tuve la satisfacción de que un abogado hondureño me recitara párrafos de aquella oración formidable. Un tribuno de tan alta calidad pasó pronto del Palacio Penal a la Cámara de Diputados en donde, desde luego, como un nuevo Lamartine —que no por ser el dueño de una lira de prodigio se olvidó de sus deberes cívicos— entró de lleno en los azares y las zozobras de la política militante. Y se transformó como el poeta de "Las Meditaciones": los cascabeles de oro con que había saludado a su amada en un rondel inolvidable, se volvieron esquilas de bronce que tocaban a rebato; el pífano pastoril se transformó en un clarín de resonancias épicas; las orquídeas delicadas de su numen, al ser extraídas del inver-

nadero y expuestas a los golpes de los huracanes, demostraron tener la fortaleza de los robles y la resistencia de los cedros. El trovador frágil y vaporoso no se paralizó con la armadura férrea que llevaba encima y se puso a manejar la lanza de pelea con la misma facilidad con que había hecho vibrar las cuerdas de su lira.

Y fue un tribuno grandioso. Yo me lleno de orgullo al hacer su panegírico porque la opinión pública al unir mi nombre con el suyo y los de Lozano y Moheno, me colocó inmerecidamente en un sitio que casi equivale a una consagración. Porque Moheno, Lozano y Olaguíbel, cada cual en su género, siguen siendo los oradores más grandes que han florecido desde el derrumbamiento de la dictadura porfirista. Lozano era el orador oriental, fastuoso, que envolvía sus ideas en imágenes que semejaban mantos venecianos. Moheno era el tribuno ático, sobrio, con pensamientos sólidos como bloques dóricos, y frases siempre despejadas y transparentes. Olaguíbel era el término medio entre los dos: ni tan exuberante y pródigo como el artista asiático ni tan conciso y lapidario como el orador de Atenas. Cicerón lo habría clasificado como tribuno rodio, es decir, el que junta mágicamente los dos estilos, el que hace fraternizar dos continentes rivales, el que se tiende como puente de concordia entre dos civilizaciones opuestas.

Su improvisación era correcta pues se había depurado con el ejercicio de la cátedra. A casi todos los oradores nos sucede que cuando nos entregan la copia taquigráfica de lo que hemos dicho, volvemos a hacer nuestros discursos. Con Olaguíbel no rezaba esta regla pues su técnica como

la de Martí era la de depurarse interiormente: limpiando el fondo, la forma resultaba cristalina. Sus cláusulas eran rotundas y musicales; su ademán sobrio y elegante; y su voz, aunque por lo general era un poco quejumbrosa, solía dilatarse heroicamente en los momentos graves, hasta cobrar tonalidades sinfónicas de guerra. Pero en lo que nadie lo ha igualado en México es en la manera con que él manejaba la ironía y la piedad, las dos hermanas de que habla Anatole France. Don Ignacio Ramírez y don Jacinto Pallares, don Francisco Bulnes y don Trinidad Sánchez Santos eran rispidos, brutales, sus giros se retorcían coléricamente y pegaban como latigazos. Olaguíbel era todo lo contrario: sus flechas no eran como las rutilantes del dios Apolo que prenden llamaradas en donde tocan, sino como los dardos perfumados de Eros que desparraman ilusión y gracia sobre los mismos que tienen el privilegio de recibirlos en su corazón.

Jamás podré olvidar el discurso en que describió su campaña electoral de diputado. Los políticos maderistas le presentaron como rival a un señor que se apellidaba Aguado, que había sido reeleccionista en 1910. Comenzó el orador presentando el contraste de su jira modesta a través del distrito electoral con la rumbosa de su contrincante que con un séquito numeroso de burócratas y al son de la banda del Estado, avanzaba triunfalmente por las calles de los pueblos mientras los músicos tocaban las melodías de la Viuda Alegre y el Soldado de Chocolate, operetas vienesas que estaban entonces en moda. Durante una hora estuvo derramando su ingenio y hasta don Gustavo Madero que hacía todo lo posible por

reprimirse estalló en una explosión de hilaridad. Pero el momento cumbre fue cuando Olaguíbel leyó varias cartas del señor Aguado en las que le pedía encarecidamente que le presentara su simpatía y su lealtad "a nuestro don Ramón" —como llamaba familiarmente al señor Corral.— ¿Cómo no se habían de convencer los maderistas del disparate que estaban cometiendo al cerrarle las puertas al corralista Olaguíbel, para abrírselas al corralista Aguado?

En cuanto a la piedad, la sabía trasmitir Olaguíbel tan magistralmente a quienes lo escuchaban que nunca produjo la grosera impresión del melodrama. Sin tomar actitudes teatrales ni prorrumpir en sollozos falsificados, ponía en los nervios y en los músculos de sus oyentes "el pavor de lo divino" de que habló Manuel José Othón. Con esos dos recursos que nadie igualaba —la ironía para herir con gracia y la piedad para atraer con llanto— se enseñoreaba fácilmente de las muchedumbres y les imponía su verbo prodigioso.

¿Por qué la posteridad no lo recuerda como tiene presentes a Lozano y a Moheno? Procuraré explicar este fenómeno en el capítulo siguiente, pero entre tanto, voy a relatar un episodio sin importancia que quizás conduzca a responder la interrogación. En un banquete nupcial, tuve el gusto de encontrarme al lado de la viuda de don Luis Cabrera. Ella me preguntó que quiénes, a mi juicio, habían sido los oradores máximos de mi tiempo; y yo le contesté con los nombres de don Francisco Bulnes, don Querido Moheno y don José María Lozano. Y en seguida agregué: "el marido de usted no fue propiamente un tribuno, pero con su dialéctica formidable podía cruzar sus

armas con el mismo Cicerón". Un caballero que se encontraba enfrente de nosotros me reclamó con la siguiente observación "ha dejado usted en el tintero al más grande de todos, a Jesús Urueta". Y yo le contesté: "tiene usted razón y doy todas las satisfacciones del caso; pero cuando la señora Cabrera me hizo la pregunta, sentí la impresión de que hablaba de gallos y no de ruiseñores".

Olaguíbel era ante todo y sobre todo, un ruiseñor.

EL HOMBRE QUE SE SALIO DE SU EPOCA

EL RUISEÑOR SIGUIO SIENDO RUISEÑOR

El movimiento popular de 1910 arrolló a infinidad de espíritus superiores, muchos de los cuales pudieron reconstruir sus vidas y seguir luchando en un México transformado. Olaguíbel no logró cambiar su manera de ser y resultó un inadaptado. Recuerdo que allá, por el año de 1909, me lo encontré en una librería, donde había comprado la biografía del pintor francés Fragonard. Me mostró el libro con entusiasmo y me hizo ver en admirables tricomías, algunas figuras seductoras de aquel inimitable maestro de la ligereza y de la frivolidad. A través de las brumas de medio siglo me parece estar mirando a Paco extasiado frente a "La Lección de Música" o delante de aquella muchacha adorable que se columpia locamente en un estallido tremante de felicidad.

¡Cuántas cosas bellas me dijo entonces Olaguíbel del pintor de las cosas frágiles, delicadas y vaporosas! De pronto, como si lo asaltase rápidamente un presentimiento, se puso serio y me contó cómo Fragonard, después de haber seducido a una sociedad refinada y elegante, fue sorprendido en el máximo esplendor de su genio, por el hálito huracanado de la Revolución Fran-

cesa. Se reunieron los Estados Generales en 1789, y las gentes, en vez de hablar de minuetos galantes y de pavanas cadenciosas, comenzaron a reclamar derechos con furor. La princesa de Lamballé fue brutalmente asesinada en el 10 de agosto; las turbas entraron a saco en el Palacio de las Tullerías; y las lindas cabezas femeninas de rizos empolvados, en lugar de sonreir con gracia conquistadora en los jardines de Versalles empezaron a mostrar su mueca desencajada y macabra en las picas hostiles de un populacho vengador.

Y Fragonard —me siguió diciendo Olaguíbel— ante aquel desbordamiento de cosas grandes y terribles, fue un desconcertado que ya no pudo ponerse de acuerdo con las nuevas generaciones. El que, delante del caballete, no pensaba sino en sedas crujientes y en diáfanos encajes, no podía satisfacer el gusto de las gentes ásperas que hablaban en tono delirante de duras abstracciones que él no podía decifrar; que se entusiasmaban hasta el éxtasis con nuevos ideales que él no acertaba a comprender; el pintor favorito de las nuevas muchedumbres fue David que, en vez de llenar el lienzo con cosas frívolas, prefería inspirarse en el combate de los Horacios contra los Curiacios, o en la matanza implacable del primer Bruto que en aras de una justicia rectilínea, mandó matar a sus propios hijos. Fragonard sólo sabía pintar gasas aéreas y celestiales y la nueva generación pedía mantos pesados y púrpuras presuntuosas: él sólo entendía de caras coquetas mientras que el público reclamaba actitudes melodramáticas y posturas teatrales. Después del Terror no podía el pueblo concebir que un artista

empapara su pincel en la espuma de una copa de champaña, sino en la sangre vertida por la guillotina.

¡Pobre amigo mío! ¡Quién nos hubiera dicho en el año de 1909, cuando se expresaba con tanto fervor del artista exquisito en el crepúsculo de Luis XVI, que él iba a ser un nuevo Fragonard cuyas orfebrerías y elegancias iban a ser vistas con beocia indiferencia por los muchachos coléricos de la generación que no tardaría en desbordarse! ¡Quién nos hubiera anunciado que la música elegante de sus ritornelos iba a ser ahogada por la algarabía estruendosa de la Revolución. Cuando los vencedores se presentaron en mayo de 1911, Olaguíbel los recibió sonriendo con el florete sutil de su encantadora ironía. ¡Qué artículos tan deliciosos escribió para "El Mañana", el periódico oposicionista de Chucho Rábago! Y Olaguíbel, durante veinte meses, con la prodigalidad de un gran señor, estuvo desparramando a montones y por donde quiera las flores de su ingenio inagotable. Y nos dio una sorpresa a todos los que creíamos que su cultura era exclusivamente francesa, pues sus epigramas de aquel tiempo, escritos en español antiguo, demostraban su completo conocimiento de los viejos romances medioevales. Daba la impresión de un niño que se divierte burlándose de los tigres que muy pronto iban a enseñar sus garras y sus colmillos. Porque después de aquello que parecía un carnaval divertido, tenía que venir un soplo siniestro de tragedia. Aristófanes tenía que cederles el puesto a Sófocles y a Esquilo.

¿Quién podía conseguir delante del turbión desencadenado que continuaran floreciendo las deli-

ciosas ironías? La misma inadaptación de Fragonard durante la Revolución Francesa, la exhibió Olaguíbel frente a un público transformado que no exigía del artista corolas delicadas de ingenio sino trepidaciones intensas de volcán. José María Lozano y Querido Moheno, poniéndose a tono con la nueva situación comenzaron a disparar cañonazos y aunque eso irritaba a los revolucionarios, servía cuando menos para que no fuesen olvidados. Se les tuvo siempre presentes y eso contribuyó a agigantar sus personalidades. En cambio, los que preferían seguir cultivando la belleza lírica en medio del incendio, acabaron por ser olvidados.

A eso se debe que las floraciones espirituales no sean apreciadas en los momentos terribles de una trepidación social. Cuentan los hermanos Goncourt que durante el imperio napoleónico, el cuadro cautivador de Watteau "L'Embarquement pour Cytheres" fue relegado a un rincón oscuro en donde los discípulos insolentes de David lo tomaban como blanco para aventar sobre él, desdeñosamente, bolas de migajón. Lo mismo ha sucedido con muchas otras obras maestras que, por falta de comprensión en su tiempo, son castigadas por la indiferencia y el desprecio.

Lo que pasó con la tela de Watteau sucedió igualmente con la obra poética y tribunicia de Olaguíbel que sintió el martirio de vivir en contradicción con la realidad. Nadie en México ha llevado en la imaginación tanto oro y tantas piedras preciosas y sin embargo, jamás consiguió libertarse de la pobreza. Nadie como él preparó sus alas tan solícitamente para cruzar el firmamento, y a pesar de los vuelos de su fantasía, se pasó

los años encadenado a la fatigas de una existencia monótona y trivial. Nadie como él viajó con la imaginación por países remotos e ideales (conocía a fondo todos los rincones de París y de Florencia) y sin embargo, poseído de inextinguible nostalgia, vivió estancado, y la única vez que se desprendió de nuestras playas, en lugar de embarcarse en la galera de oro que conduce a los misterios divinos de Eleusis, se alejó de la patria en la nave pobre y desmantelada que lo arrojó a las amarguras del destierro.

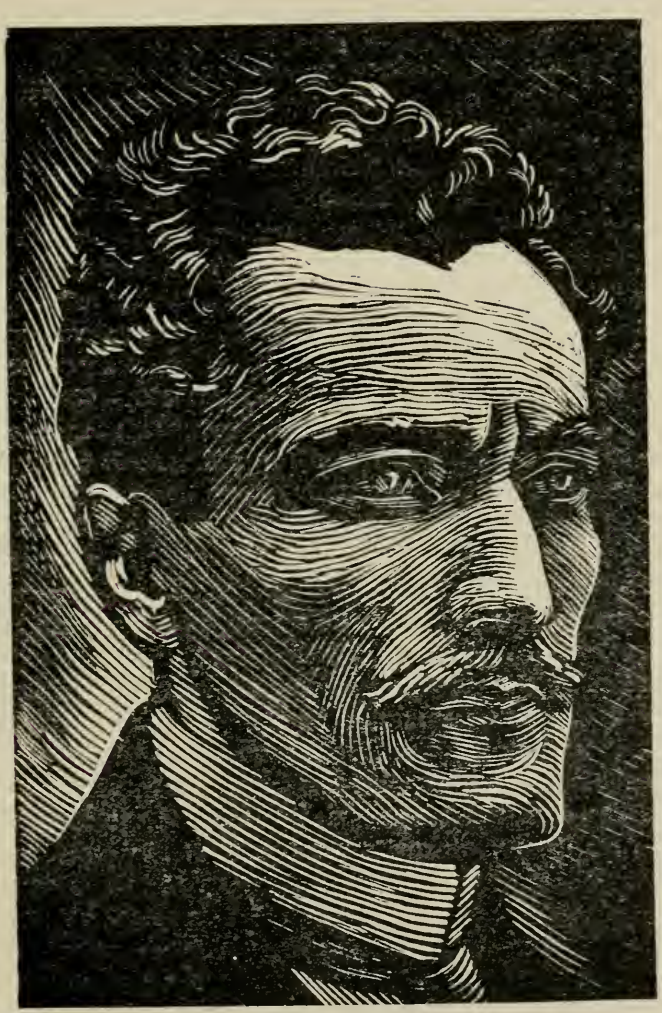
¡Qué destino tan melancólico! En el último capítulo de "Sur La Pierre Blanche" dice Anatole France: Durante las intermitencias que tienen los pueblos en su historia y en medio de los estruendos de la lucha, los templos se derrumban, las estatuas ruedan de sus pedestales, las ciudades espléndidas quedan convertidas en hacinamientos de ruinas... Y a veces, los cataclismos de la naturaleza completan los cataclismos humanos; las lluvias torrenciales con sus cortejos de inundaciones, suelen barrer comarcas enteras y enterrar una civilización gloriosa con aluviones de arena. La tierra entonces lo cubre todo y una vegetación inconsciente vuelve a sonreir por encima de los mármoles sepultados.

Pero algún día, mientras un labriego rotura la tierra, advierte de pronto que la hoja de su arado tropieza con una columna rota o con el fragmento de un friso, y esa casualidad provoca la curiosidad humana: se emprenden las excavaciones, los arqueólogos exploran las ciudades hundidas; se libertan los ídolos soterrados, y en una resurrección que parece una apoteosis, emergen las estatuas armoniosas de sus tumbas, y en

procesiones conmovedoras las Venus y los Apolos, las Minervas y las Victorias son llevados a los museos y a los santuarios en medio de hosannas y y de aleluyas.

Los mismo sucede con los prestigios soberanos del pensamiento; en una época violenta las inteligencias más lúcidas y las glorias más legítimas pueden hundirse en la sombra mientras se erigen altares a los mediocres y a los ineptos. Los laureles que corresponden a Ariel pasan a adornar la frente cretina de Calibán... Pero vendrán días mejores, vendrán generaciones más justas y más limpias que barran los aluviones de la ignorancia y la inferioridad, y en medio de apoteosis deslumbrantes, coloquen de nuevo sobre sus pedestales a los divinos mármoles mutilados.

Es así como yo espero que algún día resucite en el corazón de la posteridad la memoria de Francisco M. Olaguíbel para ocupar en nuestra historia el sitio glorioso que le corresponde.



Lic. José María Lozano

LA FORMACION INTELECTUAL DE LOZANO

SUPERIORIDAD DE LA CULTURA CLASICA

Cuando llegué a la Escuela de Derecho en enero de 1903, José María Lozano se encontraba preso en la cárcel de Belén; pero como todos los alumnos hablaban de él con entusiasmo, me dí cuenta de que era el estudiante más destacado de aquel tiempo. La causa de su prisión no me simpatizaba pues como lo he dicho repetidas veces, yo era entonces un apasionado antirreyista. Lozano había formado parte de la redacción de La Protesta, un periódico que fundó el señor Gonzalo C. Enrile con el objeto exclusivo de atacar despiadadamente al Ministro de Hacienda don José Limantour. No pasó mucho tiempo sin que se viera que detrás de los redactores de aquella publicación, (Salomé Botello, Rafael Zubarán y el citado Lozano) se encontraba como inspirador el licenciado Rodolfo Reyes. La policía, en un cateo que practicó en las oficinas del referido periódico, encontró documentos que comprometían al Ministro de la Guerra; y don Ramón Corral que era el gobernador del Distrito Federal, puso en manos de Limantour aquellos papeles. El escándalo fue monumental y como desenlace, don Bernardo Reyes dejó de pertenecer al gabinete del

Presidente Díaz y los periodistas fueron acusados por el delito de difamación.

Por ese motivo, yo consideraba a Chema como un adversario político, no por lo que tuviera de antilimantourista sino por lo que tenía de reyista. Cuando salió de la cárcel y reanudó sus estudios, fue recibido por el alumnado con simpatía y admiración. Toda persecución política trae como compensación una aureola de popularidad, sobre todo, en un medio juvenil y bajo el régimen de una dictadura. Por eso fue que los muchachos de la Escuela de Leyes lo consideraron como un tipo de leyenda.

Yo no me acercaba a él porque me lo vedaba la política regional de Nuevo León; pero Lozano procuró mi contacto, y como mi sólo nombre me obligaba a estar del otro lado de la barricada, y él supo respetar mis convicciones, se trabó entre nosotros dos una amistad estrecha que no tuvo eclipses ni nunca llegó al ocaso.

Desde luego advertí que el escándalo político no podía ser el pedestal exclusivo de aquella interesante personalidad, que se imponía sobre sus compañeros en vista de que sus recursos espirituales eran diferentes de los que ponía en juego aquella simpática generación. Lozano había hecho profundos estudios de humanidades en un colegio de jesuítas y por consiguiente, su génesis intelectual y su educación estética no se parecian en nada a las de los alumnos modelados en la Escuela Nacional Preparatoria. Además, había sido alumno del Colegio Militar de Chapultepec durante un año y eso le daba una experiencia particular que no se adquiría en los planteles positivistas. En vez de considerar la Lógica de

Stuart Mill y la Moral de Spencer como vértices máximos de cultura, Lozano citaba con frecuencia a Aristóteles y a San Agustín, a Spinoza y a Kant, a Abelardo y a Santo Tomás de Aquino. Su dialéctica era más sutil y disciplinada; su cultura literaria más sólida y más seria; sus ideas filosóficas, más claras y definidas. Las lecturas latinas habían depurado su gusto estético que resultaba muy superior al de sus compañeros, infectados por un romanticismo caduco y por aquello que se llamaba Modernismo en los albores del presente siglo.

La superioridad en la cultura unida a su espíritu alegre y bullanguero lo puso en condiciones de ser no solamente admirado, sino muy querido por todos sus compañeros. Digno de figurar entre los discípulos de Sócrates, Lozano buscaba también en los banquetes y festines, la perfecta comunión espiritual. Devoto de los ritos dionisíacos, tenía el privilegio de ennoblecerlos con floraciones de sutil ingenio y de elegancia intelectual.

Las gentes metódicas decían despectivamente que era un parrandero; pero ignoraban que en sus alegres parrandas, bajo las apariencias más superficiales, se abordaban los problemas más graves. ¡Cuántas veces, al calor amable de una copa de champaña, Lozano se ponía serio para emitir las tesis más audaces y las doctrinas más revolucionarias! Y nadie lo vio dar un paso hacia atrás ni en el ardor de un debate ni en el frenesí de una fiesta dionisíaca. En mi vida accidentada y aventurera jamás he visto algo —¡y conste que he visto muchas cosas!— que se compare con Lozano en fuerza impulsiva para el placer

ni en resistencia física y mental para verle el fin a un gaudeamus con el cuerpo ágil y el espíritu despierto. El gran tribuno consiguió para su alma, en la madurez, remansos quietos y transparentes en donde como en el arroyo descrito por Díaz Mirón, se miraban las guijas del fondo y las estrellas del cielo; pero a mí me tocó ver aquel espíritu en pleno tumulto cuando era un Niágara formidable que se complacía en rodar épicamente hacia el abismo.

Lozano completó su legendaria vida de estudiante haciendo en un solo año los tres últimos cursos de la carrera de abogado y presentando examen profesional a título de suficiencia. Dicho examen que fue lucidísimo, le abrió de par en par las puertas de la vida pública, que prometía ser destacada y magnífica. Y en efecto, las escenas azarosas y movidas del ciclo estudiantil que parecían imposibles de ser superadas, sólo fueron un preludio pálido de sus años posteriores, llenos de ascensiones heroicas y de caídas de vértigo, de victorias deslumbrantes y de derrotas trágicas, de alboradas gloriosas y de ocasos más gloriosos todavía.

Don Eduardo Novoa, uno de los amigos más alentadores que tuvo la juventud mexicana de aquel entonces, le ofreció una Agencia del Ministerio Público y con ella le brindó un escenario para que exhibiera sus grandes cualidades de orador forense. Y Lozano se colocó desde el primer día en la fila delantera y llevó la voz de la acusación en los procesos más sensacionales de aquel tiempo. Recuerdo dos de sus requisitorias que tuvieron gran resonancia: la que fulminó contra los asesinos del ex Presidente de Guatemala, ge-

neral Manuel Lisandro Barillas que fue escuchada por toda la América, y la que llevó al patíbulo al llamado Tigre de Santa Julia, un homicida heroico que se adelantó a su época, pues si hubiese retrasado por diez años sus audaces correrías, quizá habría resultado un rival digno de Pancho Villa.

No obstante de que durante varios años Lozano no contó con otra gimnasia tribunicia que la del jurado popular, siempre mantuvo su verbo dentro de un corte austero y elegante sin que se le pagaran esas vulgaridades y ramplonerías que siempre se adquieren al contacto de los auditorios plebeyos. Casi todos los tribunos que envejecieron en el salón de jurados acabaron influidos por el público ignorante a quien pretendieron dominar. Dicho público los contagió de su sensiblería grotesca, de su amor a las metáforas efectistas, de su predilección por las prosodias retumbantes, en una palabra, de su gusto pervertido por los golpes teatrales de una retórica de oropel.

Lozano se resistió a ser arrastrado por esas corrientes de populachería en donde han naufragado tantos ingenios de calidad. El siempre estaba en guardia contra el aplauso fácil y ponía sus mayores empeños en extender su vocabulario, en clarear su sintaxis, en esculpir imágenes selectas y en saturar sus períodos de una emoción depurada, que pasaba noblemente sobre el auditorio como la brisa que al atravesar un bosque, agita las copas de los árboles hasta hacerlas cantar, pero sin torcer las ramas ni desgarrar el follaje.

Como nunca quiso ser escritor, su estilo se refinaba interiormente por un proceso mental que jamás he observado en ningún otro orador. Nadie

vio a Lozano emborronando un manuscrito con correcciones y tachaduras. El meditaba en silencio la estructura de sus discursos; hacía pasar su léxico por el filtro exigente de su gusto depurado; y luego, después de esta laboriosa preparación, las cláusulas salían de sus labios con un acabado perfecto.

Salvador Díaz Mirón solía decir que la forma poética debe ser como la media de una dama; ni demasiado estrecha pues así se rompería, ni tampoco muy holgada pues entonces produciría arrugas. En las obras literarias tampoco debe haber escasez de palabras pues así podía obscurecerse el pensamiento, ni abundancia de tela que conduciría a redundancias de mal gusto. Lozano siempre tenía presente este símil gráfico y se servía de él como de un escudo contra las irrupciones de palabras huecas.

LAS DOS PERSONALIDADES DEL GRAN TRIBUNO

VERBO TEMPESTUOSO Y CINCELADURAS DE ORFEBRE

La obra parlamentaria de Lozano fue relativamente corta, pues en la recopilación de sus discursos que hizo el señor Salvador Sánchez Septién, sólo figuran dieciséis intervenciones desde el 22 de abril de 1911 hasta el 22 de abril de 1913. Si se suman todas las palabras que pronunció en las legislaturas XXV y XXVI apenas si llegan a doce mil. Claro está que esta labor resulta inmensa si se le compara con la de la mayoría de los diputados que nunca dijeron "esta boca es mía". Por otra parte, no hay que medir la cantidad verbosa, sino apreciar la calidad que fue de primera categoría.

Más cortas aún fueron las actuaciones de Olaguíbel y la mía. Mi parquedad se debió en la legislatura XXV a que actué como secretario del Congreso y tenía que atender la correspondencia de la Cámara y además preparar el ordenamiento de las sesiones. En la legislatura XXVI fui admitido en el mes de octubre, y unos cuantos días después tuve que dedicarme por completo al diario "La Tribuna" que requería de mí siete editoriales a la semana.

Durante cerca de medio siglo se ha venido diciendo que los discursos del Cuadrilátero prepararon la caída del señor Madero, y eso no pasa de ser una leyenda porque el Cuadrilátero no se constituyó sino después de la revolución militar de febrero de 1913. El diputado Querido Moheno, por iniciativa propia, desarrolló una campaña agresiva contra el maderismo desde septiembre de 1912 y persistió en esa actitud hostil hasta que se clausuró el primer período de sesiones; pero en aquel entonces el tribuno chiapaneco no tenía el menor vínculo con el Triángulo, Lozano y Olaguíbel fueron ajenos a aquella apasionada pelea, y si nada hicieron para salvar al gobierno que se hundía, tampoco pusieron el menor empeño en arrojarlo al precipicio.

El 18 de febrero de 1913 quedó el país en manos de militares, y como consecuencia lógica, el Congreso perdió el noventa por ciento de la importancia que había tenido; pero fue entonces cuando Lozano pronunció sus mejores piezas parlamentarias, especialmente la última, de la cual me ocuparé cuando me refiera al conflicto que surgió entre los generales Victoriano Huerta y Félix Díaz.

Con dicho discurso pasó a la historia el diputado Lozano. Cuando se volvió a reunir el Congreso en septiembre de ese año, ya era Ministro de Comunicaciones y Obras Públicas. Pasó fugazmente por la asamblea y lo extraordinario es que sin preparación parlamentaria hablase desde el primer momento como un gran señor de la palabra. En los países de vida congresional, los diputados permanecen en sus curules durante veinte, treinta y hasta cuarenta años. Eso fue lo que

pasó en Inglaterra con Walpole, con los Pitt, con Fox, con Gladstone y con Disraeli. Lo mismo sucedió en Francia con Thiers, Guizot, Ferry, etc. La gimnasia diaria en varios períodos legislativos, les dio la maestría y los convirtió en hombres de Estado. En cambio los oradores parlamentarios de nuestro país, por ser improvisados y efímeros, se parecen a los grandes oradores de la Revolución Francesa.

Al triunfar la Revolución Constitucionalista en julio de 1914, José María Lozano consideró su vida pública como terminada y canceló para siempre sus ambiciones políticas. Algunos compañeros de destierro quisieron embarcarlo en nuevas aventuras, pero él mantuvo firme su resolución de no volver a participar en las luchas enconadas por el poder.

Los largos años que pasó lejos de México fueron como un filtro de milagro que le dieron a su espíritu la serenidad y la transparencia; y se transformó su oratoria; aquel verbo que había sido tumultuoso y desbordante, comenzó a correr por cauces sosegados; ya no hubo trepidaciones volcánicas sino afán de armonía y de paz; en vez de la catarata estruendosa, el cristal del lago que refleja el cielo.

El tribuno que, como Sigfrido, había atravezado heroicamente las selvas incendiadas, se encontró por fin a la Walkyria dormida que no despierta con alaridos estridentes sino con besos de amor. La evolución de su arte se inició en La Habana en donde pronunció dos discursos hermosísimos en honor de Amado Nervo y de Quinito Valverde. En ambas piezas oratorias hay matices crepusculares y perfumes tenues de otoño que

contrastan vivamente con las fuertes tonalidades de las obras anteriores de Lozano. El tribuno había conquistado una "nueva forma"; había vuelto a nacer como manda la Sagrada Escritura. El gladiador infatigable se había ido para dejar en su lugar a un Lozano armonioso y casi místico.

No se crea que por eso su espíritu era un cráter apagado; ya no había inquietudes ni rebeliones en sus ideas, pero las seguía habiendo en su estilo; y a la inversa de Paul Verlaine, que hacía fríamente versos conmovidos, Lozano burilaba con ardor sus oraciones de paz. Y ese ardor se revelaba en su vocabulario caprichoso y en su sintaxis delirante. Bajo el sayal del místico palpitaba un corazón epicúreo que encontraba placer en la selección de las palabras bellas y en la arquitectura barroca de sus frases refinadas.

El gran pensador Charles Maurras ha hecho notar que Anatole France, a pesar de sus desplantes vanguardistas, fue el escritor más conservador y ultramontano de su tiempo. El delicioso ironista de "La Isla de los Pingüinos" predicaba la bondad de los cambios bruscos, de los avances atrevidos y de las reformas radicales; pero nadie amaba como él la quietud y la seriedad, ni se encontraba tan lejos de las estridencias revolucionarias. Con Lozano pasó en los últimos años la paradoja opuesta: llevaba etiqueta de conservador, de ponderado y de ecuánime y sin embargo, nadie como él tenía tanta rebeldía en el lenguaje, tanto escándalo en su prosodia ni tantas irreverencias en su estilo. Defendía la mansedumbre y la serenidad y las palabras brincaban de sus labios como saetas de fuego; estaba del lado

del orden y de la quietud; pero sus cláusulas tremendas parecían brotar de un cráter revolucionario. Acabó por someterse humildemente a todos los convencionalismos políticos y sociales; pero nunca se sometió a los convencionalismos del arte.

En vista de lo expuesto, nadie debe sorprenderse de que yo me permita decir que hubo dos Lozanos, como también hubo dos personalidades en la obra de Salvador Díaz Mirón. Hay un abismo entre los cuartetos "A Gloria" y las composiciones lapidarias de "Lascas"; y de la misma manera existe una gran distancia entre los discursos parlamentarios que sacudieron a la XXVI Legislatura y las oraciones que Lozano elaboró cuidadosamente en homenaje de don Rafael Reyes Spíndola y don Jesús Urueta.

Este doble aspecto no tiene nada de particular porque en la historia del arte abundan los ejemplos de creadores que no se conformaron con tener una sola personalidad. Ricardo Wagner triunfó con su ópera Rienzi; pero quiso además revolucionar el teatro musical y produjo Tanhauser, Lohengrin, Tristán e Isolda y la Tetralogía que se inspiró en los mitos escandinavos. También se puede decir que hubo dos Verdis: el de La Traviata y El Trovador y el de Otelo y Falstaff. Los críticos de pintura nos dicen que Rafael Sanzio, a pesar de no haber llegado a los cuarenta años, tuvo cuatro maneras distintas de pintar. El ansia de nacer de nuevo para ser originales, empuja a los artistas a continuas transformaciones.

Imagínese por un momento que Dantón hubiera conseguido escapar de la furia persecuto-

ria de Robespierre, y que en lugar de haber sido guillotinado a la edad de Cristo —como él mismo lo hizo notar frente al cadalso— hubiera sobrevivido a la tempestad revolucionaria. . . ¿Cuál habría sido el desenvolvimiento de su oratoria? Desde luego no hubiera seguido pronunciando las arengas volcánicas que le valieron la inmortalidad, por la sencilla razón de que la convención había desaparecido. ¿Se concibe al diputado borrascoso de Arcis vistiendo el hábito franciscano y trabajando el idioma como un orfebre que burila los metales preciosos? Nada se puede afirmar sobre Dantón, pero algo muy parecido fue lo que sucedió a José María Lozano.

Dijo una vez el argentino Carlos Octavio Bunge que la oratoria es como un arte de pintar telones, es decir, que los trazos gigantescos de un discurso tienen por objeto impresionar a los espectadores lejanos. Esta clasificación se acomoda perfectamente a las oraciones que pronunció Lozano en el salón de jurados y en el Congreso de la Unión. Pero desde 1914 en adelante, el tribuno no volvió a pintar telones: en vez de tratar de conmover a las multitudes numerosas se preocupaba por los matices suaves, por las tonalidades finas, por esas delicadezas que se pierden en la distancia. Es posible que los hombres de letras prefieran al orador depurado y elegantísimo; pero el pueblo —que es el que pronuncia el veredicto final— seguirá prefiriendo al Lozano de los años mozos, que dejaba correr su verbo torrencial, sin pretender canalizar sus elocuentes expresiones dentro de una forma estricta e impecable.

¿Cuál de los dos Lozanos fue el más grande? La misma pregunta se formuló cuando Salvador

Díaz Mirón editó su libro "Lascas". Como yo no soy un crítico literario sino un viejo que está escribiendo sus memorias, me limito a decir que prefiero al compañero que estuvo ligado con mi juventud. Esta impresión es netamente subjetiva. Admiro mucho al segundo Lozano pero el primero estuvo más cerca de mi corazón. Siempre me han fascinado más los inspirados espontáneos que los cultivadores de la forma perfecta.

EL CREPUSCULO DE LA POBREZA

UN HOMBRE QUE NO SE PARECIA A LOS DEMAS

Después de haber trazado la silueta tribunicia de José María Lozano, sólo me falta presentarlo como hombre. Ya dije que su vida fue tumultuosa y desordenada sin que por ello descendiera a la vulgaridad. Muchas veces, leyendo los cuartetos fulgurantes que le dedicó Díaz Mirón a Lord Byron, me ha parecido que se acomodan mejor a la psicología de mi compañero de luchas que a la del autor de Manfredo. Sabía conservar el señorío intelectual en medio del torbellino. Tendría que mentir para asegurar que en su existencia no había un pantano; pero ¡ah! su pantano estaba lleno de flores de loto.

Nunca le sedujo el dinero por el dinero mismo sino como un medio para comprar el placer; y lo gastaba no sólo con esplendidez sino con la elegancia del que no piensa en las necesidades del día de mañana. Mal negociante de la vida, compraba un minuto de felicidad con la escasez de varias semanas y hasta de muchos meses. Su ausencia de avidez la probó durante el tiempo en que tuvo a su cargo la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas en donde muchos otros Ministros se han convertido en millonarios. El,

por lo contrario, administró los fondos de la República con la mayor pulcritud y salió con los bolsillos vacíos. Sus adversarios decían que era un esclavo de la voluptuosidad y la ligereza, pero en justicia, jamás colocó sus goces personales arriba de las conveniencias de México. En el frenesí de las fiestas epicúreas solía llegar al escándalo y hasta la locura; pero nunca invadió la jurisdicción de la picardía.

Fue el polo opuesto de la moral burguesa que siempre armoniza con la contabilidad; fue también la antítesis del fariseo y por consiguiente, no se preocupó por cubrir sus defectos con el barniz de una falsa virtud. Se mostraba tal como era, seguro de que pasadas las pasiones políticas, el veredicto de sus conciudadanos le sería favorable. ¿Y cómo no serlo si el crepúsculo de su pobreza significaba para él, como para todos los hombres públicos, la más radiante de las auroras?

Era original, tan original que cada vez que se planteaba un problema, sugería una solución inesperada que únicamente a él se le podía ocurrir. Y lo curioso es que sus tesis, aunque tan desconcertantes como las paradojas de Chesterton, siempre tenían un fondo de verdad indiscutible. Por eso fue que su singular y peregrina figura no tiene paralelo en la historia literaria de México ni en la de toda la América. Era él, únicamente él.

Le habría encantado que yo asociara su personalidad con la del Premier William Pitt o con la de Lord Macauley; pero no, con quien se le puede encontrar paralelo es con Carlos Fox que fue el rival del primero, pues tenía muchas de sus cualidades y casi todos sus defectos. Como Fox, fue un devoto de los maestros clásicos; como él, tuvo

una juventud brillante y fogosa que se mantuvo espectacularmente al borde del precipicio; como él, también fue un enamorado perenne de los juegos de azar que casi siempre le resultaban adversos. Y es fácil imaginarse que con aquel reto constante al destino, nunca le bastaron los mayores ingresos para equilibrar su situación que siempre fue tan apurada y estrecha como la de Balzac. Al igual de Fox, las fiestas dionisíacas no excluyeron su sed de estudio ni su infatigable laboriosidad, pues por lo contrario, contribuían a remozar su espíritu y a rejuvenecer su estilo; y por último, como Fox, Lozano fue más hombre de Estado que político y por tal causa, en vez de conquistar los dones efímeros del poder, ha conquistado el aplauso de la posteridad.

Sin embargo, no se podría continuar indefinidamente este paralelo porque se tropezaría con mayores divergencias que semejanzas: era singular, singularísimo y no hay modo de encontrar ni en la historia ni en la leyenda un reflejo exacto de su idiosincracia de excepción.

La última vez que lo vi fue en el otoño de 1928 en la ciudad de París. Como yo era entonces un excomulgado del régimen del general Calles y viajaba con pasaporte español, nunca ponía los pies en las Embajadas ni en los Consulados de mi país. Lozano me buscaba y no conseguía encontrarme; pero tres días antes de su regreso a México, doña Carmen Romero Rubio de Díaz le dio mi dirección y acudió inmediatamente a hacerme una visita. Como era de esperarse, en esos días estuvimos juntos constantemente. Recuerdo que asistimos en el Teatro Francés a una representación de "Fe-

ara", y en otro coliseo del bulevar, a la comedia "Topacio" que se acababa de estrenar.

La víspera de su partida, comimos en unión de nuestras esposas en un restaurante silencioso en donde se podía conversar sabrosamente. En aquel ágape íntimo escuché encantado su nueva manera de hablar. Ya no era sonoro ni enfático, pues huyendo de los efectos melodramáticos se expresaba casi en voz baja. No por eso su estilo era reseco ni desamparado. Por lo contrario, su terminología era brillante, su adjetivación lujosa, sus construcciones verbales desconcertantes, pero elegantísimas. En sus cláusulas había riqueza musical; pero más que por la opulencia sinfónica, se caracterizaba por su elocuente plasticidad y su vivo colorido. Sus metáforas tenían tanta luz que no parecían emerger de una tribuna sino de una paleta de milagro. Yo recordaba al artista joven que había pintado trágicamente a la manera de Goya; pero en París veía que había cambiado, que era devoto de las melancolías grises de Eugenio Carriere y los matices plateados de Puvis de Chavannes. Era en el ocaso de su vida un orador de tonalidades suavísimas, pero en la austeridad de sus últimas pinceladas, ¡cuánta nobleza y refinamiento había en su emoción! ¡ah, si Carlos Baudelaire hubiera sido tribuno, habría hablado a la manera de José María Lozano!

En una novela histórica francesa que se llama "Sainte Helene Petite Isle", el general Hudson Lowe comisiona a un oficial subalterno para que vaya a cerciorarse de que Napoleón se encuentra en sus habitaciones, pues corren rumores alarmantes por toda Europa de que se ha escapado de la Isla de Santa Elena para emprender la aventura de

reconquistar el trono. El oficial inglés consigue introducirse en la casa del Emperador y lo ve desde una cortina, y al rendirle parte a su general de que el prisionero no se había fugado, Lowe le pregunta: ¿Habéis hablado con el general Bonaparte? —No señor. —¿Lo conocíais anteriormente? —No, mi general. —Entonces, ¿cómo sabéis que es él? —Ah, señor, contesta el oficial, porque no se parece a ningún otro.

Lozano tampoco se parecía a ningún otro. Unico entre los estudiantes, único entre los abogados, único entre los políticos y único entre los oradores, no necesitaba aislarse del montón para que se destacara su vigorosa individualidad. En cualquier sitio y aunque se mezclara con la muchedumbre, era distinto de los demás mortales.

Aunque fue inmenso como tribuno, fue más interesante como hombre, ya que vivir una existencia rara tiene más fascinación que realizar obras maestras. ¿Qué valen las concepciones teológicas de Pedro Abelardo junto a su idilio casto con Eloísa? ¿Cuál de las orfebrerías de Benvenuto Cellini se puede comparar con el poema bien cincelado de su vida? Don Miguel de Cervantes estimaba en mucho más su participación en la batalla de Lepanto que la gloria de haber escrito El Quijote. Luchar es más bello que cantar; mejor es vivir una epopeya que escribirla. Y bien, la vida pintoresca de José María Lozano es digna de inspirar una biografía maestra, como la que escribió Boswell sobre Sir Samuel Johnson o un poema lírico-dramático como el que le dedicó Edmundo Rostand a Cyrano de Bergerac. En torno de esta vida original se van a componer muchos romances y se van a forjar muchas leyendas...

EL POETA NACE, EL ORADOR SE HACE

COMO SE HIZO ORADOR QUERIDO BOHENO

Aunque en el relato que vengo haciendo de mi pasado todavía no llego al momento en que don Querido Moheno se vinculó con el Triángulo para convertirlo en Cuadrilátero, creo pertinente presentar su fascinante personalidad como ya lo hice con las de Francisco M. de Olaguíbel y José María Lozano. Estamos a fines de 1912 y nuestra vinculación con Moheno no se efectuó sino hasta marzo de 1913. En la Legislatura XXV, habíamos militado en filas contrarias aunque nunca llegamos a chocar en los debates parlamentarios. Y parecía que también íbamos a ser adversarios en la Legislatura XXVI; pero como se separó del maderismo a fines del mes de septiembre, surgió una alianza tácita con el grupo independiente. De cualquier modo, el compromiso de formar un bloque macizo para trabajar en armonía no se realizó sino hasta después de la decena trágica.

Cuando todavía éramos rivales, yo me permití lanzarle una ironía que él recibió sonriendo y sin el menor asomo de resentimiento. En un debate sin importancia que no ha dejado huella, dije más o menos estas palabras: "Son muchas las diferencias que existen entre el poeta Homero y

el diputado Moheno; pero en esta ocasión la única discrepancia que me importa subrayar es la siguiente: siete ciudades de Grecia se disputaban la gloria de haber mecido la cuna del inspirado cantor de Aquiles, en tanto que al señor Moheno lo repudian tres Estados de la República: los chiapanecos nos dicen que es de Tabasco; los tabasqueños lo avientan a Veracruz, y los jarochos se lo quieren regalar a Chiapas". Después de esta travesura verbal dirigí mis ojos a Querido y vi con sorpresa que él la celebraba con una risa tan alegre como espontánea. Me sentí desarmado, y mi mortificación aumentó cuando al descender de la tribuna y marchar hacia mi curul, Moheno me salió al encuentro para estrechar mi mano con gran cordialidad. "Así me gusta que me ataquen, con ingenio lleno de buen humor y no con maldad amarga; y espero que algún día podré darle un floretazo de la misma manera".

Pero no, nunca me devolvió aquella ironía no obstante de que su carcaj estaba lleno de saetas y que le sobraban facultades para hacerme el blanco de sus disparos. Desde entonces comencé a respetarlo pues sólo los grandes tiradores no se apenan al decir "touché". Comprendí que no era susceptible ni mucho menos puntilloso; que no perdía su tiempo en escaramuzas menores sino que iba tras las victoria en las grandes batallas; que no se dejaba distraer con chistes sin trascendencia, pues lo que le importaba era el resultado final de la campaña parlamentaria.

"Nascuntur poetae, fiunt oratore" decían los romanos y Moheno se encargó de probarlo en nuestro Congreso, porque sus primeros discursos no causaron gran impresión. En un debate con

Diódoro Batalla en la XXV Legislatura, estuvo muy por debajo del tribuno jarocho; pero el hombre, al día siguiente lo hizo mejor, y como no dejaba pasar una sola sesión sin tomar la palabra, se fue perfeccionando su verbo, hasta llegar a destacarse como el orador más vigoroso de su tiempo. No recuerdo cuándo leí que los fakires de la India plantan un árbol y que luego, a fuerza de sugestión lo hacen germinar inmediatamente para conseguir que un día tenga un tronco corpulento y ramas poderosas. Así fue como vimos desarrollarse la elocuencia de Moheno en la XXVI Legislatura. Lozano y Olaguíbel, desde el primer momento comenzaron a hablar como maestros, mientras que Querido que se inició con titubeos, fue adquiriendo un aplomo y una seguridad incomparables. Los diputados de hace cuarenta y cinco años vieron el crecimiento rápido del árbol del fakir. Nunca lo hizo mal pero en sus últimos discursos era el dueño incuestionable del audiorio; su apariencia personal no era atractiva y por lo mismo, tenía que doblar su esfuerzo para conquistar la buena voiuntad de los oyentes. Hacía pensar en el nadador que en un río bracea contra la corriente; pero los braceos eran tan potentes que el río acababa por declararse vencido. Un diputado francés que visitó México en aquel entonces y que desde las tribunas del público lo escuchó con admiración, se expresó de esta guisa: "He quedado con la impresión de haber contemplado al Vizconde de Mirabeau". Y en efecto, como el célebre Honorato Gabriel de Riqueti, era feo, obeso, de corta estatura, mofletudo, agresivo y arrollador. Sus enemigos decían que era renegado y venal, como también lo dije-

ron de Mirabeau los personajes salientes de la revolución francesa; pero Moheno, en vez de asustarse con aquellos improperios, los contestaba con arrogancia tal, que dejaba paralizados a sus impugnadores. Para toda acusación tenía una respuesta fulminante; para todo cargo, un contraataque demoledor; no le tenía miedo a ninguna caída, si arrastraba en su descenso a los que procuraban destruirlo. A manera de Sansón, no le importaba ser aplastado en el templo de Baal si conseguía que sus adversarios sucumbieran en el mismo aplastamiento.

Como era el polo opuesto de la ponderación y la armonía, sus discursos eran unilaterales. No concebía la vida sin la lucha y cada vez que se planteaba un problema, escogía su trinchera y desde allí se ponía a disparar contra el enemigo. Jamás buscaba el término medio que convida a conciliar y a transigir porque no entendía que la justicia pudiera encontrarse parcialmente en los dos bandos: enarbolaba la bandera de uno de ellos y la defendía con ardor. Y no se conformaba con vencer sino que tras de haber derribado a su contrincante, lo convertía en "polvo impalpable" como dijo una vez Jesús Urueta. Se cuenta que en cierta ocasión, el Tigre Jorge Clemenceau fue tildado de buscar una componenda para entenderse con sus adversarios y el gran tribuno francés se definió con estas palabras atrevidísimas: "Prefiero que me llamen traidor a que me consideren neutral". Y así era Querido Moheno que no podía ser indiferente en ninguna pelea.

En madera igual o muy parecida debe haberse burilado el espíritu de Vázquez de Mella que en un discurso elocuentísimo dijo que de todas las

sublimes enseñanzas que dejó Jesucristo al mundo, la más honda y trascendental fue la del Calvario, en los últimos momentos de su vida. Allí se vieron, por un lado la virtud escarnecida y crucificada; por el otro lado, el crimen insolente e impune; y en medio la cobardía lavándose las manos. Es muy grave ponerse del lado de Caifás, pero a Moheno le parecía mucho peor vincularse con Poncio Pilatos.

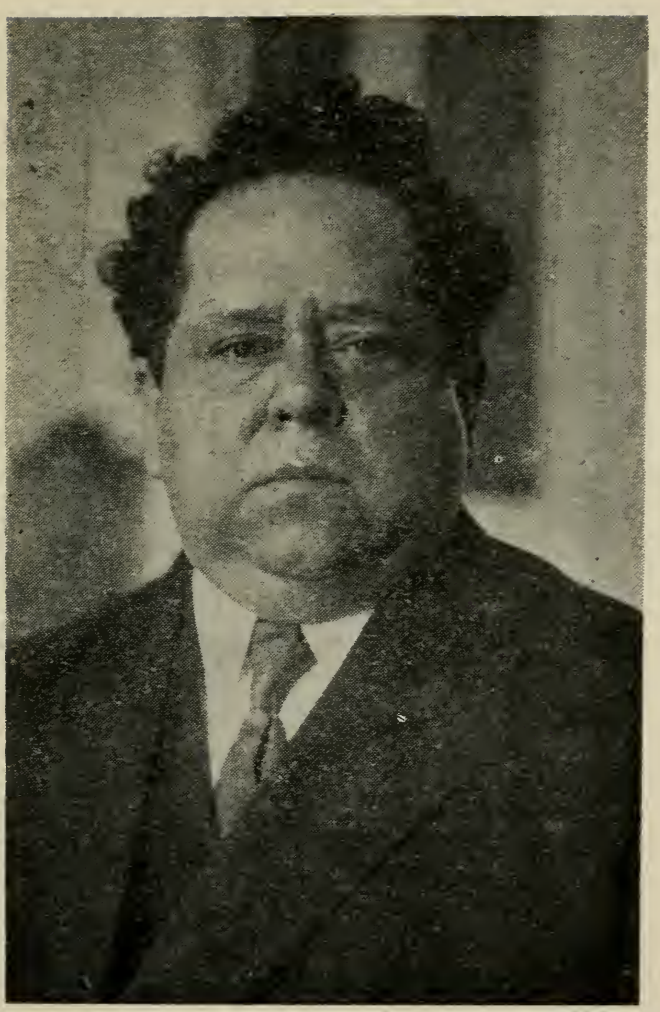
Una vez que una mujer procesada por haber matado a su amante, le quiso decir cómo se había cometido el homicidio, le ordenó que se callara explicándole con donosura que él era un defensor y no un confesor. El mismo me lo contó agregando que con los hechos que constaban en el expediente del proceso y con las crónicas publicadas en los periódicos, había reconstruido el drama, y que conforme a él, había preparado su defensa. Si dejaba hablar a la mujer, podía suceder que su reconstrucción hipotética de la tragedia se viniera abajo y como consecuencia, se podía debilitar su alegato. Ya tenía "su verdad" y no toleraba que se la rectificase ni siquiera parcialmente por que si permitía que en su conciencia entrase alguna duda, su discurso podría resultar vacilante y descolorido. Con la misma conformación mental, Demóstenes nunca quiso enterarse de las buenas cualidades que pudo tener el padre de Alejandro el Grande. Se había propuesto encontrarle defectos, únicamente defectos y sobre ese concepto se pronunciaron sus filípicas tremendas.

No se vaya a inferir de lo anterior que Moheno se dedicaba a cultivar la mentira cuando le resultaba conveniente. No, lo que sucedía era que

el combatiente no quería que penetrara en su alma nada que disminuyera su ímpetu agresivo y sus furores beligerantes. Había que ganar la pelea y todo lo subordinaba a la victoria. Apasionado por naturaleza, no renunciaba a la pasión que es tan eficaz en un jurado popular. Por otra parte, la pasión cuando no es mezquina (y no lo podía ser en el caso relatado porque se trataba de salvar a una infeliz mujer a la cual ni le cobraba honorarios), en vez de destruir la verdad, puede servir para que resplandezca mejor. Cuando se siente una tragedia, se pueden exagerar algunos contornos, pero el cuadro completo se acerca más a la verdad que un inventario exacto de hechos, pero sin vida. Puede suceder lo que con algunas caricaturas: la nariz, los ojos, la frente y la boca suelen deformarse tanto que resultan diferentes del original; pero el conjunto de los rasgos desfigurados produce la impresión de un retrato perfecto.

Con todos estos atributos no era extraño que Moheno contase sus enemigos por centenares; pero él no hacía el menor esfuerzo por reconciliarse con sus críticos en vista de que en su diccionario no existía la palabra "transacción". Una vez iniciado el combate, lo seguía encarnizadamente hasta el final. Cuando el auditorio se alborotaba, era cuando subía con mayor delectación a la tribuna. Paseaba su mirada radiante por el mar encrespado porque se sentía seguro de dominar las olas más embravecidas. . .

Pero todavía tengo que hablar mucho de Querido Moheno y lo haré en los siguientes capítulos de estas memorias.



Lic. Querido Moheno

EL DESTINO CONTRADICTORIO DEL ORADOR CHIAPANECO

VICTIMA PERPETUA DE LA POLITICA

La vida política de Querido Moheno se inició cuando casi era un niño, en la campaña antirreeleccionista de 1892. Fueron sus compañeros de lucha José Ferrel, Gabriel González Mier, Alberto y Ricardo García Granados, Francisco Mascareñas y otros hombres de mérito que denunciaban el perjurio evidente en que había incurrido el porfirismo. En 1871, se prometió la no reelección en el Plan de la Noria, y en 1876, se confirmó la promesa en el Plan de Tuxtepec. ¿Cómo pues, con esos antecedentes, se establecía el sistema de las reelecciones indefinidas? Desde un punto de vista doctrinario, la oposición de 1892 era irreprochable.

Lo que no advertían aquellos románticos de la libertad era que el pueblo de México, con el recuerdo vivo de lo que había sufrido durante medio siglo de guerras intestinas y satisfecho de la paz, miraba cualquier proyecto de cambio con recelo y desconfianza. Después del general Díaz, los militares de mayor prestigio eran don Mariano Escobedo, don Sóstenes Rocha y don Ramón Corona. Y los tres eran reeleccionistas, Corona y

Rocha lo fueron desde 1888, en tanto que Escobedo aceptó presidir la Convención Electoral de 1892, que postuló al héroe del 2 de abril, para un nuevo período presidencial. Hasta los estudiantes capitaneados por Manuel Calero y Jesús Urueta clamaron porque el gran dictador continuase en el poder.

Fracasó la campaña de "El Demócrata", no obstante la pureza lógica de su programa, porque a los pueblos no les importa contradecirse, como tampoco les importa a los ríos torcer su curso, cambiar de dirección y dar mil vueltas y revueltas en su marcha ininterrumpida hacia el mar. Y sucedió lo que siempre sucede: cuando los oposicionistas no son escuchados por el pueblo, sube el diapasón de los ataques hasta provocar una solución violenta. "El Demócrata" fue suspendido y sus redactores fueron encarcelados. Así fue como el nombre de Querido Moheno comenzó a sonar en México. ¡Una víctima de la dictadura porfirista!

Pero el general Díaz no incurría en el disparate de desdeñar a sus adversarios. Tomaba nota de todos y si encontraba en ellos cualidades auténticas, procuraba atraerlos para incorporarlos en su sistema gubernamental. Y el prócer escogido para reconciliar al régimen con los periodistas de "El Demócrata" fue don Joaquín Baranda que no era un cortesano sino un hombre de Estado completo. Había sido amigo del general Manuel González que era en 1888 el antirreeleccionista número uno de México. Y no obstante esa circunstancia, se atrevió a decirle que la voluntad de la nación era que don Porfirio continuara en el poder. Así pues, no era reeleccionista por adulación sino por convicción. Y un

hombre que sostiene "su verdad" con buena fe, desparrama una fascinación irresistible. Moheno conservó de aquella entrevista con el señor Baranda una impresión que nunca se borró en el resto de su vida. Algo parecido —aunque no me consta— debe haber sucedido con José Ferrel y Gabriel González Mier.

Los tres entraron al Congreso; pero ¿se convirtieron en porfiristas? ¡No! Moheno se convenció de que era inútil la oposición, pero no por ello se enamoró del régimen centralizador y absoluto. Admiraba al general Díaz; pero no le quedó duda de que luchar contra él era dar cabezazos contra la pared; pero entre eso y sentir la adhesión que vincula para toda la vida, media un abismo que no llegó a salvar el ilustre tribuno. La verdad es que en el Cuadrilátero, los únicos porfiristas completos fuimos Paco Olaguíbel y yo.

En esas circunstancias, cuando don Francisco I. Madero inició su campaña democrática, a principios de 1909, Moheno debe haberla visto con profunda simpatía; pero su desengaño de 1892 le impidió tomar parte en el movimiento. Seguramente exclamó: ¡tan romántico como nosotros hace 17 años! Y volvió a equivocarse porque México en 1892 era unánimemente porfirista, en tanto que en 1909, el pueblo se había cansado del régimen prolongado del ilustre dictador. Cosa parecida les pasó al ingeniero Camilo Arriaga y a Ricardo Flores Magón que lanzaron su protesta al principiar el presente siglo. No creyeron en Madero que tuvo sobre todos el acierto indiscutible de la oportunidad. Triunfó en toda la línea porque llegó en el momento preciso en que debía llegar.

Si don Porfirio puso empeño en atraerse a Moheno, con mayor razón el jefe revolucionario de 1910 procuró su contacto después de su triunfo clamoroso. Desde luego, había sido un antirreeleccionista con dieciocho años de anticipación. Además, antes de que se publicara el libro trascendental "La Sucesión Presidencial 1910" Moheno había hecho circular el folleto "¿A Dónde Vamos?", que sugería un futuro lleno de sombras y que fue llamado por Bulnes "el primer palo contra la dictadura". Estas afinidades evidentes hacían pensar en una vinculación perfecta; pero en política, y muy especialmente en política mexicana, nadie puede saber con certidumbre lo que puede durar la amistad. En mayo de 1911, Madero creía que sus mejores amigos eran los hermanos Vázquez Gómez, Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, José Inés Salazar, Emiliano Zapata y muchos otros caudillos revolucionarios que antes de un año se habían convertido en sus enemigos irreconciliables. También creía que los soldados del Ejército Federal eran sus adversarios lógicos y sin embargo, ellos fueron quienes lo sostuvieron durante el interinato de De la Barra y en los quince meses que duró su gobierno. Pensando en la fragilidad de las vinculaciones políticas, hace muchos años que me permití hacer la siguiente consideración:

"Todo hombre que pisa la arena candente de la vida pública, produce la impresión del nadador que al cruzar el río, tropieza con un remolino: lo peor que puede hacer es gastar sus energías en una lucha estéril contra el ímpetu del vórtice. Por eso los nadadores experimentados se dejan llevar pasivamente por la corriente circular como

si fueran pedazos de corcho, hasta que el propio remolino los arroja de su seno. Una vez fuera de aquel obstáculo, pueden seguir nadando con entera libertad. Y lo mismo sucede en las luchas interesadas por el poder: el que entra en ellas queda en las garras tiránicas de uno de esos remolinos y no puede escoger a sus amigos ni a sus adversarios, sino aceptar inerte y mansamente los que le impone la fatalidad. No sabe quiénes lo herirán ni mucho menos a quiénes él tendrá que herir. ¿Quién le hubiera dicho al general Porfirio Díaz en 1876, que diez años después iba a tener a su lado en calidad de Ministro, al antiguo imperialista don Manuel Dublán, mientras que don Justo Benítez y don Protasio Tagle, con quienes lo ligaban vínculos casi fraternales, se hallaban en la oposición? La amistad del general Calles y don Adolfo de la Huerta se había formado en largos años; pero se disolvió en unos cuantos segundos. El general Alvaro Obregón les dio el grado de divisionarios a Arnulfo Gómez y a Francisco Serrano, y luego los mandó a la sepultura. Y otro tanto se puede decir del general Lázaro Cárdenas en relación con su íntimo camarada Saturnino Cedillo. El ejemplo más patético de estas amistades efímeras, lo revela la pregunta inconsolable de Julio César: ¿tú también, Bruto? ¡Cómo le dolió ser apuñaleado por uno de sus mejores amigos!".

La amistad Madero-Moheno también estaba condenada a deshacerse en el torbellino que se desató después del ocaso porfirista. El primer choque se efectuó cuando con motivo de la renuncia de don Emilio Vázquez Gómez, fue nombrado Secretario de Gobernación don Alberto García Gra-

nados. Moheno tenía contra el nuevo Ministro muchos agravios que no me toca a mí calificar porque fui amigo de don Alberto y puedo certificar que era un perfecto caballero. El hecho fue que mi compañero de Cuadrilátero sufrió una inmensa desilusión, pues estaba perfectamente convencido de que el señor García Granados iba a acabar mal en sus relaciones con el señor Madero.

Los hechos posteriores parecieron darle la razón, pues antes de que terminase el interinato del señor De la Barra, el señor García Granados era antimaderista. Con este antecedente, se planteó en Veracruz el problema de las elecciones. ¿Quién iba a ser el candidato del gobierno? Mucho debe haberse discutido el punto, pero en vez de llegar a una solución, el Presidente Madero sugirió que se lanzara una candidatura doble, pues en los mismos carteles resultaron postulados don Hilario Rodríguez Malpica y don Tomás Braniff. Las gentes derivaron la conclusión de que con el dinero del segundo se iba a hacer la campaña para que llegase a la gubernatura el viejo marino que era el jefe del Estado Mayor Presidencial. Pero como ni don Hilario ni don Tomás triunfaron en aquella lid, todos quedaron descontentos; y más que nadie, Moheno que recogió una cosecha de virulencias.

Así pues, cuando se instaló el Colegio Electoral de la XXVI Legislatura, ya el maderismo de mi amigo era más convencional de lo que había sido su porfirismo y estaba condenado a romperse en cualquiera crisis que se presentara. El rompimiento fue fecundo para la literatura porque dio lugar a que luciera sus estupendas facultades el tribuno parlamentario más vigoroso de su época.

Los tres meses que siguieron fueron los más felices en la vida de Moheno porque vació todo lo que traía adentro; pero ¡ay! lo condujeron fatalmente al huertismo que por extraña paradoja, fue todavía más convencional que su porfirismo y su maderismo. En efecto, ni Huerta quiso a Moheno ni tampoco Moheno podía ver al general Huerta.

DEL PARLAMENTO AL SALON DE JURADOS

LA ULTIMA VEZ QUE OI A MOHENO

En el período de sesiones de abril y mayo de 1913, la actuación sobresaliente de Moheno consistió en oponerse al empréstito que nominalmente era de doscientos millones, pero que en realidad sólo fue de cincuenta y cuatro millones que se destinaron principalmente a cubrir los dos empréstitos de veinte millones cada uno, obtenidos por el gobierno del señor Madero de la casa Spyer de New York. Los banqueros sólo entregaron sesenta millones, prometiendo aportar los otros 140 un año después; pero como los bonos se colocaban con un diez por ciento de descuento, la cifra se redujo a 54 millones de los cuales, por réditos, sólo quedaron 50. Y como a la casa Spyer se le pagaron 41 millones y pico, el gobierno del Presidente Huerta no percibió sino una cantidad que resultaba insignificante frente a las necesidades de la campaña militar.

Bastan los números expuestos para comprender que su oposición no fue injustificada; pero como confió mucho en los informes que le suministró el Ministro de la Guerra (que también se oponía el empréstito), le arrojó el guante de manera agresiva a don Toribio Esquivel Obregón. Y se planteó una rivalidad entre dos miembros del

Gabinete Presidencial. El general Huerta no tenía el menor interés en sostener al señor Esquivel, pero sí lo tenía en pulverizar al general Mondragón. Por eso le ordenó que fuese al Congreso a contestar las posiciones que le iba a articular el Ministro de Hacienda. El Ministro de la Guerra pudo haber contestado con su renuncia; pero prefirió presentarse en la Cámara, y con sorpresa general, rectificó todo lo que le había dicho a Moheno. Por esta causa, la formidable arquitectura tribunicia se desmoronó por falta de cimientos. Jamás he visto una elocuencia tan desperdiciada.

Después de aquel periodo de sesiones, los miembros del Cuadrilátero pasamos a formar parte del Gabinete Presidencial y terminó nuestra vida parlamentaria. A fines de julio de 1914, tomé la ruta del destierro, un destierro de nueve años que me impidió volver a escuchar el verbo de mis camaradas. Diez años después, al regresar a México, asistía a una conferencia en el Teatro Virginia Fábregas que sustentó Moheno, y vi con pena que se encontraba fuera de ambiente. Jamás he visto un león en una selva, pero supongo que es muy distinto a los leones enjaulados de los parques zoológicos. Algo parecido se observaba en mi viejo amigo: el conferencista estaba muy por debajo del formidable parlamentario. En 1925, lo escuché en los funerales de don Francisco Bulnes; pero no fue él quien dio la nota sensacional: la dimos Lozano y yo al ponernos a polemizar frente al ataúd. ¡Qué homenaje para el primer polemista de México!

Para poder decir que ya no existía el formidable tribuno de 1913, necesitaba escucharlo en el Salón de Jurados. Allí había conseguido la abso-

lución de Magdalena Jurado, de Alicia Olvera y de María del Pilar Moreno; pero por encontrarme fuera de México, no pude ser testigo de sus procesos sensacionales. Por eso, cuando se anunció el capítulo final del juicio contra Nydia Camargo, acepté gustoso la invitación que me hizo el juez Escalante para presenciar los debates. Y vi pasmado, al Moheno de ayer, fuerte y tenaz, duro e implacable, arrollando todos los obstáculos que se amontonaban en su camino. La llama de su espíritu, al arder, comunicaba el fuego a todos los que se encontraban en su derredor y determinaba el incendio colectivo. Tres horas duró su discurso, y el auditorio magnetizado se mantuvo sin parpadear, pendiente de su verbo prodigioso.

Antes de seguir adelante, debo decir que Nydia había sido la amante de Márquez Briones, a quien privó de la vida. La víctima tenía la reputación de ser un explotador de mujeres y se decía que eso fue lo que exasperó a su infortunada amasia. Se trataba pues de un drama pasional sumergido en el lodo. No era Querido Moheno, como fingen creer algunos de sus malquerientes, un tribuno burdamente popular que sólo sabía manejar indoctas muchedumbres. Sin recurrir a la sonoridad ramplona ni a los efectazos de relumbrón, aquella defensa aunque intensamente pasional tuvo períodos llenos de sabiduría que habrían sido escuchados con recogimiento en la más austera y estimada de las Academias.

Después de ilustrar la tragedia con evocaciones de Scipio Sighele, colocó el cadáver del infortunado Márquez Briones sobre la plancha y empezó a hacer el más horrible de los análisis. Era tremendo el espectáculo de aquél histólogo des-

piadado que cortaba los músculos y descuartizaba los tejidos del muerto para denunciar gangrenas y podredumbres. Entre los asistentes al Jurado se encontraba la señorita Márquez Briones, que presenciaba con horror la autopsia de su hermano. Hubo un momento en que el dolor la venció y perdió el conocimiento. Los abogados de la barra de la acusación gritaron que era indigno permitir tanta crueldad; pero Moheno les contestó: esa mujer que salió desmayada vino al Jurado por su gusto, en tanto que esta infeliz (y señaló a Nydia) se encuentra entre dos gendarmes obligada a presenciar la tragedia de su vida. Y el analista, con el pulso quieto y los sentimientos domesticados, continuó su obra de disección. Esto no quiere decir que tuviera hielo en el alma sino que se había vinculado con Nydia Camargo en tal forma, que para defenderla se olvidó de todo lo que gravitaba en su derredor. Espíritu combativo, no se debilitaba con estallidos de piedad ni consideraciones de misericordia: él tenía que poner un fondo negro a la tragedia para que se desvanecieran los rasgos obscuros de la mujer homicida.

¡Y cómo pintó aquel fondo! Cuando iba describiendo el sucio amasiato, pensaba uno en aquellos artistas sombríos que bajo la inspiración salvaje de Miguel Angel Caravaggio formaron la escuela tenebrosa. Moheno se nos aparecía como un maestro en cosas terribles a la manera de Zurbaran; como un colorista trágico por el estilo del españoleto que parecía empapar sus pinceles dolientes en cuajarones de sangre... Sobre las telas inspiradas, el pintor brutal ponía esa gama espantosa del horror, que va desde la grandeza de un círculo dantesco hasta la bellaquería de

un drama vulgar de mancebas y de chulos. Y luego, sobre el fondo infernal, con qué maestría delineaba paraísos truncos, felicidades marchitas y flores enfangadas. Los huérfanos, con su desamparo, completaban la tragedia. ¿La tragedia? ¡No! No merece llamarse tragedia lo que Moheno hizo desfilar delante del auditorio atormentado. La tragedia no es sucia: estruja el alma pero no la envilece; estrangula los corazones pero conserva su majestad inviolada en medio de los trances más crueles; mata, pero las almas al morir, sienten el latigazo de la Divinidad. El cadáver de Márquez Briones no era arrastrado como el de Héctor por el carro vencedor de Aquiles, en torno de los muros de Troya. Del infeliz ex-cónsul chileno sólo quedaba un montón de carne informe para el anfiteatro.

Sobre aquel escenario cruento, Nydia Camargo se vio más bien como una desventurada que como una criminal. ¡Esa fue la estrategia que desarrolló Moheno para obtener la absolución! Y la desarrolló sinceramente poseído de su misión, compenetrado hasta el fondo de su alma de que la acusada era una víctima. Naturalmente, cuando un hombre habla con el corazón, su elocuencia es cálida y contagia a todo el mundo de sus convicciones, aunque sean erróneas. El escéptico es frío y siempre está solo; el creyente, en cambio, propaga el fuego que lo abrasa y logra que a los latidos de su corazón, respondan las palpitaciones de la humanidad.

A las dos horas de estar perorando, se sintió tan fatigado que le pidió al presidente de debates un descanso de diez minutos para seguir en el uso de la palabra. El juez se los concedió creyen-

do que el salón se iba a desalojar porque estaban sonando las dos de la tarde. En aquel tiempo la comida del medio día se tomaba a la una. Y sin embargo, nadie se movió de sus asientos: todos estrangularon su hambre para seguir escuchando el discurso maravilloso. El resultado del juicio no pudo ser otro que la absolución de la mujer homicida. Esta absolución se obtuvo por unanimidad y en medio de las aclamaciones del pueblo. El triunfo del orador asumió los caracteres delirantes de una apoteosis. Por mi parte, advertí asombrado que Moheno en el jurado popular era todavía más vigoroso que en la tribuna parlamentaria. Su improvisación era fluida, su vocabulario selecto, y la factura de sus cláusulas, armoniosas y rotundas, se completaba con símiles plásticos e imágenes llenas de vigor y colorido. Y sobre estos excepcionales dones dejaba correr un sentimiento libre que iba desde las tonalidades suaves de una pincelada celestial de Fra Angélico, hasta los brochazos lívidos de un cuadro de Delacroix.

Las gentes que ahora leen la prosa de Moheno no pueden darse cuenta del tamaño del orador porque en virtud de una curiosa dualidad espiritual, seguía un procedimiento distinto cuando manejaba la pluma que cuando vibraba colérico en la tribuna. Moheno escritor exhibía la influencia de Eca de Queiroz y otros espíritus refinados. En cambio, cuando hablaba, hacía pensar en las cartas de Sofía por Mirabeau, en los Castigos de Víctor Hugo, en los Yambos de Beranger, en la literatura del delirio de Guerra Junqueiro. El escritor sereno, depurado, fino y escéptico, al ascender a la tribuna, se volvía volcánico, flamígero e irresistible.

LA FUNDACION DEL DIARIO "LA TRIBUNA"

EL MANIFIESTO REVOLUCIONARIO DE FELIX DIAZ

Hace cinco años, cuando me retiré temporalmente de los periódicos para preparar en forma seria, la recolección de mi pasado, miles de gentes se preguntaban: ¿Qué es lo que va a decir de su oposición al régimen maderista en las Legislaturas XXV y XXVI? ¿Qué de las insubordinaciones del general Félix Díaz en octubre de 1912 y en febrero de 1913? ¿Qué del golpe final del general Victoriano Huerta? ¿Se atreverá a admitir sus responsabilidades en estos trascendentales acontecimientos?

El entonces director de "Hoy" don José Pagés Llergo me envió al simpático periodista Antonio Rodríguez, para que intentara explorarme y conseguir alguna confesión grave. Y yo se la entregué porque mi propósito no era el de esconderme ante la historia, sino el de presentar mi existencia, tal como se desenvolvió en aquel capítulo de la vida de México. Le mostré mi archivo que a falta de otros méritos, tiene el de ser único, porque la Porra, conducida por Mariano Duque, asaltó las oficinas de "La Tribuna" el 9 de febrero de 1913, y quemó las colecciones de aquel dia-

rio. Así pues, lo único que queda de aquella campaña periodística, son los recortes que he conservado. Si yo me anduviera escondiendo, quemaría dichos recortes y eso paralizaría cualquiera investigación seria.

¡Pero no! Ni trato de ocultar mis responsabilidades ni creo necesitar de la ocultación para conseguir un veredicto justiciero de la posteridad. Antonio Rodríguez paseó su mirada de lince por los documentos que le mostré y publicó una crónica con este título que puso en mis labios: "También yo fui Culpable del Cuartelazo de Huerta". En seguida, se inició la entrevista con estas palabras mías: "Los revolucionarios me han acusado bastantes veces de haber preparado el cuartelazo de Victoriano Huerta. Con o sin mí, el movimiento de 1913 se hubiera producido; pero es necesario reconocer que el cargo no es del todo injustificado".

Y si no acepto mi responsabilidad, sino en parte, es porque no tuve nada que ver en las conjuraciones militares. Fui completamente extraño a la rebelión del general Félix Díaz en octubre de 1912, lo cual se explica muy fácilmente porque durante el régimen porfirista, yo fui adicto a don Ramón Corral, mientras que Félix no miraba con simpatía al vice-Presidente. Nuestras relaciones sociales siempre fueron excelentes; pero jamás hablamos de política porque nos encontrábamos en bandos opuestos.

En cuanto a la conspiración militar de febrero de 1913, tampoco tuve la más leve participación porque los conjurados sabían que yo no podía simpatizar con sus finalidades. El plan original consistió en sacar al general Bernardo Re-

yes de la prisión de Santiago Tlaltelolco e instalarlo en el Palacio Nacional. Y como yo, por viejas tradiciones familiares, siempre había sido adversario del ex-Ministro de Guerra, mal podía comprometerme en la aventura de llevarlo a la Presidencia de la República. Rodolfo Reyes, que siempre me honró con su aprecio y con su cariño, sabía perfectamente que yo no podía militar en las filas de su padre. Los generales Manuel Mondragón y Gregorio Ruiz también estaban enterados de mi antirreyismo y por consiguiente, nunca me dijeron media palabra de la conjuración.

Así pues, mis responsabilidades se concretaron a la campaña de oposición que desarrollé desde las columnas de "La Tribuna". Ya me he referido en capítulos anteriores al licenciado Eduardo Tamariz que me ofreció generosamente financiar un diario, a fin de que yo dispusiese de una trinchera de combate en el caso de que me fueran cerradas las puertas de la Cámara de Diputados, como lo proyectaba hacer la Comisión de Poderes. También he dicho cómo, después de la derrota que sufrió dicha Comisión, cuando se discutieron las credenciales de José María Lozano y de Aquiles Elorduy, se resolvió admitirme en el Congreso. Por consiguiente supuse que el diario de que me había hablado Tamariz, no se fundaría. Pero sucedió que Eduardo persistió en su pensamiento y me pidió que le formulara un presupuesto de lo que costaría aquella aventura.

Yo tenía muy bien estudiado el asunto y le dije que un diario de cuatro páginas, parado en linotipos e impreso en rotativa, costaría en el primer mes, alderredor de trescientos pesos diarios.

En los tres meses que siguieran, el déficit podría ser de mil pesos semanarios; y que si conseguíamos meterlo en el público, podríamos equilibrar el presupuesto, a los seis meses de la fundación. En total, la aventura costaría alderredor de . . . . . $35,000.00 que yo no consideraba como pérdida sino como una inversión, que al cabo de un año, podía generar un buen negocio.

Así nació "La Tribuna" y la primera edición de 2,000 ejemplares fue lanzada el 12 de octubre de 1912. Cuando el diario "La Nación" —órgano del Partido Católico— nos cedió una sala grande para instalar la redacción; y además nos brindó precios excepcionales de impresión, el déficit fue mucho menor de lo que yo había calculado. El licenciado Tamariz me sugirió que nombrase como administrador a un señor apellidado Lobo que le habían recomendado como hombre de orden y todo se hizo con el menor costo posible. El resultado fue que en los cuatro meses que estuve al frente de "La Tribuna", el licenciado Tamariz no gastó más que un poco más de $7,000.00. Pero como el periódico tenía una circulación de 30,000 ejemplares diarios, su valor comercial era diez veces mayor. Sin embargo, el financiador de aquella empresa no recuperó nunca la suma que había invertido.

¿Cómo fue que "La Tribuna" resultó tan barata, aun en aquellos tiempos en que los periódicos costaban veinte veces menos de lo que ahora cuestan? Se debió a dos circunstancias inesperadas que aseguraron desde luego una buena circulación. Y allí va la primera. El 16 de octubre, y desde muy temprano, corrió por la ciudad de México la noticia de que el general Félix Díaz se

había apoderado del puerto de Veracruz y que desde allí, asumía una actitud de reto contra el gobierno. Llegué a la redacción a las 10 de la mañana, para preparar la edición de ese día, y me encontré a don Celso Acosta que me estaba esperando. Como él había sido el Secretario de la Inspección General de Policía durante todo el tiempo en que estuvo a cargo de don Félix, le pregunté al saludarlo: —Entonces, ¿es verdad? —Por supuesto que lo es. —¿Qué noticias me trae del pronunciamiento? —Una gran noticia —me respondió—; y entregándome varios pliegos, me dijo: —Este manifiesto se encuentra en estos momentos, en todas las esquinas del puerto de Veracruz.

Pasé mis ojos por aquella excitación a la rebeldía y le pregunté: —¿Y qué quiere usted que yo haga con este documento?

—Me han dicho que usted se sabe jugar el todo por el todo y quiero saber si se atreve a publicarlo.

—Por supuesto que me atreveré, y en la primera plana de "La Tribuna". Y no desconozco el peligro que entraña. Porque el hecho de que el general Félix Díaz se pronunciara esta mañana, y de que yo publique el manifiesto esta misma tarde, va a hacer pensar que el mismo general Díaz me entregó el documento, antes de salir de esta Capital. Las presunciones me tienen que señalar como cómplice de la sedición. Y llamando a José Luis Velasco, y entregándole el documento, le dije: —Lleve usted este material al linotipista más discreto, y dícteselo personalmente, para que ninguna otra persona se entere de su contenido. Usted corrige la prueba y procede a formar, para salir a la una de la tarde en punto.

Me volví a Celso Acosta y le dije: —Está usted servido. Al darme las gracias, me ofreció declarar, si era necesario, que yo no tenía nada que ver con el complot, y yo le respondí que la responsabilidad casi era la misma.

A la una de la tarde, me participó Velasco que ya todo estaba listo, y entregándome las pruebas de las planas, puse sobre la primera, el "tírese" de rigor. De la edición anterior habían circulado 2,500 ejemplares y me preguntó si aumentaba la tirada a 3,000.

—No, mi querido Pepe Luis; esta tarde vamos a vender cuando menos 15,000. De manera que dígale al regente que ponga en movimiento la semirrotativa y que no pare la impresión hasta que reciba la orden de alto. Y en efecto, la máquina estuvo corriendo toda la tarde. Subí a un tranvía y advertí que todos los pasajeros estaban leyendo el periódico. Me fui a ver a Tamariz y le dije: —No sé lo que sucederá con motivo de la audacia de publicar un documento tan comprometedor; pero ya "La Tribuna" entró al público, y de aquí en adelante, la circulación mínima será de 10,000 ejemplares. ¡Pero no! Fue todavía mayor, y cuando estalló la revolución militar el 9 de febrero, se imprimía un promedio de 35,000 ejemplares diarios. En la segunda quincena de enero, publiqué unas declaraciones del general Huerta y se vendieron 48,000 Tribunas. Si se considera que la Ciudad de México tenía menos de medio millón de habitantes, se tiene que inferir que mi periódico se propagaba como el fuego.

No obstante el triunfo periodístico, temí que el Procurador consignara aquel número de "La Tribuna"; pero el Presidente Madero, en vez de

dolerse con la publicación del manifiesto, les pidió a "El Imparcial", "El País", y demás diarios que lo reprodujesen. Aquella fue una jugada política maestra porque no tomó en serio a la revolución de don Félix; y aquel desdén olímpico se justificó una semana después, cuando el general Joaquín Beltrán recuperó el puerto de Veracruz. El sobrino del César pasó en ocho días, a la triste condición de prisionero.

Yo no era felixista ni tuve nada que ver con el pronunciamiento; pero no por eso puedo desconocer la responsabilidad de haber publicado un documento subversivo. Y ya rodando por la rampa inclinada de la pasión periodística, no tardé en contraer responsabilidades todavía mayores.

General Félix Díaz

UNA HISTORIA DE CUARTELAZOS CONTINUOS

GALERIA DE TRAIDORES

Dos días después de la publicación del manifiesto revolucionario del general Félix Díaz, se presentó a verme en la redacción de "La Tribuna", el licenciado Miguel Hernández Jáuregui, que era mi colega en la Cámara de Diputados. Me entregó un ejemplar de "La Opinión" de Veracruz, editada por Pancho Arias. Traía toda la primera plana dedicada a la rebelión. Con toda clase de detalles, se relataba lo que había pasado en el puerto, poniendo de relieve que no se había alterado el ritmo de la ciudad. Las tiendas estaban abiertas, los barcos descargaban sus mercancías como de costumbre y en el portal del Hotel Diligencias, también como de costumbre, los jarochos comentaban el acontecimiento. El general Félix Díaz no había impuesto ningún préstamo forzoso a los bancos, dando a entender que contaba con los elementos económicos necesarios para sostener la guerra contra el gobierno.

Hernández Jáuregui me dijo que aquel número de "La Opinión" era el único que había llegado a la Capital porque después del pronunciamiento se había paralizado el movimiento ferrocarrilero. Sólo había salido de Veracruz una máquina sin

convoy, y el maquinista, que era su amigo personal, le había traído el periódico. Yo pasé a los linotipos la descripción de la captura del puerto, y en esa tarde, "La Tribuna" publicó la crónica de lo acaecido en medio del asombro general, pues sin tener reporteros ni servicio telegráfico, nuestra información fue mucho más completa que la de "El Imparcial", "El País" y "The Mexican Herald".

Aquello se debía a una gentileza excepcional de Miguel Hernández Jáuregui; y aunque lo dije en "La Tribuna" sin mencionar su nombre (porque él así lo quiso) nadie me lo creyó. Por lo contrario, las gentes juntaron el hecho de que yo hubiera tenido el Manifiesto el mismo día de la rebelión, con la circunstancia de que recibiera antes que los otros periódicos la crónica exacta de lo que había sucedido; y llegaron a la conclusión de que estaba en contacto con don Félix Díaz. Y decían convencidos que el jefe revolucionario me había entregado el Manifiesto y que luego había mandado un mensajero especial para que me informase de la marcha de la revolución. Y más todavía: muchos creyeron que "La Tribuna" se haba fundado para apoyar el movimiento rebelde que iba a estallar.

La tarde en que reproduje el relato de "La Opinión", me habló por teléfono el licenciado Rafael Reyes Spíndola para anunciarme la visita de un reportero de "El Imparcial" que pretendía una entrevista. Y le contesté que no me enviase al reportero, pues yo pasaría a su oficina antes de una hora y le contestaría todas las preguntas que me quisiera formular. Y efectivamente, pasé a ver a don Rafael, quien estaba deseoso de cono-

cer los interiores de la rebeldía felixista. Quedó pasmado cuando le manifesté que desconocía por completo dichos interiores. Y como le relatara la forma en que Celso Acosta me había entregado el Manifiesto; y luego, cómo en esa misma mañana, el diputado Hernández había puesto en mis manos el ejemplar de "La Opinión" de Veracruz, me preguntó asombrado:

—Entonces, ¿no es usted felixista ni está metido en la conjura?

—Usted sabe, señor —le respondí— que mis ligas políticas con don Ramón Corral y don Rosendo Pineda me colocan en la barricada opuesta. Dí a conocer el Manifiesto porque comprendí que de esa manera, "La Tribuna" se introducía de un golpe en el público lector. Y en cuanto a la información veracruzana, me cayó como caen los premios de la lotería.

—Lo creo porque usted me lo cuenta, pero el general Félix Díaz nunca le podrá pagar lo que usted ha hecho en su favor, pues ninguno de sus partidarios lo ha ayudado tan eficazmente. Por eso, quiera usted o no quiera, la opinión pública va a ligar su nombre con el de la insubordinación. Y es lástima, porque Félix es inferior a la empresa y se va a desinflar.

Yo le contesté que lo que me preocupaba era que no se fuera a desinflar "La Tribuna".

La profecía de don Rafael se cumplió a los tres días de nuestra conversación. Don Félix no hizo nada en Veracruz; en vez de contar sus elementos militares y de ver que por falta de artillería no podía defender el puerto, para derivar la conclusión de que debía salirse y buscar un refugio más propicio a la resistencia, se quedó inmó-

vil y confiado en que el general Joaquín Beltrán no se atrevería a atacarlo. Confianza absurda porque Beltrán no tenía ningún motivo para secundar su rebeldía. El resultado fue que las fuerzas del gobierno lo aprehendieron y que, sometido a un Consejo de Guerra, fue condenado a muerte. Entonces fue cuando el Presidente Madero cometió el error increíble de anunciar que "con la sangre de Félix Díaz se borraría la sangre del 25 de junio de 1879".

Inútil es agregar que después de que el Jefe del Estado dijo estas ásperas palabras, todos los segundones de la política desataron sobre el revolucionario fracasado los mayores improperios. Se le decía traidor en todos los tonos, y ante aquella embestida brutal, yo publiqué el siguiente artículo donde no mencionaba a Félix, pero que en forma directa, resultaba defendido:

GALERIA DE TRAIDORES

Desde que el maderismo imperante nos ha enseñado que deben reputarse como traidores a los generales, jefes y oficiales levantados en contra de los gobiernos constituidos, nadie ha puesto sus ojos en nuestra historia, para fijar con semejante criterio, quiénes quedan en el concepto de réprobos irredentos, y quiénes pasan a la categoría de beneméritos de la Patria. La Ordenanza del Ejército, privando sobre las otras leyes, se sobrepondrá a los intereses del pueblo, a las tendencias de la raza, a los evangelios revolucionarios, a las tradiciones de la historia, a los santos anhelos de justicia y de libertad. Todo, absolutamente todo quedará sujeto, por ese grillete de fierro que se

llama "deber militar", y cualquier estallido de sentimiento, cualquier grito de protesta, cualquier comentario altivo, caerá implacablemente dentro de la deslealtad y el deshonor.

Hemos hojeado nuestra historia y, doloroso es decirlo, el más leve análisis ha sido suficiente para que el desfile de héroes se convierta, con raras excepciones, en un desfile de traidores...

Se inicia esta lúgubre procesión en 1810, con los capitanes del Regimiento de Caballería de Milicias de la Reina, señores don Ignacio Allende, don Juan Aldama y don Mariano Abasolo. Tenían tropas bajo su mando y las emplearon en contra del gobierno que les había otorgado su confianza. Fueron por tal motivo —en concepto del maderismo imperante—, desleales e infidentes. ¿Acaso la Patria se encuentra debajo del honor militar? —preguntarán algunos adoradores de nuestro pasado— pero se les contestará inmediatamente: —Los militares carecen del derecho para discutir esa clase de cuestiones, y se deben limitar a obedecer las órdenes que reciben. Así pues, en el año santo de la Independencia, quienes dieron alto ejemplo de decoro y de pundonor, fueron el capitán Arias, del Regimiento de Celaya, y el tambor mayor del Batallón Provincial de Infantería de Guanajuato, Juan Garrido, por haber denunciado a los conspiradores de Querétaro. ¡Para ellos la gloria y la reivindicación! Durante un largo siglo se les ha calumniado soezmente llamándolos antipatriotas y delatores; pero la justicia resplandece al fin, y los hombres del nuevo régimen, celosos de la equidad histórica, les rendirán homenajes, que hasta hoy se les han restado de la manera más inmerecida...

¡Y sigue el melancólico desfile! Si nuestra Independencia comenzó con la traición de Allende, termina con la traición de Iturbide. Era éste un general realista, con fuerzas españolas a su mando y se valió de ellas para romper definitivamente los lazos que unían a México con el Viejo Mundo. ¿Acaso la Patria no le debe gratitud por este hecho imperecedero? Estas son cuestiones que no competen a los militares, quienes siempre tienen la obligación estricta de servir fielmente a los gobiernos que les confían sus armas. Iturbide debió haber aniquilado hasta el último de los soldados de Guerrero, ¡así lo mandaba la Ordenanza!

Después, don Nicolás Bravo se pronuncia en contra del gobierno del general Victoria, y don Vicente Guerrero desconoce la elección que declara Presidente de la República al general Gómez Pedraza. Se trata de dos héroes de la Independencia; pero como se levantaron en contra de gobiernos legalmente constituido, no queda otro remedio que estigmatizarlos con el tremendo dictado de traidores.

En seguida Arista, Alvarez, etc., etc. El mismo movimiento de Ayutla fue en su origen esencialmente militar, y la mejor prueba se consigna en las siguientes palabras, con las cuales principia la exposición del Plan de referencia: "LOS JEFES, OFICIALES E INDIVIDUOS DE TROPA QUE SUSCRIBEN, etc." Aquí los amantes de la libertad podrán exponer que contra las infamias de Santa Anna todo era lícito; pero se les responderá inflexiblemente: —La verdadera lealtad y el patriotismo puro estriban en conservarse fielmente dentro de los preceptos rígidos del Código de Justicia Militar. ¡Malditos sean los traidores, aun-

que a ellos debamos la Independencia y la Reforma!

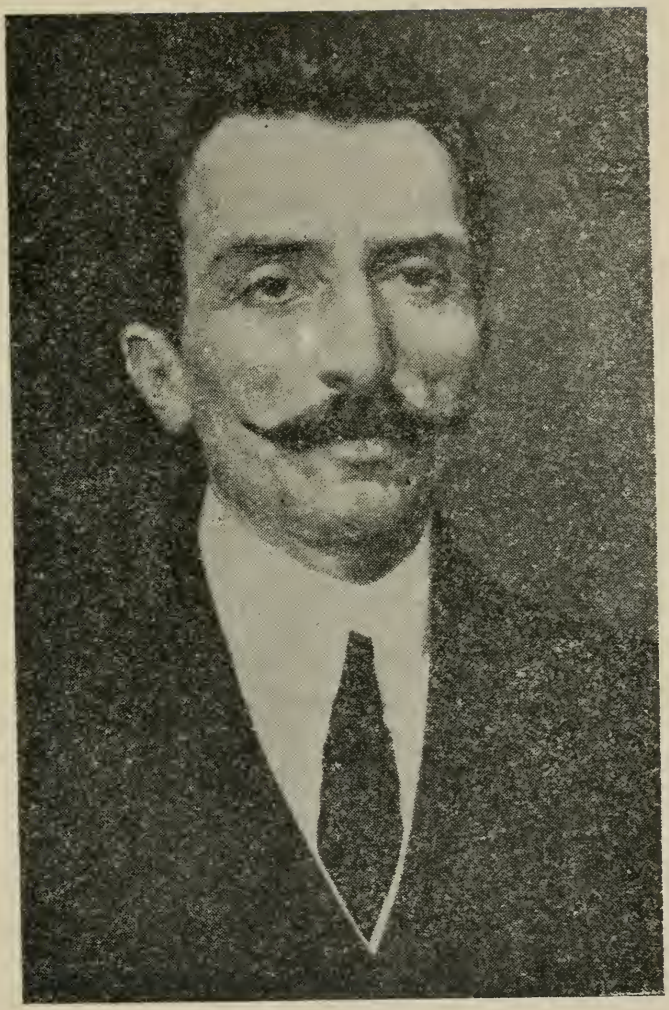
La Revolución de La Noria y Tuxtepec nos dio a conocer desleales del tamaño de Donato Guerra, de Porfirio Díaz, de Jerónimo Treviño, de Pedro C. Martínez, de Trinidad García de la Cadena, de Francisco Naranjo, de Servando Canales, etc., etc. Los defensores de la Patria en Miahuatlán y La Carbonera, en Santa Gertrudis y en Santa Isabel, faltaron a la Ordenanza y desconocieron gobiernos constituidos, creyendo mejorar los destinos de la República; mas como el "deber militar" es un grillete que no se puede romper sin incurrir en deshonor, ¡la equidad nos obliga a ponerlos en el círculo infernal de los condenados de la historia!

El desfile de traidores resulta interminable... Al contemplarlo parece que constituimos un pueblo de irredentos con el pasado impenetrable de un hijo espurio... Afortunadamente, podemos consolarnos al ver que también las naciones extrañas tienen un pasado de vergüenza y de tinieblas. Francia, por ejemplo, puede apuntar en su lista trágica los nombres del Emperador Napoleón, el Rey Murat, el Mariscal Ney, el general Ramel, el Mariscal Brune, el general Cavaignac, el Marqués de Lafayette... España por su parte, tendrá que avergonzarse cada vez que recuerde la memoria de Riego, Espartero, O'Donnell, Topete, Juan Prim, Serrano y Martínez Campos...

¡Todos son traidores! ¡Todos! ¡Menos los del famoso complot de Tacubaya! ¡Esos —dirá la Porra— fueron apóstoles de la libertad!

A principios de 1911, un grupo de oficiales tra-

tó de insubordinar un cuartel de Tacubaya contra el régimen porfirista. Fracasaron en su intento y encerrados en Santiago Tlaltelolco, se les comenzó a instruir el proceso correspondiente. Al caer la Dictadura, el señor Madero le pidió al Presidente De la Barra que se sobreseyera el juicio y los procesados fuesen puestos en libertad. El Ministro de la Guerra, general Eugenio Rascón, prefirió renunciar, a cumplir aquel acuerdo presidencial.



Lic. José Ma. Pino Suárez

EN LA RAMPA DE LA LOCURA

EL DIRECTOR DE LA TRIBUNA RESULTO DIRIGIDO

La acogida entusiasta que le dio el público a mi periódico en 1912, me hizo ver claramente que don Francisco I. Madero había perdido su antigua popularidad. En su interesante libro "Un Decenio de Política Mexicana", refiere don Manuel Calero que cuando el entonces Inspector General de Policía don Emiliano López Figueroa le informó al Presidente sobre la repercusión que el pronunciamiento militar de Veracruz había tenido en la Ciudad de México, el señor Madero le dijo: "Ya sé que en el Jockey Club se brindó por el triunfo de Félix Díaz"; y respondió el coronel López Figueroa con esta tremenda aclaración: "También en las pulquerías, señor Presidente, se ha brindado de la misma manera".

Por eso, cuando se me ha acusado de haber cambiado la opinión pública del país con mis editoriales de entonces, se me ha atribuido una fuerza y una importancia que yo no podía tener. La verdad es que yo no desaté la tormenta que comenzó con la eliminación política del guerrillero Emiliano Zapata; y que con la rebelión de los generales Pascual Orozco, Marcelo Caraveo, José Inés Salazar y demás revolucionarios de Chi-

huahua, estuvo a punto de acabar con el régimen maderista. Entonces, ¿en qué consiste mi responsabilidad? En haberme dejado arrastrar por la corriente tumultuosa de las pasiones. Me encontré con un público que pedía editoriales candentes y yo me puse a escribir con pluma de fuego. Cada artículo mío aumentaba la circulación del periódico, y la temperatura fue subiendo en forma peligrosísima. Dejé de ser el director para ser el dirigido de "La Tribuna". ¡Esa fue mi responsabilidad! En vez de recetarles bromuros a las multitudes para calmar su exaltación, arrojé leños sobre la hoguera. Me pasó lo que a esos choferes que en una cuesta de descenso pierden el dominio del motor y no se pueden detener en su frenética carrera.

Contribuyeron a enardecerme en aquella dramática campaña, dos sucesos que en lugar de perjudicarme le hicieron mucho daño al gobierno. El primero consistió en la agresión violenta contra mi persona del señor Joaquín Bauche Alcalde, de quien jamás me había ocupado por no conocerlo ni siquiera de vista. Estaba yo conversando con el periodista Carlos Serrano en la esquina de las calles de Plateros y Motolinía, cuando de pronto, aquel sujeto se abalanzó sobre de mí para darme un puñetazo brutal en la quijada, que me dejó tendido en la banqueta. Traté de incorporarme y otro golpe que me privó del conocimiento me hizo caer por segunda vez. Al volver de aquel desmayo, Carlos me acomodó en una carretela y tuvo la gentileza de llevarme hasta mi casa. ¿Quién era aquel tipo? ¿Por qué me agredía con tanta furia? Serrano me dio su nombre y agregó que era un protegido del licen-

ciado José María Pino Suárez. Probablemente creyó que con aquel asalto estaba pagando una deuda de gratitud.

Me bastó aquel dato para formular mi respuesta a aquella agresión. Recordé que en cierta ocasión, el licenciado Casasús había sido injuriado soezmente por un folicularío sin importancia, y que don Joaquín, en vez de contestarle al injuriador, tuvo la ocurrencia donosa de enviarle sus padrinos de desafío a don Luis Pombo que era el dueño o cuando menos el protector del periódico. Y me dediqué a poner en práctica un procedimiento semejante; en vez de ocuparme del señor Bauche Alcalde, inicié una campaña enérgica contra el vice-Presidente de la República. No recuerdo quien puso en mis manos el libro "Procelarias" que había editado algunos años antes el señor Pino Suárez. En ese volumen figuraba un soneto dedicado al coronel Teodoro Roosevelt, en el que le decía que se dejara de empresas en Europa y en Asia, y que emplease su "big stick" para derribar déspotas del Nuevo Mundo. He aquí los tercetos finales de aquella composición desventurada que yo esgrimí duramente para presentar al autor como un intervencionista:

"Y si grande has de ser entre los grandes,
no será removiendo los escombros
del Viejo Mundo, con tu escuadra blanca;
que aquí a la altura de los libres Andes
hay empresas mas propias de tus hombros
y tiranos mas dignos de tu tranca".

Los dos puñetazos que me había asestado Bauche Alcalde les dio a los periódicos de "Nueva Era" la oportunidad de llamarme despectiva-

mente durante varias semanas, "el abofeteado individuo"; pero la reproducción del soneto y los comentarios alusivos, dejaron en la opinión pública un impacto muy serio. ¡Claro! Eso de que el vice-Presidente de México invitara al impetuoso Roosevelt para que le diera garrotazos a los tiranos del Nuevo Mundo era para ponerse a temblar, pues el señor Pino Suárez había escrito su soneto después del "trancazo" de Panamá.

El otro asunto que me acabó de consolidar en la oposición fue el choque que tuve con el gran poeta de Perú don José Santos Chocano. Sucedió que el sutil periodista Joaquín Piña le entregó a José Luis Velasco, un divertido reportaje en el que ironizaba sobre un negocio insignificante que se iba a hacer en el Ministerio de Instrucción Pública. Se hablaba de una reventa de boletos teatrales y de compra de artículos de escritorio y se aludía al poeta de "Alma América", pero sin mencionar su nombre. En verdad, la cosa no pasaba de ser una travesura de Piña contra Pino Suárez, y yo supuse que el propio Chocano se iba reir de aquel desplante. ¡Cuál sería mi sorpresa cuando el ilustre hombre de letras tomó en serio la humorada y me dirigió desde las columnas de "Nueva Era" un artículo tan colérico y destemplado, que no lo quisieron publicar los demás diarios de la Ciudad de México! Infinidad de gentes acudieron a mí para decirme que el señor Chocano me quería utilizar como "punching bag" a fin de quedar bien con el gobierno. Yo tenía en mi poder varios recortes de la prensa madrileña en los que se atacaba muy duramente a mi agresor. Yo los reproduje en "La Tribuna" y él se enfureció de tal manera que me envió una

carta tan fuera de tono que ni el mismo órgano del maderismo se atrevió a publicar. Como no me podía comer aquellos insultos, comisioné a los señores José María Lozano y David Reyes Retana para que fuesen a exigir de él, una retractación. Chocano nombró como padrinos al poeta excelso Salvador Díaz Mirón y al formidable tribuno Jesús Urueta; y como el primero gozaba con los desafíos, se dio por hecho que nos íbamos a matar. Muchos años antes, en un duelo que se efectuó en la isla de Sacrificios, Salvador, como padrino, se mostró tan intransigente, que los contrincantes tuvieron que seguir disparándose proyectiles hasta que uno de los dos quedó muerto. Don Carlos Díaz Duffoo fue el matador y se le ensombreció la vida para siempre.

Con estos antecedentes, se reunieron los cuatro padrinos y Díaz Mirón comenzó diciendo que él no asistía a farsas; que me quería mucho a mí pero como tenía que defender el honor de Chocano, no podía aceptar la retractación. David Reyes Retana le respondió que ya esperaba aquella actitud y por lo mismo, lo que procedía era fijar las condiciones del duelo. Asimismo, recomendó una completa discreción para esquivar la intervención de la policía. Entonces fue cuando Lozano tomó la palabra para decir que las autoridades no iban a poner el menor obstáculo porque al gobierno le convenía que se efectuase el encuentro. Y agregó estas palabras intencionadas: "El Vate, (así me llamaba) está librando una campaña de oposición, y bien sea que resulte ileso o que muera, se suspenderá la publicación de "La Tribuna". Si sale con bien del duelo, el juez penal en turno pedirá su desafuero y

la Sección Instructora del Gran Jurado lo tendrá que entregar a los tribunales".

—¿Y no cree usted —preguntó Díaz Mirón que en aquel tiempo era partidario del señor Madero— que el gobierno estará en su derecho para proceder de esa manera?

—Por supuesto —respondió Lozano— pero el Congreso, para desaforar a Nemesio, tendrá que desaforarnos también a Urueta, a usted y a mí. El Código Penal fija una pena de siete años de prisión, para los duelistas que matan al adversario; y considera a los padrinos como cómplices a quienes les señala una condena de 3 y ½ años. Así pues, Chocano y Nemesio pueden parar en el hospital o en el cementerio, pero nosotros cuatro de todas maneras iremos a la cárcel. El primero en caer será David porque carece de fuero; pero Urueta, usted y yo seremos los reos de un gran jurado, mucho más sensacional que el del coronel Francisco Romero que mató a don José Verástegui.

—Estas exagerando mucho, querido Chema —dijo Urueta— pero de cualquier modo, creo que debemos impedir un desenlace de tragedia.

Entretanto, el autor de "Lascas" había quedado pensativo y recordando seguramente los meses que había pasado el año anterior en la Cárcel de Belén, con motivo de su choque con don Juan Chapital. Lozano, que lo conocía maravillosamente, estaba seguro de que se iban a amortiguar sus ímpetus beligerantes. Y efectivamente, los cuatro padrinos calificaron de injustificados los cargos que nos habíamos lanzado Chocano y yo y nos impusieron la obligación de retirarlos públicamente. El duelo se suspendió; pero el escán-

dalo ya se había hecho y hasta llegó a correr el rumor de que el gran poeta y yo nos habíamos batido en la sala de armas de don Rómulo Timperi. La versión circuló tan profusamente, que el diario "El País" publicó en primera plana la noticia de que yo había herido al señor Santos Chocano. El resultado lógico fue que al día siguiente "La Tribuna" aumentara su circulación en cinco mil ejemplares. Así pues, yo seguí rodando por la rampa de la locura. Dijo una vez el célebre Cardenal de Retz: "Hay situaciones en las que sólo se pueden cometer faltas", y yo estaba en una de esas situaciones. Además, un poco antes de que estallara la Revolución Francesa, el Abate Galeani escribía a Madame d'Epinay una carta clarividente que contiene las siguientes palabras que parecían escritas para mí: "Hemos llegado a los tiempos de que habla Tito Livio —¡ubi nec mala, nec remedia pati possumus!— en los que no podemos aguantar ni los males ni los remedios.

EL TALON VULNERABLE DE MIS RESPONSABILIDADES

LOS SIETE CAPITALES CAPITALES

No es esta la primera vez que entono el "Mea Culpa" pues ya he cantado la palinodia en diferentes ocasiones: la última que recuerdo fue hace diecisiete años en un banquete que se efectuó para celebrar el primer aniversario de "El Economista", vigoroso periódico mensual que dirigía el ingeniero Manuel A. Hernández. Yo actúe en el ágape como director de brindis y comencé por pedirle al licenciado Aquiles Elorduy que leyera una carta donosísima de don Luis Cabrera en la que se refería burlonamente a los funcionarios públicos que tienden neblinas espesas sobre realidades amargas de la economía nacional. En seguida, les fui cediendo la palabra al mencionado ingeniero Hernández, al licenciado Francisco Doria Paz, al doctor Fernando Ocaranza, al general Emilio Madero, al licenciado Fernando de la Fuente, al Dr. Alfonso S. Villarreal, al ya referido licenciado Elorduy, al licenciado Enrique Ortega Flores y al licenciado Gabriel García Rojas que hizo una síntesis elocuente de toda la doctrina que se había expuesto en el banquete.

Yo introducía a los oradores con unas cuantas palabras, y luego los despedía con un comentario

de la tesis que habían sostenido. Casi todos atacaron enérgicamente la política económica del entonces Presidente Lázaro Cárdenas; pero Aquiles Elorduy fue un poco más allá de la mesura, (todo el mundo conoce su espíritu festivo) pues imitando la voz y el gesto del Jefe de Estado, provocó las carcajadas de todos los comensales. Yo consideré oportuno volver a la seriedad e hice la siguiente observación: "Si en esta tarde nos encontramos reunidos y podemos decir todo lo que queremos, se debe al espíritu tolerante y liberal del Presidente que, a pesar de sus enormes defectos, que soy el primero en reconocer, ha demostrado a México que se puede gobernar sin derramar sangre y con dignidad y libertad de pensamiento". Y luego, para darle mayor fuerza a mi palabra, emití el siguiente párrafo que fue publicado por "El Economista", el 13 de marzo de 1940:

"En ocasión semejante a la actual, haciendo confesión de culpas pasadas, dije que una de las cosas de que más me arrepentía, era de haber atacado con encono al Presidente Francisco I. Madero, quien, a pesar de todos sus errores, concedió libertades a los mexicanos; y la mejor manera de probar la sinceridad del arrepentimiento consiste en demostrar con hechos que no se reincidirá en los pecados de otros tiempos".

Así pues, el Confiteor de hoy no es sino una confirmación más amplia del Confiteor de ayer. Casi todos los editoriales que publiqué en "La Tribuna" fueron de oposición, de una oposición que fue subiendo de tono por los requerimientos cada vez más exigentes de los lectores. Mi situación era parecida a la del torero que estimulado por espectadores frenéticos, invade un terreno

peligroso. Por supuesto que no comparo al gobierno del señor Madero con un toro; la situación era peor, porque lo que yo desafiaba eran los cuernos de la ley. No lo digo como defensa sino porque es la verdad; en vez de que yo encendiera al público, era el público quien me encendía a mí. Claro está que se me puede responder —y con razón— que yo no era un niño irresponsable y que por lo mismo, debí haberme detenido en aquella campaña delirante que no podía tener otro desenlace que el de una insubordinación de carácter militar; pero. . . ¿era posible la detención?

La ciudad de México ardía y hasta los espíritus más equilibrados perdían el ritmo. Don Manuel Calero dio en el Senado la nota más estridente de su vida; decir que había "estado mintiendo" al Departamento de Estado de Washington a fin de que no se diera cuenta de la situación caótica del país que él representaba en calidad de Embajador. Además, había sido el Ministro de Relaciones Exteriores del gobierno de Madero. Y si así perdían los estribos los ex-colaboradores del Ejecutivo, ¿cómo esperar ponderación en los adversarios? Un redactor de "El País" fue a entrevistar a Calero, después de su escandalosa declaración, y tenía la seguridad de que iba a arrojar un leño más a la hoguera; pero se encontró con otro Calero, con el hombre inteligente y ecuánime que siempre había sido y ya con los pies nuevamente en los estribos, hizo esta profesión de fe:

"La labor de todos los mexicanos y de la prensa especialmente, debe tender a ayudar al gobier-

no a corregir sus graves deficiencias, para que pueda vivir toda su vida constitucional. Si este gobierno cae por obra de una revuelta, con intervención o sin ella, estaremos perdidos, porque entraremos en un nuevo ciclo de revoluciones y cuartelazos que darán al traste, si no con nuestra nacionalidad a lo menos con nuestra soberanía. Considero ciega la labor de los que piden la caída del Presidente, sin considerar que en estos momentos no habría otra cosa después del señor Madero, que un dictador militar cuyos estragos no conocemos más que por lo que hemos leído de la última dictadura de Santa Anna. La del general Díaz fue una dictadura civil y el dictador un hombre excepcional cuyas virtudes superaban a sus defectos. El régimen democrático a cuyas puertas estamos llamando, comenzará el día en que el señor Madero sea sustituido, al final de su período constitucional, por otro Presidente electo por el pueblo".

La advertencia de Calero fue impecable pero muy tardía y nadie le hizo el menor caso. Era que ya no se podía detener la avalancha de los acontecimientos; ya se había iniciado el ciclo revolucionario, ese ciclo tormentoso que va desde la reunión de los Estados Generales hasta el golpe de Estado del 18 Brumario. Después del triunfo clamoroso de mayo de 1911, el maderismo se desintegró y casi producía la impresión de una completa desbandada. Lo abandonaron los hermanos Vázquez Gómez, el guerrillero Emiliano Zapata, los generales del norte capitaneados por Pascual Orozco, los Ministros Alberto García Granados, Manuel Calero, Jesús Flores Magón y muchos otros más. En la propia familia del Presidente se

sospechaba que no coincidían don Gustavo Madero y sus hermanos don Emilio y don Raúl con don Ernesto Madero y don Rafael Hernández, cercanísimos parientes. No trato de insinuar que andaban a la greña, pues la estirpe de los Madero se caracterizó siempre por su cohesión y unidad; pero la política, desde los hijos de Edipo que se mataron en Tebas, siembra diferencias hasta en el terreno que parece desintegrable.

Aunque las nuevas generaciones no me lo quisieran creer, al iniciarse el año de 1913, la ciudad de México esperaba sin temor y hasta con impaciencia, un golpe militar. Los mexicanos de hace cuarenta y cuatro años eran como los franceses del Siglo XVIII que, frente al desmoronamiento del Directorio exclamaban: "¡Si Bonaparte etait ici!". Es muy grave desear un cuartelazo porque se sabe de antemano que la institución sobre la que va a reposar la existencia del país, queda corroída por el germen de la defección; pero cuando en los pueblos se agotan los recursos y fallan los remedios; cuando se pierde la fe en los principios proclamados y en las promesas redentoras porque no se cumplieron, las muchedumbres se entregan a individuos fuertes que puedan conducirlas a seguro puerto. No analizan los pueblos, en esos momentos angustiosos, si los Césares a quienes se entregan traen a su vez, como lo presentía Calero, un horrible cortejo de males inevitables: lo único que procuran es salir cuanto antes del estado caótico en que se encuentran. Es una situación parecida a la del que firma un pagaré sin considerar los compromisos con que lo amarra el usurero. En lo único en que se piensa es en conjurar la crisis inmediatamente:

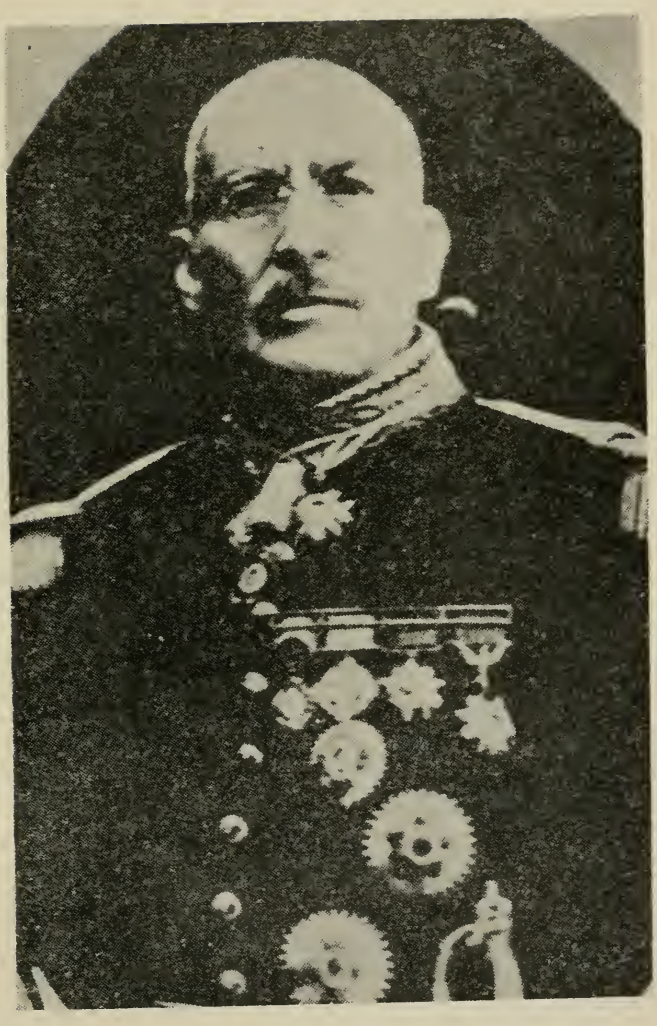
después se verá cómo se resuelven las dificultades del porvenir.

Bajo una atmósfera cargada y en un ambiente lleno de rumores sombríos, publiqué un editorial que se llamaba: "Todos Estáis Envenenados". Y por el título tomado de una expresión que se atribuye a Lucrecia Borgia, se puede adivinar el contenido de mi artículo. En verdad, debía haber dicho: "Todos Estamos Envenenados". Pero a la distancia de cuarenta y cuatro años no es ese editorial el que se tiende sobre mi conciencia; los que sí me inquietan son los siguientes: "Federales Contra Federales", "Porvenir de Escombros", "Aguila que Cae", "La Trágica Sombra de Galba", "Una Leyenda Napoleónica", "La Espada Mágica de Wotan" y "El Festín de la Beocia". Siete arrebatos de locura que me hacen pensar en las siete plagas de Egipto y en los siete pecados capitales. ¡Siete bisturíes afilados con los cuales se podrá dar gusto para tasajear mi cadáver, un histólogo severo del porvenir!

Alfonso Taracena me ha dicho que conserva recortes de algunos de mis artículos de entonces; pero por las referencias que ha hecho de los mismos, dudo que tenga la documentación completa con la cual se pueda substanciar mi proceso histórico. Ya dije que "La Porra" quemó las colecciones de "La Tribuna" el 9 de febrero de 1913; y por lo mismo, creo ser el único que puede aportar las pruebas en contra de mis excesos y de mis extravíos. ¿Por qué he conservado una documentación tan comprometedora? Porque fui vigilante de la Biblioteca Nacional, y además bibliotecario de la Academia Nacional de Bellas Artes y del Museo Nacional de Arqueología e Historia y apren-

di a respetar hasta los papeles que me pueden perjudicar. Los pongo a disposición de quien me haga el honor de consultarlos y ya he anunciado mi propósito de que cuando yo muera, pasen con todo mi archivo a la Biblioteca de la Universidad de Nuevo León.

Cuando se me acusa de haber sido Ministro del general Huerta, me quedo tranquilo porque mi justificación se encuentra en el Archivo de la Secretaría de Educación Pública; cuando se me hace el cargo de haber tomado parte en los acontecimientos de febrero, también permanezco impasible porque estoy seguro de que cualquiera investigación seria, me libraría de toda responsabilidad; pero cuando me recuerdan la campaña de "La Tribuna", no me queda más que repetir una vez más la oración del Confiteor. ¡Allí es donde se encuentra el punto vulnerable de mi talón!



General Victoriano Huerta

EL JUEGO DE LA VIBORITA

EL ENIGMA DE VICTORIANO HUERTA

A fines de 1912, me habló por teléfono el doctor Aureliano Urrutia para participarme que tenía internado en su sanatorio de Coyoacán al coronel Jesús M. Cerda, un viejecito encantador que fue amigo de mi padre y al cual me he referido en estas memorias en capítulo anterior. Tenía fracturados el extremo superior del fémur y la cadera, por lo que, en vista de su avanzada edad, estaba condenado a ser un inválido en el resto de su vida. Acudí a verlo, y el doctor Urrutia me dijo que al terminar la visita, pasase a la Dirección, porque quería tener el gusto de presentarme con el general Victoriano Huerta que también estaba internado. Y en efecto, él mismo me llevó a la alcoba que ocupaba.

La presentación fue muy trunca porque le acababan de extraer a Huerta las cataratas y su cabeza se encontraba envuelta en vendas. No podía yo ver su rostro ni él tampoco me podía ver a mi. Al estrechar su mano, me permití decirle: —No es la primera vez que me presentan con usted, general. Y con gran sorpresa de mi parte, me respondió en el acto: —Efectivamente, nos presentó el licenciado Batalla hace algunos años.

—Pero, general —le contesté— el hecho de que yo lo recuerde es natural, pero me pasma que us-

ted guarde memoria de un estudiante oscuro, con el cual ni siquiera cruzó una palabra. Después del apretón de manos vino la despedida. —Sí, —asintió Huerta— nada hablamos entonces ni lo volví a ver, pero Diódoro, en conversaciones posteriores, se refirió a usted y al través de ellas no lo perdí de vista. Además, viví dos años en Monterrey y su apellido suena mucho en el norte de México.

Sería pueril negar que me sentí muy halagado y tras de desearle una recuperación completa y de hacerle la promesa de una nueva visita, me despedí para no seguirlo fatigando. El tuvo la cortesía de decirme que en la primera presentación no tuvimos la oportunidad de hablar y que en la segunda no nos podíamos ver. Y que a pesar de eso, tal vez porque era indio y en consecuencia fatalista, estaba seguro de que íbamos a ser buenos amigos. ¡Qué manera de prever una vinculación de destinos! Han transcurrido más de cuarenta y cinco años, casi todos ellos de durísima prueba, y me llena de satisfacción poder decir que nunca he renegado de aquella amistad.

No cumplí la promesa de visitarlo de nuevo, porque unos cuantos días después leí en la prensa que había salido del sanatorio completamente restablecido. Con estos antecedentes, a mediados del mes de enero se presentó en mi residencia el doctor Urrutia y me participó que su compadre —así llamaba al general Huerta— quería hacer declaraciones y que había escogido "La Tribuna" para dirigirse a la opinión pública. Yo me puse a sus órdenes y le pregunté si ya traía escritos sus puntos de vista; y él me contestó que era preferible que yo formulase el cuestionario a fin de

que el general Huerta contestara directamente. A mí me gustó mucho ese plan porque como periodista que era, me interesaba darle a la entrevista un sesgo sensacional. Dos o tres semanas antes y mientras se encontraba recluido en la clínica, la Secretaría de Guerra había ordenado la desintegración de la División del Norte, aquella con la cual se había aplastado la revolución orozquista. Los regimientos que formaban una potente unidad fueron repartidos en diferentes zonas militares; los generales, jefes y oficiales se distribuyeron en la misma forma, y así fue como sin necesidad de destitución ni cese, el general Huerta quedó prácticamente fuera del servicio activo. Se suponía que estaba lleno de resentimiento y de amargura por aquella forma en que el gobierno pagaba los combates de Conejos, de Rellano y de Bachimba y en consecuencia se esperaba que su reacción fuese volcánica. Calculando aquel estallido, escribí el interrogatorio que le brindaba la oportunidad de echar fuera todo lo que traía dentro del alma.

Pero no, no hubo erupción entonces, puse el cuestionario en sus manos, y tras de leerlo detenidamente, me consultó si podía cambiar algunas de las preguntas y yo le respondí que estaba en libertad para retirar lo que quisiera, así como también para añadir todos los puntos que deseara definir y aclarar. El me preguntó que cuándo debería entregarme sus declaraciones. —Si usted desea que aparezcan en la edición de hoy, las necesito tener en mi poder a medio día; pero se me está ocurriendo que es mejor anunciarlas en una extra que circulará esta misma tarde. Al doctor Urrutia le pareció excelente la idea, pues aparte

de que el general Huerta contaría con más tiempo para darle forma a su pensamiento, el público estaría preparado para recibir la segunda edición de "La Tribuna".

Cuando a las cuatro de la tarde recibí las declaraciones, me sentí desencantado porque eludía todo lo que pudiera significar resentimiento y desahogo, allí no había nada que pudiera suscitar polémicas; se limitaba a defender desde un punto de vista militar la campaña que había desarrollado en Chihuahua. Aquello me parecía innecesario por la sencilla razón de que tal campaña no ameritaba defensa ya que todo el norte de México estaba en paz; pero como algunos militares habían dicho que el avance de los federales carecía de méritos estratégicos puesto que se podía comparar con una aplanadora. Huerta respondía describiendo la forma en que se había organizado la División del Norte en menos de dos meses; y cómo además de derrotar a los orozquistas, había desprendido del núcleo principal, dos columnas secundarias que operaron en Coahuila y en Sonora a fin de impedir la propagación del incendio revolucionario.

Como se ve, aquellas apreciaciones técnicas no iban a satisfacer, como en efecto no satisficieron, al público que quería ver a Huerta arrojando su guante contra el maderismo. Pero el hombre no perdió el ritmo, se mostró sereno, sin contagiarse del frenesí político que reinaba en la capital de la República. Solamente al final y como cosa sin importancia, decía que el gobierno le quiso conferir el honor de nombrarlo Ministro Plenipotenciario en cualquiera de los países europeos; pero él declinó el generoso ofrecimiento porque no

tenía vocación diplomática, con lo que insinuó que no se dejaba dar atole con el dedo. La Secretaría de Relaciones Exteriores, entonces a cargo del honorable Pedro Lascuráin, no rectificó las palabras del general y quedó en la conciencia pública la convicción de que el maderismo quería ver a Huerta fuera del territorio nacional.

Por último y en tono festivo, se refirió a "la viborita", un juego con que se divertían él y sus compañeros de escuela primaria en uno de los planteles educativos de Jalisco. Se trataba de ensartar un palo en un cordón cualquiera; y el que fracasaba en el empeño, perdía; y si lograba ensartarlo, también perdía. Todo el mundo se rio de la humorada y derivó la conclusión de que Huerta había perdido por haberles ganado a los orozquistas todas las batallas.

En la noche, me habló por teléfono el doctor Urrutia para darme las gracias y para preguntarme el número de ejemplares que había vendido "La Tribuna". Le contesté que pasaban de cuarenta y ocho mil y él exclamó: "¡triunfo completo!" —Se equivoca usted, mi querido amigo, —me permití contestarle— porque la opinión pública esperaba del general Huerta una actitud más arrogante y más definida. Yo aproveché el ofrecimiento de la plenipotencia diplomática para darle un título sensacional a la entrevista, y el juego de "la viborita" para hacer algunos comentarios; pero el resto de las declaraciones sólo interesaba a los técnicos militares. El doctor Urrutia me replicó que su compadre había dicho lo que debía decir y que mis glosas al completar su pensamiento, no lo comprometían puesto que queda-

ban bajo mi exclusiva responsabilidad.

Pocos días después comentando con el mismo doctor Urrutia las declaraciones que me parecían deficientes, él me dijo que la posición de Huerta era sumamente delicada, lo que lo obligaba a guardar mucha reserva; y a la pregunta que me hizo sobre si conocía la vida completa del general, le contesté: —Sé lo que sabe todo el mundo; que el general Donato Guerra lo sacó de un pueblecillo de Jalisco para matricularlo en el Colegio Militar de Chapultepec; que allí formó parte de la primera generación de estudiantes que hicieron carrera, la del Estado Mayor; que se distinguió al lado de alumnos tan destacados como Francisco Romero, José Delgado, Antonio R. Flores, Joaquín Beltrán, Angel García Peña, etc.; que fue ayudante del Presidente Manuel González; que desde entonces don Porfirio Díaz vislumbró en él facultades de excepción; que el Tercer Batallón que estuvo bajo su comando era citado como ejemplo a las demás unidades militares de la República; que su campaña en el sureste pacificó el territorio de Quintana Roo; que en el Estado de Morelos logró copar a las fuerzas del guerrillero Emiliano Zapata; y por último, que derrotó y dispersó en el norte a las legiones de Pascual Orozco... Sé todo esto, pero desconozco en lo absoluto lo más interesante o sean los recónditos interiores de su alma. Y como entre las poquísimas palabras que me ha dirigido me ha confesado ser un fatalista, es posible que ni él mismo se haya ocupado hasta hoy, de fijar su orientación y definir su destino.

En efecto, en enero de 1913, el general Huerta era para mí un enigma indescifrable.

LAS LETRAS Y LAS ARMAS

COMO SE JUNTAN LOS SABIOS Y LOS ASNOS

Mucho se ha dicho que yo formé parte del complot militar que estalló en la madrugada del 9 de febrero y que, durante la Decena Trágica, dejé la pluma por el rifle. Nada de eso es cierto porque aunque andaba con el ritmo perdido, no llegué hasta la locura de dejar de comprender que si como escritor valgo muy poco, como combatiente militar no valgo absolutamente nada. Voy a procurar esclarecer en este capítulo, la forja y la circulación de esa leyenda.

En aquellos días, no se hablaba en México sino de próximas sublevaciones. Unos propalaban la noticia de que el general Bernardo Reyes sería sacado de la prisión militar de Santiago y puesto al frente del Ejército Federal; otros decían lo mismo en relación con don Félix Díaz que estaba confinado en la Penitenciaría. Del norte llegaban rumores de que los generales Rómulo Cuéllar y Jerónimo Villarreal pretendían llevar a la Presidencia de la República al viejo veterano de la Reforma y de la Intervención Francesa, don Jerónimo Treviño; y en relación con este proyecto, se publicó a fines de enero un pequeño manifiesto firmado por el secretario del general Pascual Orozco, en el que se adhería a dicho plan y sugería un

Gabinete en el cual figuraba yo como Ministro de Justicia. Por último, se aseguraba que el gobernador de Coahuila don Venustiano Carranza no marchaba de acuerdo con el gobierno federal, y que el motivo de la disensión eran unos batallones regionales que mandaban los coroneles Jesús Carranza, Alberto Guajardo, Pablo González y Lucio Blanco; la Secretaría de Guerra trataba de incorporarlos en el Ejército de línea, en tanto que el gobernador pretendía que continuaran al servicio del Estado. Parece que el desacuerdo existió; pero los propaladores de noticias exageraron su importancia y hasta se sirvieron de él para anunciar un próximo levantamiento.

Doce años después le pedí al doctor Rafael Cepeda, excelente amigo mío, que me dijera lo que había pasado en el banquete de los tres gobernadores (Carranza, Fuentes D. y él) que se celebró durante aquellos días agitados en San Luis Potosí. Me atreví a preguntarle: —¿Es cierto que ustedes se estaban preparando para dar un golpe? Y Rafael me contestó: —Nos estábamos preparando, pero no para pronunciarnos sino para enfrentarnos con una situación que el señor Madero se obstinaba en no ver. Por lo expuesto, parece que don Venustiano coincidía con el manifiesto que le presentaron al Presidente, los diputados del Bloque Renovador.

Delante de tantos anuncios de sedición, no se requería ser profeta para presentir que el gobierno se encontraba en agonía. Respirando aquel ambiente cargadísimo, escribí un editorial intitulado "El Festín de la Beocia", en el que, de manera figurada, predije el próximo derrumbamiento. Y apostrofé a los funcionarios públicos con estas pa-

labras textuales: "Seguid bebiendo el licor embriagante del poder hasta que Ciro asalte las murallas de Babilonia". Y terminé aquel artículo ampuloso con esta imprecación: "Seguid el consejo del poeta y no contéis las horas; el mando, como la piel de zapa de Balzac se va mermando y es preciso que lo aprovechéis hasta el último momento. ¡Siga el festín! Continúen las risas francas hasta que llegue al palacio del príncipe Próspero, el Caballero Negro del cuento de Edgar Allan Poe".

Esta exhortación hinchada y superenfática se publicó en "La Tribuna" a las cuatro de la tarde del día 8 de febrero; y unas cuantas horas después se apoderaba el general Manuel Mondragón de los cuarteles de artillería de Tacubaya. Al día siguiente, los habitantes de la ciudad de México establecieron la relación entre mi artículo y el pronunciamiento. Y derivaron la inferencia de que yo formaba parte del complot. Suposición insensata porque de haber intervenido en la conjuración, no habría cometido el imperdonable disparate de revelarla.

Los que atacábamos de frente y en forma abierta, suministrábamos con esa actitud la prueba palmaria de que éramos extraños a los planes que se urdían en la sombra. Los conspiradores siempre han sido silenciosos, solapados herméticos, impenetrables, mientras que yo pecaba por el extremo contrario, pues mi actuación era ruidosa y se desenvolvía a la vista de todo el mundo. Sin embargo, a pesar de que estas reflexiones son de mero sentido común, nadie se ocupó de hacerlas en aquellas horas tempestuosas porque en los momentos de pasión exaltada, las gen-

tes sólo piensan de acuerdo con sus deseos. Y así fue como se dio por hecho que yo estaba complicado en el golpe militar. En la misma noche del 8 de febrero, confirmé que la opinión pública me enredaba en los graves acontecimientos que iban a suceder.

Yo me encontraba solo en la ciudad de México porque mi esposa había ido a pasar una temporada, al lado de sus padres, en Lampazos de Naranjo; y mis compañeros y amigos, para aliviar un poco mi soledad, me invitaban a comer o a merendar. En aquella noche, me brindó hospitalidad el doctor Manuel Olea, y estábamos en la mesa cuando sonó el teléfono. Manuel tomó la bocina y a poco, me participó que la llamada era para mí, que el general Samuel García Cuéllar deseaba hablar conmigo.

—Me ha llegado la noticia de que esta noche se va a prender el incendio y lo molesto para preguntarle si es cierta la versión. Llamé a su casa y allí me dijeron que estaba con el doctor Olea; no necesito que me dé detalles; dígame sí o no.

—No tengo la menor noticia del asunto.

—Pero es que usted anuncia en "La Tribuna" de esta tarde que el gobierno se está acabando.

—Sí, pero mi impresión no se basa en informaciones concretas sino en las palpitaciones de la opinión pública. Y le hice las mismas consideraciones expuestas en párrafos anteriores. Lo que yo sabía era lo que contaba todo el mundo.

Volví a la mesa hondamente preocupado, pues si el general García Cuéllar, que era mi amigo, sospechaba de una liga mía con los conspiradores, con mayor razón lo estaban sospechando mis

adversarios. En esas circunstancias, le dije al doctor Olea —que se había enterado a medias de la conversación telefónica— que no iba a pasar nada grave en esa noche porque las cuarteladas de que se habla antes del estallido son siempre aplastadas. Las únicas revoluciones militares que triunfan son las que se presentan con un balance de hechos consumados e irreparables.

Al despedirme del doctor Olea y de su esposa, me fui por la calle de San Cosme, meditando sobre la situación peligrosa en que me encontraba. Tomé luego las calles de Velázquez de León y sucedió que en el momento de abrir la puerta de mi casa, llegaba José María Lozano a la suya que estaba enfrente. Me dirigí a su encuentro y al estrecharle la mano, le participé que el general García Cuéllar, me había preguntado sobre una revolución que iba a estallar esa misma noche, y eso equivalía a suponer que yo estaba mezclado en el asunto. Y Lozano me contestó: —Eso mismo está suponiendo toda la ciudad de México. Acabo de cenar con Novoa, Adolfo Valles, Telésforo Ocampo y el Chato Miramón y todos sospechan que anda usted metido en el lío. Yo les dije que su beligerancia no iba más allá del periodismo, pero su artículo de hoy los tiene muy preocupados. Afortunadamente —concluyó mi amigo— es usted diputado al Congreso de la Unión y ninguna autoridad se atreverá a desconocer su fuero constitucional mientras se trate de rumores y de alarmas; pero eso sí, en el momento en que se registre una asonada, su problema es de vida o de muerte.

Conste que al puntualizar mi situación de entonces no desconozco que mi responsabilidad de

escritor fue mayor que la que habría tenido como soldado. ¿Qué importancia podía tener un rifle más? Si aclaro que no fui de los que abrieron las prisiones para que salieran don Bernardo y don Félix, ni de los que atacaron infructuosamente el Palacio Nacional, ni de los que se apoderaron de la Ciudadela, es porque no llegué a la locura de don Quijote de preferir las armas a las letras.

De cualquier modo, cada vez que circula un infundio, va creciendo y creciendo como las bolas de nieve que son arrolladoras e irresistibles. A guisa de curiosidad, diré que en aquellos días llegó a Monterrey un periodista de la Capital y dijo que yo estaba en la Ciudadela y que me había visto ejerciendo funciones de importancia. Para darle mayor interés a su relato, puntualizó que mientras los generales Manuel Mondragón y Félix Díaz daban órdenes militares, Rodolfo Reyes y yo nos ocupábamos del aspecto civil de la revolución. ¡Vaya una simpleza! ¡Cómo si un cuartelazo pudiera tener aspectos civiles!

El asunto me hace recordar el papel que desempeñaron los hombres de ciencia en la campaña napoleónica de Egipto. Para darle mayor esplendor a la conquista del viejo imperio de los Faraones el general Bonaparte se hizo acompañar por un cuerpo de académicos y de sabios entre los cuales se destacaban el químico Bertholet, el geólogo Tolomieu, el naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, los literatos Arnaud y Parceval, los médicos Dupuytren y Leclairol, el dibujante Denon, etc., etc. El formidable corso los llevaba para que Francia lo viese como a un sol en medio de su sistema planetario.

En las primeras escaramuzas, Napoleón se en-

teró de la manera salvaje y temeraria con que los mamelucos tomaban la ofensiva. Sin importarles la muerte, perforaban la línea de fuego y le quitaban seguridad a los sostenes y a la retaguardia. Acompañando su agresión con alaridos estridentes, contagiaban su desorden a las tropas enemigas. El general improvisó los famosos "cuadros" que imprimieron un sello singular a la batalla de las Pirámides. En vez de una línea desplegada de tiradores, pequeñas unidades que tenían cuatro frentes. La matanza de mamelucos fue horrenda; pero antes de que se iniciara el combate, Bonaparte pensó en la seguridad de su corte de intelectuales y también en la impedimenta de su Ejército. Y dio esta voz de mando que parece una burla sangrienta pero que fue de una eficacia perfecta: "Los sabios y los asnos, ¡al centro de los cuadros!" Y así fue como Geoffroy Saint-Hilaire y Bertholet se revolvieron con los burros...

No estuve en la Ciudadela: pero si hubiera estado, mi papel habría sido igual al de los próceres de la inteligencia, en la famosa batalla de las Pirámides.

EL ESTALLIDO DEL VOLCAN

LA VERDADERA TRAGEDIA IBA A EMPEZAR

Temo desilusionar a mis lectores al decirles que nada puedo contarles de la Decena Trágica, porque la pasé encerrado, sin ninguna comunicación con el mundo exterior. Desde el 9 de febrero hasta la tarde del 18 estuve escuchando disparos de cañón y el triquitraque de las ametralladoras, pero ignorando por completo los detalles de la contienda.

La tempestad se desencadenó mientras yo dormía; como a las siete de la mañana, una sirvienta tocó mi puerta para informarme que en el centro de la ciudad había guerra. Tomé mi baño rápidamente, me vestí de prisa y tras de apurar una taza de café, me fui a ver a José María Lozano para decirle que ya estábamos entre las garras de la tragedia. El mozo me anunció que todavía estaba durmiendo, pero entré en su alcoba y lo desperté. —¿Qué pasa? —me preguntó alarmado. —No lo sé de manera concreta, pero sospecho que cuando menos, parte de la guarnición se ha sublevado y por lo mismo, este momento es el más grave porque bien sea para aplastar a los rebeldes o para dar el último zarpazo, es posible que se implante un régimen de terror.

Chema se incorporó en su lecho y me pregun-

tó: —¿Qué va usted a hacer? —Desde luego, ya salí de mi casa con el propósito de no regresar sino hasta que se haya clareado el horizonte. Por lo pronto y para meditar el segundo paso, me voy a la casa de Manuel Olea. Lozano me aconsejó que no me escondiera porque eso era un indicio de complicidad, de una complicidad que no existía puesto que la noche anterior yo se lo había asegurado. Le respondí que en efecto, no tenía ligas de ninguna especie con los sublevados, pero que me parecía un suicidio esperar pasivamente el desarrollo de los acontecimientos. Y le relaté el cuento de la zorra que corría desaforadamente a través de una selva. Un jabalí se atravesó en su camino y le preguntó que porqué huía con tanta prisa; y la zorra le contestó temblando que su majestad el león había ordenado el degüello de todos los elefantes. El jabalí le replicó que era explicable la fuga de esos animales pero que ella no tenía porqué correr. —¡Ah!, —respondió la zorra— entretanto se averigua si soy o no soy elefante, me pueden cortar el pescuezo.

Me quise despedir de Lozano porque tras de haberle participado lo que sucedía, no tenía para que quedarme: continuar en su casa era lo mismo que seguir en la mía. El me dijo que lo esperara unos cuantos momentos porque se había convencido de la conveniencia de ponerse a salvo en tanto se averiguaba si él era o no elefante. Se vistió rápidamente y unos cuantos minutos después avanzábamos por las calles de Velázquez de León, rumbo al norte; bajamos hacia el oriente por la Avenida de San Cosme, y al llegar a la calle de Arquitectos (hoy Miguel Schultz) doblamos a la izquierda y no tardamos mucho en arribar

a la casa del doctor Olea. Durante todo el trayecto habíamos escuchado el tiroteo nutrido y miles de rumores vagos que esparcían las gentes que encontrábamos al paso: que se habían sublevado los alumnos de la Escuela de Aspirantes, que el general Reyes era el jefe de los rebeldes, que estaban peleando en el Zócalo. . . . . El pueblo siempre ha sido amante de propalar noticias sensacionales.

En la residencia de Manuel Olea, advertimos con gran desconsuelo que no nos encontrábamos en un retiro sosegado ni seguro porque se había convertido en un "rendez vous" a donde iban llegando muchas gentes para cambiar impresiones. Tito Maza nos contó que el general Mondragón se había apoderado de los cuarteles de artillería de Tacubaya. El doctor Rafael Martínez Freg fue quien trajo la crónica más detallada: mientras los Aspirantes tomaban el Palacio Nacional, una columna rebelde había sacado de la prisión de Tlaltelolco al general Bernardo Reyes, quien se fue a la Penitenciaría a libertar al general Félix Díaz. En seguida, los jefes citados se dirigieron al Palacio Nacional con el objeto de recapturarlo, pues el general Lauro Villar había aprehendido a los Aspirantes y colocado en las puertas del edificio, las ametralladoras necesarias para repeler cualquiera nueva agresión. Don Bernardo era un amigo muy querido del general Villar y por lo mismo los atacantes creyeron que no se atrevería a disparar contra su antiguo jefe; pero don Lauro no confundió su afecto personal con su honor de soldado, lo que determinó la muerte instantánea del general Reyes. ¿Y qué sucedió después? —preguntamos con ansiedad. ¿Se disper-

saron los atacantes? —No, —concluyó Martínez Freg— se retiraron ordenadamente bajo el mando de Félix Díaz a quien asesora el general Manuel Mondragón.

Pocos minutos después llegó el licenciado Querido Moheno con la noticia de que los insubordinados habían atacado y tomado la Ciudadela; pero la noticia más sensacional la trajo el licenciado Emeterio de la Garza. En vista de que el general Lauro Villar estaba herido, el Presidente Madero había nombrado comandante militar de la plaza al general Victoriano Huerta. Y agregaba el gran Emeterio: la rebelión militar está perdida porque ni Mondragón ni Félix son gallos para el indio Huerta.

Como se ve, la casa del doctor Olea no era una bahía tranquila sino una asamblea agitada y en sesión permanente. Manuel nos ofreció su hospitalidad generosa a todos los que quisiéramos quedarnos; pero Moheno, al darle las gracias, le dijo con su buen humor característico, que se sentiría más seguro en la propia Inspección General de Policía. Y lo mismo pensábamos Lozano y yo. Por más que pasaba revista a mis amigos apolíticos, no encontraba la manera de ir a tocar la puerta de ninguno de ellos. Don Manuel Teja —padre del licenciado Alfonso Teja Zabre— vivía en la calle de Tres Guerras, es decir, enfrente de la Ciudadela. Rubén Valenti, se alojaba en la Avenida Balderas, esto es, a uno paso de dicha fortaleza. La vivienda de Octavio Barocio se encontraba en el Buen Tono también en la misma zona donde se combatía. Por otra parte como no se conseguía una carretela a ningún precio, había que emprender la caminata a pie, desafian-

do las balas y lo que era más peligroso, el atentado de cualquier autoridad inferior dispuesta a "hacer méritos" con un acto de venganza.

Por fortuna nuestra, llegó a la casa el doctor Olea, don Luis Noriega Alonso, un caballero español que se dio cuenta exacta de nuestra situación y nos preguntó alarmado: —¿Qué hacen ustedes que no se retiran a un sitio seguro? Al contestarle que en eso estábamos pensando, pero sin encontrar la solución porque aquellos amigos nuestros que nos podían asilar, vivían cerca del foco del incendio. Entonces don Luis, nos llevó a Lozano y a mí al patio interior de la casa y mostrándonos el muro que la limitaba, nos dijo que detrás de él estaba su residencia, en la calle de Santa María. Todo era cuestión de brincar la tapia para quedar a salvo, pues ni su misma esposa sabría quiénes éramos nosotros. Nos presentó a ella como agricultores del Estado de Morelos y lo mismo se dijo a los criados.

Desde aquel momento, Lozano y yo no volvimos a saber nada de lo que sucedía en la Ciudad de México. Pasamos la tarde del domingo escuchando cañonazos, pero sin tener ningún dato que nos permitiera inferir cómo podía terminar la tragedia. Por un lado, veíamos claro que el gobierno de Madero no se podía salvar; pero por el otro, considerábamos que una insubordinación militar que no triunfa inmediatamente, se encuentra perdida. Como nadie nos había visto entrar en aquella casa, quedamos completamente incomunicados. La paz espiritual de aquel hogar sin hijos, contrastaba con las dudas y las zozobras que llevábamos en nuestras almas.

El lunes 10 de febrero nos dedicamos a cavi-

lar sobre nuestra incierta situación: si triunfaba el gobierno, nos imaginábamos al general Huerta imponiendo una paz de acero; y si ganaban los rebeldes de la Ciudadela, nuestra situación iba a ser peor porque aunque don Félix era nuestro amigo, el grupo político que lo rodeaba nos era hostil desde la campaña corralista de 1909 y 1910. Lozano me decía: —El antirreyismo de usted es tradicional y se lo explican muy fácilmente los hombres de la Ciudadela; el mío es diferente y me lo van a cobrar de manera implacable. . . Y yo le respondía: —¿Y qué le parece la forma en que me van a hacer pagar mi campaña periodística de "La Tribuna?". Y así, torturándonos estérilmente con nuestras reflexiones pesimistas pasamos tres días. El 11 de febrero, ya metido en la cama y disponiéndome a dormir, oí que Lozano me llamaba. Le pregunté qué era lo que se le ofrecía y él me contestó que ya no aguantaba el encierro. —Nada tiene de agradable, —le respondí— pero es peor el fusilamiento. —¡No! gritó con acento de profunda convicción: prefiero el pelotón ejecutor a la desesperante inacción en que nos encontramos.

Creí que se trataba de un desahogo; pero al día siguiente, Lozano me repitió su propósito de trasladarse a Jalisco. Por más esfuerzos que hicimos don Luis Noriega Alonso y yo para retenerlo, salió en esa misma noche con rumbo a Guadalajara. Yo le presté mi pistola y en el momento de recibirla, me dijo en tono zumbón: "Voy a lanzar el Plan de San Miguel el Alto".

Desde el 13 en adelante estuve completamente solo. Me encontré en un estante las novelas de Walter Scott y me puse a releerlas para matar el

tiempo. Pero el drama que estaba viviendo me impedía interesarme con el drama ficticio del novelista. Y volvía a hundirme en meditaciones que a nada conducían. Sin embargo, poco a poco me fui familiarizando con las detonaciones de las armas de fuego hasta el punto de acabar por serme indiferentes. Y pude leer con la misma quietud con que se lee en una playa de recreo.

Así pasó una semana más, cuando el 18 de febrero a las tres de la tarde, escuché repiques de campanas. Suspendí la lectura y advertí que eran varias las iglesias que estaban repicando. Me puse a observar detrás de una cortina lo que sucedía afuera y con asombro vi que en la calle antes vacía, multitud de gentes aclamaban al general Félix Díaz. De pronto, se me presentó don Luis Noriega Alonso que me dijo con acento profundamente conmovido: "El general Aureliano Blanquet aprehendió al Presidente Madero y a todos sus Ministros. La tragedia ha terminado".

Pero no, la verdadera tragedia apenas iba a comenzar. . .

LAS MUERTOS TIENEN MAS FUERZA QUE LOS VIVOS

EL EJERCITO LLEGO DIVIDIDO AL PODER

El 19 de febrero me levanté muy temprano y le pregunté a una de las sirvientas por el dueño de la casa. Me contestó que había salido desde las 6 de la mañana sin tomar el desayuno y que aún no volvía. Por lo mismo, me sugirió que pasara al comedor, pero yo le dije que prefería esperarlo, lo que no fue menester porque don Luis llegó en ese momento con "El Imparcial" y "El País" que traían el relato de los últimos acontecimientos. Los dos periódicos habían suspendido su publicación durante los días trágicos y reaparecían dispuestos a reconquistar al público.

Como era natural, la noticia de más sensación era la del derrumbamiento del gobierno maderista. Al estallar la rebelión, la Secretaría de Guerra le ordenó al general Aurelio Blanquet —que se encontraba en Toluca— que viniese a vigorizar la guarnición de la ciudad de México. El jefe del Regimiento 29 sabía que se le llamaba para combatir contra los soldados federales que ocupaban la Ciudadela, y como esto no era de su agrado, procedió a cumplir la orden con la mayor lentitud posible. Tardó algún tiempo en salir y más aún en hacer la corta travesía. El hecho fue que

no llegó sino hasta el 17 de febrero, y el comandante militar le ordenó que se encargara de la custodia del Palacio Nacional. Recuerdo que Jesús Urueta me contó algunos días después que él había pasado toda la Decena Trágica en la residencia del Poder Ejecutivo; y acusándose a sí mismo de una ceguera política absoluta, añadía graciosamente: "las ocho primeras noches fueron de pesadillas infernales, porque la intranquilidad y la zozobra no me permitían conciliar el sueño; pero el 17, la última noche cuando ya estábamos en las garras de acero del 29 Regimiento, dormí como los propios ángeles".

La crónica de los periódicos relataba que el 18 de febrero, poco después del mediodía, el general Blanquet comisionó al teniente coronel Jiménez Riveroll para que, acompañado por el mayor Izquierdo y otros jefes y oficiales, le pidiera la renuncia de la Presidencia de la República a don Francisco I. Madero, y en el caso de que esta demanda no fuese cumplida, lo aprehendiera en unión de sus Ministros y demás acompañantes. El Presidente no hizo caso de la petición ni tampoco se dejó aprehender; y como consecuencia de su negativa, se trabó una refriega trágica pues murieron en ella los mencionados Jiménez Riveroll e Izquierdo, y el ingeniero Marcos Hernández, hermano del Ministro de Gobernación. En medio de aquel motín, el señor Madero consiguió abrirse paso con el objeto evidente de salir del Palacio Nacional cuyos guardianes se habían sublevado. Al salir del ascensor en la planta baja, se encontró con el general Blanquet quien le quitó personalmente la pistola que llevaba y lo hizo prisionero.

También decían los periódicos que pocos momentos después de que había sido detenido el jefe del Estado, fueron hechos prisioneros en el restaurant Gambrinus, los generales que tenían a su cargo las principales dependencias de la Comandancia Militar. Se encontraban en un banquete que le ofreció don Gustavo A. Madero a don Francisco Romero para celebrar su ascenso al grado de general. El dato es interesante porque revela que los generales Alberto Yarza, José Delgado, el referido Romero y algunos otros no tuvieron nada que ver con el golpe de Estado. Como es de suponerse, el anfitrión de aquel ágape quedó igualmente a disposición de las autoridades militares.

El desenlace pavoroso de la última aprehensión fue el fusilamiento del hermano del Presidente; pero los periódicos no publicaron detalles. Quien me los dio fue mi compañero Querido Moheno que en unión de otros diputados, estuvo en la Ciudadela en la madrugada del 19, con el objeto de ver si era posible restablecer un régimen constitucional en medio de aquel derrumbamiento. No fue una página de tragedia sino una escena calosfriante de Grand Guignol. ¿Quiénes fueron los culpables de aquel episodio espeluznante? La voz de la calle dijo entonces que los soldados de la Ciudadela habían pedido al comandante militar, aquel prisionero, y que el jefe que lo recibió lo condenó a que sufriera la misma suerte del general Gregorio Ruiz que había sido fusilado diez días antes en el Palacio Nacional. Sin embargo, algunos felixistas han sostenido que el general Huerta lo mandó matar en la Ciudadela con el objeto de que su cadáver cayera sobre el general

Félix Díaz. Esta versión me parece muy elaborada y además inútil porque nadie ha acusado a don Félix de haber sido sanguinario. Cuando se dice que don Gustavo fue víctima de la soldadesca, nadie incluye al general Díaz entre los victimarios.

Como estuve al margen de todos estos acontecimientos, me limito a repetir las versiones que circularon entonces, pues como no fui testigo, no puedo ir más allá de la hipótesis. Por otra parte, el objeto de estas memorias no es el de señalar culpas ajenas sino el de definir claramente mis propias responsabilidades.

Finalmente, tanto "El Imparcial" como "El País" anunciaban que el general Huerta era el que tenía más probabilidades de ocupar la Presidencia interina de México. Tan pronto como dejó de haber Presidente y fueron asegurados los generales que podían protestar, el comandante militar se trasladó a la Ciudadela con el propósito de procurar un acuerdo que restableciera la paz entre las dos fracciones del ejército. Así fue como nació el llamado "Pacto de la Ciudadela".

¿Quién tuvo la malhadada idea de que aquel pacto se firmara en la Embajada de los Estados Unidos? El general Huerta me dijo muchos meses después que el sitio de la conferencia había sido propuesto por los felixistas que reclamaban terreno neutral; pero el licenciado Rodolfo Reyes me aseguró que no era cierto. Asiento las dos versiones para que mis lectores acojan el testimonio que mejor les cuadre pues la cuestión me parece de interés menor, ya que a mi juicio, el que acepta una cosa, contrae la misma responsabilidad del que la propone. Por otro lado aunque re-

pugne el arreglo de las cuestiones nacionales en una casa extranjera, (sobre todo, si es la Embajada de los Estados Unidos) aquello resultaba "peccata minuta" en comparación con el desquiciamiento que se acababa de efectuar.

Los puntos principales de aquel pacto fueron los siguientes: I.— Las fuerzas de la Ciudadela aceptaban al general Huerta como Presidente interino y contribuían a la legalización de su régimen; II.— El general Huerta se comprometía a integrar su Gabinete con los siguientes Ministros: Relaciones Exteriores, don Francisco L. de la Barra; Gobernación, don Alberto García Granados; Justicia, don Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, don Jorge Vera Estañol; Fomento, don Alberto Robles Gil; Comunicaciones y Obras Públicas, don David de la Fuente; Hacienda, don Toribio Esquivel Obregón y Guerra el general don Manuel Mondragón. Además, prometía crear el Ministerio de Agricultura y se designaba para desempeñarlo a don Manuel Garza Aldape; III.— El general Huerta se comprometía a no hacer cambios en su Gabinete sin el consentimiento expreso del general Félix Díaz; IV.— El caudillo de la Ciudadela quedaba en libertad para hacer la campaña eleccionaria y anunciar su candidatura presidencial para completar el período constitucional que se había iniciado el primero de diciembre de 1910 y que iba a terminar el 30 de noviembre de 1916.

Don Luis Noriega Alonso me preguntó si era posible legalizar el golpe de Estado y yo le respondí que para que aquel pacto pudiera convertirse en realidad, eran necesarios todos estos requisitos: I.— Que los señores Madero y Pino Suá-

rez consientan en renunciar a sus cargos de Presidente y vice-Presidente; II.— Que el Congreso acepte sus renuncias; III.— Que el Ministro de Relaciones Exteriores don Pedro Lascuráin rinda la protesta y nombre como Ministro de Relaciones Exteriores al general Victoriano Huerta; y IV.— Que dimita y el Congreso acepte la nueva renuncia, y llame al general Huerta a hacerse cargo del Poder Ejecutivo de la Nación.

El señor Noriega Alonso me preguntó si consideraba posible todo aquello y yo le contesté que era muy difícil dominar tantos obstáculos. Al levantarnos de la mesa, le dí las gracias por su hopitalidad caballeresca y fue hasta entonces cuando me encaminé a mi residencia para volver a la rutina de la vida diaria. Iba muy preocupado por la situación incierta que se presentaba y en forma especialísima por la muerte de don Gustavo A. Madero. Jamás había estrechado su mano ni cruzado con él palabra alguna; todo lo contrario, me había atacado en forma despectiva y yo le había respondido en tono más hostil que el suyo, y la enemistad entre nosotros había tomado el carácter de irreconciliable. Pero aunque se repita aquella frase cruel que se atribuye tanto a Luis XI de Francia como a Felipe II de España, de que "el cadáver de un enemigo siempre huele bien", a mí me produjo su tragedia —¡A Dios gracias!— la impresión contraria, no solamente porque las pasiones más violentas se deben detener frente a la sepultura, sino porque comprendí en un instante que aquel hombre muerto tenía ya más fuerza que cuando estaba vivo. Comprobando esta verdad sombría, me dijo Jesús Urueta unos cuantos días después y a pro-

pósito del asesinato más trascendental de nuestra historia, estas palabras proféticas: "Ya Francisco I. Madero es invencible porque no puede cometer errores".

Es probable por no decir seguro que algún malqueriente mío, con una sonrisa llena de sarcasmo, recuerde los donosísimos octosílabos de Sor Juana Inés de la Cruz: "El niño que pone el coco —Y luego le tiene miedo". Pero no, era algo peor que miedo lo que yo sentía: la evidencia de que habían fracasado mis ilusiones.

En 1930 y frente a la Revolución Militar Argentina que puso fin al gobierno constitucional de don Hipólito Irigoyen, publicó en "La Nación" de Buenos Aires, el poeta Leopoldo Lugones un artículo intitulado "La Hora de la Espada" que mucho se parecía a mis editoriales de "La Tribuna". Tanto el autor de "Los Crepúsculos del Jardín" como yo, caímos involuntariamente en el sofisma de invocar los golpes de Estado excepcionales que han cambiado los destinos de los pueblos; Alejandro rompiendo con su sable el Nudo Gordiano; César cruzando el Rubicón para acabar con los aristócratas del Senado de Roma; Cromwell decapitando a un rey y luego disolviendo un Parlamento que lo quería detener, y colocando en el edificio un cartelón que decía despectivamente: "Esta casa se alquila"; Bonaparte barriendo el gobierno podrido del Directorio para iniciar el Consulado reconstructor; Juárez prorrogando su período presidencial en Chihuahua, con quebranto de la Constitución. . . Eso era lo que yo esperaba de un golpe de Estado.

¿Qué teníamos en 1913 en lugar de los titanes que le marcan nuevas orientaciones a la historia?

El Pacto de la Ciudadela era la prueba mejor de que el ejército estaba dividido y por lo mismo el horizonte se llenaba de dudas y de incertidumbres.

LA GENESIS DE LOS CUARTELAZOS

TAMBIEN LA SOCIEDAD FUE RESPONSABLE

El gobierno de don Francisco I. Madero no cayó por obra de uno, sino de dos cuartelazos que estallaron sucesivamente el 9 y el 18 de febrero. La primera insubordinación se preparó durante varias semanas y tenía por objeto llevar al general Bernardo Reyes a la Presidencia interina de la República. Como el divisionario jaliscience murió al pretender apoderarse del Palacio Nacional, quedó como jefe del movimiento el general Félix Díaz. La segunda insubordinación se planteó en el pueblo de Tacuba el 17 de febrero, cuando llegó el 29 batallón a vigorizar la guarnición de la Ciudad de México. Los generales Victoriano Huerta y Aurelio Blanquet se pusieron de acuerdo sobre la forma en que debía darse el golpe al día siguiente.

¿De cuál de los dos militares surgió la iniciativa trascendental? Nunca lo dijeron; pero como Blanquet era un hombre sencillo y abierto, en tanto que Huerta era un reconcentrado que no enseñaba a nadie los interiores de su espíritu, no se requiere mucha penetración para inferir que fue el primero quien propuso la tremenda aventura. El segundo sabía que el gobierno se encontraba en estado agónico y le encomendó a Blan-

quet la tarea de cuidar el Palacio Nacional, dándole amplias facultades para que obrara de acuerdo con sus deseos. Todas estas consideraciones las he hecho posteriormente pues en aquellos días ignoraba por completo la psicología de los principales personajes de la tragedia.

De las cuatro figuras que más se destacaban en aquellos días, con quien había tenido algún contacto anterior era con don Félix Díaz; pero como él siempre estuvo distanciado visiblemente de don Ramón Corral y de don Rosendo Pineda (con quienes estuve yo vinculado en 1909 y 1910) nuestras relaciones no habían ido más allá de los límites de la cortesía.

Al general Manuel Mondragón lo conocí en 1909 con motivo de una conferencia que sustenté en el Museo de Artillería, sobre la primera bandera de México o sea la Virgen de Guadalupe que se exhibía en dicha institución. Fui invitado por el teniente coronel Salamanca que era el director y presidió el acto el general Mondragón. Una felicitación gentil, y nada más. Cuatro años después, el licenciado Víctor Velázquez, —entonces un adolescente de 18 años— fue el conducto de que se valió el insigne artillero para invitarme a cenar en su casa de Tacubaya. Aquel fue un ágape de familia en donde no se trataron cuestiones políticas, lo que se explica fácilmente porque se estaba preparando la insubordinación militar, y Mondragón, comprometido en la conjura, tenía que esconderse tras un velo de discreción impenetrable.

De mis tres contactos instantáneos con el general Huerta ya he hablado en renglones anteriores. Diódoro Batalla nos había presentado en 1908,

pero el acto no pasó de un fugaz apretón de manos. Aurelio Urrutia determinó otras dos entrevistas; la que se efectuó en el Sanatorio de Coyoacán, y aquella en que le entregué un interrogatorio cuyas respuestas truncas se publicaron en "La Tribuna". Pero como ya lo he dicho, la impresión que me dejó entonces fue muy vaga y por lo mismo insuficiente para medir su personalidad. Entiendo que quien estaba más cerca de él era el doctor Urrutia; pero casi estoy seguro de que ni ante aquel amigo íntimo se quitaba el antifaz.

El más desconocido para mí de los cuatro personajes, era el general Aurelio Blanquet pues sólo lo había visto una vez, desde lejos, en una formación militar al frente del 29 batallón. Jamás había cruzado con él una sola palabra aunque como todo el mundo, yo estaba enterado de que la unidad militar que tenía bajo su comando era de las que más se destacaban en el viejo ejército federal.

Para la generalidad de las gentes, el fenómeno de la insubordinación militar fue duro pero sencillísimo: un coloso; o sea el ejército, le dio un puntapié con su bota claveteada a las instituciones y. . . nada más; pero no había tal coloso porque el organismo armado estaba dividido. Cien años de nuestra historia le habían enseñado al general Porfirio Díaz que sus rivales más peligrosos se encontraban en la casta militar y por lo mismo, no fomentaba el cultivo de los laureles. Se podía tener en México prestigio literario como el de Justo Sierra, prestigio tribunicio como el de Francisco Bulnes; prestigio jurídico como el de Jacinto Pallares; prestigio financiero como el de

José Ives Limantour; pero un pasado turbulento le hacía ver al formidable dictador que un general prestigiado, cuando no está en el poder, es un elemento de perturbación. Por eso se hacía indispensable evitar aureolas; y después de la muerte del general Escobedo don Porfirio quedó sin rival y quedó también con el propósito de no volverlos a tener.

Y si el héroe del Dos de Abril conservó siempre un ejército debilitado, ¿por qué extrañarse de que Madero, que no era militar, procurase repetir el procedimiento? Utilizó al general Huerta para que aplastara la revolución orozquista, pero una vez que terminó la campaña de Chihuahua, procedió a desintegrar la División del Norte. Y más todavía: cuando nombró al Soldado de Rellano Comandante Militar de la Ciudad de México se cuidó de que los segundos jefes de la guarnición, no le fuesen personalmente adictos. Y la prueba evidente de que Huerta no contaba con ellos, se tiene en que tan pronto como se enteró de que Blanquet había aprehendido al Presidente y a sus Ministros, él procedió a sujetar a los generales Alberto Yarza, José Delgado, Francisco Romero, etc., etc, Así pues, no había unidad ni en las mismas fuerzas que sostenían al gobierno, ni menos podía haberla con las que, bajo el mando del general Mondragón estaban pronunciadas en la Ciudadela. En realidad, el único elemento con que contó el Comandante Militar para dar el golpe de Estado fue el 29 batallón.

¿Cómo fue que con un equipo tan reducido, se atrevió a contraer tamaña responsabilidad? Ah, es que el general Huerta palpaba el descontento de todo el mundo: una minoría de senadores le

sugirió al Presidente Madero que presentara su renuncia; la Ciudadela de México, torturada por diez días de tiroteos que habían sembrado la angustia y la incertidumbre, pedía un cambio radical; en Nuevo Laredo se había efectuado un pronunciamiento; en Matamoros se preparaba una rebelión; en otros Estados había fermentos levantiscos y Huerta, recordando el hemistiquio de Virgilio "Audaces fortuna juvat"; se lanzó a la aventura jugándose el todo por el todo.

Comenzó por pactar con los pronunciados de la Ciudadela. Estos consintieron en reconocerlo como Presidente interino si se comprometía a nombrar un Gabinete impuesto por ellos y que él no podía modificar sin el consentimiento expreso del general Félix Díaz. Creían tenerlo sujeto, pero lo eximían de toda responsabilidad. La República, huyendo de los horrores de la anarquía, se entregaba en brazos del ejército y lo encontraba lleno de hondas divisiones. De cualquier modo, el Pacto de la Ciudadela (o de la Embajada como prefieren llamarlo los revolucionarios) hizo concebir la ilusión de que habían vuelto la concordia y la armonía. Por otra parte, los Ministros eran hombres de gran prestigio y de reconocida integridad.

Es posible que por estas circunstancias, los señores Madero y Pino Suárez consintieran en presentar sus renuncias y que además don Pedro Lascuráin se comprometiera a recibir el gobierno, por unos minutos, para nombrar como Ministro de Gobernación al jefe insubordinado, y a dimitir inmediatamente la Presidencia para que la nueva situación rodase por rieles constitucionales. ¿Y la Cámara de Diputados? Allí no hubo

problema porque sólo siete representantes del pueblo votaron en contra de la aceptación de las renuncias.

¿Cómo declarar responsables del derrumbamiento del gobierno maderista a las guarniciones militares de Guadalajara y de Puebla, de Veracruz y de Monterrey, de Mérida y de Oaxaca, de San Luis Potosí y de Durango etc., etc., (y el conjunto de todas ellas era lo que constituia el ejército) cuando recibieron casi al mismo tiempo, la noticia de la aprehensión del señor Madero y el anuncio oficial de que el general Huerta había otorgado la protesta ante el Congreso, como Presidente Constitucional interino? Se trataba de un hecho consumado, al cual se sometieron posteriormente veinticinco gobernadores maderistas. Los otros dos, don Venustiano Carranza y don José María Maytorena fueron los únicos en desconocer aquel proceso artificial de legalización.

De todo lo anterior parece desprenderse la conclusión de que la responsabilidad del ejército federal fue muy relativa. Es cierto que todos los soldados se agruparon en torno del nuevo gobierno para sostenerlo; pero ¿qué otra cosa podían hacer cuando la Suprema Corte de Justicia, las Cámaras Federales y los gobiernos de los Estados hacían lo mismo?

En cuanto a Huerta fue obvia su responsabilidad; pero se falsea la historia cuando se concentran sobre él todas las faltas y todos los errores. ¡Y no!, cuando se haga el análisis serio y desapasionado de aquella época turbulenta se verá que el fenómeno tuvo mucho de social y por lo mismo se puede aplicar a infinidad de crímenes el inmortal endecasílabo de Quintana. Por supues-

to que resultó más cómodo y más fácil para todos hacer leño de aquel árbol caído. ¡Cómo si en un país de angelitos pudiera reinar durante diecisiete meses un sólo demonio, a pesar de que siempre lo hostilizó el gobierno de los Estados Unidos!

Si yo quisiera competir con Fouquier Tinville, podría señalar a muchos escritores políticos y a mí mismo en primera fila que contribuimos a enardecer el ambiente. Después del derrumbamiento huertista, algunos de ellos pretendieron lavarse las manos y estaban en su perfecto derecho para hacerlo; pero lo triste es que, olvidándose de la advertencia de Cristo, sin estar limpios ni puros también arrojaron piedras. Al cabo de cerca de medio siglo, ya es tiempo de reconocer que si el ejército federal consumó el golpe definitivo, toda la sociedad mexicana de entonces celebró con júbilo la caída del régimen maderista.

CUALIDADES Y FALLAS DEL SEÑOR MADERO

COMO LO JUZGO SU MINISTRO DE RELACIONES

Durante más de cuarenta años se ha pregonado que en 1913, México gozaba de todas las excelencias de la vida constitucional, pero que cayó sobre las autoridades legítimas una turba de pretorianos que convirtieron el paraíso en un infierno. La verdad es que no existía tal paraíso sino un gobierno lleno de cuarteaduras y condenado a un desmoronamiento inevitable. No se trataba de un organismo sano sino de un enfermo lleno de dolencias que en cualquier instante podía exhalar el último suspiro. Por supuesto que no obstante la aclaración anterior, tan homicida es el que mata a un enfermo sonriente y pletórico de vida como el que estrangula a un agonizante.

No trato de exonerar al general Victoriano Huerta, pero sí me atrevo a decir que si no hubiera tumbado al régimen maderista, lo habría echado abajo cualquiera otro. Aquello no tenía remedio: la nave del gobierno, con el casco carcomido y las velas rotas zozobraba al garete y su naufragio era ineludible. Don Francisco I. Madero había tenido en junio de 1911 una popularí-

dad que sólo se puede comparar con la que tuvo don Agustín de Iturbide cuando entró triunfante a la Capital del Virreinato en septiembre de 1821 para decirle a México que era una nación independiente. Conste que no estoy comparando a los dos personajes históricos: me refiero únicamente al frenesí con que las multitudes los siguieron en un momento de éxtasis, para luego mirarlos con indiferencia y hasta con hostilidad.

¿A qué se debió el desvanecimiento de aquella popularidad fantástica? El doctor Francisco Vázquez Gómez ha escrito páginas interesantísimas; pero como después de haber sido el colaborador número uno de Madero en la lucha de 1910, fue eliminado injustamente en la victoria, los políticos pueden argüir que se encontraba resentido y consiguientemente, tacharlo de parcialidad. No sucede lo mismo con las páginas que escribió don Manuel Calero en 1919, porque no recibió de aquel jefe de Estado más que favores y distinciones: en efecto, fue Ministro de Justicia durante el interinato del señor De la Barra; y luego durante todo el régimen de Madero desempeñó sucesivamente la Secretaría de Relaciones Exteriores y la Embajada de México en Washington.

En el año de 1918 se encontraba en el destierro el general Felipe Angeles por quien sentía el licenciado Calero, también desterrado, admiración y cariño. Los dos platicaban largamente sobre la situación de la patria, y el militar le anunció que pronto volvería a México a reanudar la lucha contra don Venustiano Carranza. El ex Ministro, con la experiencia de su vida pública anterior, le señalaba los errores en que había incurrido el maderismo a fin de que no los repitiese.

No obstante los consejos, el general Angeles se despeñó, en el fracaso, pues fue aprehendido por soldados carrancistas, sujeto a un consejo de guerra y fusilado en la ciudad de Chihuahua. De las conversaciones que tuvieron estos dos personajes emergió el libro "Un Decenio de Política Mexicana" del cual me voy a permitir hacer algunas transcripciones con las cuales se puede dibujar la personalidad del caudillo de 1910. Y allí va la primera:

"A muchas y complicadas causas debe atribuirse el fracaso del gobierno de Madero; mas entre todas ellas una tiene importancia capital: Madero mismo". La pincelada es tremenda, pero aquí va esta otra todavía más impresionante: "Madero procedía con entera inconsciencia. Era un iluminado, un místico. Se sentía con una misión redentora y creía ciegamente en la verdad y la eficacia de las fórmulas que anunciaba. Convencido de que el pueblo estaba apto para la democracia, aventó a los cuatro vientos y a puños llenos la semilla de la anarquía cuya prodigiosa germinación nos ha sofocado por casi nueve años". Y completa Calero el cuadro con estas palabras que parecen trazos lívidos del Caravaggio: "Su figurilla insignificante, su fisonomía bondadosa aunque poco noble, alterada a menudo por violentos tics nerviosos, su ademán desgarbado, su voz aflautada y penetrante, su oratoria audaz, rica en vulgarismos. . . toda una combinación de rasgos apropiados para herir la imaginación popular".

El retrato es maestro, pero es muy discutible que los defectos apuntados sirvan para atraer y dominar a las muchedumbres. Para lo que sirvie-

ron fué para que el dictador se formara un pésimo concepto de Madero, y no lo tomara en consideración. El general Díaz no toleró la agitación popular en 1892 y por eso fueron a dar a la cárcel Querido Moheno, Diódoro Batalla, José Ferrel, Alberto García Granados, Francisco Mascareñas y algunos otros más. Tampoco permitió en 1901 la propaganda revolucionaria de Ricardo Flores Magón, Camilo Arriaga, Antonio Díaz Soto y Gama y demás exponentes de aquel movimiento liberal. En 1909 y después del mitin de Guadalajara, detuvo los ímpetus del reyismo nombrando al general Jerónimo Treviño, jefe de la Tercera Zona Militar. ¿Por qué no hizo lo mismo con Madero en 1909 y en los primeros meses de 1910? La respuesta obvia es que no vio en él a un adversario peligroso. Una cerilla en manos del general Reyes parecía cosa muy seria al dictador, en tanto una tea empuñada por Madero lo dejaba tranquilo. Cuando el César dejó caer su garra sobre Madero, ya era tarde porque el pueblo se encontraba en ebullición. Por otra parte, el zarpazo no fue como los que acostumbraba la dictadura porque el juez de San Luis Potosí le concedió al prisionero su libertad bajo fianza. Naturalmente, el señor Madero aprovechó aquella circunstancia para encender la revolución. Veamos como se procedió para cimentar el gobierno que vino después del porfirismo. He aquí algunas palabras textuales del que fue su colaborador y amigo:

"Madero no era ni estadista, ni político, ni siquiera sujeto equilibrado y por lo mismo sus Ministros debían no sólo aconsejar sino conducir". El propio Calero añade que el nuevo Presi-

dente llegó "al gobierno con la cabeza henchida de fórmulas vanas; no tenía conocimiento de los hombres, ni estudios de administración, ni experiencia política; pero a trueque de estas deficiencias, su corazón rebosaba en patriotismo, benevolencia y honradez".

Confirmando estas excelencias morales, el autor de "Un Decenio de Política Mexicana" cuenta que los actos de rigor se llevaban al cabo excepcionalmente y casi sin la voluntad del Presidente. He aquí como relata la ejecución que se efectuó en el Palacio Nacional el nueve de febrero: "En un momento de ofuscación en medio del desorden espantoso, durante las primeras horas de la sublevación de la Ciudadela, no supo impedir que fusilaran sin formación de causa, al viejo general Ruiz, preso en palacio, y cuya sangre exigían ululantes algunos "porristas" frenéticos". Calero nos deja la impresión de que Madero sufrió con aquel derramamiento de sangre y también con el que estuvo a punto de realizarse en Veracruz, unos cuantos meses antes: "El caso de Félix Díaz es también típico de la nobleza de alma de Madero. Yo me hallaba entonces en México aunque mi cargo era el de embajador en Washington. Al saber que Díaz había sido vencido y capturado en Veracruz, fui a Chapultepec a ofrecer mis parabienes al Presidente; y al preguntarle qué pensaba hacer con su cautivo, el semblante risueño de Madero tomó de súbito aspecto sombrío como del que vence una repugnancia profunda. "¿Qué quiere usted, me dijo: he ordenado que lo fusilen"; y su voz se apagó al hacerme esta confesión que lo humillaba".

Pasando del reconocimiento de su benevolen-

cia al examen de sus capacidades, el licenciado Calero lamenta que el Presidente "ni gobernaba, ni dejaba gobernar porque su espíritu era como una esferilla de mercurio que se escapaba al menor contacto. En medio de sus incesantes ditirambos contra la dictadura del general Díaz, de sus vagas e infantiles disertaciones acerca de la libertad conquistada, de su charla incoherente sobre el problema agrario cuyos complejos elementos no acertaba a desentrañar, no se descubría en Madero un sólo concepto preciso y sintético sobre las necesidades nacionales, ni siquiera sobre los expedientes a que debería acudirse para calmar la agitación pública propensa a desbordarse por la relajación de los hábitos de respeto a la autoridad y a la ley.

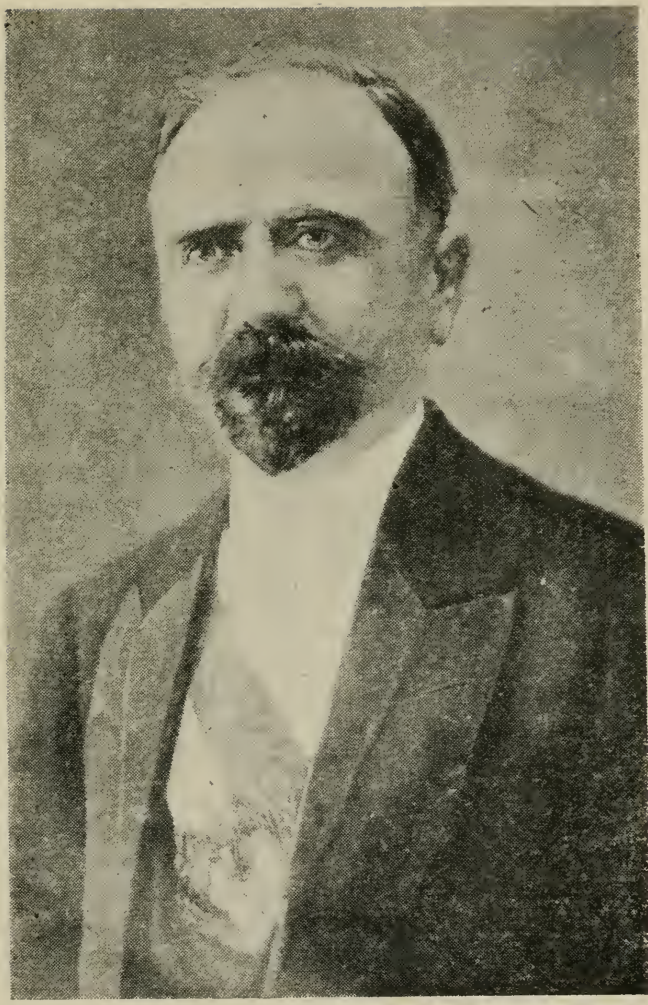
"Ni el Presidente, ni Bonilla, ni don Abraham que eran los únicos revolucionarios en el gobierno —Díaz Lombardo sólo había sido un revolucionario de bufete— parecían poder interpretar el verdadero objeto de la Revolución para trazar la pauta a que todos deberíamos sujetarnos a fin de no defraudar los vagos pero legítimos anhelos populares.

"Lo más alarmante en este cuadro era que el gobierno carecía de programa y ni el Presidente ni los Ministros sabíamos hacia dónde caminábamos. La Revolución no había hablado por boca de sus líderes intelectuales sencillamente porque no los había —dicho sea sin deslustre del "cerebro de la Revolución"— ni había por tanto elaborado una plataforma a cuyo cumplimiento estuviera obligado el gobierno emanado de aquélla".

Los párrafos transcritos del licenciado Calero ponen de manifiesto que no había Presidente.

Había, sí, un hombre sentado en la silla presidencial y ocho Secretarios de Estado en su derredor, pero, ¿qué calificativo merece aquel cónclave, cuando el más inteligente de los Ministros afirma que ninguno sabía a dónde se caminaba y ninguno tampoco "había pensado seriamente en lo que al gobierno derivado de la Revolución tocaba hacer para reconstruir?".

Es probable que muchas gentes, después de leer los párrafos anteriores, acusen a don Manuel Calero de inconsecuencia y de ingratitud; pero a mí no me interesa la parte sentimental de sus confesiones sino las verdades que encierran. En consecuencia, seguiré, en el próximo capítulo de estas memorias, presentando otros testimonios del señor Calero que demuestran que lo que se derribó el 18 de febrero de 1913, ya estaba condenado a caer por su propio peso.



Don Francisco I. Madero

LAS PINCELADAS TERRIBLES DE DON MANUEL CALERO

CUADRO DE UNA SITUACION INSOSTENIBLE

Como el Presidente no gobernaba, algunos Ministros pretendieron controlar discretamente el timón de la nave del Estado para corregir aquella deficiencia; pero el ensayo resultó tímido, vacilante y en consecuencia ineficaz. Calero nos dice que "sin confesárselo, sintieron la necesidad de discurrir algún arbitrio para darle al gobierno la orientación que el Presidente no sabía imprimirle, y con ese propósito se reunieron varias veces en juntas íntimas los que desempeñaban las Secretarías de Hacienda, Justicia, Fomento, Instrucción Pública y Relaciones Exteriores". Lo curioso es que entre dichos funcionarios se encontraban don Ernesto Madero y don Rafael Hernández vinculados íntima y familiarmente con el Jefe de la Nación. No obstante su cercano parentesco, ponían su "visto bueno" a aquellas juntas secretas cuya sola celebración era casi una prueba de la ineptitud gubernamental.

Frente a la evidencia de tamaña incapacidad, lo lógico habría sido hablarle a la Nación con franqueza, a fin de que cuando menos temporalmente, se encargara del Poder Ejecutivo el vice-Presidente Pino Suárez. Pero. . .¿cómo suponer que

don Ernesto Madero consintiera en exhibir tan lastimosamente al hijo de su propio hermano? Por otra parte, era muy discutible que el licenciado Pino Suárez tuviera las calificativas necesarias para enfrentarse con aquella tempestad. En síntesis, las juntas sólo sirvieron para que los Ministros cambiaran impresiones amargas que aumentaban su pesimismo. ¿Cómo concebir ilusiones y esperanzas frente a cuadros tan desconsoladores como los siguientes que dibujó el licenciado Calero? He aquí una transcripción textual:

"Una vez aconteció que un grupo de ciudadanos, viejos todos, y de lo más distinguido de nuestra sociedad, se presentó a Madero a ofrecerle su apoyo y sus servicios con motivo de la sublevación de Pascual Orozco. La oportunidad que se le ofrecía a nuestro Presidente para ganarse en firme la simpatía de las clases cultas y de los hombres de empresa y de recursos, representados por aquella delegación, no era para desperdiciarse y un gobernante discreto no lo habría echado en saco roto; pero Madero no supo aprovecharla. Amable y sonriente, pero frívolo, contestó con vaguedades el valioso ofrecimiento que se le hizo y ostentó ante sus visitantes, posturas indecorosas en un sujeto de su posición. En efecto, mientras uno de aquellos solemnes viejos le dirigía sesuda exposición, llena de respeto para el Primer Magistrado de la República, éste escuchaba nerviosamente, de pie junto a una mesa, sobre cuya esquina había encaramado uno de sus muslos, entretanto zarandeaba con violencia la parte de la pierna que le quedaba al aire, fija la vista en la fugitiva extremidad de su zapato".

Todo esto causó a los visitantes detestable im-

presión. "Este Presidente es un títere y si yo lo hubiera conocido antes, no habría votado por él", le decía al licenciado Calero uno de los testigos de la penosa escena. Y aquí va otra significativa transcripción:

"También con motivo de la sublevación de Orozco, se presentó ante Madero un grupo de cinco o seis cadetes del Colegio Militar. Iban éstos por sí y a nombre de varios de sus compañeros a solicitar del Presidente que se les permitiera incorporarse al Ejército y salir a campaña contra los sublevados. Erguidos, con la mano derecha a la altura de la frente, con la mirada firme fija en los ojos de Madero, aquel grupo de bravos muchachos inspiraba profunda emoción. 'Queremos, señor Presidente, ofrecer nuestros servicios al supremo gobierno y probarle que aunque jóvenes, somos soldados dispuestos a morir en defensa de las instituciones', decía uno de ellos con juvenil ardimiento aunque con mesura. Qué oportunidad tan brillante se presentaba a Madero para conquistar el afecto de la juventud militar. Cómo no se le ocurrió decir como a cualquiera se le habría ocurrido: que en una contienda civil el gobierno jamás sacrificaría aquellas vidas preciosas destinadas a más altos fines; que el gobierno veía en esa manifestación una prueba más de la nobleza que siempre había distinguido al Colegio Militar, de heroicas tradiciones; que..." En fin, éstas o parecidas cosas les dijo el licenciado Calero a esos cadetes, después de que Madero, al terminar el discurso que se le había dirigido, contestó en tono de regaño: "Los muchachos a sus libros; el gobierno tiene soldados y no necesita de ustedes", dicho lo cual, girando con rapidez sobre sus talo-

nes, volteó la espalda a sus estupefactos y cortados oyentes y se alejó del sitio de la escena".

En otra ocasión y con motivo de su onomástico, el Presidente, recibió en Palacio al Cuerpo Diplomático. Le cedo la palabra al señor Calero para que describa la extravagante escena:

"El Ministro de España, que llevaba la voz dijo lo que en el caso procedía y terminó expresando el deseo de que la paz reinara pronto en la República. El Presidente, al contestar, y refiriéndose a este último punto del discurso del diplomático español, dijo que no debía ser motivo de pena la circunstancia de la perturbación de la paz, pues que a cambio de ella gozábamos de los beneficios de la democracia; que los mismos extranjeros, cuyos Ministros se hallaban presentes, debían congratularse de vivir en una atmósfera de libertad... y después de otras incoherentes variaciones sobre el mismo tema, soltó una ardorosa filipica contra el despotismo del Sultán de Turquía, alabando a los servios y a los búlgaros, entonces en guerra contra aquél. Los diplomáticos comentaban después sobre esa singular amalgama de anarquía y libertad cuyas excelencias pregonaba Madero, y se sorprendían de que un Jefe de Estado neutral hubiera fulminado sus iras, en presencia de los representantes de los Estados beligerantes".

Bastan estas escenas para suponer que los colaboradores de aquel gobierno presintieran un funesto desenlace, Calero lo dice en los siguientes renglones: "El Secretario de Gobernación —que además era primo de Madero— Rafael L. Hernández, oyó de labios del jefe de la Policía, horas antes del levantamiento, los nombres de los genera-

les y coroneles conjurados; pero en vez de tomar las medidas drásticas y atrevidas que el caso demandaba, se limitó a encogerse de hombros y a decir con profunda indiferencia: "Si los soldados andan en el ajo, estamos perdidos".

Calero se explica esta indiferencia diciendo que el Ministro de Gobernación, "como casi todos sus colegas, era víctima de un curioso fenómeno psicológico que paralizaba en ellos los resortes de la voluntad: el de la resignación pasiva con lo que parecía inevitable. Ya he observado cómo aquellos Ministros creían sin confesarlo que el gobierno no podía sostenerse; pero sería infame decir que traicionaron a su jefe: sencillamente habían perdido la fe y los alientos y no les afectaba la forma en que se realizara el suceso, cuando ya en el muro estaban trazadas las fatídicas palabras".

Tan escéptico como sus ex-compañeros de Gabinete, se encontraba el pintor de estos cuadros, pues así lo demuestra el siguiente párrafo: "Al encontrarme con esta situación en enero de 1913, a mi regreso de Washington, tuve con el Presidente una intensa entrevista en la que no le oculté ninguno de mis presentimientos. Jamás había oído de los labios de Madero mayor número de futesas que en aquella ocasión; parecía que la experiencia del gobierno obraba en el sentido inverso de como habría operado en un hombre normal y que en vez de enseñarle a ver las realidades, habían aumentado las telarañas de sus ojos".

En esas condiciones estalló el pronunciamiento del 9 de febrero. "Durante los diez días que siguieron (continúa hablando don Manuel Calero) y que el público llamó "La Decena Trágica" la

frivolidad e inconsciencia del Presidente y el pesimismo letal de sus Ministros alcanzaron sus más altas manifestaciones. En las oficinas presidenciales reinaba el caos: se vociferaba, se proponía y nada se ejecutaba. El Presidente empleaba las horas y los días en disertar sobre chismografía pública y entretanto las operaciones militares eran un trágico sainete, en que Huerta jugaba el papel principal, burlándose de todos... y todos dejándose burlar".

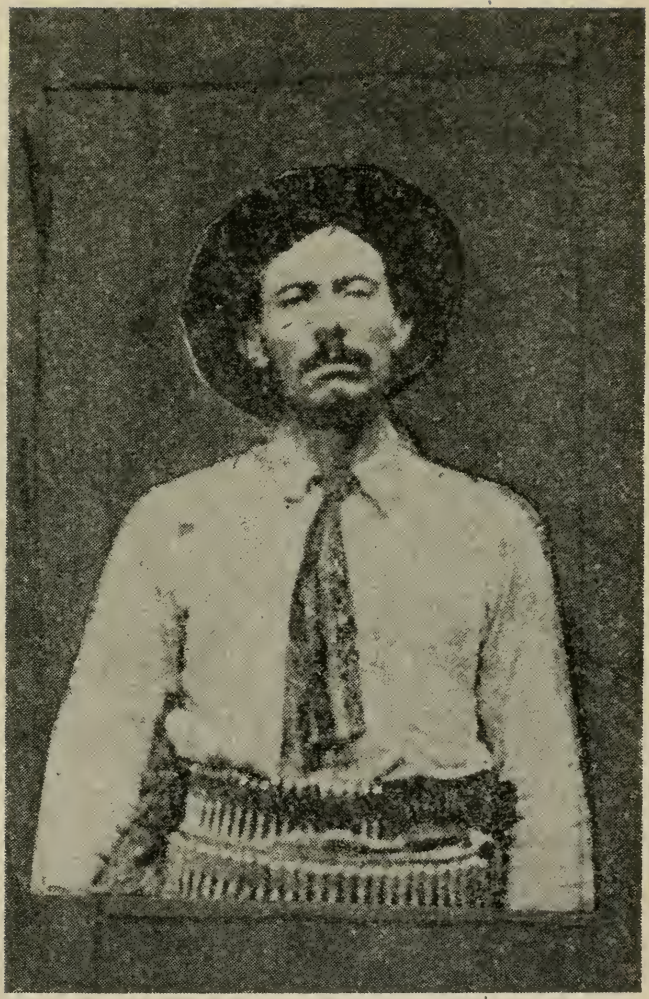
¿En qué consistía la burla del Comandante Militar? ¿En que aquello se fuera disolviendo por sí mismo para recoger el mando en el primer momento oportuno? El licenciado Calero condena en forma inexorable al general Huerta por el golpe de Estado, y tiene razón porque un cuartelazo puede explicarse, pero no por eso deja de ser cuartelazo. Sin embargo, su requisitoria se debilita con las siguientes palabras que le dirigió el general Felipe Angeles:

"En mi concepto, por mucho que a usted le pese el que se lo diga, usted se contagió del fatalismo de los Ministros, no porque considerara difícil el problema militar, sino porque sin sentirlo ni asentir en ello, se descorazonaba usted al observar que el Presidente no daba la talla que correspondía al papel solemne que el Destino le había deparado en esa crisis de nuestra Historia. Usted comprendía que la sublevación de la Ciudadela entrañaba el retroceso más alarmante, la reacción pretoriana contra la libertad; pero también tenía usted que ver, quiéralo o no, que el hombre en quien encarnaban las instituciones era un desequilibrado sin ideas fijas, ni seriedad, ni espíritu de mando: una cabeza de chorlito inca-

paz de orientarse en medio de aquel huracán deshecho".

Espero que con los testimonios de Calero, las nuevas generaciones se expliquen los acontecimientos de hace cuarenta y cuatro años. Madero cayó porque tenía que caer fatalmente, sin que esto exonere a los responsables directos de su caída. Las confesiones que he resucitado no son desahogos de un hombre renconroso porque Calero nada tuvo que resentir del Presidente. Entre los primeros siete escogidos para integrar el Gabinete de De la Barra, fue de los pocos que sobrevivieron en el Ministerio de Madero. Y sobrevivió con fuerza porque mientras él tuvo la Cartera de Relaciones Exteriores, no permitió que ocupara el licenciado Pino Suárez la Secretaría de Instrucción Pública. Esto quiere decir que el Jefe del Estado tomaba muy en cuenta sus apreciaciones políticas, a pesar de que no pertenecía a su familia ni era revolucionario.

Por eso su contribución histórica es tan seria; por eso sus palabras no pueden ser desdeñadas por la posteridad.



General Pascual Orozco

LA RESPONSABILIDAD DE LA TRAGEDIA

LOS MAGNICIDAS SON SIEMPRE VICTIMAS DE SU MAGNICIDIO

Me han dicho que algunos de mis lectores esperan que yo vaya a revelar secretos en relación con el asesinato de don Francisco I. Madero. Siento mucho desilusionarlos porque me enteré de la tragedia por la prensa, y luego no recibí ninguna confidencia autorizada sobre el particular. Mal podían contarme sus cuitas los presuntos autores de la tragedia, pues como ya lo he relatado en capítulos anteriores, en febrero de 1913 no tuve el menor contacto con los militares que ocuparon la Ciudadela ni, tampoco con los que nueve días después se adueñaron del Palacio Nacional.

Claro está que tratándose de un acontecimiento tan trascendental y tan grave, tenía que meditar muchísimo sobre la posibilidad de que Equis o Zeta fueran los responsables directos del crimen; pero como carecía de datos concretos que apoyasen mis sospechas, me era imposible salir del terreno de las hipótesis. El doctor Aureliano Urrutia me dijo en aquel tiempo, que el general Huerta se había mantenido hábilmente como espectador del drama; pero, ¿cómo condenar a Fulano o a Zutano con puras suposiciones? Mi compañero de Cuadrilátero, Querido Moheno, con la

finalidad evidente de exonerar al mencionado general Huerta, dijo una vez que los autores del infortunado acontecimiento habían sido los rebeldes de la Ciudadela; y José María Lozano, —otro ángulo del referido Cuadrilátero— con idéntica intención, dijo más o menos lo mismo, en un banquete que le fue ofrecido en el pueblo de Xochimilco. Yo no permití que mi juicio se aventurara por senderos tan peligrosos porque me parecía y me sigue pareciendo injusto formular veredictos sobre vaguedades, aunque Mittermaier haya dicho que la presunción es la reina de las pruebas. Por otra parte, nada tiene de agradable quitarle el muerto a Equis para colocarlo sobre los hombros de Hache o de Zeta.

En esas circunstancias lo único que procede es admitir la responsabilidad colectiva de los directores de los dos cuartelazos. Vale la pena diferenciar las culpas globales de las que se les pueden atribuir concretamente a los individuos. Se ha dicho, por ejemplo, que el 25 de junio de 1879, el Presidente Díaz para sofocar una revolución que había estallado en el puerto de Veracruz, le dirigió al general Luis Mier y Terán un telegrama con estas palabras lacónicas y tremendas: "Mátalos en caliente". La imputación no se ha probado y es casi seguro que no se pruebe nunca; pero lo que sí parece indiscutible es que aunque el héroe del Dos de Abril no tuviera participación directa en la matanza, ésta debe cargarse en la contabilidad del régimen porfirista. Y cosa igual puede decirse del asesinato de don Venustiano Carranza en la aldea de Tlaxcalantongo: faltan datos para acusar concretamente a Fulano o a Zutano, pero bastan las noticias que publicaron los

periódicos para inferir que el cadáver del Primer Jefe debe colocarse en el Debe de la Insurrección de Agua Prieta.

Al pasar revista sobre tragedias similares, surge fatalmente el recuerdo del fusilamiento del general Vicente Guerrero. Yo me resisto a creer que un caballero intachable como don Lucas Alamán, apoyara la consigna de la ejecución, y no aceptaré su responsabilidad personal en el crimen mientras no vea una prueba concluyente; pero de cualquier modo, el gobierno del general Anastasio Bustamante quedó manchado. ¿Que si uno de los Ministros desempeñó el papel de Caifás y los otros se limitaron a lavarse las manos como Poncio Pilatos? Eso es lo de menos: lo grave es la responsabilidad global que no se puede eludir.

El Mayor de Rurales Francisco Cárdenas, jefe de la escolta encargada de conducir a la Penitenciaría a don Francisco I. Madero y a don José María Pino Suárez, se presentó la noche del 22 de febrero a su inmediato superior para informarle que en el cumplimiento de su comisión, iba por las calles de Lecumberri, cuando fue atacado por una partida de hombres armados que trataban de libertar a los prisioneros. Agregó que con motivo de la refriega que se trabó en aquel momento, habían sucumbido los personajes citados. Informado de este parte oficial, el Presidente Huerta convocó inmediatamente a los miembros de su Gabinete para enterarlos del suceso lamentable.

¿Cómo fue posible que hombres tan inteligentes y superiores como lo fueron sin género de dudas el Presidente Huerta y sus Ministros pudieran suponer que el pueblo mexicano iba a creer

que un grupo de maderistas se iba a lanzar a la aventura de libertar a su antiguo jefe, cuando durante diez largos días no habían hecho nada por evitar su caída? Si no acudieron en su auxilio cuando todavía era Presidente, menos es de creerse que se lanzaran a rescatarlo cuando ya había perdido su investidura constitucional.

Nadie dio crédito a aquella versión oficial, y por lo que a mí toca le dí gracias a Dios por haberme inspirado el pensamiento de dejar la dirección de "La Tribuna" dos días antes. De otra guisa, habría tenido que publicar el boletín y colocarme en la siguiente disyuntiva: o aceptaba su posible veracidad o aparecía como un crítico de la nueva situación. En cambio, al margen del periodismo, podía guardar silencio sobre el caso sin que nadie me acusara de cobardía ni de indignidad.

Comentando el asesinato del Duque de Enghien, dijo Talleyrand estas palabras inmortales: "Es peor que un crimen, una estupidez". Y lo mismo puede decirse del holocausto innecesario del Jefe de la Revolución de 1910: hirió los sentimientos morales más rudimentarios, pero su mayor ofensa fue contra los principios básicos del sentido común. Ya no era el Jefe de la Nación, ya se había encarrilado el país en la legalidad. Entonces, ¿qué objeto tenía el sacrificio de su vida? Si la estatura heroica de Bonaparte no le impidió a Talleyrand calificar de imbécil al asesinato, sería pueril tratar de suavizar el veredicto sobre la tragedia de la calle de Lecumberri.

El primer resultado contraproducente se vio en la siguiente sesión legislativa cuando Alfonso Cravioto propuso que se enlutase con crespones

negros y por el término de tres días la tribuna de la Cámara de Diputados. La proposición se aceptó con el agregado de que fuese un tributo no sólo a la memoria de Madero sino a todas las víctimas de la Decena Trágica. Los que creyeron sepultar para siempre al ex-presidente, tuvieron que palpar que el muerto comenzaba a salirse de su tumba.

De los cuadros pintados por Calero que reproduje en mis dos capítulos anteriores, se deriva la conclusión de que el gobierno maderista fue uno de los más débiles de nuestra historia. Sin embargo, bastó que aquel gobernante fuese asesinado, para que resucitara en la palestra política con un prestigio y un vigor que había estado muy lejos de tener en los últimos días de su vida. El holocausto le convirtió en un Hércules omnipotente. ¡Qué paradoja tan peregrina! Madero vivo había sido completamente derrotado; pero Madero muerto comenzó a perfilarse como un apóstol invencible.

Entre las leyendas maravillosas de la Historia Romana —más verdaderas que la verdad misma— se presentan dos casos elocuentes de la potencialidad de los muertos: Lucrecia, violada por Sexto Tarquino, no quiso vivir sin honor y se enterró una daga en el pecho; y ya sin vida, cobró la fuerza necesaria para echar abajo la dinastía de los reyes etruscos que, por un siglo, había tiranizado a Roma. Tarquino el Soberbio pudo aplacar muchos levantamientos subversivos en contra de su gobierno; pero nada pudo contra el cuerpo inanimado de la matrona impecable que determinó su derrumbamiento. El otro ejemplo lo brinda la doncella Virginia, hija de un centurión que

prefirió verla muerta a resignarse a que fuera la concubina de un prócer. El mismo padre la mató y con su cadáver excitó a las masas romanas a su rebelión contra el régimen de los decenviros.

Aparte de estos episodios que no se verifican con documentos, pero cuya verdad simbólica está fuera de toda duda, hay que ver en la tragedia maravillosa "Julio César" la forma impresionante en que William Shakespeare exhibe el cadáver del vencedor de las Galias. Marco Antonio pronuncia una oración fúnebre llena de ironía, y el público palpa que dicho cadáver tiene más vigor que un ejército poderoso. Nunca fue tan grande el divino Julio como cuando ya no pudo hacer nada. "Nos veremos en Filipos" les dijo a sus ejecutores, y con eso les cerró la ruta de sus destinos. Y conste que Shakespeare, en vez de vincularse espiritualmente con César simpatiza tanto con sus victimarios que su tragedia debería llamarse "Bruto".

Exagerando la potencialidad del cadáver de Madero, algunos sostienen que si no hubiera sido asesinado, otro habría sido el curso de los acontecimientos de México. Yo no lo creo porque para admitir el cambio, necesitaría suponer dos cosas: Primera.—Que don Venustiano Carranza no habría enarbolado la bandera de la rebelión. Segunda.—Que el Presidente Wilson no habría hostilizado al gobierno del Presidente Huerta.

No admito ninguna de las dos hipótesis. Para el Primer Jefe, más importante que el asesinato de Madero fue el golpe de Estado del 18 de febrero, y por consiguiente, su actitud habría sido la misma. En cuanto a Wilson, que muchos románticos se lo imaginan horrorizado por la tra-

gedia del 22 de febrero, hay que preguntarles: ¿por qué aquel corazón de blanca paloma, no reaccionó en la misma forma frente al asesinato espeluznante de don Venustiano?

Me inclino a creer que, como dijo Luis Cabrera, la Revolución era la Revolución y que nada hubiera detenido su torrente arrollador.

A 000 742 775 0